PAUL CLEAVE

LA CASA DE LA RISA

UN THRILLER OSCURO E INTENSAMENTE INTELIGENTE

«Cleave usa palabras como armas letales»
NEW YORK TIMES

«Un intenso subidón de adrenalina de principio a fin»
S.J. WATSON

JENTAS

La casa de la risa

La casa de la risa
Título original: The Laughterhouse

Traducción, Jorge de Buen
ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1273-0

TAMBIÉN POR PAUL CLEAVE

Limpieza mortal

La víctima

El lago del cementerio

El coleccionista de muerte

La casa de la risa

Hombres de sangre

Cueste lo que cueste

No te fíes de nadie

Para McT, The Mogue, Looney y Haku.

Prólogo

Era Navidad en agosto. Un verdadero paraíso invernal. La cinta amarilla decoraba la escena como una guirnalda, con las volutas de niebla congelándose sobre las palabras «No pasar». Desdibujadas bajo el hielo, las letras no podían distinguirse. Había un zapatito marrón. Reposaba de lado, con la nieve acumulándose alrededor de la suela. Se le había caído a la niña mientras la llevaban del coche al edificio. El aire estaba quieto, mortalmente frío; tan frío que parecía que el aliento podría solidificarse frente a tu cara e ir a dar al suelo, donde aterrizaría con suavidad entre la nieve, cerca de tus pies, para sumarse a la escarcha y congelarte aún más los dedos. La nieve era blanca en la mayor parte del terreno, pero gris donde había sido arrancada por el paso de los pies y los vehículos. En otras partes —cerca del edificio, sobre todo—, reflejaba los halógenos y las luces de colores procedentes de los coches patrulla. Esas mismas luces se reflejaban en los sucios y cercanos cristales. Detrás de las ventanas, la iluminación se perdía absorbida en lo profundo de las habitaciones.

Todo era como una escena navideña. Papá Noel había venido al lado equivocado de la ciudad, se había encontrado con las personas equivocadas y había pagado el peor de los precios. Los halógenos y los faros iluminaban el viejo edificio y ponían de relieve la tragedia, ahora convertida en un espectáculo. El lugar estaba abandonado; lo había estado durante casi medio siglo. Y habría estado vacío de no ser por los equipos obsoletos y las piezas de hierro oxidado dejadas por doquier, las viejas herramientas y los muebles que no valían el tiempo ni el dinero que habría costado ir a por ellos. Por supuesto, también estaba el olor. Olía a la muerte que había atravesado las puertas de dos en dos, como animales que van al arca, excepto que aquí, para ellos, no había salvación. El suelo había absorbido la sangre, la mierda y la orina de los pocos años en los que había funcionado el matadero. La muerte y todos los sucios residuos que la acompañan se habían atrincherado en el hormigón, enterrados en los cimientos y las paredes, e incluso en el aire, como si el aire rehusara entrar ahí. Pero el aire permanecía inmóvil, demasiado pesado para moverse hacia fuera, demasiado espeso como para albergar nada fresco.

¿Cuánta sangre se había derramado en ese lugar? El agente Theodore Tate no quería saberlo. No quería pensar en ello durante

mucho tiempo ni con demasiado empeño; solo quería hacer su trabajo, permanecer alerta y no estorbar. Él y su compañero, el agente Carl Schroder, habían sido los primeros en llegar al lugar de los hechos inmediatamente después de la llamada. Habían entrado despacio, con cautela, y se habían encontrado a la niña del zapato a juego. Lo llevaba puesto, junto con el calcetín, y eso era todo. El resto de la ropa estaba desgarrada y apilada a la izquierda del cuerpo. Ninguno de los dos había visto muchos cadáveres. Unos cuantos suicidios, sobre todo. Y un par de accidentes de coche. En uno de ellos, el conductor se había partido en dos y sus piernas habían quedado a veinte metros del tronco. Una de las manos nunca apareció. Pero, para Tate, ese era el primer homicidio, con sangre fresca y ojos nublados. Una tragedia provocada por la fuerza, no por la mala suerte.

Acordonaron el área, sin hablar casi nada entre ellos, y se quedaron esperando a los demás. Pasaron el tiempo frotándose las manos y dando fuertes pisotones para estimular la circulación. Con solo mirar a la niña, a Tate le venían deseos de dejar de ser policía y, al mismo tiempo, le daban ganas de convertirse en detective de homicidios. Tal como le había dicho el sacerdote, la vida estaba llena de contradicciones y malas personas.

Los detectives que llegaron después no tenían a quién interrogar. En ese sitio, los únicos testigos eran los fantasmas de todo ser vivo que hubiera atravesado las puertas del matadero para convertirse en hamburguesas y ofertas de supermercado.

Apenas pasaban de las diez. Uno o dos grados bajo cero. Faltaban dos días para la luna llena. La nieve había empezado a caer la noche anterior y las zonas a donde no llegaban los halógenos estaban bañadas por la pálida luz de la luna. En la parte delantera del antiguo matadero, el rótulo tendría que decir «Slaughterhouse», pero alguien había quitado la primera letra y ahora ponía «Laughterhouse», es decir, «la casa de la risa». Otros vándalos se habían encargado de destrozar el lugar. Y hacía un día y medio que se habían reanudado los cortes y el troceado, solo que esa vez no se trataba de vacas ni de ovejas.

Al hombre que había hecho eso ya lo tenían bajo custodia. Llevaba así veinticuatro horas. Durante las primeras veintidós, no le habían sacado nada. Los padres de la niña habían estado todo ese tiempo en la comisaría. Suplicaban hablar con el hombre que había secuestrado a su niña; se inclinaban a creer que había alguna oportunidad de recuperarla. Y los policías sabían que lo lograrían, pero no en las condiciones que ellos habrían querido.

Al final, un detective entró en la sala de interrogatorios y se puso

a golpear al sospechoso. Ya había tenido suficiente. Cogió una guía telefónica y la usó para apalear al acusado. El agente perdería su trabajo, pero el sospechoso terminó confesando la ubicación.

Uno de los detectives salió del edificio, localizó a Tate y se le acercó.

—Menuda escena —comentó el agente Landry. Luego se palpó los bolsillos de la chaqueta hasta encontrar un paquete. Sacó un cigarrillo —. Madre mía, tengo los dedos tan fríos que no sé si podré encenderlo.

—Es una señal de que debes dejarlo —dijo Tate.

—¿Una señal de quién, de Dios? Según lo que acabamos de ver ahí dentro, Dios tiene cosas más importantes que hacer —contestó—. ¿Has visto ese suelo? —Tate ya lo había visto y nunca lo olvidaría. Landry siguió hablando—: Ese suelo sí que da miedo. ¿Puedes imaginártelo como lo último que veas en tu vida? —Dio una fuerte calada y la brasa del cigarrillo resplandeció en rojo. Levantó la mirada hacia el rótulo, en un costado del edificio—. «Casa de la Risa» —leyó—. ¿Se supone que es una broma de mal gusto?

Tate no respondió. Mantuvo las manos en los bolsillos mientras rebotaba ligeramente sobre los pies.

—Pobre niña —comentó Landry.

—Jessica —dijo Tate.

Landry negó con la cabeza.

—No hagas eso. No puedes andar poniéndoles nombres. —Tate se lo quedó mirando y bajó los ojos—. Escucha, Theo —dijo el agente, y se quitó el cigarrillo de la boca—. Sé que la niña tenía un nombre, ¿vale? Pero es algo que no puedes hacer. En el futuro habrá un montón de historias tristes y tendrás que pensar en esas víctimas como casos, nada más. De lo contrario, no durarás en este trabajo.

Otro detective salió del matadero. Llevaba en la mano una mochila roja con un arcoíris en la vuelta. La sostenía con el brazo extendido, como quien lleva el ratón muerto que el gato acaba de meter en casa.

Landry dio otra calada a su cigarrillo.

—Te has enterado de la confesión, ¿verdad?

Tate asintió. Lo había escuchado.

—El hijo de puta se va a salir con la suya —dijo Landry, mientras se terminaba el cigarrillo. Volvió al interior.

Tate se quedó solo en la nieve, contemplando un zapato de cuero marrón no más grande que su mano.

Capítulo uno

Quince años después

Hace malo para un entierro. El sol de lunes a primera hora en Christchurch ha dado paso a la lluvia, a un cielo que ahora es todo gris, sin una pizca de azul. En un momento, la lluvia cae pesada y constante, y al siguiente, no es más que una llovizna molesta que los limpiaparabrisas de mi coche barren con dificultad. No es un gran coche. Tiene más de veinte años, que equivalen a unos setenta humanos. Sin duda, ha llegado a la edad de la jubilación. Arranca algunas mañanas y otras, no; pero era barato, y la verdad es que lo barato es algo que apenas puedo permitirme.

La mañana no ha sido muy fría, aún no. Marzo es, a menudo, amable con nosotros en ese sentido, aunque cada mañana es, sin duda, más fría que la anterior. Y los días van marchando a su paso hacia julio y agosto y, con eso, hacia un frío mucho más intenso. Definitivamente, mi coche no funcionará en esas condiciones. Quizá yo tampoco, dado que cada trabajo ya es más una rareza que la norma. Recientemente, los únicos encargos de investigador privado que recibo son los que me pasa el inspector Carl Schroder. Son casos pequeños, no lo bastante importantes como para merecer la atención de la policía, sobre todo porque estos días las fuerzas policiales están demasiado ocupadas tratando de evitar que la buena gente de Christchurch acabe bajo tierra.

Solo que ya no estamos en marzo. Hace diez horas que estamos en abril, y abril es un mes más cruel. La mitad de estas horas las he pasado durmiendo y la otra mitad, conduciendo de motel en motel con la fotografía de Lucy Saunders en mi bolsillo, mostrándosela a cada recepcionista que me he encontrado detrás de un mostrador. Lucy Saunders es extrovertida y simpática, y no ha cumplido ni veinticinco años; es atractiva y amable, con todos los atributos perfectos para ser estafadora. Son esas particularidades las que la han metido en problemas con la policía. Se escabulló después de haber salido bajo fianza y nadie ha sabido de ella en las últimas dos semanas. Aún no han sido recuperados los veinte mil dólares que robó y que han puesto su destino en marcha. En realidad, esto ya no es un

trabajo de detective privado, sino de cazador de recompensas, pero paga las facturas. Espero, al menos, que así sea: Lucy Saunders será mi primera víctima.

Lo más sensato que Lucy y su novio podían haber hecho era subirse al coche y conducir para poner la mayor distancia posible entre ellos y Christchurch, pero actuar con sensatez no es algo que se les dé bien a personas como Lucy y su novio. Salgo del coche, me protejo de la lluvia con un periódico y corro hacia las grandes puertas acristaladas del motel Everblue, uno de esos moteles donde no te gustaría que encontraran tu cadáver, porque, si eso ocurriera, sería señal de que el chulo no está contento con el trato que has dado a una de sus chicas. El tío que está detrás del mostrador da la impresión de vivir de hamburguesas y pornografía. Viste una camisa manchada de comida. Como está desabotonada, revela una camiseta de malla blanca, de la cual sobresalen pelos que parecen cerdas de pincel. Qué bien que no he comido nada en las últimas veinte horas. El lugar huele a humo de cigarrillo y el techo está casi cubierto de mierda de mosca.

—La habitación para dos con cama de matrimonio cuesta...

Deja de hablar en cuanto pongo la fotografía en el mostrador.

—¿La has visto? —le pregunto.

—Mira, colega, por aquí vienen montones de policías, padres de familia y proxenetas. Siempre buscan a alguien, y a todos les digo lo mismo: «Nada es gratis».

—Vaya, eso es muy noble por tu parte —le digo—, un alma caritativa de verdad.

—La caridad no paga las facturas —dice.

—Ni provee de camisas nuevas. No te voy a dar veinte pavos para que me digas que no está aquí.

—Y yo no te estoy pidiendo veinte. Te pido cincuenta, y me los vas a dar.

—¿De verdad?

—Sí, porque la he visto —dice. Se mete la mano debajo de la camisa y se rasca uno de los pezones de un modo que hasta al más gay lo volvería hetero—. Y siempre con el mismo chico, además. Esta parte de la información ha sido gratis, como un gesto de buena voluntad, ¿sabes? Cincuenta pavos te darán más.

—Si la has visto, eso significa que está aquí o que acaba de irse —digo—. Podría empezar a derribar puertas y echar un vistazo.

—Buena observación —dice. Baja la mano y la pone en un bate de béisbol. Con un rotulador, alguien ha escrito «Persuasor» a lo largo del bate—, pero permíteme rebatir tu argumento con esto. Mira, si fueras

policía, ya me lo habrías dicho, ya me habrías mostrado tu placa. Un policía habría llegado aquí con un coche que valiera más que la gasolina que lleva en el depósito. Por otra parte, este amigo mío —levanta un poco el bate para dejarlo más a la vista— y yo creemos que, como mucho, derribarías una puerta. Así que, ¿qué va a ser?

Miro el aparcamiento a través de la ventana. Hay una docena de habitaciones, pared con pared, en forma de L: seis de norte a sur y seis de este a oeste. Cuatro de ellas tienen coches aparcados fuera.

—No tengo cincuenta dólares —le digo—. Ya has visto mi coche.

—Entonces, no tengo ni idea de quién es la chica.

—Gracias por tu ayuda.

Salgo. El aire puro es un alivio después de haber estado ahí dentro. Es casi la hora del almuerzo y mi estómago está sobreactuando, en un intento de convencerme de que moriré si no como algo pronto. Si me sobraran cincuenta pavos, los gastaría en comida antes de dárselos a Pezones Peludos. Los que sí me sobran son cinco segundos de camino al coche, así que los invierto en activar la alarma contra incendios. Se abren las cortinas de las habitaciones y los rostros se agolpan en las ventanas. En la segunda del ala este-oeste, contando desde el final, está la cara de Lucy Saunders. Saco el móvil de mi bolsillo y llamo. Nadie ha salido corriendo de su habitación al oír la alarma. El único que aparece es el gerente, que me mira furioso. Trae consigo a Persuasor. Va sopesando si quiere usarlo contra mi coche, pero, al final, decide que el impacto devaluaría más su bate que mi vehículo. Enseguida tantea si usarlo conmigo. Me quedo en el coche, mirándolo con deseos de que vuelva dentro. Y eso hace, afortunadamente.

A los dos minutos aparece un camión de bomberos. La sirena suena con fuerza, aúlla y me provoca el comienzo de una jaqueca. El camión se detiene en el aparcamiento y las sirenas se apagan. Después, no parece ocurrir nada. Unos minutos más tarde sigue ahí, con un montón de bomberos de pie bajo la lluvia, cuando aparece Schroder con dos coches patrulla. Desde el interior de mi coche —solo funciona el limpiaparabrisas del lado del conductor—, veo cómo el equipo de Schroder se acerca a la habitación del hotel. Él toca la puerta. Un minuto después, Lucy y su novio van de camino a la parte trasera del coche patrulla, esposados. Siguen charlas con el gerente del motel y los bomberos. Luego, Schroder se desliza en el asiento del pasajero de mi coche y lo empapa. Ambos nos quedamos mirando a los bomberos, con quienes las putas locales ya charlan.

—Buen trabajo —dice Schroder—. Te las has arreglado para cabrear solo al gerente del hotel y al departamento de bomberos, y

eso, todo hay que decirlo, es bastante bueno viniendo de ti.

—Te agradezco el cumplido.

—Diablos, solo agradezco que no hayas tenido que matar a nadie.

—La vida es un proceso de aprendizaje —le digo.

—¿Sigues pensando en venir esta tarde?

—Te dije que lo haría.

—No hace falta, y lo sabes. No es que te cayera bien, y él, sin la menor duda, no tenía nada bueno que decir de ti.

—Lo sé —replico—, vaya asunto de mierda. —Recuerdo la última vez que vi a Bill Landry. Fue el año pasado. Me acusaba de haber asesinado a dos personas. Pero tenía razón solo a medias. Hace una semana, Landry se puso a seguir algunas malas pistas. Sacó conclusiones erróneas y terminó pagando el precio más alto de todos. Hoy es uno más entre los policías que han muerto en el cumplimiento de su deber, otro dato en un mundo donde las malas estadísticas no paran de subir.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—¿Por qué?

—Te estás frotando la cabeza.

Me quito la mano del costado de la cabeza, donde, bajo el pelo, hay una hendidura y una cicatriz. No me había dado cuenta de que me la estaba frotando. Hace seis semanas, un hombre intentó matarme estrellándome ahí un frasco de vidrio que contenía un pulgar amputado. Desde entonces, he tenido algunas jaquecas bastante fuertes. Por suerte, esta ya está a punto de irse.

—Estoy bien —le digo.

—Deberías ir al médico.

—¿Cómo va mi solicitud? —pregunto.

—No va a ser un procedimiento fácil, Tate. Hay demasiadas cosas malas en tu pasado.

—Y la gente abandona el barco todos los días —alego—. Dentro de un año, no quedará ningún policía. No sé por qué no puedo entrar y ocupar el lugar de Landry.

—¿De verdad? ¿No te das cuenta de por qué eso no funcionaría?

—Era solo un ejemplo —le digo, a sabiendas de que ningún policía muerto puede ser reemplazado—. Pero al cuerpo le hacen falta buenos policías, y, digan lo que digan, Carl, yo era bueno.

Él suspira.

—Lo eras. Pero la cagaste y te convertiste en uno malo. Mira, te estoy apoyando, ¿vale? Hago lo que puedo. De verdad, creo que el cuerpo estaría mejor contigo de su lado que en contra. Es más: creo que la ciudad estaría mejor. Pero la solicitud lleva su tiempo y,

aunque la aceptaran, aún habría un montón de condiciones. Una de ellas será el examen de aptitud física, y, por Dios, Tate, en eso no me inspiras ninguna confianza. ¿Has comido algo esta semana?

—Necesito el trabajo, Carl.

—Hay montones.

—No, no los hay. Necesito este. No sé hacer ninguna otra cosa.

Él asiente con la cabeza antes de salir de nuevo a la lluvia. Su mirada es la misma que solíamos dedicar a los drogatas en los viejos tiempos.

—Ve al médico —me dice, y cierra la puerta.

En el asiento de atrás del coche patrulla, Lucy y su novio miran al frente, hacia el futuro, mientras el camión de los bomberos se aparta lento, con las luces apagadas. Desencantadas, las putas los ven partir. Giro la llave en el contacto y el coche no arranca; no lo hace de inmediato, sino al quinto intento. El tiempo, el coche moribundo, el entierro... Todo parece un mal presagio mientras conduzco por las calles mojadas de vuelta a casa.

Capítulo dos

Mi casa alberga los fantasmas de mi hija y mi gato, pero vivo con una hipoteca totalmente corpórea que me persigue. Fui policía, después investigador privado y luego delincuente, y ahora vuelvo a ser investigador privado, uno que tiene la esperanza de reincorporarse a la policía. Así da vueltas la vida. Pero no me basta. Necesito algo más que perseguir a maridos infieles. No sé hacer otra cosa que investigar. Eso y matar gente.

Paso una hora almorzando antes de ponerme mi único traje. Me queda holgado. A las dos y media, me incorporo al tráfico. La lluvia no ha amainado. La superficie mojada desdibuja las líneas de las calles y las hace invisibles. Me cruzo con señoras con grandes abrigos en las paradas de autobús y niños uniformados que llevan mochilas y charlan por el móvil. Treinta minutos es lo que tardo en llegar al cementerio donde está enterrada mi hija y donde solía trabajar mi sacerdote, antes de que, como el detective Landry, se convirtiera en un dato más para las estadísticas. El aparcamiento está lleno de coches, una muestra representativa de la sociedad. Tengo que aparcar a dos manzanas y volver andando. Los canalones están atascados de hojas. Las más frescas son rojas; las más viejas, marrones y se están convirtiendo en lodo. Un viento ligero rasga mi ropa. Otras hojas se arremolinan alrededor del aparcamiento. La mayoría terminan por descansar sobre las piedras, mientras que otras se quedan atascadas en los bordes inferiores de los parabrisas. Y la lluvia no para de caer.

Mal tiempo para un entierro.

Los funerales de policías son siempre grandes acontecimientos. Hay furgonetas de prensa aparcadas al frente, pues los periodistas son los primeros en llegar. Me apuntan con sus cámaras antes de volverse hacia otro lado. Supongo que es bueno que la muerte de un policía siga siendo un suceso lo bastante importante como para cubrirlo. Sin embargo, seguro que le darán un enfoque distinto; es lo que diferencia a los periodistas de los monos. Subo los escalones de la gran puerta principal, sacudo mi paraguas y lo cuelgo con la chaqueta. La iglesia tiene más de cien años y está hecha de roca maciza con mortero blanco. Sus vidrieras tienen tanto polvo como color. Solo está medio llena, pero siguen entrando personas detrás de mí en un flujo constante, mientras que fuera hay pequeños grupos apiñados que se

fuman el último cigarrillo antes de que comience la ceremonia. Schroder charla con una atractiva mujer de unos treinta y cinco años. Me descubre y viene a mi encuentro, y el espacio que deja lo ocupa otro tipo que, con una enorme sonrisa, comienza a charlar con la mujer.

—Me alegro de que hayas venido —dice Schroder—. Ven —añade.

Lo sigo hasta la entrada de la iglesia, donde me presenta al padre Jacob, el sacerdote que el año pasado reemplazó al padre Julian después de que a este le abrieran la cabeza con un martillo y le cortaran la lengua.

—Bienvenido a Christchurch —le digo.

Jacob estrecha mi mano.

—He oído hablar mucho de usted —dice. Tiene alrededor de sesenta y cinco años, pelo más cano que negro y un rostro demacrado que descansa sobre un cuerpo que podría ocultarse tras una farola. Sus uñas están manchadas de nicotina y hay borrones rojos en su cara, alrededor de la nariz, como si sufriera una reacción alérgica al frío.

—Algo bueno, espero —le digo.

—Alguna cosa sí —dice, y aquí es donde tenía que haber asomado la cálida sonrisa paternal, pero se queda en blanco—. Otras cosas bien valdrían la pena una visita al confesionario.

Tenemos que hablar alto para escucharnos por encima de la lluvia torrencial. La iglesia se llena; en su mayoría, de uniformados. Otros, como yo, visten de negro. Todos hablan en voz baja y los retazos de conversación que alcanzo a oír no tienen que ver con Landry, sino con el tiempo, con otros amigos o con el partido del fin de semana pasado. La primera fila está reservada para la familia y las exmujeres de Landry. Son tres y parecen llevarse bien. Tienen en común haberse casado con él. Acompaño a Schroder hacia el fondo de la iglesia y termino sentado junto a la mujer con la que él estaba charlando hace un rato. Ella está leyendo el programa del funeral, que tiene a Landry en la portada y algunos himnos en el interior. A un lado del ataúd hay un cartel con la fotografía de Landry, que mira muy contento desde algún recuerdo que uno o dos de los presentes pudieron haber compartido con él.

Justo a las tres y media, el padre Jacob sube al púlpito y la sala guarda silencio. A la iglesia no le vendrían mal unos calefactores; incluso, algo de pintura. Los asistentes se frotan las manos para entrar en calor. Es difícil para un hombre resumir la vida de quien no ha conocido, pero el padre Jacob hace un buen intento, ayudado por un montón de tópicos sobre el amor, la pérdida, la vida y el gran plan de Dios. Enseguida, debemos ponernos de pie y cantar uno de los himnos.

Al terminar el canto, Jacob deja libre el púlpito para que otros suban a hablar. La hermana de Landry se pone delante de nosotros y apenas consigue pronunciar tres palabras antes de romper a llorar y de que, entre abrazos, la escolten de vuelta a su lugar. Algunos suben y lo hacen mejor, pero a otros les ocurre lo mismo que a la hermana, mientras Landry yace ahí todo el tiempo, sin enterarse de nada. El féretro está cerrado, dado que la muerte no ha sido tan bella como un ataque al corazón. Le pegaron varios tiros. Hollywood lo habría salvado. Lo habría dotado de protección y armamento, junto con una fuente de energía, para que siguiera pateando culos y luchando contra el crimen. En cambio, si Christchurch se hubiera encargado de salvarlo, lo habría hecho con plásticos reciclados, le habría pagado el salario mínimo y le habría dado como arma una toalla mojada y enrollada.

Sube al estrado otro detective, el agente Watts. Sonríe a la multitud y se queda casi diez segundos sin decir nada, y yo sé que está conteniendo las lágrimas y tratando de vencer el miedo a hablar en público. Por fin empieza. Cuenta que Landry y él solían gastarse bromas pesadas. Eso es algo que yo no sabía del difunto, y me cuesta trabajo imaginarlo en ese papel. Watts cuenta que una vez les encargaron una operación de vigilancia y que él untó betún para zapatos en los prismáticos de su compañero. Una hora estuvieron sentados en el coche y, durante todo ese tiempo, Landry tuvo círculos negros alrededor de los ojos. Nos dice que la broma funciona exactamente igual que en la televisión. Luego narra que los mandaron a un restaurante chino, a unas cuantas manzanas de ahí, por un atraco a mano armada. Delante del restaurante lleno de clientes, Landry estuvo tres horas tomando declaraciones sin que nadie se lo dijera.

La parroquia ríe. Schroder se une a ellos, al igual que la mujer que tengo al lado, así que yo también. No es una historia divertida, pero en este momento es lo más gracioso que cualquiera de nosotros ha oído jamás.

—Tuvo su revancha la noche siguiente —dice Watts—. Llevábamos varias noches con esa vigilancia, así que, cuando volvimos a las oficinas, me quedé dormido en mi escritorio. Me pegó la cara a la mesa.

El funeral dura noventa minutos. No dejo de ver el ataúd, preguntándome cómo la vida de un individuo puede caber en algo tan pequeño, cómo todo lo que él ha sido ha dejado de existir. Nos reunimos fuera, en el aparcamiento. La lluvia amaina mientras esperamos el féretro. Lo han puesto en la parte de atrás de un coche fúnebre, que se adentra en el cementerio cada vez más. Caminamos

bajo la llovizna, con las chaquetas puestas y los paraguas desplegados, hasta reunirnos de nuevo. Esta vez, en torno a la porción de tierra donde Landry descansará. El sacerdote comienza de nuevo. Me preocupa que se alargue otros noventa minutos, pero tarda solo cinco: polvo eres y en polvo te convertirás.

Ya no llueve. Los paraguas se han sacudido y vuelto a plegar, pero empieza a oscurecer. Unas cuantas personas ya se han marchado, y la tendencia se impone. Vuelvo a mi coche y me encuentro con un folleto enganchado en el limpiaparabrisas. Es el anuncio de un prostíbulo de la ciudad: «Trae el vale y "entra" pagando solo la mitad». Todos tratamos de salir y el tráfico se congestiona. El cortejo fúnebre nos lleva a la ciudad, donde nos dividimos en busca de una plaza para estacionar el coche. La mayoría nos dirigimos a un edificio de aparcamientos cercano. Los neumáticos chirrían en las pendientes. En las paredes hay muchas marcas de pintura de coches que, a lo largo de los años, han hecho giros demasiado cerrados. Dejo el mío cerca del punto más alto y bajo por las escaleras. Abajo me encuentro con un vagabundo que trata de venderme a Jesús por el precio de una cerveza.

El Popular Consensus es un club nocturno que está cerca de The Strip, una hilera de bares que funcionan como cafés y restaurantes durante el día, pero que, después de las nueve, doblan jornada como clubes nocturnos. El dueño es el hermano de Landry. El club está a unas cinco horas de llegar al momento cumbre del negocio, con los miles de adolescentes alcohólicos que, de noche, deambulan por esta ciudad. Pero, por ahora, las puertas se han abierto para quienes conocimos a Landry. En las mesas nos han puesto rollos de salchicha y sándwiches, y hay barra libre. En casi todas las superficies planas hay una fotografía de Landry. Observo una imagen de nuestros días en la academia: él, Schroder y yo, uno al lado del otro, con menos entradas. Las barrigas de Landry y Schroder no se ven tan redondas como ahora, y pienso que Landry ya no tendrá que preocuparse por estas cosas. Todas las luces del club están encendidas. Nos hemos sentado a lo largo de la barra y en los reservados para compartir historias y lágrimas.

Schroder me entrega una bebida.

—Toma —me dice.

—No hace falta —le digo.

—Solo es zumo de naranja —dice, y se lo cojo. Echo un vistazo de añoranza a su cerveza, la cual saborea, y eso me recuerda cómo la cerveza y sus congéneres me metieron en problemas el año pasado. Mira la foto y dice—: Es como si hubiera transcurrido toda una vida.

—Ni siquiera recuerdo a la mitad de esta gente —le digo.

—Landry es el primero.

—¿Eh?

Vuelve a señalar la fotografía con el rostro.

—De todos los de la foto, es el primero al que han matado.

Tomamos un sorbo de nuestras bebidas y dedicamos unos cuantos segundos a examinar lo que acaba de decir, a preguntarnos si será el último, a preguntarnos si los otros terminarán jubilándose en unos cuantos años o renunciando ahora. Se enciende un equipo de música y los Rolling Stones empiezan a tocar en la barra. Era la banda favorita de Landry y es también una de las mías.

—¿Qué diablos hacía trabajando solo? —pregunto.

Él se encoge de hombros antes de salir con una respuesta que yo no esperaba.

—El forense ha dicho que tenía cáncer.

—¿Qué?

—Habría muerto antes de fin de año. Creo que simplemente se hartó de ver lo que ocurre en esta ciudad. —Se lleva la cerveza a la boca y vacía la mitad—. Intentó cambiar las cosas por su cuenta, y por eso lo mataron.

Volvemos a la barra. Cada detective está tratando de beber lo suficiente como para hibernar durante los próximos meses. El hermano de Landry parece más disgustado con la cuenta que tendrá que cubrir que con el asesinato de su hermano. Por lo visto, desearía haberle puesto al *whisky* más agua de la que ya tiene. Schroder va a por otra cerveza y la apura antes de que yo haya bebido un tercio de mi zumo. Todas las voces suenan cada vez más alto y, de una y otra dirección, nos llegan retazos de historias. Cuanto más se bebe, más se alejan esas historias de Landry y más se acercan a Christchurch: el tiempo, el índice de criminalidad y los *boy-racers,* esos chicos que participan en carreras ilegales y conducen a toda velocidad y de manera muy agresiva. Han hincado el diente a la ciudad y no la sueltan. Por las noches, cierran las calles para correr con sus brillantes y coloridos coches de suspensión rebajada, modificados para lucir guais y ser muy ruidosos. Las conversaciones se vuelven más oscuras a medida que la primera hora se convierte en la segunda; las palabras se arrastran y se lanzan teorías sobre cómo hacer de esta ciudad un lugar mejor y a quién hay que matar para conseguirlo. Schroder se termina su tercera cerveza mientras yo empiezo mi segundo zumo. Otros policías se acercan a charlar con nosotros. Surgen muchos «Vosotros habéis estado con él en la academia, ¿verdad?», además de «Deberías reincorporarte a la policía, Tate» o «Lo último que necesita el cuerpo

es que vuelvas». Apuro mi bebida, sin ganas de otra cosa más que largarme de aquí, preguntándome cuántas de estas personas se cabrearían conmigo si me reincorporara al equipo.

—¿Cómo va todo en el caso de Melissa X? —le pregunto a Schroder.

Él empieza a beber otra cerveza y, durante algunos segundos, le da unos cuantos sorbos lentos antes de dejarla sobre la barra.

—Es como perseguir a un fantasma —dice.

Melissa X es la socia del Tallador de Christchurch, un notable asesino en serie que ahora está en la cárcel. Sigue suelta... y matando. Cuando salí de la cárcel, en febrero, Schroder estaba ahí para recibirme en el aparcamiento, con el expediente de Melissa X en el coche y la necesidad de recabar toda la ayuda posible. Averiguamos su verdadera identidad. En realidad, se llama Natalie Flowers, pero empezó a llamarse a sí misma Melissa hace tres años, después de que la atacara y violara un profesor de la universidad. Desde entonces, ha torturado y matado a, por lo menos, media docena de hombres; el último de ellos, hace siete semanas.

—¿Ninguna novedad?

—Hemos hablado con todos sus amigos, con toda su familia. Nada —dice—. La hemos rastreado entre cirujanos y clínicas, por si se hubiera sometido a alguna cirugía estética, pero no ha habido nada. Es como si se hubiera ido de este planeta. Y, justo cuando empiezas a creer que podría ser verdad, mata a alguien más.

—Eso parece —le digo. Yo también tengo el expediente y lo miro todos los días, lo mismo que Schroder, solo que estudiar esos documentos no me ayuda a pagar las facturas.

—La atraparemos —dice—. Puedo prometértelo.

La mujer junto a la que me senté en el funeral nos ve y se acerca. Schroder se pone de pie y le sonríe. Yo hago lo mismo.

—Theodore Tate, te presento a la detective Kent —dice.

—Rebecca —dice ella, mientras estrecha mi mano.

Rebecca es unos cuantos centímetros más baja que yo, unos cuantos kilos más ligera y tiene, probablemente, menos problemas en este mundo. Es atlética y atractiva. Ni Schroder ni yo podemos dejar de sonreírle. El pelo negro le llega a los hombros y se lo peina hacia atrás.

—¿Trabajas con Schroder? —le pregunto.

—A la detective Kent la acaban de trasladar desde Auckland —dice él—. Solo lleva una semana aquí. Era una de las mejores allí, así que somos afortunados de que esté con nosotros.

Ella sonríe.

—Tengo suerte de estar de vuelta —dice—. Nací y crecí en Christchurch.

—¿De verdad? —pregunto—. ¿Cuándo te fuiste?

—Justo después de la academia de policía —explica—. Me enviaron a Auckland hace diez años y, desde entonces, he estado tratando de volver.

—Eso me recuerda —dice Schroder, volviéndose hacia mí— que han aceptado a Emma Green en la academia.

—Me enteré de que había presentado una solicitud —le digo.

—Emma Green. ¿Por qué me suena ese nombre? —pregunta Rebecca.

—Es la chica a quien secuestraron a principios de este año —dice él—. Tate la encontró.

—Ah, claro —exclama ella—. La misma chica que tú... —empieza a decir, pero no termina la frase.

Emma Green es la misma chica a quien atropellé con mi coche el año pasado cuando estaba borracho; la razón por la que fui a la cárcel.

—Lo siento —dice ella—, qué tonta soy. Llevo tres *gin-tonics* de más. —Hace girar los hielos en el fondo de su vaso vacío.

—No es culpa tuya. Fui yo el que estuvo haciendo el idiota el año pasado —le digo. No estoy seguro de qué sentir con esto de que Emma se haya unido al cuerpo.

—Bueno, eso ha quedado atrás —dice Schroder.

Toma otro sorbo de cerveza y la conversación da un giro. Rebecca va a por otro *gin-tonic* y vuelve. Empezamos a hablar de la familia de Schroder. Él saca la cartera y me muestra fotografías de su hija y de su hijo de seis meses. Nunca lo había visto. A la niña sí, montones de veces, pero hace algunos años que no. Rebecca sonríe con las fotos y le dice a Schroder que sus hijos son una monada. Luego comenta que ella no tiene hijos, pero sí dos gatos. Ríe diciendo que entiende cuánto trabajo debe suponer para él.

Schroder nos está contando que su hijo se las arregló para meterse algo en la oreja cuando suena su móvil. No lo encuentra a la primera, así que tiene que palparse los bolsillos. Contesta y oigo que suena otro móvil. Y otro más. Los detectives de toda la sala se palpan los bolsillos. Luego hay un coro de gente que dice su propio nombre, incluida la detective Kent. La sala se queda en silencio mientras los detectives escuchan. Schroder ha puesto una mano en la barra para mantenerse firme. Mira fijamente su cerveza y luego la aparta despacio. Rebecca deja su nueva bebida —todavía sin tocar— sobre la barra. La gente empieza a colgar. Entonces suena otra ronda de teléfonos móviles de un nuevo grupo de detectives. Las noticias fluyen

desde algún lugar. Hay quienes se terminan la bebida de un trago y se dirigen a la puerta; otros van al baño. Schroder cuelga.

—Consíguenos unos taxis —pide al camarero.

—¿Qué pasa? —le pregunto de camino a la puerta.

—Estás sobrio, ¿verdad?

—Sí.

—Y tu coche está por aquí, ¿verdad?

—Verdad.

—Llévame y te lo explicaré por el camino.

Capítulo tres

Caleb Cole está emocionado. Duda que el viejo se acuerde de él, pero conseguirá recordárselo con algunas explicaciones. No está seguro de qué regalarle; se pregunta si unas flores serán apropiadas, pero, de inmediato, decide que resultaría un poco extraño. Aparecer con las manos vacías sería igual de raro, así que se ha decidido por un paquete de seis cervezas, y le ha parecido perfecto. No tenía ni idea de lo que bebía Albert, pero supuso que, a la edad del hombre, eso no sería demasiado relevante. Cerveza, vino... Una cosa sabe igual que la otra cuando tienes casi cien años, dedujo. No es que Albert fuera un centenario, pero desde luego estaría más cerca de los cien que de los cincuenta.

Aparca delante de la residencia de ancianos. No sabe si su entrada en coche será suficiente para despertar a la mitad de los residentes —aunque apenas sean las siete y media de la tarde— o si será como despertar muertos, lo cual, en un lugar así, sería un truco bastante ingenioso. Coge las cervezas y se alisa la camisa limpia que se ha puesto hace apenas media hora, después de la ducha. La lluvia va y viene; en un momento está aquí, pero, al siguiente, ya se ha ido.

Nunca había puesto un pie en una residencia de ancianos. Nunca había tenido la necesidad. Sus padres vivieron en una durante casi diez años, hasta su muerte, pero él nunca los visitó, y no había tíos ni tías con quienes estuviera en contacto. Sus abuelos... Bueno, la mitad estaban muertos antes de que él naciera y la otra mitad, poco tiempo después. De un vistazo, la residencia de ancianos parece justo lo que es: un lugar de transición para ancianos que están entre este mundo y el que sigue. Todas las viviendas son de ladrillo con ventanas de aluminio y están bien aisladas. Se mantendrán calientes durante el invierno, mientras que, durante el verano, cocinarán cualquier cosa que tengan dentro, pero todas se ven iguales. Caleb se debate durante algunos minutos tratando de averiguar exactamente a cuál debe ir. En algún momento llegó a creer que este era el tipo de lugar donde él y Lara terminarían viviendo. Los chicos se cansarían de cuidarlos y los llevarían a una residencia. Entonces él y ella se harían viejos juntos, temiendo el día en el que alguno se pusiera malo, cogiera una neumonía o, para complicar las cosas, una infección pulmonar; y luego se dirían adiós.

Encuentra la vivienda correcta. Hay luces en el interior. Caleb está nervioso. Se mete las cervezas bajo el brazo y llama a la puerta. Puede oír la televisión dentro, pero nada más.

Vuelve a llamar.

—¿Albert?

Nada. Rodea la vivienda y se asoma a través de una rendija en la cortina, por donde puede ver el salón. Albert está de espaldas a él, hacia la televisión, de la que ambos tienen una visión clara. Resulta que, en estos días, el mundo está lleno de *reality shows.* El visitante se pregunta si, algún día, podría hacerse un programa así con su propia vida, pero decide que lo más probable es que no. A falta de una mejor expresión, sería demasiado real. Albert está sentado en un sofá con motivos florales. Junto a él hay una máquina que parece un deshumidificador, solo que tiene un tubo transparente que sale de la máquina y le suministra oxígeno.

Caleb da golpecitos en la ventana.

Albert da un pequeño respingo y se vuelve hacia el lugar de donde ha venido el ruido. Es obvio que no alcanza a ver nada más allá de la ventana, así que Caleb, después de dar más golpes en el cristal, se dirige a la entrada. Llama y espera. A los pocos segundos, la puerta principal se abre.

—¿Sí?

—¿Es usted Albert McFarlane? —pregunta Caleb.

—Sí, soy yo —contesta Albert. Es calvo y sus orejas están un poco más separadas de lo normal, dado que el tubo de oxígeno pasa por detrás de ellas hasta meterse en la nariz, que está roja y da la impresión de estar irritada. Cuando habla, Albert resuella, y el esfuerzo lo hace resoplar. Apoya un dedo en el puente de las gafas y se acerca estas un poco más a los globos oculares, tan cerca que las lentes casi los tocan. Entrecierra los ojos mientras trata de enfocar todo lo que ve ahora.

—Soy Caleb Cole —dice el visitante—. ¿Se acuerda de mí?

—¿Acordarme de usted? —Albert se inclina hacia delante y lo mira mejor—. ¿Es uno de mis nietos?

Caleb niega con la cabeza.

—No. ¿Me permite entrar?

—¿Está tratando de venderme alguna cosa, hijo?

El visitante levanta la mano que lleva las cervezas.

—No, solo he venido a cotillear —dice, convencido de que esa expresión hará que Albert se sienta contento.

—Ah, vaya, eso está muy bien, hijo, pero aún no sé quién es usted, además de que ya no bebo cerveza. Órdenes del médico. Pero, diablos,

no es que tenga mucho que hacer, así que, por supuesto, entre.

Albert se hace a un lado y Caleb entra y cierra la puerta. La ropa cuelga del cuerpo del anciano como si este fuera una percha. Él entrecierra los ojos en un intento de ver más allá de las cataratas que nublan su visión. No tiene buen aspecto. Caleb ha visto enfermos de cáncer, y eso es lo que parece que tiene Albert.

—Siéntese —dice Albert—. ¿Quiere un café?

—Sí, gracias —responde Caleb. Deja las cervezas en la mesita de centro y se hace el propósito de llevárselas, dado que Albert no las quiere. Sigue al viejo a la cocina, que no está lejos, ya que forma parte del salón. El tubo del oxígeno parece ser lo bastante largo como para colgar a una persona unas cuantas veces.

—Hace pocos minutos que la tetera terminó de hervir —dice Albert. Enseguida, saca una taza de la alacena—. ¿Cómo lo quiere?

—Negro, bien cargado —dice Caleb—. Sin azúcar ni leche.

—Vale, puedo hacerlo.

Es una casa pequeña. Desde el espacio entre la cocina y el salón puede verse el pasillo. No hay ningún misterio en la distribución: un dormitorio, un aseo, un cuarto de baño y no mucho más. Parece una vida solitaria, y Caleb supone que las cosas se ponen así cuando llegas a esa edad. No es algo que la gente celebre a lo grande. Diablos, ni siquiera nadie lo ha visto entrar aquí, y nadie lo verá salir sin duda. En esta comunidad, la gente alcanza a ver a unos diez metros por delante y a unos cincuenta años por detrás, y poco más.

—¿Cómo me ha dicho que se llama? —pregunta Albert.

—Caleb Cole —contesta él.

—Y se supone que nos conocemos —dice Albert.

Cole contempla algunas de las fotografías que hay en la habitación.

—¿Esta es su familia? —pregunta. En la mayoría de las fotos hay una mujer que envejece al mismo ritmo que Albert, para después desaparecer. Hay hijos y nietos. El salón está lleno de objetos de toda la vida. En una mesita, a un lado del sofá, hay un teléfono inalámbrico. Es grande y pesado, quizá uno de los primeros que se fabricaron. La televisión está en silencio, pero la máquina de oxígeno zumba como una nevera. Caleb se pregunta cómo lo hace Albert para dormir con eso funcionando.

—Sí.

—*¿Los ve con frecuencia?*

—Bah, tiene que estar de broma. Tome —dice Albert, mientras desliza hacia el visitante, a lo largo del banco, una taza de café.

Hace calor. Caleb coge la taza y acompaña a su anfitrión al salón.

Deja el café en la mesilla, a un lado de las cervezas.

—Caleb Cole —dice Albert. Toma un sorbo de su propio café, que ya estaba ahí cuando llegó el visitante.

—Así es —dice este. Levanta la taza y sopla para enfriarla.

En la televisión, la gente está coreando algo, le gritan a alguien: «Salta, salta, salta». Quizá, la televisión de la vida real no es otra cosa que gente de pie en los tejados. La habitación está caliente. Un ventilador suspendido, pegado al techo, hace circular despacio el aire cargado de humedad. Si el futuro que supuestamente lo espera llegara a hacerse realidad, él no sabe si viviría en un lugar como este.

—Para serle franco, no me suena.

—Piense en el pasado —dice Caleb—. Hace diecisiete años.

La expresión del rostro de Albert cambia y frunce el ceño.

—¿Diecisiete años? Madre mía, hijo. Con suerte, podría recordar las últimas diecisiete horas.

—Hubo un asunto legal en el que usted estuvo implicado.

—¿Un asunto legal? Se ha equivocado de persona, hijo, no soy abogado. Era profesor, y muy bueno. Algunos de mis estudiantes me siguen escribiendo. Tengo cartas, montones, quizá dos docenas de cartas de niños que han crecido y han hecho algo de sí mismos. Ah, diablos, de ahí es de donde lo conozco, ¿verdad? Usted era estudiante. ¿De qué curso, hijo? ¿Cuántos años tiene?

—Cincuenta —dice Cole—, cumplidos el año pasado.

—¡Cincuenta! Vaya, entonces no hay modo de que sea uno de mis nietos, y no veo cómo pude haberle dado clases —dice—. Debe haberse equivocado de profesor. ¿A qué me ha dicho que se dedica? ¿Es abogado? ¿Qué tipo de abogado?

—No, yo también era profesor.

—¿Profesor? ¿Daba clases de Derecho?

—Enseñaba en el instituto. Al menos, eso hacía, pero lo dejé hace quince años.

—Ah, eso hacía yo. Lo hice durante más de cuarenta años. Usted debía tener diez cuando empecé, si las matemáticas no me fallan, lo que significa que... Ah, diablos, usted pudo haber sido uno de mis estudiantes. ¿De ahí lo conozco?

Caleb niega con la cabeza.

—No. —Sigue soplando al café, enfriándolo—. Usted estuvo en un caso —dice— hace diecisiete años. Participó en un juicio. Fue testigo de moralidad.

—¿Testigo? Uy, me está recordando cosas. Hace muchos años que no pensaba en eso. ¿Cuándo fue? ¿Hace veinte años?

—Diecisiete.

—¿Diecisiete? Bueno, si usted lo dice. Qué caso tan terrible —dice—. Fue mi primera y última vez en un tribunal. No me gustaría volver nunca más. Pero ¿qué podía hacer? Tenía que ir. Y esa pobre niña… —añade—, secuestrada y… todo lo que el tipo le hizo mientras la retuvo durante una semana. La chica sobrevivió por pura suerte. Ese joven tenía algo. Hacía que te cagaras de miedo. Pero no fue su culpa, ¿sabe? Eso es lo que declaré. Había sido uno de mis alumnos.

—Lo sé.

Albert se inclina hacia delante y ajusta el flujo de la máquina de oxígeno. Gira el selector del tres al tres y medio.

—Lo que quiero decir es que era bastante obvio que tenía problemas mentales. Su madre… Vaya, lo que hizo con él. Le arruinó la vida. Lo volvió completamente loco. El pobre nunca tuvo la menor oportunidad. El mismo año en el que el chico estuvo en mi clase, ella le provocó un coma. Le dio una paliza de mierda. Él trató de volver al año siguiente, pero las cosas ya no funcionaron.

Caleb asiente. Por fin, el café se ha enfriado lo suficiente para tomar un sorbo. Cuando haya terminado, tendrá que limpiar la taza o llevársela.

—Así que usted subió al banquillo para decirles al juez y al jurado que él no había tenido la culpa.

El viejo lo mira con enfado.

—No fue así. Desde luego, subí para decirle a todo el mundo qué clase de niño había sido en el colegio. Tuve que explicar cuánto había cambiado a partir de la paliza, y, sí, por supuesto mencioné cosas de las que no era culpable. Él también era una víctima. No fui a declarar que lo que había hecho estaba bien. Si mal no recuerdo, lo encerraron de todos modos. Estuvo en un hospital, ¿no es así? El jurado lo declaró «no culpable» porque no era competente. No estoy seguro de cuántos años le ingresaron. ¿Diez? ¿Veinte, quizá?

—Dos.

—¿Dos? ¿Estás seguro, hijo?

—Muy seguro.

Caleb bebe. Mientras lo hace, mira por encima de la taza. Cuando ha dado cuenta de la cuarta parte, mira la bebida.

—Qué buen café, Al. ¿Tiene algún inconveniente en que lo llame Al? —Antes de que Al pueda contestarle, el visitante deja el café en la mesilla y se pone de pie—. Déjeme preguntarle algo, Al. Si lo matara en este momento, ¿usted cree que un jurado como aquel al que usted habló llegaría a la misma decisión? ¿Usted cree que me juzgarían incompetente y me ingresarían dos años?

—¿Cómo ha dicho que nos conocimos, exactamente? —pregunta Al, y

su viejo y cansado rostro exhibe una mueca de preocupación.

—Bueno, no lo he dicho, exactamente —contesta Caleb—, y la verdad es que no nos habíamos conocido hasta esta noche —dice. Se lleva la mano a la espalda, al mango del cuchillo que lleva metido en el cinturón, con la hoja plana y segura contra la columna vertebral. Lo saca—. Pero ya nos estamos conociendo, así que ¿qué opina de que le explique mi presencia ahora mismo, a ver si puedo hacerle recordar por qué solo fueron dos años y no diez? —dice, y entonces comienzan las explicaciones.

Capítulo cuatro

Ya hay taxis estacionados fuera del Popular Consensus. Se están llenando de policías y se marchan poco a poco. En las cunetas y la calle, el agua refleja las luces que provienen de todos los bares y farolas. No hay rastro de la luna, ni de una estrella siquiera, solo nubes sin fin. Ha dejado de llover por lo menos, pero la lluvia ya caída salpica las calles cada vez que un coche pasa delante de nosotros y da la sensación de que volverá. Nadie parece ser capaz de caminar en línea recta. No tengo ni idea de lo que ha ocurrido y, a menos que la llamada haya sido para evitar una inundación en una cervecería, a ninguna de estas personas se le debería permitir implicarse. Lo sabrían si estuvieran sobrios. Sospecho que lo saben hasta borrachos. El problema es que el cuerpo de policía no tiene suficiente personal, así que no quedan opciones. Lo que ha ocurrido, sea lo que sea, es lo bastante importante como para que todos estos detectives que estaban fuera de servicio se amontonen dentro de los monovolúmenes que van llegando.

—¿Vas a ponerme al corriente? —pregunto, mientras llevo a Schroder de vuelta al aparcamiento.

—Madre mía, de verdad que necesito ir a mear.

—Aquí te espero.

—No pasa nada. Puedo aguantar.

—¿A dónde vamos?

—Tengo que hacer otra llamada —dice, y saca el móvil. Cogemos el ascensor hasta la última planta y él va apoyado contra la pared durante todo el trayecto. Aparta el teléfono de la oreja y se queda estudiándolo cada pocos segundos—. No hay señal —dice.

Llegamos a mi coche.

Tira del cinturón de seguridad.

—¿Esto funciona? —pregunta.

—No lo sé. Nunca he llevado pasajeros.

—¿Perdiste una apuesta?

—¿Qué?

—Que si por eso conduces esta cosa.

—Estaré encantado de caminar si quieres.

—Quizá sea lo más seguro. Y lo más rápido.

—Y lo más húmedo. Solo dime a dónde nos dirigimos.

—A la residencia de ancianos.

—¿A cuál? —pregunto, mientras sorteo las rampas que conducen a la planta baja.

—¿A qué te refieres? Ay, mierda... Aguarda, déjame pensar un segundo. Es..., ah, joder, espera. —Se acuerda justo cuando está redactando un mensaje de texto—. Lakeview Homes. ¿Sabes dónde es?

—Escucha, Carl, no me parece buena idea que vayas.

—Apenas me he tomado un par de cervezas, Theo.

—Estabas empezando la cuarta. Y eso significa cuatro cervezas de más.

—Diooos, debí haberme ido con los otros.

—¿A qué? ¿A perder tu trabajo junto con los demás?

—Imposible. ¿Con quién diablos nos reemplazarían?

Lo entiendo. Me incorporo al tráfico y uno de los taxis cargados de policías me corta el paso. Por poco me arranca el costado del coche. Trato de pitarle, pero mi claxon no funciona. Vuelve a lloviznar un poco. Enciendo los limpiaparabrisas. El del lado de Schroder llega a su vértice con movimientos bruscos y cortos, se estremece en la parte más alta y muere. Schroder da golpecitos al parabrisas por dentro.

—Madre mía, Tate, ¿no pudiste encontrar algo mejor?

—¿Quieres explicarme de qué va todo esto?

—Ya lo sabes —dice—, ya sabes por qué muchos de nosotros hemos recibido la llamada.

Tiene razón, lo sé.

—¿Quién es la víctima?

—El tipo se llamaba Herbert Poole. Aparentemente, lo han mandado al infierno en pedacitos.

El tráfico se ha ido reduciendo desde que salimos del Popular Consensus, pero sigue siendo lento debido a la reciente lluvia. Delante de nosotros, los semáforos de la intersección se han quedado sin energía eléctrica. La mitad de los conductores despachan la intersección como una rotonda, mientras que la otra mitad tienen demasiada prisa como para preocuparse por ceder el paso. Las cunetas se desbordan. Son otros veinte minutos hasta la residencia Lakeview, tiempo que Schroder pasa con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento y cubriéndose la cara con una mano. La única señal de que sigue despierto son sus intermitentes episodios de hipo. La lluvia vuelve a desaparecer. Aún no se ve una sola estrella.

Por uno de los lados, la residencia Lakeview domina unos prados y bosques, ahora invisibles en la oscuridad. Más allá, y vacío a estas horas de la noche, hay un campo de golf que cuesta doscientos dólares la ronda. A este lado del bosque, la residencia mira a los barrios de las

afueras, con un largo camino de entrada que lleva a la carretera principal. A pesar de su nombre, la residencia no está cerca de ningún lago. La masa de agua más cercana es un gimnasio con piscina a seis manzanas. En la escena ya hay media docena de coches patrulla y un taxi. Algunos detectives se dirigen en fila al campo, se mueven detrás de los grandes árboles y vacían la vejiga. Cuando vienen de vuelta, los faros los ayudan a encontrar el camino.

—Madre mía —digo, y Schroder se sienta a echar un vistazo—. Todos los detectives del cuerpo están aquí, y todos borrachos.

—No es culpa nuestra. ¿Cómo íbamos a saber que hoy sucedería esto?

—Estadísticamente, iba a suceder. Siempre. ¿No tenéis a nadie de reserva?

—Vaya, Tate, quizá Landry no te caía bien a ti, pero a todos los demás sí.

—Carl...

—No te preocupes —dice, y me da una palmada en el hombro—. Aquí, yo soy el jefe, y ya te digo que contemplar un cadáver es una forma de devolverte la sobriedad.

—Y de perder el trabajo también. Lo mejor para tus colegas ahora mismo sería que volvieran a esos taxis y se largaran de aquí.

—Y estoy seguro de que entre todos lo resolveremos.

De momento, los detectives ya parecen estar resolviéndolo. Vuelven de detrás de los árboles y se apoyan en los taxis, ninguno de los cuales se ha marchado. En el grupo está la detective Kent. Tratan de decidir si aquí hay alguna línea que, de cruzarla, les supondría una reprimenda o, peor aún, el despido. Hay ancianos de pie tras las ventanas, iluminados de espaldas por las televisiones y las luces del comedor. Contemplan el espectáculo con la esperanza de estar a punto de recibir visitas.

—Joder, qué asco —dice Schroder, que acaba de ver a otro detective correr detrás de un árbol—, pero es mejor que mear en el jardín delantero —añade, y va detrás de él a hacer lo mismo.

Los agentes uniformados no saben cómo comportarse. Se debaten entre decirles a sus superiores que vuelvan a casa o dejarlos entrar y contaminar la escena del crimen. Los residentes y el personal tampoco están muy impresionados, y es cuestión de minutos que lleguen los periodistas. Esto terminará mal para Schroder y cualquier policía borracho que esté por aquí. Sobrios, todos se darían cuenta del error que significa permanecer en este lugar, pero ese es el problema con los borrachos: toman malas decisiones. Sobrios, todos sabemos que uno no debe conducir después de haber bebido, pero, cuando estamos

borrachos, conducir no parece tan mala idea. Y eso fue lo que me llevó a prisión el año pasado.

La residencia de ancianos está llena de viviendas que son casi pequeñas casas, aunque no exactamente. Los tejados son negros, mientras que las paredes están pintadas del mismo color que Bambi. Lego pudo haber sido la creativa imaginación que moldeó todo el complejo. Hay millones de flores por todos lados, tal como le gusta a la gente, solo que las flores están viviendo sus últimos días antes de que el tiempo frío les quite la vida. Hay cierta conexión entre las plantas y la senectud: en cuanto cumples sesenta años, debe ser obligatorio que te gusten las rosas y los rododendros. Lo único que, según puedo apreciar, impide que los ladrones irrumpan todos los días es el hecho de que no hay mucho que robar, a excepción de algunas colecciones de discos, recuerdos y ropa pasada de moda.

—¿Señor? —pregunta uno de los agentes, que se acerca a mí. Parece joven y nervioso, y esta podría ser su primera escena del crimen; o tal vez no, pero desde luego no es una en la que quisiera estar—. Usted parece ser el único detective que no está medio borracho.

Ni siquiera tengo que pensarlo. Empiezo a asentir.

—Dime qué tenemos aquí —le digo.

Lo sigo hasta una vivienda en cuyo exterior hay otros dos agentes. Veo un porche y un columpio, y todo está empapado. En un día bueno, los ancianos han de sentarse aquí a tomar limonada y hablar de la guerra, de lo lejos que ha llegado Christchurch, de los viejos tiempos. Los agentes conversan con un hombre de unos ochenta años. Se ve pálido. Probablemente se ha sentado en este porche innumerables ocasiones al sol, pero lo que ha descubierto hace media hora le ha borrado el bronceado. Un segundo tipo, treinta años más joven, tiene que sacudirse continuamente la lluvia que le cae del flequillo. Es más bajo y redondo, y no hace falta que lleve una placa con su nombre para saber que trabaja en la administración de la residencia, tal vez como director. Ya ha visto cadáveres —no se puede trabajar en un lugar como este sin presenciar una buena dosis de muertes—, pero, sin duda, la de detrás de la puerta número uno es una muerte distinta, una del tipo que requiere cinta amarilla para la escena del crimen, guantes de látex y personas en busca de pistas. Una muerte así suele venir acompañada de la necesidad de una fregona y un cubo. Lo mejor que se puede esperar es que venga con respuestas.

Sigo al agente, paso por debajo de la cinta y estoy en el porche. El suelo de madera se siente ligeramente blando bajo los pies. Schroder me llama, pero no lo espero. Oigo a todos los detectives hablando

junto a los taxis; discuten para decidir quién debe trabajar. Hablan en voz cada vez más alta mientras intentan ponerse de acuerdo en quién debe quedarse y quién no. Schroder tiene la última palabra.

—Justo así es como lo encontramos —me dice el policía. Sigue quitándose el agua de la nuca, donde siente un picor que no se irá.

—Las puertas estaban cerradas. La televisión y las luces, encendidas.

—¿Has tocado algo?

—Solo la manilla de la puerta —dice—. Pero el hombre que encontró el cuerpo probablemente haya tocado mucho más.

—Alguien tiene que acordonar esto —le digo—. Que no entre nadie por la calle. Pon gente en el campo para asegurarte de que tampoco llegue nadie por ahí. Pero con cuidado; por lo que sabemos, el asesino pudo haberse escapado por el campo y haberse dejado algo. Ahora mismo, el mayor problema son los medios de comunicación. Si vinieran y vieran esto —señalo con la cabeza a la turba alborotada junto a las furgonetas mientras se detiene otro taxi—, esta noche tendríamos un aumento en la tasa de desempleo de la ciudad.

—Sí, señor.

Entro. La casa es lo bastante pequeña como para no complicarse con un vestíbulo o un pasillo de entrada. La puerta da directamente al salón. En la televisión, un hombre y una mujer discuten sobre una comida. Uno acusa al otro de habérsela robado. Hay un corte y la mujer, sentada frente a la cámara, le explica al público que Derek es un imbécil, que el hecho de que hayan dormido juntos no significa que pueda comerse sus cereales. Derek aparece para contarnos lo perezosa que la dueña de los Cornflakes es en la cama.

Para apagar el televisor, tengo que rodear lo que ha hecho palidecer al anciano de fuera. Supongo que el muerto del sofá era uno de sus amigos. La ropa del muerto está cortada y manchada de sangre. Él mismo está manchado de sangre, como la mayoría de las superficies de la habitación. Es difícil saber cuántas veces lo han apuñalado. Cualquier cifra que pase de uno es mala, y, en su caso, yo diría que *lo malo* ha ocurrido una docena de veces, por lo menos. Hay marcas de sangre en el techo; ha salido despedida por el cuchillo. La hoja ha esparcido la sangre por las paredes y el techo del mismo modo que un artista extendería la pintura arrojándola al lienzo con el pincel. Hay sangre en el televisor, en la mesa de café, sobre la cena del hombre. Por la cantidad que se alcanza a ver y el charco en la base del sofá, si colgáramos al anciano de los pies, tendríamos suerte de llenar una taza. Con un marcador, alguien ha escrito algo en su frente.

No ha sido un robo frustrado ni una pelea sobre quién debe

aparcar delante: quien haya matado a este hombre ha puesto un montón de rabia al hacerlo.

Schroder llega a la puerta y hace un alto. Se agacha y se desabrocha los zapatos, que están cubiertos de barro. Al quitárselos, por poco se cae. Deja los zapatos a un lado de la puerta y se sube el bajo de los pantalones, que también están empapados. Entra y se sitúa a mi lado. Se mira los pies y se encoge de hombros. Ha tratado de disimular el olor a cerveza mascando un chicle de menta, pero, para que fuera una ilusión completa, su traje también debería mascar chicle. Mira el cadáver durante diez segundos antes de fijarse en mí.

—Dios, alguien lo odiaba de verdad —dice. Luego me pone una mano en el hombro por segunda vez en el día, se cubre la boca con la otra e hipa—. Mira, Tate, no deberías estar aquí —dice, y, antes de que yo pueda alegar nada, añade—: pero te lo agradezco. Solo necesito un poco de tiempo para ponerme las pilas. Los forenses están de camino. Llegarán en pocos minutos.

—¿Y los demás?

—Los demás se están atiborrando de café y pastillas de menta para empezar a hacer preguntas. Ninguno se acercará a menos de diez metros de esta habitación.

—Deberías enviarlos a casa, Carl, y tú también deberías irte a casa.

—Lo sé, pero, entonces, ¿qué? ¿Volvemos mañana con nuestros mejores deseos? Alguien tiene que quedarse aquí, Tate.

—Si se quedaran, podrían despedirlos a todos.

—Sí, y entonces el departamento tendría que contratarte, ¿no? Necesitan, como mínimo, a alguien que atienda los teléfonos.

—Bastará con que alguien se huela que estáis borrachos para que todo lo que encontréis sea desestimado en un tribunal —le digo.

—No estoy borracho, y si no hacemos nada ahora, en veinticuatro horas este caso podría acabar tan frío como mi última cerveza.

—No deberías estar aquí.

—Y tú tampoco. Pero soy realista, Tate, y ahora mismo sé que me viene bien tu ayuda.

—Esa declaración demuestra que estás borracho —le digo.

Schroder se agacha junto al sofá para ver bien la cara del muerto.

—Herbert Poole, con e al final, llevaba ocho años viviendo aquí —dice, y realmente parece sobrio. Por la puerta y a lo lejos, a uno de los taxis se están subiendo de nuevo algunos de los agentes, incluida la detective Kent. Quizá van a tomar un café y unos dónuts—. Muchos amigos, ningún enemigo; e incluso si a la gente de aquí no le caía bien, esta no es una buena forma de demostrarlo. Era más fácil

cortarle las rosas o una pata del andador. Las palabras pintadas en la frente de Herbert dicen: «No le diste suficiente importancia». Sin faltas de ortografía.

—¿Una exmujer, tal vez? —pregunto.

—No tenía. Era viudo.

—¿Una exnovia? ¿Un hijo con el que no se llevaba bien? Eso podría tener cien significados diferentes.

El salón está lleno de esas cosas sentimentales que, dentro de una o dos semanas, algún miembro de la familia empaquetará con la intención de exhibirlas, pero que, en su lugar, terminará guardando en un almacén. Hay fotos de hijos y nietos, de días en el parque, en la playa, de acontecimientos deportivos. Si la vida se pareciera más a una novela de Harry Potter, los personajes de esas fotografías estarían gritando y contándonos lo sucedido esta noche en esta sala. Encima de la mesita hay una lata de cerveza medio vacía y un plato de comida. Aparte de toda la sangre, el resto de la habitación parece inmaculado. En vida, Herbert Poole, con *e,* era un tío ordenado.

—Tiene dos hijos —dice Schroder—, según el gerente. La mujer murió hace unos diez años de un tumor cerebral. Hablaremos con los hijos. No sé, a lo mejor alguno estaba cabreado con su padre.

No decimos nada durante unos segundos. Dejamos que la tragedia de Herbert Poole y su familia se asiente.

—¿Se han llevado algo? —pregunto.

—Dios, Tate, todavía no puedo saberlo todo.

Herbert Poole tiene la cabeza inclinada hacia atrás mientras descansa sobre el apoyabrazos del sofá. Uno de sus brazos ha quedado debajo, inmovilizado, y el otro, en el regazo. El cuerpo está casi de lado. Mira hacia la pared, donde hay una fotografía de los que tal vez son él y su mujer hace cuarenta años, aunque los rasgos de la imagen no coinciden con los del rostro del muerto. Para Herbert Poole, probablemente era algo grato que mirar mientras la vida se le escapaba.

—¿Impresiones?, ¿ideas? —pregunta Schroder.

Observo las manchas en la alfombra.

—Hay huellas de sangre que van por el pasillo y luego vuelven —digo—. El asesino ha deambulado por la casa buscando algo.

Me entrega un par de guantes de látex.

—Pues ponte esto —me dice.

Atravieso el salón, con cuidado de no mancharme los zapatos de sangre, y salgo al pasillo. Las huellas conducen al cuarto de baño. Las paredes de la ducha están mojadas y hay unos pantalones y una camisa enrollados en el suelo. Los toco, levantando una esquina hasta

que puedo ver sangre. Junto a la ropa hay una toalla mojada. El asesino entró aquí y se duchó, se lavó la sangre y luego se cambió de ropa, pero salió con los mismos zapatos. Eso quiere decir que tenía un lugar a donde ir inmediatamente después, y no era su casa. Los forenses obtendrán pelo de la ropa. Encontrarán mucho ADN y, si el asesino tiene antecedentes, lo pillaremos. El problema es que el ADN tardará unas semanas. Otro problema podría ser que el asesino no tuviera antecedentes.

Vuelvo al vestíbulo. Hay más fotografías en el dormitorio, rostros de personas que aún no han recibido la noticia devastadora, que aún no saben que un hombre al que conocieron ya no está con nosotros. Paso de una foto a otra, personas al azar con pensamientos impredecibles; quizá una de ellas lo bastante impredecible como para haber hecho esto.

Abro cajones y curioseo. El cajón superior está dedicado por completo a paquetes de ropa interior sin abrir y pañuelos pulcramente doblados. Debajo, medallas de guerra que podrían pertenecerle a él o a alguien de su familia. En el armario hay un traje gris y muchas camisas, zapatos y corbatas de viejo. Reviso algunos recibos. Poole había comprado hacía poco unos discos de *jazz*, unas zapatillas nuevas, un par de libros de bolsillo. Hay cartas del hospital relacionadas con sus citas: Herbert Poole no era un hombre sano. Con los riñones y el hígado colapsados, el asesinato ha llevado a Poole a la tumba un par de meses antes de lo previsto, según leo en las cartas. Alguien no pudo esperar. Eso significa que no se trataba de ver muerto a Herbert Poole, sino de ser *responsable* de su muerte.

Vuelvo al salón. Poole sigue con la mirada perdida, como si no pudiera creer todo el alboroto que ha provocado. «No le diste suficiente importancia». ¿A qué? ¿A quién? Schroder habla por el móvil y se frota la cara con la mano libre. Fuera hay más coches patrulla y algunas camionetas. Los taxis han desaparecido junto con el noventa por ciento de la gente que vino en ellos. Veo técnicos forenses que se dirigen al porche. Llevan trajes blancos de nailon para no contaminar la escena, cosa que ya hemos hecho los demás. Se detiene otra furgoneta y baja de ella Tracey Walter, la forense. La mujer se para junto a la furgoneta y se recoge el pelo negro en una apretada coleta. Voy a la cocina y escucho a Schroder hablar por el móvil mientras los recién llegados se apoderan de la escena. Nadie me habla ni me presta atención. Hay una sensación de autoridad que hace diez minutos no existía. La gente lleva maletas de aluminio llenas de herramientas forenses. Instalan fuentes de luz alternativas: halógenos brillantes que ahuyentan todas las sombras. Un instante más tarde, me

encuentro en el único salón visible desde el espacio exterior. Tracey se acerca con cuidado al cadáver, como si temiera que este fuera a saltar y huir de sus frías manos.

Schroder cuelga. Antes de que pueda decir nada, su teléfono vuelve a sonar. Pone los ojos en blanco y esboza una sonrisa de disculpa. Salgo al porche, donde se ha congregado una multitud, y me entero de que una de estas personas es Bernard Walsh, el hombre que ha encontrado el cadáver. Lleva camisa y corbata y, o Bernard es magnético, o le encantan las chapas, porque tiene al menos dos docenas de ellas pegadas a las solapas de la chaqueta. Me presento y lo alejo del porche, a un sitio desde donde no se puede ver el interior. Nos situamos bajo un roble de tres pisos de altura con un tronco del ancho de un coche compacto. El roble nos protege de las pocas gotas de lluvia que caen. Walsh sostiene una taza de té a medio beber, fría como una piedra. Está conmocionado y me dice que no ha visto nada igual desde la guerra, y tiene edad suficiente para hablar de cualquier guerra del siglo pasado.

—Lo que quiero decir es que, Dios, esto no tiene sentido. Simplemente no tiene sentido —dice—. Herb... Herb era un buen tipo. Un verdadero caballero. ¿Quién diablos querría hacerle daño a Herb?

—Cuéntemelo todo.

—¿Contarle qué?

—Lo que ha encontrado. ¿Qué pasó? ¿Herb dejó de ir a alguna parte? ¿Por qué entró usted? ¿Siempre entra o la puerta estaba abierta?

—Este lugar... Ni por un segundo se le ocurra pensar que no sabemos dónde estamos. Yo era fotógrafo. Cuando dejé la guerra, quería hacer algo que no supusiera gente gritando. Trabajé para muchos periódicos, vi muchas cosas. Una vez tuve que hacer una sesión de fotos de un matadero. Había una fila de vacas de decenas de metros. Cuando llegaban hasta delante, les pegaban un tiro en la frente, ¿sabe? Y las vacas, cada vez que oían un disparo, lo sabían. Mugían y se asustaban, porque sabían que estaban matando a sus compañeras, que ellas serían las siguientes en ser masacradas.

»Esa misma sensación la tenemos aquí, no en el mismo sentido; y quizá algún día, dentro de cuarenta años, usted se entere de a qué me refiero. Este lugar es como una lotería, ¿me entiende? Apostamos sobre quién va a ser el próximo en irse. Vamos perdiendo a nuestros compañeros a sabiendas de que somos los siguientes, pero deme un par de hostias por estúpido. La forma en que Herb se ha ido..., ah, demonios. Sí, todos somos ganado frente a una pistola de pernos, pero esto... —No termina. Se lo piensa unos segundos antes de continuar, y

yo lo dejo hablar y liberar la tensión.

»Jugamos al ajedrez entre nosotros. Somos unos cuantos. Tenemos un torneo permanente en la comunidad. Todos somos igual de buenos, o igual de malos, según a quién le pregunte. Mick… Mick era el mejor, pero ya no sabe jugar. Ya no sabe gran cosa, pues su mente se ha vuelto papilla. Diablos, hace unos meses casi se nos asfixia con un peón. He visto gente perder la cabeza y seguiré viéndola. Herb, ya ve, perdió a su mujer hace unos…, ah, ocho o nueve años tal vez. —Se lleva la mano a la cabeza, como si acabara de enlazarse psíquicamente con la mujer de Herb. Y tal vez se ha enlazado, porque de repente dice —: Diez años. Ahora lo recuerdo. El mes que viene hará diez años. ¿O fue el mes pasado? La cosa es, detective, que cuando uno llega a la edad que nosotros tenemos, el tiempo tiene esta forma de…, ¿cómo se dice?…, bueno, el tiempo tiene cierta forma de joderte.

—Entonces, señor Walsh —corto antes de que mi interlocutor pase al siguiente pensamiento—, ¿por qué…?

—Llámeme Bernie —dice—. Todo el mundo me llama así, y no veo ninguna razón para que usted no lo haga.

—Vale, Bernie, supongo que Herb no se presentó a la partida de ajedrez, ¿o sí?

—Cuando no podía venir, llamaba. Siempre. Todos lo hacemos. Es de sentido común, ¿no? En un lugar como este, es solo cuestión de tiempo que subamos a charlar con el Gran Jefe. Ojalá que Él hubiera elegido otro momento para Herb, y, por supuesto, yo habría querido que encontrara una mejor manera de llevárselo.

—¿Qué hora era?

—Las siete —contesta.

Consulto el reloj. Son las nueve y media.

—Llegué aquí y empecé a llamar. Como no contestaba, entré. Normalmente contestaba, pero, cuando la gente no responde en un lugar como este, bueno, te hace pensar, hijo, te hace asumir que es hora de desempolvar tu traje de luto —dice. Mira mi traje, mi traje negro—. Pensé y recé al mismo tiempo, detective. Pensé que estaría dormido, recé para no encontrarlo en su cama tieso como una tabla. Supongo… Supongo que, en cierto modo, la segunda parte de mi plegaria fue escuchada.

—¿La puerta estaba abierta?

—Tengo una llave. Estaba cerrada.

—Y las luces y el televisor, ¿estaban encendidos?

—Sí, Herb siempre veía las noticias, ¿sabe? Odiaba a los periodistas. Madre mía, no hay un solo periodista al que él no le habría escupido ni aunque lo viera en llamas, a excepción de un par

de chicas de las noticias de la noche. Ya sabe, de esas que pueden dar las peores noticias sin dejar de parecer sexis. Dios —dice, y empieza a llorar—, esta noche van a hablar de Herb. Van a estar igual de sexis y…, y…, Dios santo —dice, y vierte el resto de su té en el jardín—. Me siento tan viejo y…, y… —sacude la cabeza—, y tan inútil…

Le pongo una mano en el hombro.

—Vamos a atrapar al tipo que ha hecho esto.

Sigue mirando el té que acaba de derramar. Al sentir mi mano, levanta de nuevo la mirada.

—He visto muchas cosas, detective —dice—. He luchado por este país. He visto morir a hombres, hombres buenos y leales que han explotado delante de mí, con las malditas tripas, brazos y piernas volando por todas partes. Están ahí un segundo y, al siguiente, son solo sopa en el suelo. —Sacude la cabeza—. Déjeme decirle una cosa, detective: le juro que me sentía más seguro en ese mundo que en Christchurch.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

Su cara se ha puesto roja. Se seca las lágrimas.

—Lo veía casi todos los días. No es que haya mucho que hacer por aquí cuando se está solo, excepto estar solo o morir —dice, y entonces sonríe ante lo sombrío del mundo. Luego su rostro se tensa cuando la pérdida de su amigo se precipita a su alrededor—. Mierda —exclama —. Yo…, yo… Ay, mierda.

—¿Lo vio hoy?

—¿Eh? ¿Qué? Oh, sí, sí, por supuesto. Vino sobre las cuatro y vimos unas carreras de caballos en la tele. —Sonríe—. Nos gusta apostar un poco. No es que nos haga bien. Quiero decir, a veces apostamos…

—¿A qué hora se fue? —le pregunto.

—¿A qué hora? No lo sé. Sobre las cinco, probablemente. Eso creo. Tenía que volver para la cena. Podemos elegir entre que nos sirvan de comer o cocinar nosotros mismos. Herb era bastante terco en ese sentido. Creía que un hombre siempre debía ser capaz de poner su propia comida sobre la mesa. Pero se estaba haciendo viejo y conocía sus limitaciones. Si bien dejaba que le trajeran la cena, se empeñaba en prepararse el desayuno y el almuerzo. Así que tenía que volver a tiempo para la cena.

Herb se había comido la mayor parte de su cena, lo que significa que la persona que se la entregó ya se había ido. De todos modos, es alguien con quien tenemos que hablar.

—¿Usted lo acompañó cuando se fue?

—¿Acompañarlo? ¿Por qué habría de acompañarlo?

—Así que se fue sobre las cinco y ya está.

—Eso es, hasta que..., ya sabe, hasta que lo encontré a eso de las siete.

—¿Vio a alguien merodeando ayer u hoy?

—¿Qué?, ¿algo así como un sospechoso? La gente no suele merodear por aquí, hijo. En todo caso, a la gente le gusta mantenerse alejada. Eso querían los hijos de Herb, mantenerse alejados, igual que los míos. Les das todo y así es como te lo pagan, metiéndote en...

—¿Herb tuvo algún encontronazo con alguien? ¿Alguna discusión?

—Dios mío, ¿qué clase de discusión hay que tener para acabar así? De todas formas, todo el mundo quería a Herb. Todo el mundo.

—No todo el mundo —señalo, y Bernie asiente con movimientos lentos.

—Lo pensaré largo y tendido —dice—, de verdad que lo haré, pero, por mi vida, no hay nada. No sé por qué alguien querría hacerle daño, no de esta manera. Al principio, había tanta sangre que yo ni siquiera podía asegurar que fuera Herb, pero el peluquín era suyo. ¿Se da cuenta? —No espera a que le responda—. Le colgaba del cuero cabelludo, como si se le hubiera despegado. Yo solía echarle la bronca por ese peluquín: lo hacía parecer estúpido y todo el mundo sabía lo que era. En cuanto vi el peluquín, supe que era Herb. Tenía que serlo. Es imposible que dos personas en este pequeño mundo tengan el mismo gusto horrible por los peluquines —dice, y sonríe con una mueca forzada.

—¿Y no ha visto a nadie merodeando?

Sacude la cabeza.

—Como le he dicho, nadie quiere andar con nosotros, los viejos.

—¿Y a qué se dedicaba él?

—¿Qué? Bueno, él no hacía nada. Ninguno de nosotros hace nada.

—Me refiero a antes de retirarse.

—Ah, sí, claro que sí —dice, y me ofrece una sonrisa triste—. Era abogado.

—¿Qué clase de abogado?

—No lo sé, la verdad. No hablaba mucho de ello. Nada emocionante, por lo que siempre he deducido. Ya sabe: derecho mercantil, propiedades que se compran y venden y esas cosas mundanas por las que nos cobran unos cuatrocientos pavos la hora.

—¿Cuándo se jubiló?

Se encoge de hombros y empieza a hacer una suma mental. El resto de su cuerpo parece apagarse mientras piensa en ello. Durante cinco segundos, se convierte en una estatua. O sigue teniendo un vínculo psíquico con la mujer de Herb, o acaba de montarse uno con

el propio difunto, porque, cuando vuelve a ponerse en marcha, ya tiene una respuesta.

—Unos años antes de la muerte de su mujer —dice—. No quería jubilarse, pero enfermó. Solía fumar, ya sabe. Eso le destrozó los pulmones. Dejó de fumar más o menos al mismo tiempo que dejó de trabajar. Entonces los médicos le dijeron que le quedaban dos años de vida, solo que su mujer murió primero. Hace cinco años le dijeron que moriría en seis meses. Desde entonces, tres o cuatro veces al año le dicen que le quedan dos meses de vida, y van a seguir diciéndoselo durante unos cuantos años más…

Se da cuenta del error y se detiene a la mitad de la frase. Se lleva una mano a la cara y se seca el par de lágrimas que empezaban a brotar. Las manos le tiemblan lo suficiente como para ser un peligro para sus ojos.

—Va a atrapar al tipo que ha hecho esto, ¿verdad?

—Correcto.

—¿Qué será de él?

—Irá a la cárcel.

Asiente lentamente, pero lo veo desesperado por exigir más.

—En la guerra solucionábamos las cosas entre nosotros mismos —dice—. Había un tipo… No hablamos de eso, porque… —empieza, pero enseguida recuerda que hay una razón por la que nadie habla de ello—. No le fue bien —dice—. Dios, cómo quisiera tener cinco minutos a solas con el hombre que le hizo esto a Herb.

Cinco minutos a solas con el asesino de Herb no podrían ser cinco minutos divertidos para Bernard Walsh. Quizá hace cuarenta años, pero ahora no.

—¿Ha leído lo que tenía escrito en la frente? —le pregunto.

Asiente con la cabeza.

—¿Puede deducir algo de eso?

—Herb era una persona cariñosa —dice—. No tiene sentido.

A veces lo tiene y a veces no, pero no me dejo ir por ese camino. Le doy las gracias por su ayuda. Él se aleja y se une a un grupo cada vez más numeroso de ancianos que están asimilando las malas noticias. Estas personas están acostumbradas a ver cómo sus amigos se alejan de ellos con los pies por delante. Mañana, algunos ni siquiera recordarán que esto ha sucedido; tal vez el alzhéimer no sea una enfermedad, sino un mecanismo natural que el cuerpo aprovecha para hacer frente a estas cosas. Las declaraciones de los testigos estarán llenas de descripciones de maridos y esposas muertos hace tiempo, gente a la que no han visto en veinte años.

Schroder tiene en la mano un vaso de poliestireno con café y,

mientras habla con el otro hombre que estaba en el porche cuando llegamos, parece más estable. El hombre gesticula mucho con las manos al hablar, como dibujando en el aire, y Schroder tiene que mover el vaso para que no se lo golpee. Me acerco, interesado en la conversación, cuando el móvil de Schroder empieza a sonar.

El detective asiente mientras escucha. Al colgar, está pálido.

El hombre con quien hablaba se ha alejado hasta el borde del porche para atender a una mujer más joven. Su ayudante, quizá. Tengo el mal presentimiento de que a Schroder lo acaban de despedir.

—Puedo llevarte a casa —le digo—. Los forenses seguirán haciendo su trabajo mientras los agentes toman declaraciones.

—¿Qué? No es eso.

—¿No?

Se agacha y recoge sus zapatos.

—Tenemos otro cadáver —me dice. Dos minutos después, estamos de nuevo en las calles.

Capítulo cinco

Caleb Cole no está pensando con claridad, o bien piensa con una claridad que hace mucho tiempo no tenía. De lo que sí está seguro es de que la parte de su mente que debería distinguir entre una y otra cosa ha muerto hace mucho, más o menos cuando todo él empezó a descomponerse. Ha sido un cadáver durante tanto tiempo que ya no sabe lo que queda de él. Sabe lo que quiere. Lo que quiere es lo único que lo mantiene vivo. Muerto. Vivo. Si le quedara algo, su mente también sabría distinguir entre una cosa y otra.

Está cansado y cubierto de sangre, y echa de menos a su familia. Está mal que un muerto se sienta tan cansado. Quiere que todo esto termine, y ni siquiera ha empezado. Le queda una larga noche por delante: ha perdido velocidad a lo largo de los años; su juventud ha sido golpeada, despojada y pisoteada; sus articulaciones, retorcidas; sus huesos, rotos; sus dientes, arrancados... Todas las formas de castigo han llovido sobre él. Ha resistido porque no tenía alternativa; murió y siguió resistiendo. Hace tiempo que desapareció el hombre que en otros tiempos fue, y el nuevo hombre en el que se ha convertido... Bueno, a veces ni siquiera sabe si sigue siendo humano. Al principio, ese pensamiento solía atormentarlo. Ya no. Cuando piensa en las razones por las que sigue vivo, duda que le quede algo de humanidad. No puede ser. Las cosas que ha hecho, por las que ha pasado, las que va a empezar a hacer... No, ya no queda humanidad en él.

Su apartamento es pequeño. Es todo lo que puede permitirse. Huele a goma de la fábrica de neumáticos que hay a unas manzanas, donde ha estado trabajando el último mes y medio, ahorrando dinero para comprarse un coche y un teléfono y aprovechando el tiempo para hacer los deberes y reponer fuerzas. El teléfono lo compró hace una semana. El coche lo tiene desde hace dos días. Era lo último que le faltaba para ponerse en marcha.

A veces, llegaba a casa por la noche y se agachaba junto al retrete. Vomitaba entre temblores, con el olor a goma impregnado en la piel. El apartamento está en una calle sinuosa que se estrecha por los coches aparcados a uno y otro lado, pero la estrechez es, precisamente, lo que evita que se derrumbe. Bastaría con que pasara un camión grande para que su casa se tambaleara desde los cimientos.

Vive en el segundo piso de la que fuera una antigua vivienda pública propiedad del Estado, ahora convertida en apartamentos. Todos son pequeños, y las paredes son tan finas que puedes oír a tu vecino cuando mea. Sea como sea, comparado con su última casa, es un castillo, y oír a alguien mear es mucho mejor que tener que mirarlo. Comparado con la cárcel donde ha pasado quince años, este lugar es como un sueño.

La cama comparte el espacio con la cocina y el salón. La única habitación separada es el cuarto de baño, que está a un lado. Hay una ventana. Da a un patio trasero común entre varios pisos, todo sembrado de piezas de coches desguazados.

Se mete en la ducha y se lava la sangre del viejo. Esta es la segunda vez que lo hace. La anterior fue en casa del primer anciano, pues tenía que asearse antes de ir a visitar al segundo. No podía presentarse en la puerta de Albert cubierto de sangre y con un paquete de seis cervezas en la mano. Incluso tuvo que ponerse una de las camisas del muerto. Desde la segunda residencia, ha venido directamente a su casa, cubierto de sangre otra vez, pero estaba demasiado oscuro para que nadie se diera cuenta. Se enjabona. La sangre está en su pelo. Se lava con champú y la espuma se vuelve roja.

Hace quince años, se sintió bien al convertirse en un asesino. Esta noche no ha sentido nada. Hubo emoción, nervios por conducir, pero después… nada. Lleva años soñando con estos momentos, pensando que toda esa sangre lo ayudaría a recuperar algo de lo perdido, pero resulta que estaba equivocado. En cuanto entró en la casa del primer anciano, se sintió muerto por dentro, incluso después de que el cuchillo hubiera hecho su trabajo. En la segunda casa ocurrió lo mismo. No se trataba de una venganza, no estaba buscando emociones: se trataba de castigar.

Aun así, habían sido demasiadas puñaladas. Caleb había perdido el control en esos momentos y había sucumbido a quince años de rabia y dolor. Podía recordar la primera puñalada, pero no las demás. No fue hasta que se encontró mirando los cuerpos, con sangre chorreándole por la cara, que quiso recordar. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Cuántas veces había subido y bajado el brazo? El muerto que tenía delante le decía que muchas. Pensó que entonces aparecería la humanidad, una invitada que, a pesar de haber llegado tarde a la fiesta, lo paralizaría. Pero se mantuvo alejada. Ni siquiera llamó a la puerta.

Esta gente, todas estas personas, tienen que pagar por sus errores, igual que él ha pagado por los suyos. Le ha costado refrescarles la memoria a los dos de esta noche. Los demás lo recordarán mejor. Son

más jóvenes. Por supuesto, algún detective conectará todos estos sucesos; pero él ha elegido el orden cuidadosamente y, para cuando la policía tenga éxito, la noche habrá terminado y será demasiado tarde.

Sale de la ducha. El espejo del baño está empañado, pero no le importa, no quiere verse. Su reflejo es demasiado doloroso. Se seca, se dirige al dormitorio y se viste. Luego juega con el móvil. Abre una página web de noticias y, de momento, no encuentra ninguna mención de los dos muertos.

El teléfono se apaga y aparece una pantalla de bloqueo por la que Caleb tiene que deslizar el dedo para volver a encenderlo. Nunca había tenido en las manos un teléfono así. Hace años eran mucho más grandes y pesados y, si no mirabas la pantalla desde cierto ángulo, no te enterabas de nada. Ahora son tan delgados como su dedo, pesan más o menos lo mismo y puedes hacer cualquier cosa con ellos. La raza humana parece estar a pocos años de vivir como el capitán Kirk.

Son casi las diez menos cuarto. Coge las llaves, la chaqueta, el cuchillo y las flores que ha comprado antes. Se detiene en el umbral de la puerta y mira el apartamento durante unos segundos. Es la última vez. Nunca fue un hogar. No lo echará de menos.

La ciudad de Christchurch, incluso de noche, parece la misma después de todos estos años, pero es diferente. Caleb leía las noticias cuando podía y sabía que el índice de criminalidad iba en aumento, pero ahora puede sentirlo. La gente de esta ciudad ha cambiado. Hay más tíos con tatuajes y la cabeza rapada, y la gente va escupiendo al caminar, y chocan unos con otros y empiezan las discusiones. Muchos conducen coches rápidos con motores ruidosos. Ha pasado mucho tiempo, pero, cuando él pertenecía a este mundo, los coches eran diferentes y, sin embargo, representaban lo mismo: egos grandes y pollas pequeñas. Sospecha que ahora es igual. Los adolescentes son los peores. Hace quince años, por las dos calles principales de esta ciudad, los chicos conducían grandes coches que parecían a punto de ir al desguace. Ahora, los coches son más ruidosos y sus colores, más chillones. Los chicos recorren todas las calles de la ciudad con dados esponjosos en las ventanillas y luces de neón en los bordes de la carrocería. Y él no entiende nada, simplemente no lo entiende. Se siente como si viviera en una especie de mundo de dibujos animados, con colores más vivos y donde los adolescentes con coches deslumbrantes se han vuelto completamente locos.

Se cruza con gente por la calle, gente que actúa como si él no existiera. Su coche está aparcado a media manzana. Tiene más de un cuarto de siglo, y lo único que él sabe de esa máquina es que bajo el capó hay una cosa que tose y chisporrotea cada dos por tres, pero que

le permite moverse por la ciudad. El tipo que le vendió el coche había desmontado el equipo de música y había puesto en su lugar un trozo de madera contrachapada pintada de negro. Caleb va conectando un barrio con otro mientras conduce por la parte mala de la ciudad hacia una parte un poco menos mala.

Tarda veinte minutos en llegar a la casa de la mujer. Conducir un coche es como montar en bici: en cuanto te pones al volante, te acuerdas de todo. Su carné caducó hace años, pero eso sería un problema solo si llegaran a detenerlo. Sin duda, los conductores de hoy son peores, y debe haber el doble en las carreteras. Nadie sabe circular por una rotonda, nadie parece recordar para qué sirve un semáforo.

No le gusta mucho el barrio de la mujer. Antes, cuando Caleb tenía familia, vivía en un sitio bastante bueno: vecinos amables, casas bonitas. Su propia casa tenía cuatro dormitorios, dos plantas y espacio para una piscina en el patio trasero, por si la hubiera querido. En la casa que observa probablemente se esté formando una piscina en medio del salón. Al tejado le faltan algunas tejas, así que una lona lo cubre en parte. Quizá —y esta es solo una posibilidad— la cárcel era mejor que esta casa. Aparca en la calle, bajo una farola que no funciona. Pone la mano en la puerta, aunque no tira de la manilla. Prefiere sentarse en el coche y quedarse mirando la casa. Está nervioso, y eso es todo un logro para un muerto. No está muy seguro de lo que va a decirle a la mujer que está dentro.

Quizá debería llevarle cerveza. Todavía guarda el paquete en la parte de atrás del coche.

Sigue pensando en cómo abordarla cuando un taxi se detiene y da dos toques rápidos de claxon. Al cabo de un momento, Ariel Chancellor sale de la casa, consulta su reloj y camina con rapidez hacia el taxi. Lleva un vestido tan corto que él aparta la mirada mientras ella sube. La mujer cierra la puerta y habla con el taxista. Hablan durante un minuto antes de alejarse de la acera, así que Caleb supone que están negociando la tarifa.

Maldita sea, ha perdido su oportunidad. Debería haber venido anoche, o cualquier otra noche desde que salió de la cárcel.

Arranca el coche y empieza a seguir al taxi.

Capítulo seis

Schroder baja la ventanilla. Con una navaja, se quita el barro de los zapatos y lo echa fuera. La lluvia no tiene visos de volver. El tráfico está retenido a unos trescientos metros del lugar de los hechos. Las furgonetas de los medios de comunicación compiten entre sí para ser los primeros en enviar imágenes. No tengo ninguna autoridad porque no estoy en un coche de policía, así que no puedo hacer sonar ninguna sirena ni tocar el claxon para que la gente se aparte. Mientras avanzamos centímetro a centímetro, Schroder y yo vamos soltando tacos sin parar. El interior de mi coche está frío y los asientos, húmedos. Me pican las piernas. Un avión de pasajeros se eleva en la distancia. Toda esa gente a bordo está en un lugar mejor que el nuestro. Llegamos a un cordón de seguridad formado por cuatro policías. Schroder les enseña su placa y nos dejan pasar.

Son las diez y cuarto y la vida parece haber rebobinado unas cuantas horas: edificios similares, grupos similares de gente que está de pie, mirando; un muerto similar que ha tenido una muerte similar. Las únicas diferencias son los nombres de las personas, el lugar y la ausencia de detectives de policía corriendo para ir a mear. El doble del otro muerto es Albert McFarlane. El papel de Bernie lo interpreta un hombre de aspecto similar y con un traje parecido, solo que este no lleva insignias. Hay más luz, el grupo de curiosos es nuevo y la gente es diferente, pero todos se hacen la misma pregunta: ¿qué demonios está pasando?

Salimos a una noche en la que en cada hora se pierde un grado. El aire está completamente quieto. No hay pájaros por ninguna parte. Todo el mundo habla en susurros. Pasamos junto a dos agentes que nos saludan con la cabeza y subimos al porche; la cubierta gime suave bajo nuestro peso. La puerta principal, pintada de azul brillante, está abierta de par en par. En el interior, el aire no es más cálido que en el exterior, y la vista no es más bonita que la de la última casa. De hecho, es peor. Esta vez, la sangre ha ido a dar al ventilador del techo. Al girar, las aspas han esparcido gotas por toda la habitación y han dibujado una línea a media altura de la pared, como el anillo alrededor de una bañera. Parece código Morse: montones de puntos y rayas, casi como un grito de auxilio. Al hombre le dieron tantas puñaladas que la hoja del cuchillo siguió salpicando sangre hasta el

ventilador y este la distribuyó por todos lados. Las leyes de la física han concurrido con la ley de la creatividad.

McFarlane se parece a Herb. Su posición es semejante; los cortes, similares. Podrías colgarlo por los pies y le saldría la misma cantidad de sangre. Con el mismo rotulador y con la misma letra, le han escrito algo en la frente, solo que este mensaje es distinto: «¿Valió la pena?».

Hay unas cuantas diferencias más. McFarlane ha conseguido defenderse un poco, como demuestran las laceraciones en sus manos. Está conectado a una máquina de oxígeno. O lo estaba, ya que el tubo ha quedado en el suelo, insuflando aire solo a la alfombra. Los largos cortes irregulares en su cuerpo son claramente visibles, porque la camisa está hecha jirones en su mayor parte y deja a la vista una piel flácida que ayer estaba pálida, pero que hoy se ha manchado de rojo. Los tajos son profundos y revelan partes de este hombre que nadie había visto, con excepción, quizá, de su cardiocirujano. Es como si le hubieran pasado por encima una botella de cerveza rota.

Esta residencia de ancianos, aunque es más pequeña, tiene el mismo aspecto. En realidad, no es una residencia de ancianos, sino una pequeña subdivisión de bungalós adosados, donde el más joven de los habitantes parece lo bastante viejo como para haber sido piloto de pruebas de la primera rueda. Ha saltado la noticia de que este es el segundo homicidio de la noche. La conexión es innegable y los medios de comunicación ya difunden la noticia. Baja gente a ver el espectáculo y la tribuna crece a cada minuto. Una anciana se pasea con una bandeja. Lleva un servicio de té y ofrece a los policías bebidas calientes.

Se ha colocado cinta policial. Solo el tiempo dirá si el departamento dispone de existencias suficientes para aguantar hasta mañana por la mañana. Cada casa, aunque esté adosada, tiene una parcela propia, con setos, pequeños arbustos de lino y rosales al frente. Entramos y vemos más huellas ensangrentadas. Esperamos que sean del mismo homicida. Un asesino en serie ya es malo, pero dos locos corriendo por ahí con rotuladores mágicos y cuchillos afilados son algo peor. Ya han aparecido algunos de los forenses de la primera escena. Hacen lo suyo, que es buscar huellas, fibras y ADN. Están trabajando cerca del cadáver mientras Schroder habla con dos personas.

«No le diste suficiente importancia».

«¿Mereció la pena?».

Una declaración. Una pregunta. Contemplo un jarrón lleno de lilas sobre la mesa del comedor y, mientras observo a una mariquita trepar por un tallo, pienso en esas palabras. La mariquita está haciendo su

trabajo cotidiano, aunque algo perdida. Quizá se siente engañada con tanta luz a esta hora de la tarde.

Empiezo por el dormitorio. Hay polvo de huellas en muchas superficies. Los forenses están trabajando rápido. Quizá estén ansiosos por volver a casa o a la otra escena, o quizá intuyan que esta noche aparecerán más cadáveres. La cama está hecha: una anodina funda nórdica con estampado de flores bajo la que dormiría el abuelo viudo de cualquiera. Hay una estantería con una amplia selección de libros, un par de plantas en macetas, un paisaje... Nada que sugiera qué hizo el dueño para cabrear a alguien lo suficiente como para que lo apuñalaran una y otra vez. En la cómoda hay fotografías de la víctima, de sus hijos y de sus nietos. Son fotos que este hombre habría mirado todas las noches al ir a acostarse. Ninguna con su mujer.

Me pongo el mismo par de guantes de la última escena, solo que ahora están del revés. Reviso cajones y armarios. Schroder se me une a los pocos minutos. El olor a cerveza ya no es tan fuerte.

—¿Alguna teoría? —pregunta.

—La víctima número uno era abogado —respondo—. Tal vez hizo enfadar a alguien.

—Hace diez años que no ejercía —dice—. ¿Por qué esperar tanto tiempo?

—Quizá la persona a la que cabreó estaba en la cárcel —digo— y acaba de salir.

—Es posible, pero nuestra víctima no era abogado penalista, sino de divorcios.

—Hay a quienes eso les parece un motivo más que poderoso para quererlo muerto —le digo.

—La víctima número dos tiene setenta y ocho años —dice—. Enseñó en el instituto durante cuarenta años. Se jubiló hace trece.

—¿Familia?

—Divorciado. Dos hijos.

—Eso explica las fotografías —le digo—. ¿Has averiguado quién fue el abogado de su divorcio?

—Lo están investigando en estos momentos.

Busco en una libreta de direcciones y no encuentro ninguna mención a Herbert Poole.

—Tal vez fueron amigos hace mucho tiempo. Quizá Albert enseñó a los hijos de Herb; o bien, Herb le llevó el divorcio a Albert. ¿Sabes las razones de la separación? ¿La mujer tenía un amante? ¿Hay algo ahí que pueda llevarnos al pasado?

—Por Dios, Tate, hemos estado aquí solo quince minutos. Déjame respirar.

Exhalo con fuerza.

—Vale, vale. Solo estoy escupiendo ideas —digo—. Y me falta práctica. ¿Alguna huella? —pregunto.

—Sí, muchas, pero tenemos que clasificarlas. Es posible que ninguna pertenezca a nuestro sospechoso.

—¿Algún testigo?

—Todavía no, pero no hemos empezado a sondear.

—¿Qué opinas de los mensajes? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—Uno es una pregunta —dice— y el otro, una afirmación. «¿Mereció la pena?». Podría ser cualquier cosa. Podría referirse a si su televisor valía los mil pavos que dio por él o a si la puta por la que pagó anoche valía los cien que le dio. Podría referirse a cualquier cosa.

—Lo mismo con la afirmación —digo—. «No le diste suficiente importancia». Tal vez significa que no le dio suficiente importancia a alguien en lugar de a algo. ¿Alguien ha hablado ya con los hijos de Herbert Poole?

—Eso está en la lista —dice.

—Es una larga lista.

—Cada vez más larga.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? No soy de mucha ayuda aquí contemplando a un hombre muerto. Lo que haya en este lugar lo encontrarán de todos modos. Aprovéchame.

—Mira, Theo —empieza, y aquí viene lo que toda la noche ha estado a punto de decir. Era solo cuestión de tiempo—. Muchas gracias por toda tu ayuda, pero, ahora mismo, lo mejor es que te vayas a casa.

—¿Así que es todo? ¿Gracias, Theo, por el paseo?

Levanta la mano.

—Déjame terminar. El jefe está de camino —dice, y hace años que no veo al comisario Dominic Stevens. Sé por dónde va Schroder—. Llegará en unos quince minutos y, si te viera aquí..., bueno, probablemente tendrías que despedirte de cualquier posibilidad de recuperar tu carrera, y es probable que yo tuviera que hacer lo mismo con cualquier posibilidad de ascenso. Eres un civil, Theo. No le va a gustar que estés aquí, no al principio. Solo déjame llevarlo aparte y explicarle la situación antes de que aparezca y te vea trabajando.

—Sí, vale, claro —digo.

—Sé que estás cabreado. Una vez que yo haya hablado con él, estoy seguro de que podremos aprovecharte. Pero, si se diera el caso, tendrás que seguir algunas reglas. No eres policía. Eres investigador

privado. No puedes saltarte la ley, no si quieres tener alguna oportunidad de volver al cuerpo.

—Seré un buen chico —le digo—. Te prometo portarme bien.

No me contesta durante unos segundos, solo se queda mirándome el tiempo suficiente para darme a entender que yo también acabo de enfadarlo.

—Vale, vete a casa y descansa un poco. Te llamaré pronto. Eso, en caso de que puedas volver; si no, nos veremos por la mañana. Y, Tate, si llegaras a trabajar en esto, necesito que me hagas un favor, y no estoy bromeando: esta vez asegúrate de no matar a nadie.

Capítulo siete

Caleb sigue al taxi hasta la ciudad. Si la mujer se dirige a un club o a un bar, habrá mucha gente alrededor, y esto no va a funcionar. Pasan por delante de una hilera de bares donde los estudiantes, fontaneros y abogados de día son gilipollas de noche. La música que sale de los clubes y de otros coches que circulan por la calle no se parece en nada a la que él oía antes de ausentarse.

El taxi aminora la velocidad al llegar a la calle Manchester y se detiene en cada cruce, en perfecta sincronía con los semáforos en rojo. Luego reduce la marcha en un semáforo en verde, a mitad de la calle, frente a una tienda de equipos de música, y se detiene. Caleb atraviesa el cruce y se detiene también. Observa por el retrovisor a la mujer, que entrega dinero al conductor y espera el cambio. Ella se baja, saca un móvil del bolsillo y hace una llamada. Su corta falda ya no parece tan corta en comparación con las de otras chicas de la calle, las prostitutas de esquina que pasan de camino a...

La mujer deja de andar. Se queda parada en su sitio y gira despacio. Su móvil vuelve al bolso y es sustituido por un cigarrillo. Lo enciende. Una de las prostitutas se le acerca y empiezan a charlar. Caleb no entiende qué está pasando. Sabe lo que parece —que la mujer está en esa esquina esperando follar con quien esté dispuesto a pagar por ello—, pero no puede ser. Lo único que se le ocurre es que está intentando ayudar a esas chicas. Ariel y su amiga empiezan a charlar. Tiemblan, porque hace un frío de cojones y ninguna lleva chaqueta. Fuman y se ríen. En la esquina de enfrente, un coche frena. Una chica se acerca y se asoma por la ventanilla del copiloto. Segundos después, sube al coche y desaparece.

Otro conductor hace un alto en la misma esquina. Da media vuelta y se detiene junto a Ariel y su amiga. Las dos tiran sus cigarrillos a la cuneta, pero es Ariel quien se acerca al coche. Caleb puede ver todo lo que está pasando. Siente náuseas.

A la intemperie y a esa distancia, no puede oír lo que se dice. Espera a que Ariel se aleje del coche, pero no lo hace, sino que abre la puerta del acompañante, sonríe a su amiga, se encoge de hombros y sube. El coche permanece quieto durante medio minuto mientras los pasajeros hablan de negocios; luego se aleja del bordillo, atraviesa la intersección, pasa por delante de Caleb y gira a la derecha en la

siguiente esquina.

Caleb arranca el coche y los sigue.

El viaje es corto; los números del cuentakilómetros ni siquiera entran en calor. Media manzana hacia el este y el coche entra en una calle cerrada. Las luces se apagan y nadie se baja. El callejón está tan oscuro que no hay lugar para ninguna sombra, así que el coche y sus pasajeros se pierden. Caleb aparca enfrente y agarra con fuerza el volante. Respira fuerte y deprisa. La cabeza le da vueltas y empiezan a dolerle las manos, sobre todo, la derecha. Apoya la frente en el volante; quisiera dar un cabezazo y hacerse daño. Respira hondo para intentar calmar las ganas de vomitar. El parabrisas empieza a empañarse y lo limpia con la manga. Abre la boca, la cierra alrededor de la parte superior del volante y lo muerde. Quiere gritar.

Coge el cuchillo. Claro que hay gente alrededor, aunque no mucha: media manzana más atrás, otra prostituta; algunas personas que pasan en coche y una pareja que camina por la calle… Sin embargo, tal vez podría acercarse a ese coche y derramar un montón de sangre antes de que alguien pudiera llamar a la policía.

Vuelve a bajar el cuchillo. Eso sería estúpido. No puede darse el lujo de que lo arresten cuando ni siquiera ha recorrido la mitad del camino. Hay marcas de dientes en el volante. Mira por el parabrisas un enorme cartel publicitario que domina la escena. Es de una agencia de viajes. Hay fotos de islas, agua y gente riendo, y es la vida que él habría querido. Se concentra en el cartel, mirando todas las cosas que nunca podrá tener. Solo consigue enfadarse más.

El otro coche empieza a retroceder hasta la salida del callejón y se detiene. La puerta del acompañante se abre, se enciende la luz interior y sale Ariel. Ella cierra la puerta sin mirar atrás y camina hacia el cruce. El coche enciende los faros y emprende la marcha en sentido contrario. La chica mete la mano en el bolso, saca otro cigarrillo y va jugueteando con el mechero mientras camina. Caleb aún puede ver el coche del que Ariel se ha bajado, está detenido en un semáforo.

Lo sigue.

No puede evitarlo. Mira el reloj. Son las diez y cuarenta. Esto lo va a desviar del itinerario, pero todavía tiene el resto de la noche. Debería ceñirse al plan, volver con Ariel y hacer que todo coincida con el momento en el que ella termine de trabajar.

Es lo que debería hacer.

Solo que no lo hace.

El paisaje cambia. Salen de la ciudad y entran en los barrios de la periferia. Algunos son más bonitos que otros. Aprieta los dientes mientras conduce. Pasan otros diez minutos y, por fin, entran en un

barrio lleno de casas de clase media, con calles vacías y farolas que dibujan círculos de luz en la oscuridad. El coche aminora la marcha y se mete por la entrada de una casa. La puerta automática comienza a abrirse. En un lugar como este, no se puede estar mucho tiempo en un coche destartalado y con un cuchillo en la mano antes de que alguien llame a la policía.

Hay que actuar pronto.

Detiene el coche y saca el cuchillo de debajo del asiento.

Capítulo ocho

«Asegúrate de no matar a nadie».

Las palabras de Schroder retumban en mi mente mientras salgo de la residencia de ancianos. Lo ha dicho como si, para mí, se tratara de un riesgo laboral.

El cielo está cubierto de nubes oscuras, mientras que la noche se ilumina con la ciudad y la vida que en ella corre. Me dirijo a la residencia de recuperación donde vive mi mujer. Atravieso las puertas principales y entro en el vestíbulo. Me envuelven sus colores cálidos y el aire tibio. Son las once y la enfermera de la recepción sonríe y me pregunta cómo estoy. Le digo que bien. El horario de visitas terminó hace tres horas, pero las enfermeras me conocen lo suficiente como para dejarme entrar casi en cualquier momento, a menos que estorbe.

Me dirijo a la habitación de mi mujer. Por el camino, voy buscando a su enfermera, siempre con la esperanza de que uno de estos días me reciba en la puerta con buenas noticias. Pero las noticias son siempre las mismas que el día anterior, es decir, ninguna. El estado de mi mujer no ha cambiado y nunca cambiará. Cuando no duerme, se queda mirando al frente. En su cerebro suceden las suficientes sinapsis como para que ella pueda masticar cuando le dan de comer, pero no para que sus ojos se centren en nada. Tampoco son suficientes para que me sonría ni me coja de la mano. Su estado vegetativo es para siempre, salvo que suceda un milagro o un avance de la tecnología, cosas por las que rezo.

No veo a la enfermera Hamilton por ninguna parte, así que me dirijo hacia la habitación de mi mujer. Bridget duerme. Hay una luz suave en la mesilla y las cortinas están cerradas.

Hace un año le habría traído flores, pero entonces podía permitírmelo. Entre las facturas médicas y mis propios gastos, tal y como están las cosas, estoy a pocos meses de perder la casa. No le cuento nada de esto a Bridget. Aunque ella pudiera entenderlo de algún modo, no querría preocuparla. El conductor ebrio que la dejó en este estado debería responsabilizarse de pagar todos los gastos médicos, pero así no funcionan las cosas en este mundo. Él nunca asumió su responsabilidad; no hasta que, con una pala y una pistola, lo llevé a la mitad de la nada y lo hice suplicar un perdón que yo no podía darle. Acerco la silla, cojo a Bridget de la mano y paso treinta

minutos con ella.

El cansancio que me golpea a la salida me hace recordar que he estado trabajando desde las cinco de la mañana, cuando salí hacia los moteles en busca de Lucy Saunders. Y no solo estoy reventado; lo que impide que me quede dormido y me estrelle contra una farola son los dolores del hambre, un hambre tan fuerte que parece tener garras y abrirse camino desde mi estómago. Tal vez debería irme a casa ahora, pero me rindo al dolor y entro en el aparcamiento de un restaurante de comida rápida. Hay una fila de coches delante de mí y me entretengo intentando permanecer despierto. Por fin consigo pedir algo y el tipo que me pasa la comida parece que, al final de cada jornada, se dedica a comerse todas las hamburguesas que no se han vendido. Conduzco hasta un parque y me siento en la oscuridad, entre un día que termina y otro que comienza. No hay más coches que el mío. La hamburguesa ha absorbido parte del sabor de la pequeña caja de cartón. Me la acabo bastante rápido, igual que la bebida. Diez pavos bien gastados, porque me siento más despierto. Me quedo en el coche y pienso en los dos muertos, ambos jubilados; y, sin duda, conectados de alguna manera. Podrían ser los únicos muertos, aunque quizá haya más. Las futuras víctimas, jubilados tal vez, estarían unidas a estas dos por un suceso del pasado. Los puntos están ahí, pero no lo bastante claros como para empezar a conectarlos.

Salgo del aparcamiento al mismo tiempo que llega otro coche. Viene con las luces apagadas, directo hacia mí. Doy un volantazo y casi choco con un árbol. Quizá sea otro investigador privado que ha venido a comer una hamburguesa, o bien, un par de chavales que han venido a hacer el tonto.

Vuelvo a las calles mojadas y, como suele ocurrir a estas horas de la noche, empiezo a pensar en mi mujer y mi hija. Noto entonces que mi humor se ensombrece. A veces, incluso tres años después del accidente, me pongo a llorar. Ya no estoy cansado, ya no tengo hambre... En ocasiones como esta, no siento nada. Me limpio los ojos con un dedo antes de que empiecen a gotear y, de repente, me entra la urgencia de ir a ver a mi hija, de asegurarme de que está bien. Conduzco hasta el cementerio y aparco junto a la iglesia, al lado de otro coche. Bajo la lluvia brumosa, camino hacia la tumba, pensando en los dos muertos y preguntándome qué tenían en común o, más exactamente, a quién.

Capítulo nueve

La mujer de Caleb no apreciaría las flores. A fin de cuentas, ella lo odiaba; tenía que hacerlo, de lo contrario, nunca lo habría dejado. Su mujer actuó como si todo hubiera sido culpa de él, todo: su hija muerta, toda esa sangre derramada en el matadero. En las manos de Caleb no estaba evitarlo, ¿es que ella no había sido capaz de darse cuenta? Su trabajo era proteger a su familia; esa era su obligación como padre, como marido y como hombre. Al no haber podido cumplir, tenía que hacer que la gente pagara. Genética básica. Así que hay flores para ella y para sus hijos, y solo Dios sabe cómo los echa de menos, cómo habría hecho las cosas de otra manera si pudiera, cómo los mantendría a salvo.

Quince años. Su hijo tendría catorce; su hija, veinticinco. Una multitud de posibilidades: quizá él sería abuelo; su hija podría haber sido médica o artista, y su hijo, un estudiante sobresaliente con sueños de tocar en una banda. Murieron tan jóvenes que esas posibilidades seguirán siendo eternas, infinitas.

El cementerio está frío y húmedo. Sus pies se hunden un poco en el mullido césped mientras él permanece inmóvil junto a las tumbas. Son tres en total. Una de ellas está vacía, esperándolo. Podrá entonces yacer junto a sus hijos, asesinados hace quince años, y junto a su mujer, asesinada también por un puñado de personas que no quisieron cambiar las cosas, que no les dieron la importancia suficiente. Eran ignorantes, perezosos y estúpidos.

Su mujer lo odiaba por eso. El forense dijo que se había tomado más de cincuenta pastillas. Tendrá que llevar ese dato estadístico consigo, un número que demuestra lo desesperada que ella estaba por abandonarlo. Él había dejado de serle útil. Cuando su mujer murió, Caleb estaba en la cárcel. Él había ido allí sin juicio, después de haber confesado ante la policía y el juez a cambio de clemencia; alegó que había perdido el control. Pero no se la concedieron. Lo condenaron a quince años. Llevaba una semana cumpliendo su pena cuando sus padres fueron a decirle que su mujer y su hijo nonato habían muerto.

Sus padres. Los echa de menos. Ambos murieron por enfermedades cada vez más fáciles de contraer a partir de los setenta. Solían ir a verlo a la cárcel. Durante los primeros diez años, lo hacían cada semana, sin excepción. La edad se les fue echando encima y

empezaron a faltar una semana aquí y otra allá. Luego, unas cuantas semanas seguidas. Él no estuvo para ellos cuando murieron. No estuvo donde tenía que haber estado para mantener viva a su mujer. Su familia ha muerto a su alrededor y, ahora, todo lo que puede hacer por ellos es tachar nombres. La primera vez que vio las tumbas de su mujer y su hija fue el día que salió de la cárcel. Tuvo que pedirle indicaciones al cura de la iglesia de al lado.

—Siempre es más duro para los que se quedan —dijo el padre Jacob.

—No podría tener más razón —respondió Caleb.

El cementerio es un laberinto. Hay árboles y setos que delimitan las secciones de tumbas, parcelas cortadas por arcos y caminos de piedra. La iglesia está oculta tras un conjunto de árboles en forma de herradura que solo dejan ver la parte superior, aunque el edificio se va haciendo más visible a medida que el otoño arrasa con el follaje. Caleb mira las lápidas y se pregunta cuántas personas de este lugar tienen historias similares a la suya. Al final, concluye que ninguna.

—Lo siento —le dice a su mujer, y lo siente de verdad. Si pudiera volver atrás, lo haría. Un viento fresco lo azota con el rocío de los árboles y la hierba. Se pone a temblar—. De verdad —insiste, y no sabe qué más decir.

Ella no puede oírlo. No tenía sentido venir aquí. Los muertos no pueden hablar, no pueden escuchar, no pueden oír; al menos, no en este estado. Pero él tiene un mensaje para ellos, uno que no podrá darles cuando haya muerto. Cuando todo esto termine, no podrá reunirse con ellos debido a lo que ha hecho. Sabe que irá a un lugar diferente. Ha venido a decirles cuánto lo siente. Y quiere que sepan que, aunque no puede subsanar nada, puede lastimar a quienes permitieron que todo esto sucediera. Incluido él mismo.

Y debe admitir que quiere que lo perdonen. No lo harán, bien lo sabe, y duele mucho que los videntes jueguen con esas emociones.

—Solo quisiera que… —empieza, pero no dice nada más. Son muchas las cosas que desea.

Se aleja de las tumbas. Sus zapatos absorben más agua y el laberinto le ralentiza. El cuerpo de Caleb gravita con los pensamientos del pasado mientras, en su camino de vuelta al aparcamiento, da pasos pesarosos por la hierba mojada y los jardines.

Capítulo diez

Cuando vuelvo a mi coche después de ver la tumba de mi hija, ya no estoy solo. En el coche de al lado hay un tipo que hace intentos denodados por arrancar el motor. Aunque no lo logra, sigue intentándolo. No hay mucha luz en la calle ni en la iglesia, así que es difícil verlo bien, pero el tío no tiene buena pinta. Su cara está llena de cicatrices y parece que le han roto la nariz varias veces. Me ve mirarlo y no hay nada que yo pueda hacer, salvo ofrecerle ayuda, aunque preferiría subirme a mi coche y largarme de aquí. Entonces deduzco que, para que este tipo esté aquí a estas horas de la noche, debe estar sufriendo una pérdida, tal vez una similar a la mía.

—¿Necesita ayuda? —le pregunto.

Se baja del coche y me dice:

—No sé mucho de motores.

Debe rondar los cincuenta. Tiene una mata aplastada de cabello canoso.

—Yo tampoco —admito—, pero tengo un juego de cables que podrían servir.

Abro el maletero de mi coche y saco los cables. Levantamos los capós y conectamos nuestros respectivos extremos. Creo que, si hubiera una competición para ver quién tiene el peor coche, ganaríamos los dos. Trato de arrancar el mío y el motor apenas gira. Por un segundo, pienso que podríamos quedarnos los dos aquí tirados, pero entonces se pone en marcha y piso el acelerador varias veces.

Camino alrededor de mi coche mientras él sube al suyo. Le cuesta un par de intentos, pero el motor arranca. Prueba un par de veces más y se baja. A la luz de los faros, puedo verlo mejor. Parece que le han dado una paliza; no recientemente, sino hace mucho tiempo y muchas veces. Desenganchamos los cables, los enrollo y los arrojo al maletero.

—Muchas gracias —dice.

—De nada —le contesto.

Mis instintos se activan y lo siguiente que hago es ofrecerle la mano.

La mira durante unos segundos. Parece no saber qué hacer y empiezo a sentirme como un idiota, pero entonces extiende el brazo y estrecha mi mano. Le devuelvo el apretón y da un pequeño respingo.

Lo suelto enseguida.

—Lo siento —le digo.

—No es culpa suya —dice, masajeándose los dedos—. Solo una vieja herida.

Miro mi coche y le digo:

—Bueno, no se sorprenda si tiene que devolverme el favor en uno o dos días.

—Ni siquiera estoy seguro de que el mío vaya a durar uno o dos días más —responde.

El momento queda atrás. Es agradable haberme topado con un desconocido que no era un imbécil y que, a estas horas de la noche, no ha hecho ningún intento de robarme la cartera. Ambos agradecemos el momento y subimos a nuestros coches. Mientras se aleja, me saluda con la mano. Yo vuelvo a la calle con la agradable sensación de haber ayudado a alguien.

Llego a casa a la una. Me quito los zapatos y los pongo junto al radiador con la esperanza de que estén secos por la mañana. Enciendo el ordenador y caliento la mitad restante de una *pizza* de supermercado de hace unos días, porque la hamburguesa solo me ha servido para unos minutos. Preparo café. No he comido nada sano desde que salí de la cárcel y no veo ningún motivo para romper la tradición. Perdí dieciocho kilos entre rejas y, por lo que parece, ninguno de ellos volverá. Cuando me quito la camiseta, parezco un cadáver.

Me siento en el estudio. Clavados en las paredes hay artículos sobre Melissa X y fotografías de ella cuando era Natalie Flowers. Por toda la habitación hay informes de la escena del crimen archivados en orden cronológico. Sus gélidos ojos azules me miran desde diferentes imágenes; son lo único idéntico entre las dos personalidades. El resto cambió con el maquillaje, los colores del pelo y tres años de asesinatos.

De espaldas a Melissa, busco en internet a las víctimas de hoy. Las historias ya han saltado a las noticias, pero no los nombres. La víctima número uno, Herbert Poole, aparece por casos que llevó en el pasado, mientras que de la víctima número dos, Albert McFarlane, se cuenta una historia de cuando se retiró del instituto, los alumnos le dieron las gracias y le desearon lo mejor. Schroder ya me ha confirmado que la víctima número uno no fue el abogado del divorcio de la víctima número dos. La conexión debe estar en otra parte.

Apago el ordenador y me dirijo al salón. Me tumbo en el sofá y veo las noticias. Tengo un principio de jaqueca que no creo que vaya a más. Me froto un lado de la cabeza hasta que se me pasa un poco el dolor mientras veo a una mujer de unos treinta años, con el pelo liso y

una gran sonrisa, mirar a la cámara y abrir el resumen de noticias. Dos ancianos asesinados el mismo día y los medios de comunicación ya han colgado la etiqueta de «asesino en serie». Y hasta le han puesto un nombre al homicida: la Gran Parca. Hago una mueca al oír el apodo y me pregunto a quién demonios se le ocurren estas cosas tan rápido, si la maquinaria mediática que se dedica a producir catastrofismo tiene solo para estas ocasiones a un tipo rarito que gana el salario mínimo y permanece escondido en una oficina del sótano. Si así fuera, con este último esfuerzo deberían pagarle menos. Hay imágenes de las escenas, pero no se menciona la aparición de detectives borrachos. Estoy agradecido, aunque no tanto como lo estarán Schroder y los demás. Él y sus compañeros de trabajo parecen haber esquivado una bala y conservado el curro. Al menos, por ahora.

Conociendo a los medios de comunicación, puede que solo sea cuestión de tiempo.

Capítulo once

La siguiente parada de Caleb es dos barrios más allá, en una casa en un callejón sin salida donde los vecinos parecen hacer lo mejor que pueden con lo que tienen: casas viejas con patios ordenados, ventanas agrietadas pero todas limpias, pintura parcheada pero no descascarillada y la madera desnuda vuelta a lijar. Aparca delante de la casa de la mujer y, aunque nadie querría robarle el coche, lo cierra de todos modos. Demonios, primero tendrían que conseguir que arrancara. Deja el cuchillo bajo el asiento del copiloto.

El camino hasta la puerta está bordeado de girasoles rotos. Los gruesos tallos se han doblado con el último viento fuerte y algunos incluso han desaparecido, salvo por los tocones. Otras flores siguen unidas a unos tallos tendidos sobre el césped. En la casa de al lado, un perro corre a lo largo de una valla, que araña con las patas, pero sin ladrar. Caleb llega a la puerta principal y toca el timbre. No sabe si está averiado o si simplemente no lo han oído. Justo cuando está dispuesto a golpear la puerta, una mujer abre de un tirón y le ofrece una gran sonrisa pintada con carmín rojo.

—Justo a tiempo —dice con un gesto de bienvenida—. Pasa.

Justo a tiempo es la una de la madrugada. Caleb supone que ella cree que esto hace que las lecturas sean más auténticas. La sigue hasta una habitación oscurecida por gruesas cortinas moradas. La casa huele a lo que se haya cocinado para cenar: un plato de pollo de algún tipo. La mujer lleva un pañuelo en la cabeza, un vestido de terciopelo que llega hasta el suelo y tatuajes en las manos que él no consigue discernir. Apenas pasará de los cincuenta, pero él sabe que tuvo que ser muy guapa hace treinta años; excepto por su mano derecha, que está desfigurada. Los dedos apuntan hacia atrás, como una garra. Él no sabe si ella nació así, si tuvo un accidente o si está fingiendo una discapacidad para mejorar su imagen.

—Siéntate —le dice, y le señala una silla.

La habitación está iluminada por dos lámparas en esquinas opuestas. Hay una estantería atestada de libros, muchos de ellos con palabras como «vida después de la muerte y espíritus». La mesa a la que se sientan es una de cartas y está cubierta con un paño negro nada más. Hay un sofá pegado a la pared y un gato tumbado en el reposabrazos. El gato mira fijamente a Caleb, como leyendo sus

pensamientos, algo por lo que él espera no tener que pagar al final de la sesión. Un jarrón lleno de incienso arde junto a la ventana.

Es su primera vez aquí, pero la cuarta en un entorno similar. Los otros tres videntes a quienes visitó hacían las lecturas en sus casas, con los mismos atuendos oscuros, aunque de diferentes tonos, y con libros de los mismos autores. La iluminación era igual de tenue. Tenían formas similares de contactar con los muertos. Él espera que esta mujer sea más auténtica.

—Dame las manos —pide ella.

Hasta ahora, es lo mismo. Él extiende la mano izquierda por encima de la mesa, algo vacilante, mientras ella lo sujeta con los dedos que tienen forma de garra.

—Hay mucho dolor dentro de ti —le dice, pero no ha tenido que invocar a un espíritu para que se lo chive, ya que eso está escrito y marcado en las facciones del hombre—. Lo presiento —continúa ella. Luego ladea ligeramente la cabeza, con los ojos cerrados, y él se da cuenta de que la vidente está tratando de escuchar algo. Caleb se la queda mirando y quiere creer que es real—. Siento que has perdido a alguien cercano —dice ella—. ¿Es cierto?

Él asiente y se da cuenta de que ella no puede verlo.

—Sí —responde.

—¿Tu mujer?

—Sí —vuelve a decir, anhelando que no sean simples adivinanzas.

Ella aprieta más los ojos. Los otros videntes se estancaron con su mujer; no se dieron cuenta de que sus hijos también estaban muertos. Esta se concentra…, se concentra…

—Percibo más dolor —añade—. Querías mucho a tu mujer. ¿Había… alguien más?

Es una pregunta abierta, pero él la acepta porque quiere creer.

—Sí.

—Percibo a alguien más joven —dice ella. Y, cuando él no contesta, le aprieta las manos con más vigor, la mano buena más fuerte que la garra, y piensa unos cuantos segundos—. Alguien bastante más joven.

—Mi hija —aclara, y luego se siente estúpido por haberle facilitado esa información. Está demasiado ansioso.

—Sí, sí —dice—, he percibido a una chica joven. Muy hermosa. Su hija.

Él asiente. Sabe que ella no puede verlo, pero sigue asintiendo de todos modos.

—Sí —dice, aunque no menciona al hijo.

—Fue hace algún tiempo —prosigue ella—. ¿Es cierto?

—Sí —responde él, aún ansioso, solo que más suspicaz. Por la forma en la que ella dice las cosas, pareciera que buscara más información entre los vivos que entre los muertos.

—Y has acudido a mí para intentar hablar con ellos —dice. Abre los ojos y lo mira—. Mucho dolor —añade—, para todos los implicados. ¿No?

Asiente con la cabeza.

—¿Y por qué has venido? —pregunta—. ¿Para hablar con ellos? ¿Para decirles que los echas de menos?

—Quiero que sepan cuánto lo siento —dice—. Los he defraudado. ¿Puedes decírselo?

Ella le sonríe.

—Puedes decírselo tú mismo —le revela—. Hay alguien aquí —dice, y mira por encima del hombro de Caleb.

Es tan creíble que él mira hacia atrás, pero no hay otra cosa más que el sofá, el gato y la puerta del pasillo. La mujer vuelve a cerrar los ojos.

—Sí, siento que hay alguien aquí —dice. Ahora inclina la cabeza hacia el otro lado, y él no sabe en qué parte de la habitación está el espíritu, si es que hay alguno—. Es una mujer —continúa—. Eh, no puedo verla con claridad. Una mujer hermosa. Tu mujer. Ella... está triste por haberte dejado. Ha sido repentino, repentino tanto para ella como para tu hija.

—Sí.

—Algún tipo de accidente —dice—. No puedo... No puedo entenderlo.

—Algo así.

—Había mucho dolor allí.

—Las echo de menos —dice él.

—Ella puede oírte. Dice que te echa de menos.

—¿Puedes...?

—Espera —dice ella, y le aprieta las manos—. Espera, me está diciendo algo. Tiene que irse, pero hay algo que quiere que te diga. Sí, sí —dice la mujer, que asiente y escucha con entusiasmo, y luego—: Sí, lo entiendo. Se lo diré. —Abre los ojos—. Se ha ido.

—¿Se ha ido?

—Sí, pero me ha dejado un mensaje. Quiere que sepas que su dolor ha desaparecido, que ella y tu hija están juntas, que te quieren. Y que desea que seas muy feliz.

Aparta las manos. Se estremece y abre los ojos de par en par, pues se da cuenta de que ha dicho algo equivocado.

—A veces, los mensajes pueden ser imprecisos —le dice—. En

ocasiones, pueden necesitarse varios intentos.

Él le entrega los ochenta dólares que la mujer, por teléfono, le dijo que costaría la sesión, y los billetes desaparecen en su garra. Ella lo acompaña hasta la puerta principal. Caleb no las advirtió al entrar, pero, al salir, ve un juego de maletas junto a la puerta y, sobre ellas, un par de pasaportes y billetes. Más tarde, esta noche o mañana, esta mujer se irá del país con su marido o pareja, y él se acuerda de las vacaciones con su mujer hace veinticinco años: mucho sol, buena comida y buen vino. Y, nueve meses después, una hija.

—Mi mujer —le dice— nunca querría que yo fuera feliz. Me culpa por lo que pasó y siempre lo hará.

Ella asiente con movimientos lentos y él supone que en eso consiste ser vidente: en aprender de los errores. Caleb espera que ella se defienda, que le diga que está equivocado y que su mujer sí quiere que lo perdonen y que sea feliz, pero ella no dice nada y cierra la puerta despacio.

Debería haberlo sabido.

El coche arranca al primer intento. Se aleja de la casa sin mirar atrás. Se acabó el recreo. Es hora de pasar a la siguiente víctima. Va a ser la más fácil. Después de todo, es la única de la lista que está en coma.

Capítulo doce

Suena mi teléfono y me doy cuenta, por primera vez, de que me he quedado dormido en el sofá, aún con el traje de luto puesto. Miro el reloj. Son las dos. He dormido solo diez minutos. Las noticias han terminado y hay un anuncio en la tele sobre un nuevo aparato de ejercicios que se pliega y se mete debajo de la cama para que no tengas que avergonzarte cuando vengan los vecinos. La mujer que lo muestra tiene más abdominales que yo nutrientes flotando dentro de mi cuerpo. Compruebo el identificador de llamadas. Es Schroder. O me llama para decirme que puedo trabajar en el caso, o para decirme que no puedo.

—He hablado con los jefes —me dice.

—¿Y?

—Les recordé que, cuando se trata de asesinos en serie, tienes un don para buscar en los lugares correctos, aunque lo hagas de la manera equivocada.

—¿Y?

—Y me recordaron que tu tasa de éxito viene acompañada de una tasa de homicidios.

—Uno fue un accidente —digo— y otro se suicidó. —La primera afirmación es un poco cierta y un poco falsa. La segunda tiene los mismos componentes. Schroder lo sabe. No puede demostrarlo y, aunque pudiera, no querría hacerlo.

—Estás dentro —dice—. No como policía, sino como asesor oficial.

—Eso es todo lo que esperaba en este momento.

—Sí. Si esto sale bien, quizá sea tu oportunidad de volver al cuerpo.

—Sí. Qué mierda que mi oportunidad surja por la muerte de dos personas.

—Tres —dice.

—¿Qué?

—Por eso te estoy llamando ahora, por eso no he esperado hasta mañana y por eso necesitamos toda la ayuda posible. Tenemos una tercera víctima.

—Me tomas el pelo.

—Hospital de Christchurch. Aún resiste, pero las cosas podrían ir

en cualquier dirección. Nos vemos allí dentro de cinco minutos.

Hay pocos coches. El noventa por ciento son taxis que transportan borrachos. El tráfico se hace más denso alrededor del hospital, pues ha habido un accidente en la entrada: un *boy-racer* ha saltado la acera, ha derribado una farola y ha dejado a una persona atrapada dentro de su propio coche. El aparcamiento está casi vacío y no pongo ninguna moneda en el parquímetro. Me dirijo a urgencias. El lugar está lleno de gente que, borracha, se ha caído y se ha hecho daño. Llamo a Schroder, quien viene a recibirme a través de las puertas de seguridad.

Mira mis zapatillas de correr.

—Bonitos zapatos —dice.

—También los tuyos —le digo. Como en mi caso, sus zapatillas de correr son, probablemente, lo único que tenía seco. También se ha puesto una camisa nueva—. Podemos ser compañeros de zapatillas. Y, dime, ¿el puesto de consultor viene con un sueldo?

Schroder se encoge de hombros.

—Sí, pero no me preguntes cuánto es. Diablos, podría ser más de lo que gano.

Volvemos a cruzar las puertas. Hay una serie de pasillos que se entrecruzan. No dudo de que aquí haya muerto gente solo por buscar el lugar correcto. Los médicos y las enfermeras caminan de un lado a otro con prisa, mientras que los pacientes aguardan en cubículos detrás de cortinas. De diferentes direcciones provienen voces, llantos y risas.

Seguimos por el pasillo hasta un pequeño vestíbulo con sillas donde hay dos mujeres sentadas. Una llora y la otra la consuela. La primera es la mujer; la segunda, una vecina o amiga. Nos detenemos a diez metros de ellas para poder hablar sin que nos oigan.

—Está muy mal —dice Schroder—. Tiene muchos daños internos y ha perdido un montón de sangre. Hace diez minutos, el médico ha dicho que, si conocen a un cura, es hora de llamarlo.

—¿Qué ha pasado?

—Según la mujer, la víctima llegó a casa y aparcó el coche, pero luego no llegó a la cama. Diez minutos después, ella se levantó a buscarlo. Lo encontró en el garaje, junto al coche. Se estaba sujetando las tripas con las manos. Le dolía tanto que no podía moverse, ni siquiera gritar. Cuando llegó la ambulancia, ya estaba inconsciente.

—¿Ella vio algo?

—Solo al marido. —Schroder baja la voz, aunque nadie puede oírnos. Todavía huele a cerveza—. Es otro tipo de víctima. Le han dado una sola puñalada y no le han escrito nada, pero es nuestro hombre.

—¿Sí? ¿Cómo lo sabes?

—El asesino caminó por el césped delantero arrastrando barro. Sus huellas coinciden con las huellas ensangrentadas de la residencia. Es una coincidencia exacta, hasta en los huecos de la pisada. Es nuestro hombre.

—Bueno, si es él, ¿por qué esta escena es tan diferente?

—La teoría es que entró en pánico y huyó.

—¿Qué más tienes?

—De la víctima tres, no mucho. El tipo bebió café en cada una de las dos primeras escenas, pero limpió las tazas. Limpió todas las superficies que pudo haber tocado, incluyendo el baño. Así que no hay huellas. Con respecto al ADN, bueno, tenemos mucho, solo que eso no va a servir de nada hasta que lleguen los resultados.

—Madre mía —exclamo—, tres personas en ¿qué?, ¿seis, siete horas? —Señalo con la cabeza un gran conjunto de puertas. Conducen a otro pasillo y a los quirófanos, donde, ahora mismo, nuestra víctima está tumbada encima de una mesa y alguien tiene sus manos dentro de él—. ¿Y si no fuera el último?

—La víctima tres se llama Brad Hayward —dice—. Es contable. Tiene cuarenta y un años, mujer y dos hijos. Todos estaban en casa cuando esto ocurrió.

—¿Los niños vieron algo?

—Los niños estaban en la cama.

—Así que la gente extra en la casa podría ser la explicación de por qué el asesino no se quedó hasta asegurarse de que el trabajo estuviera completo.

—Esa es la teoría —dice Schroder—. Hasta ahora, no hemos encontrado vínculos con ninguna de las otras víctimas.

—Así que tenemos un profesor, un contable y un abogado...

—Todos entran en un bar —dice Schroder, y luego sacude la cabeza—. Parece un chiste —añade.

La mujer ha estado pendiente de las puertas todo el rato, pero ahora nos mira. Susurra algo a su amiga, se levanta y se acerca. Se ajusta la chaqueta agarrándola de los bajos, la endereza y seca las lágrimas que han caído en el peto. Schroder me presenta, solo que sin mencionar ningún título. Ella asiente con la cabeza. No me da la mano. Tengo la impresión de que no le agrado.

—¿Saben algo ya? —dice, y la pregunta va dirigida a los dos.

—Estamos construyendo una imagen de lo ocurrido —afirma Schroder.

—¿Ha sido la Superparca?

—Gran Parca —la corrige Schroder.

—¿Qué?

—Es Gran Parca.

—¿Gran?

—Como en *gran descuento.*

—Es bonito —dice, pero no parece que lo diga en serio.

—No estamos seguros de que haya sido él, pero es posible —afirma Schroder.

—¿Para qué empresa trabaja su marido? —le pregunto.

—Goodwin, Devereux y Barclay —contesta.

—¿Se relacionan con abogados? —vuelvo a preguntar.

Ella se encoge de hombros.

—Habría que preguntarles, pero supongo que sí.

—¿Ha oído hablar de Herbert Poole o Albert McFarlane? —le digo.

—Su compañero ya me lo ha preguntado —dice— y la respuesta es no. ¿Son los dos hombres asesinados hoy, más temprano?

—¿Qué puede decirme de su marido? —la interrogo—. ¿Caía bien? ¿Tenía algún problema? ¿Ha recibido alguna llamada extraña o tenido alguna reunión a altas horas de la noche? ¿Cualquier cosa?

—Brad es un gran hombre —me dice, con el ceño fruncido—. Nada de eso, y le cae bien a todo el mundo. A todo el mundo. Espero que tenga mejores preguntas que esta.

—¿A qué hora suele terminar de trabajar? —le pregunto.

—Depende. La mayoría de las tardes trata de acabar a las seis, pero no suele terminar hasta las siete u ocho. A veces, como esta noche, no termina hasta mucho más tarde. No es raro que llegue a casa después de medianoche.

—¿Y la llama primero?

—Llamó sobre las cinco y dijo que no llegaría a casa hasta las once. Tiene mucho trabajo ahora. Uno de sus colegas fue detenido por asesinato y está en la cárcel —dice—, así que Brad tiene que asumir la carga de trabajo extra.

—Así que esto de acabar tarde es algo reciente —digo.

—Antes terminaba tarde una o dos veces al mes, quizá, pero ahora lo hace casi todas las noches y, por supuesto, llega mucho más tarde. Aunque no pasa de la medianoche. No me quejo, porque en el trabajo está sujeto a una gran tensión. Lo que quiero decir es que han surgido problemas, claro que sí. Yo estaba harta de tener que ocuparme de la casa y de los niños. Tampoco quiero ser la viuda de un contable, y... y...

Deja de hablar. La palabra «viuda» se le ha quedado en la cabeza. Su rostro cambia al dar vueltas a ese pensamiento; puedo verlo en sus

rasgos, en sus ojos. Está imaginando un futuro en el que su marido ya no está, donde no hay más llamadas telefónicas, no hay más discusiones, no más incertidumbre sobre cuándo llegará a casa. No más de nada, solo un vacío vital que algún día podría llenar con otra persona. O no.

—Va a sobrevivir —dice—. Ha perdido mucha sangre y los médicos todavía no saben si… —Y deja de hablar.

Su amiga se levanta, se acerca y la abraza. Nos dedica una mirada de desprecio, como si todo fuera culpa nuestra, como si estuviéramos entrometiéndonos con estas preguntas, aunque todos queremos lo mismo.

—¿Cuánto tiempo lleva en la empresa? —le pregunto.

—Cinco años. Casi seis.

—¿Y antes de eso?

—Antes trabajaba para Hacienda.

Miro a Schroder y él me devuelve la mirada. Lo de Hacienda es un problema. Podríamos arrojar dardos a la guía telefónica y, en cada lanzamiento, encontrar a alguien con un motivo. Lo sé: eso significa que detesto a Brad Hayward, y Schroder también. Salimos todos los días a arriesgar nuestras vidas para darle al Gobierno un tercio de nuestros salarios, y no es como si este estuviera dispuesto a asumir un tercio del riesgo. Si le pegaran un tiro a Schroder, Hacienda no le enviaría flores, no le desearía lo mejor ni le agradecería todos los impuestos que ha pagado.

—¿Ha habido algún problema?, ¿alguna amenaza? —pregunto.

—No, nada —contesta ella.

Suena el móvil de Schroder. Él se disculpa y da un paso atrás.

—¿Por qué se fue de Hacienda? —le pregunto.

—Bueno, él solo quería un cambio —responde. Sus ojos miran el suelo.

—¿Eso es todo?

—Se lo acabo de decir.

—De haber recibido una amenaza, ¿Brad se lo habría contado a usted? —le pregunto.

—Me lo cuenta todo. —Nunca he sabido si las novias y las mujeres se lo creen de verdad—. Sé lo que está pensando —dice.

No necesito incitarla a continuar.

—Por todas las noches en las que salía tarde, usted cree que Brad tenía una aventura. Pues no la tenía.

Yo no estaba pensando en eso. Bueno, no seriamente, pero ahora sí.

—Escuche, señora Hayward, ¿la gente sospechaba que su marido

tenía una aventura? Necesito saberlo todo. Cualquier cosa que usted retenga podría ser vital, podría ayudarnos a encontrar a quien hizo esto.

—No me estoy guardando nada.

—¿Por qué dejó Hacienda?

—Ya se lo he dicho, solo quería un cambio —contesta, y esta vez me sostiene la mirada durante unos segundos. Luego la aparta. Después de esto, combinado con aquello de que el marido era fiel, sé que me está mintiendo. Llevo demasiado tiempo en este oficio como para dejarme engañar por alguien como la señora Hayward—. Más dinero, mejores condiciones. Además, nadie quiere trabajar para Hacienda —concluye.

Asiento con la cabeza. Eso es verdad.

—Pase lo que pase, voy a llamarlos a primera hora de la mañana para interrogar a su antiguo jefe y averiguarlo —le explico—, así que lo mejor será que usted me lo diga.

—¿Es necesario? —pregunta su amiga.

—Vale —dice la señora Hayward, y se me queda mirando—. No fue nada. Solo que, ya sabe, hubo problemas con otra mujer. Ella dijo que él la acosaba, pero no era cierto. Estupideces. Brad no le caía bien, así que se inventó cosas. Y era más fácil marcharse de ahí que investigar más a fondo. Así que eso es todo, señor policía, y ahora usted cree que Brad me engañaba. Pero no, él nunca haría eso, no es de los que engañan —dice, solo que, en mi opinión, podría ser de los que engañan, y en la opinión de ella, también. Las noches en vela, las horas extra en el trabajo... No hace falta ser contable para darse cuenta de lo que eso supone.

Le agradezco sus respuestas y le deseo lo mejor a su marido. Schroder concluye su llamada telefónica.

—¿Has averiguado algo? —me pregunta—. Al parecer, la estabas haciendo pasar un mal rato.

—El marido tiene una aventura. Probablemente por eso ha llegado tarde a casa esta noche. Quizá ha estado jugando con la chica equivocada. Ahí podría haber una conexión.

—¿Ella te ha dicho eso?

—No con esas palabras —le digo.

En este momento, un médico de aspecto abatido sale de detrás de las puertas. Antes de que abra la boca, todos sabemos lo que va a decir. Las dos mujeres rompen a llorar y la tasa de homicidios de Christchurch sigue creciendo.

Capítulo trece

No estamos tratando con un asesino en serie; estamos tratando con un asesino itinerante. Esto no es algo que ni Schroder ni yo ni nadie más en el departamento haya experimentado. Un asesino en serie se toma su tiempo; un asesino itinerante va por ahí matando a todo el que puede en el menor tiempo posible. Mientras estamos lidiando con una víctima, nuestro perpetrador ya está creando otra.

A las tres de la mañana, dejamos el hospital y a la viuda más doliente de la ciudad y nos dirigimos en nuestros propios coches al lugar del crimen. Pasamos junto a los periodistas que, como los vampiros, nunca duermen y que, como los vampiros, le chupan la vida a la gente. El mundo sería un lugar mejor si los vampiros fueran reales y los periodistas no.

El vecindario sugiere que los contables cobran bien. Debe haber otros en esta calle. Probablemente celebran fiestas de contables cada pocos meses, intercambian los últimos chistes de abogados y lo contabilizan todo como gasto. Los periodistas nos lanzan preguntas a gritos y noto decenas de objetivos centrados en mi cara. Aparcamos detrás de un coche patrulla. Encerrado en el asiento trasero, hay un tipo con carné de prensa colgado del cuello y esposas en las muñecas. Sobre el techo del coche descansa una costosa cámara fotográfica. Uno de los lados está arañado y agujereado por una caída.

La casa tiene cuatro dormitorios, una sola planta y un jardín delantero muy pequeño. El interior huele a comida. Ya han llegado otros compañeros; entre ellos, la detective Kent, que está hablando con uno de los vecinos. Cuando pasamos por su lado, nos saluda amistosamente con la cabeza. Hay sangre por todo el suelo del garaje y en el lateral del coche. Brad cayó hacia atrás y resbaló en ella. En el hormigón hay huellas de manos y más rastros de sangre. Por lo visto, la víctima intentó avanzar arrastrándose antes de que su cuerpo se rindiera. El asesino dejó abierta la puerta del garaje, pero nadie llegó a ver al pobre de Brad mientras esperaba a que su mujer viniera a ayudarlo; o bien, alguno de los vecinos. Bueno, los vecinos ya están aquí, y son muchos. Nos observan desde fuera de sus casas, de pie, adictos al drama, fascinados por los tejemanejes de la muerte. No pueden apartar la mirada. En vista de la cantidad de sangre que hay aquí, los médicos no tenían mucho que hacer.

Paso por encima de la sangre y atravieso la puerta interior hasta el vestíbulo. La casa está diez grados más caliente que el exterior y la bomba de calor sigue soplando aire caliente en el salón. Trabaja duro para combatir el aire frío que entra por la puerta abierta. Hay un televisor de pantalla grande que emite las noticias en directo, solo que lo han silenciado. Veo a una reportera en el lugar de los hechos y, al fondo, mi coche. Quizá algún espectador se apiade lo suficiente como para donar un modelo más reciente y con más piezas funcionales. El coche aparece en alta definición, igual que la reportera, igual que cada línea y cada arruga de su cara. A ella, la cámara le añade cinco kilos; a mi coche, veinte años.

Uno de los dormitorios está convertido en estudio. En la pared hay fotos de la familia con distintos grados de felicidad en los rostros. También hay un cartel enmarcado de una película: un extraterrestre sostiene en brazos a una mujer, y el fondo está lleno de tanques de los años cincuenta y soldados de los cincuenta que actúan como en las películas de serie B, cuando los tanques del ejército nunca resolvían los problemas, sino que los agravaban. Me imagino que nada ha cambiado. Enciendo el ordenador y, mientras se carga, reviso los cajones y el escritorio y empiezo a apilar cosas: una agenda, carpetas de trabajo, una lista de cuentas atrasadas y sitios de redes sociales, todos con las contraseñas escritas a un lado. El ordenador cobra vida y paso algo de tiempo revisando el historial, las cuentas bancarias y todos los sitios web que ha visitado esta familia, pero no encuentro nada útil. Si Brad tenía una aventura, no ha dejado comprobantes de gastos en flores ni habitaciones de hotel. Los nombres de la libreta de direcciones y los recibos de las tiendas se cruzarán con todo lo que hemos encontrado en las dos primeras escenas.

Vuelvo al garaje. Las llaves de Brad siguen colgadas en el contacto. Es un coche mucho mejor que el mío, y me pregunto si a su mujer le importaría que lo tomara prestado, ya que lo utilizaría para encontrar al asesino de su marido. También me imagino que, si se lo pidiera, el número de cadáveres en la morgue aumentaría. Abro la puerta y enseguida huelo el perfume. El olor es fuerte, y aún más del lado del copiloto. Enganchados en la tela del reposacabezas, hay unos cabellos rubios sucios, como el doble de largos de los de la mujer y diferentes en color. Reviso la guantera, el maletero y bajo los asientos. Hay un montón de recibos de gasolina arrojados por ahí, dos botellas de licor vacías, un par de calcetines y algunos envoltorios de chocolatinas. Cierro el coche y me dirijo al dormitorio. Reviso los cosméticos de la mujer, huelo los perfumes y no encuentro nada que coincida.

—¿Buscas una nueva fragancia? —pregunta Schroder, que está aferrado a su teléfono.

—¿No puede un hombre querer oler bien?

—¿Qué estás haciendo?

Le hablo del coche.

—¿Y?

—Ninguno de estos coincide. Añade eso a los cabellos que encontré y...

—Y alguien más estaba en su coche.

—El olor del perfume es todavía intenso. Tuvo que ser esta noche.

—Podría haber sido una colega —dice Schroder.

—¿Has hablado con su jefe?

—Todavía no. Mira, Tate, esto es una locura, una puta locura, pero..., pero acaba de aparecer un cuarto cadáver —dice. Agita el teléfono como si intentara librarse de las malas noticias.

Me dan ganas de dejar caer los perfumes por detrás de mi hombro, pegar los brazos a los costados y decir: «Bueno, supongo que no hay más que hacer», porque estamos persiguiendo a un psicópata por toda la ciudad, en una noche a la que todavía le quedan un montón de horas, y ni siquiera tenemos forma de saber si los asesinatos van a parar cuando amanezca. Mañana a esta hora podríamos estar hasta el cuello de cadáveres.

—No —le digo. Niego con la cabeza, tratando de refutar su afirmación.

—Cuatro cadáveres —dice—. Es como... Diablos, no sé lo que es.

—Es como si el mundo se hubiera vuelto loco. —Dejo el perfume y algo me revuelve el estómago—. Dios —digo, y mi voz suena débil. Son cuatro personas. Al menos, cuatro familias. Docenas y docenas de personas a las que se les va a venir el mundo encima: padres, amigos, familia... Es mucho dolor.

—Todo sería más fácil si Él estuviera en el caso —dice.

—Así que ¿quién es nuestra nueva víctima?

—Se llama Victoria Brown —dice—. Es abogada y, mierda, escucha esto —añade, sacudiendo la cabeza, lo que me hace saber que va a ser malo—: ha estado en coma durante siete años.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que...?

—Coma. Sí, lo sé. Qué jodido. Escucha, voy para allá ahora. Quiero que vayas a ver al jefe de Brad Hayward y hables con él, a ver qué logras averiguar.

—¿No quieres que vaya contigo?

—Esa es la cuestión. Mira, Tate, no quiero que reacciones mal, ¿vale? —me dice, y ahora se me seca la boca.

—Carl…

—Si no quiero que vengas conmigo, es porque vas a reaccionar de forma exagerada; pero tu mujer está bien.

Sacudo la cabeza. Es un movimiento muy breve mientras, al mismo tiempo, me echo hacia atrás.

—¿Mi mujer qué…?

—Nuestra cuarta víctima es una paciente de la residencia donde está tu mujer, Tate, pero Bridget está bien. Completamente bien.

Doy un paso adelante.

—¿Qué coño me estás contando? ¿Alguien intentó hacerle daño?

—No, no, nada de eso. Resulta que está en la misma residencia que nuestra víctima.

—Voy para allá.

—Tate…

Aun así, paso junto a él y salgo corriendo hacia mi coche.

Capítulo catorce

Tanto matar está cansando a Caleb. Sabía que la noche iba a ser larga. Solo tiene que mantenerse concentrado. Mantenerse fuerte. Mantenerse positivo. Tratar con la próxima víctima va a ser más difícil y agotador, porque no es solo un blanco, sino cuatro: el médico, su mujer y sus dos hijos. Va a ser complicado. La víctima en coma fue fácil. No tuvo que hacer ningún esfuerzo; ella ni siquiera se enteró de que él estaba allí. Pero el doctor es la clave. Lo que tiene planeado para el médico es un castigo más grande del que cualquier hombre pudiera soportar.

Está cubierto de sangre. No lleva ropa de repuesto, pero la conseguirá pronto.

El médico vive en un barrio caro que todas las mañanas está lleno de criadas, jardineros y niños que van al cole en monovolúmenes demasiado grandes conducidos por sus madres. No hay luces encendidas en ninguna de las ventanas. Ya son más de las tres y está cansado, tanto que solo quiere meterse en un agujero en cualquier parte y dormir una siesta; tan cansado que podría llevarle dos noches lo que él quería hacer en una. Sin embargo, hacer todo en una sola noche impediría que la policía tuviera tiempo de averiguar qué está pasando. Una sola noche era el objetivo. Solo que ha cometido un error, más temprano, al seguir a ese gilipollas hasta su casa. Ha sido un desperdicio de tiempo y energía. Se ha arriesgado a que lo pillaran. Ha sido una estupidez.

Aparca justo enfrente. Puede entrar de varias maneras, pero hay una más sencilla que las demás. Toca el timbre hasta que se enciende una luz en el pasillo.

—¿Quién es? —La voz de hombre suena cansada.

Caleb espera que la mujer se haya quedado en la cama.

—¿Doctor Stanton?

—Sí.

—Soy yo, James, de esta misma calle más arriba —dice Caleb. Trata de sonar desesperado—. Se trata de mi hija, hemos tenido un accidente. Por favor, por favor, tiene que ayudarme —dice. Antes de que termine la frase, puede oír cómo se descorren las cerraduras.

La puerta se abre.

Nunca ha estado con el doctor Stanton en persona, pero ha visto

imágenes del juicio de hace diecisiete años, cuando el médico subió al estrado y dijo que no todo el mundo puede ser considerado responsable de sus actos. Estaba equivocado. Desde entonces ha engordado, su pelo se ha vuelto completamente gris y su estatura ha menguado unos centímetros. Por alguna razón, eso le gusta a Caleb.

Stanton lo mira de arriba abajo, ve la sangre y parece conmocionado.

—¿Dónde está? —pregunta.

—No me reconoces, ¿verdad? —dice Caleb.

Stanton, que está a medio camino de la puerta, se detiene. El visitante se da cuenta de que el médico intuye algo. Su radar psiquiátrico empieza a detectar el peligro a unos metros de distancia, pero es demasiado tarde.

—¿Que si te reconozco? No, no sé quién eres —responde, ahora vacilante. ¿Tienes...? ¿Tienes una hija? —pregunta, lo que demuestra que sabe que algo va mal.

—Sí.

—¿Dónde está?

—Muerta.

Stanton hace un alto. Da un pequeño paso atrás y alarga la mano para apoyarla en la puerta.

—¿Cómo has dicho que te llamas?

—He dicho que era James —responde—, pero no es cierto.

—Escucha, James —dice Stanton, que no entiende lo que ocurre, mientras da otro paso atrás—, no sé qué tipo de juego estás...

Ahí termina la frase, porque la siguiente palabra se deforma cuando el puño de Caleb conecta con la nariz de Stanton. El psiquiatra cae dentro de la casa y se cubre la cara con las manos ahuecadas.

Caleb sigue al buen doctor al interior y cierra la puerta. Sacude la mano en un intento de aliviar el dolor. Por instinto ha usado la derecha, cuando debería haber usado la izquierda, y ahora tiene que pagar por ello. Tiene el puño paralizado y tardará unos instantes en abrir la mano. Pone el pie en el vientre del psiquiatra y empuja. Justo en el instante en el que el médico va a dar al suelo, Caleb se lleva la mano buena a la cintura del pantalón y saca el cuchillo. Mira a su alrededor. Están en un vestíbulo que, a la izquierda, conduce a un salón y, más adelante, a lo que podría ser una sala de estar. A la derecha ve una escalera. No hay nadie.

—¿Ves esto?

Stanton lo mira desde detrás de sus manos ahuecadas.

—*E* has *oto* la *ari* —dice.

—Voy a hacer pedazos lo que queda de ti si no dejas de quejarte.

¿Dónde está tu mujer?

—¿Qué?

—Tu mujer. ¿Está en la cama?

—Ah.

—¿Qué?

—*¿Quie erej…?*

—Date la vuelta —dice Caleb, molesto por lo complicado que se está volviendo esto—. Si no, te voy a enterrar este cuchillo justo en el pecho. Luego haré lo mismo con tus hijas.

—*O astime* a *i hija.*

Mierda. No tiene tiempo para esto. La mujer podría estar llamando a la policía. Deja caer el cuchillo tan fuerte como puede. El médico se estremece, pero no puede escapar de lo que sucede a continuación: el mango se estrella contra su cabeza y lo hace callar durante lo que debería ser un largo rato.

—¿Papá?

La voz viene del piso de arriba. Caleb guarda el cuchillo en la parte trasera de sus pantalones y se dirige a las escaleras. Hay una niña de pie en lo alto, una niña pequeña con el pelo castaño desordenado que le cuelga hasta los hombros. Lleva un pijama rosa, un osito de peluche bajo un brazo y se está mordiendo un dedo de la otra mano. La niña tiene los ojos muy abiertos y la cara pálida. Él se dirige hacia ella.

—¿Quién eres? —pregunta la niña.

Caleb echa un vistazo a Stanton en el pasillo y decide que la niña, desde donde está, no puede ver a su padre.

—No pasa nada —le dice, usando ahora su voz tranquila, aunque se da cuenta de que ella no piensa lo mismo. Advierte que está a punto de pegar un grito—. De verdad, no pasa nada —vuelve a decir, y ella abre la boca, pero, cuando intenta gritar, solloza y el grito se queda atascado.

Él acorta la distancia que los separa. Se agacha frente a la niña para poder mirarla a la cara. Le pone una mano en la boca y otra en el pecho y la empuja contra la pared. En el proceso, aplasta también al oso. Ella hace un esfuerzo por sollozar detrás de la mano y él tiene cuidado de no cortarla. Mientras la mira, se siente confundido. Necesita no sentir nada o esto terminará por no funcionar, pero sí que siente algo.

—No voy a hacerte daño, te lo prometo. Soy un viejo amigo de tu padre. ¿Dónde está tu madre?

La niña sacude la cabeza.

—Necesito que me ayudes, porque yo estoy intentando ayudar a

tus padres —dice—. Si quito mi mano de tu boca, ¿prometes no gritar y hablarme como una adulta?

Ella asiente. Él le quita la mano de la boca, dispuesto a volver a ponérsela al primer chillido, pero ella no grita. Tampoco dice nada. No mueve la cabeza ni asiente.

—Te llamas Katy, ¿verdad?

—Con y —dice.

—¿Y cuántos años tienes, Katy?

—Cumplo nueve años la semana que viene.

—Vaya, estás a punto de ser una niña grande.

—Sí —dice ella—. ¿Quién eres?

—Me llamo Caleb —contesta—. Conozco a tu padre.

—¿Dónde está?

—Abajo, esperándonos. ¿Dónde está tu mami? ¿Está en la cama? —Ella asiente—. ¿Duerme?

—No lo sé. Ya no vive aquí.

—¿Cómo?

—Mamá y papá ya no se quieren, así que mamá se ha ido a vivir con alguien a quien sí quiere.

—Pero has dicho que estaba en la cama.

—Porque es tarde —explica—. Todo el mundo está en la cama cuando es tarde.

—¿Vives aquí todo el tiempo? —pregunta.

Ella asiente.

—¿No vives con tu madre?

Ella sacude la cabeza.

—Vale, vale. Escúchame bien. Me voy a ir de viaje con tu padre —le dice—, y no sería muy responsable por nuestra parte dejarte aquí con tu hermana, así que vamos a llevaros a las dos con nosotros. ¿Qué tal si me enseñas dónde está? A las chicas buenas nadie les hace daño si hacen cosas buenas —le dice. Pero, por supuesto, nada más lejos de la realidad—. No quieres que nadie te haga daño, ¿verdad? —Ella sacude despacio la cabeza—. Vale. Katy con y, ¿por qué no me llevas con tu hermana?

—¿Cuál?

—¿Qué quieres decir con cuál?

—¿Qué hermana?

—Melanie, por supuesto —dice Caleb, pero la pregunta lo tiene preocupado—. Katy, ¿cuántas hermanas tienes?

—Si fueras amigo de mi padre, ¿no lo sabrías?

—He estado fuera mucho tiempo, Katy, pero ¿qué tal si me lo cuentas?

—Dos.

Dos. Cielos, ¿cuánto errores ha cometido? No hay mujer, hay tres hijas, ¿qué más?

—Katy, ¿hay otros adultos en la casa?

—No.

—¿No tienes hermanos?

Ella sacude la cabeza.

—Pareces malo —dice.

—No soy malo.

—¿Vas a lastimar a alguien?

—No —dice—. Te diré algo: puedes lograr que nadie salga herido. Solo tienes que asegurarte de que se haga todo lo que yo diga. Puedes ser mi ayudante especial.

—No quiero ser una ayudante especial —dice ella.

—Tu hermana mayor es Melanie —dice Caleb.

—Sí.

—¿Y la otra hermana? ¿Es más joven o mayor?

—Solo tiene un año —dice Katy.

Así que tendrá que lidiar con una niña de once años, otra de ocho y otra de uno. Piensa en cómo va a cambiar el plan y se da cuenta de que no es necesario. Puede que cambie la forma de hacer las cosas, que esto le dé más poder sobre el médico, pero el resultado final va a ser el mismo.

—¿Cómo se llama?

—Octavia. ¿Qué pasa con papá? ¿Vas a ser malo con él?

—Tu padre hizo algo malo —dice él.

—Mi padre ayuda a la gente.

—A veces, ayuda a la gente que no debe.

—¿Qué hizo?

—Es una cosa de adultos, Katy. No lo entenderías.

—Ya soy mayor —dice la niña—. ¿Te acuerdas? Te estoy hablando como lo haría una adulta.

A pesar de la situación, a pesar del hombre tumbado en el suelo y de toda la sangre y los años en la cárcel, no puede evitar sonreír. Se siente bien; por primera vez, siente algo, y eso es peligroso.

—Quizá papá pueda ayudarte —dice—. ¿Eres uno de sus pacientes? ¿Eres un loco?

La sonrisa de Caleb desaparece.

—No —le dice—, soy un hombre amistoso.

Los ojos de Katy se entrecierran mientras lo mira fijamente.

—No te creo.

—Bueno, Katy, no importa si me crees o no, porque vas a hacer lo

que yo diga. Si no, te vas a meter en problemas, y lo último que quiero es veros a ti o a tus hermanas lastimadas porque no hiciste lo que te dije. —Busca en su bolsillo la cinta adhesiva—. Ahora, ¿qué tal si me enseñas dónde están, antes de que me hagas enfadar? —añade.

Y ella le enseña dónde sin decir ni una palabra más por el camino.

Capítulo quince

De la nada, ha vuelto a llover. Tengo que aumentar la velocidad del limpiaparabrisas que funciona. Hace un extraño chirrido y me temo que saldrá volando por la ventanilla hasta perderse en algún jardín delantero, pero luego, tan rápido como ha venido, la lluvia vuelve a desaparecer. Ha sido apenas un asalto de treinta segundos a la ciudad. Aunque me entran ganas de acelerar, tengo que conducir con cuidado, temeroso de que, si llevo el coche a más de cincuenta kilómetros por hora, el motor se convertirá en un rompecabezas. En la residencia hay coches patrulla y montones de furgonetas con reporteros de aspecto somnoliento. Aunque he conseguido ser el primero en salir, Schroder se me ha adelantado.

Está en el vestíbulo junto a la enfermera Hamilton. Por el momento, la enfermera Hamilton no se parece en nada a la enfermera Hamilton, sino a una mujer que ha estado metida debajo de un sofá durante los últimos veinte años y ha salido para ponerse el uniforme de la enfermera Hamilton. Ella empieza a acercarse, pero se lo piensa mejor. Schroder me guía escaleras arriba hasta el segundo piso, en dirección contraria a Bridget, pero no puedo ir tras él, no de inmediato, no hasta haber comprobado cómo está mi mujer. Me dirijo a su habitación y hay suficiente luz en el pasillo como para verla dormir plácidamente.

—Está bien —me dice Schroder—. Lo que ha pasado aquí no tiene nada que ver con ella.

No sé qué decirle. Intento controlar mis pensamientos para sosegarlos: quiero trasladar a Bridget a otra residencia. Quiero cazar al hombre que ha violado este lugar.

—Vamos, Theo, tenemos trabajo que hacer —me dice. Sostiene una fina carpeta delante de mí—. Mira, sé que estás cabreado, pero tienes que centrarte en lo sustancial, y lo sustancial es que Bridget no ha resultado herida, pero sí otra persona. Y tenemos que hacer lo mejor posible por esa persona, porque esa es nuestra tarea.

Me tomo unos segundos para escuchar lo que dice. Intento asimilarlo. Me doy cuenta de que tiene razón.

—Theo, ¿estamos de acuerdo en esto?

—Lo estamos —le digo.

—Bien.

Se gira y lo sigo a una parte de la residencia en la que yo no había estado antes, pero que tiene el mismo aspecto que todo lo demás: plantas de plástico en macetas a lo largo de los pasillos, pinturas de paisajes, vistas de los jardines desde las ventanas. Por el camino pasamos por habitaciones en las que hay pacientes en situaciones similares a la de mi mujer: algunos en mejor estado, como puedo notar cuando se giran y miran hacia nosotros mientras caminamos; otros en peor estado, con sondas y tubos que los conectan a una forma de vida artificial.

—Victoria Brown —dice Schroder—. Tenía cuarenta y nueve años, estaba casada y no tenía hijos. Lleva aquí siete años, después de que fuera agredida en el baño de un centro comercial. Se golpeó la cabeza contra un lavabo y nunca despertó —dice—. Nunca cogieron al agresor —añade.

Hago un alto fuera de la habitación y miro dentro.

—Hay mucha sangre —digo.

—La apuñaló igual que a los dos primeros.

—Así que lo que cabreó a nuestro hombre ocurrió hace, al menos, siete años —digo.

—Tiene que ser. No creo que ella haya hecho enfadar a nadie desde que está aquí. Él tiene que estar muy cabreado —dice—. La mujer no opuso resistencia, y él, de todas formas, siguió apuñalándola.

—¿Qué hacía ella? ¿Antes de aquel ataque?

—He ahí el asunto: era abogada criminalista.

Un pequeño escalofrío recorre mi espina dorsal en cuanto establezco la conexión.

—Así que tenemos dos abogados, un profesor y un contable. ¿Hay algún mensaje?

—Está en su frente, igual que los otros: «Fuiste cómplice».

—¿En qué?

—En aquello a lo que la víctima número uno no le dio suficiente importancia y que para la víctima número dos valió la pena o no.

Miro de un extremo al otro del pasillo.

—¿Y nadie oyó ni vio nada?

—No, y no es que la víctima estuviera haciendo ruido.

—¿Has hablado con el marido?

—Está muerto. Se suicidó hace un par de años. Ahorcado.

¿Tendrán todas las historias de esta ciudad finales tan malos? ¿Todo el mundo tiene una historia triste?

Hay forenses dentro y fuera de la habitación. Han puesto marcadores de plástico a las gotas de sangre en el suelo y a las huellas de pisadas ensangrentadas, que son oscuras cerca del cadáver, se

aclaran a cada paso y desaparecen cerca de las escaleras. La muerta sigue con los brazos a los costados y en su rostro no hay ninguna expresión de horror. Tiene los ojos cerrados y las facciones relajadas. Es la primera vez que Schroder y yo vemos a una víctima de coma asesinada. Tal vez sea la primera vez que sucede algo así. Las hemos visto quedarse embarazadas y contraer enfermedades, pero no esto.

—¿Estás bien? —pregunta Schroder.

—No estoy seguro —le digo.

—Parece que te vendría bien un poco de aire.

La letra en la frente de la mujer muerta coincide con las otras.

—Dos abogados, un profesor y un contable —repite Schroder.

—Ya no parece el comienzo de un chiste —le digo.

—No. Aunque nunca me lo pareció. —Se lleva las manos a la espalda y se estira. Su columna vertebral chasquea suavemente. Una vez vi a un tipo hacer eso y se la echó a perder—. El personal dice que estuviste aquí más temprano —comenta—. ¿No viste nada?

—Vi a alguien caminando con un cuchillo ensangrentado, pero no creí que valiera la pena mencionarlo.

—Oye, era solo una pregunta.

—Te lo habría dicho. ¿Quién la encontró?

—Una de las enfermeras estaba haciendo un control rutinario. Vio las huellas ensangrentadas y pensó que uno de los pacientes había tenido un accidente. Siguió las pisadas hasta aquí y empezó a gritar. Despertó a los otros pacientes y puso a correr al resto del personal. Es bastante obvio que este tipo no escoge sus víctimas al azar —dice—. El azar no te lleva a dos residencias de ancianos y una residencia de recuperación. Nuestro asesino tiene una lista. La pregunta es: ¿cuántas personas hay en esa lista?

Es una buena pregunta. Las vistas de esta habitación son similares a las de la habitación de mi mujer; las dos las han disfrutado por igual. La distribución también es la misma: la cama en el centro, con espacio alrededor para las enfermeras. Hay un jarrón lleno de flores tan falsas que no engañan ni a los pacientes en coma. No ha habido mucha emoción en este dormitorio, no hasta que vino un loco a llenarla de rabia.

—La víctima tres no encaja en la lista —digo—. El asesino ha hecho un gran esfuerzo para colarse aquí, apuñalar a esta mujer en repetidas ocasiones y dejar un mensaje. Lo mismo pudo haber hecho por Brad Hayward. Pudo haberlo esperado junto a su coche, en la ciudad, o haberse detenido junto a él en un semáforo; o bien, esperar a que la mujer estuviera dormida. Incluso pudo haber intentado colarse en su lugar de trabajo.

Detrás de nosotros, Tracey Walter entra en la habitación. La forense parece cansada. Ha pasado un largo día examinando a los muertos y ahora tiene que pasar una larga noche abriéndolos.

—Vayamos al grano —dice a modo de saludo. Deja el maletín en el suelo y saca un termómetro con un pincho.

Aparto la mirada mientras se lo clava a la víctima cerca del hígado. Vuelvo a mirar a Tracey, que comprueba la temperatura y echa otro vistazo a la habitación, como si estuviera calculando el calor que hace aquí. Toma algunas notas, aparentemente hace cuentas y se acerca a nosotros.

—Mi suposición preliminar es que la muerte sucedió hace noventa minutos —dice, y consulta su reloj—, lo que la sitúa alrededor de las dos y media.

—Yo estuve aquí sobre las once y media, quizá las doce menos cuarto —digo, pensando que las cosas podrían haber sido distintas si yo hubiera llegado más tarde o si el asesino hubiera llegado más temprano. Pude haber entrado cuando él se iba o salido cuando él llegaba. De haberlo visto, quizá me habría formado una idea de lo que estaba pasando. Lo que quedaba de Victoria Brown podría seguir vivo.

—El cuerpo ya puede ser movido —dice Tracey, y se dirige de nuevo por el pasillo hacia las escaleras.

—Hemos comprobado los antecedentes de las víctimas —dice Schroder.

—¿Y?

—Lo más grave que ha tenido esta gente son multas por exceso de velocidad.

Los forenses llegan para hacerse cargo de la escena. Es hora de ir a ver a John Morgan, el jefe de Brad Hayward. Ya son las cuatro. Schroder me da un papel con la dirección de Morgan. Su letra ya era mala cuando lo conocí en la academia, pero ha empeorado con los años. Los caracteres están hechos un lío, así que tiene que puntualizar lo que me ha dicho.

—Si te sirve de algo saberlo —dice, mientras me acompaña más allá de las huellas ensangrentadas, que se van reduciendo conforme se acercan a las escaleras—, me siento igual que tú.

—¿Cómo?

—Indefenso —dice.

—¿No te sientes desesperanzado?

Se encoge de hombros.

—Escoges lo que quieras —responde.

Antes de marcharme, voy a despedirme de mi mujer. Entro en su habitación y la encuentro junto a la ventana, con las cortinas abiertas.

Me estremezco al verla allí, tanto que tengo que dar un paso atrás para no perder el equilibrio.

—¿Bridget? —digo, y espero a que se gire y me sonría, pero no lo hace. Cruzo rápidamente la habitación, la cojo de la mano y la miro a la cara, pero ella no me ve ni reacciona a mi tacto. Se queda mirando los coches de policía que están en el aparcamiento mientras las luces rojas y azules se reflejan en su piel.

—¿Bridget?

La giro hacia mí. Tengo esperanzas de que se centre en mí. Rezo por que así sea, pero no sucede. Está de pie, pero, fuera de eso, no parece reaccionar ante la agitación que ha habido. No ha advertido mi reciente ausencia de cuatro meses, mientras estuve en la cárcel, ni mi regreso. Al otro lado de la ventana, los medios de comunicación se han reunido para contar la historia de una mujer que ha muerto, una mujer a la que Bridget nunca conoció, a pesar de que solo las separaba un pasillo. Quizá Bridget vio irse al asesino. Quizá lo vio subir a su coche y marcharse. La enfermera Hamilton me ha dicho que, a veces, Bridget se levanta por la noche y se sienta en su silla. A veces la encuentran de pie en el pasillo, aferrada a una fotografía de nuestra hija. Yo tomo esos momentos y los convierto en esperanzas.

—Bridget —vuelvo a decir.

La cojo de la mano y la conduzco de nuevo a su cama. Me siento con ella. Necesito sentarme, porque verla de pie me ha llenado de tal conmoción y paroxismo que mis piernas no parecen capaces de soportar todo ese peso. La acompaño durante quince minutos y cierro las cortinas antes de bajar. A la salida, le cuento a la enfermera Hamilton lo que he visto. Ella asiente despacio. Hay una sonrisa triste en su cara y en la mía, una de realismo.

—La primera vez que la vi de pie fuera de su habitación, casi me da un infarto —me cuenta—; sin embargo, nunca me la he encontrado de pie junto a su ventana.

—Tal vez quería ver lo que estaba pasando —le digo.

La sonrisa triste sigue ahí y a mí se me escapa una, puedo sentirlo.

—Tal vez —dice—. Con las lesiones cerebrales, nunca se sabe.

Solo que ella lo sabe. Y yo también. Cuando salgo de la residencia de recuperación, no dejo de pensar en lo que podía haber sucedido, en la posibilidad de que Bridget se volviera hacia mí y me sonriera, en la posibilidad de que volviera a casa conmigo, en los médicos rascándose la cabeza y diciendo que tiene que haber sido un milagro, en el «nunca se sabe» de las lesiones cerebrales.

Llego al coche y vuelvo a mirar por la ventana. Una pequeña parte de mí espera ver allí a mi mujer, pero la otra sabe que eso no puede

ser. Así que, cuando veo su cara asomada y las cortinas corridas, me sobresalto. Sus rasgos pálidos y su pijama blanco se iluminan con el rojo y el azul de unos coches patrulla, que mira fijamente. Me quedo quieto, con la mano en la puerta del coche, observándola, a la espera de detectar algún movimiento. La enfermera Hamilton aparece a un lado de Bridget y le pasa el brazo por los hombros. Mira hacia abajo, pero no me ve. Se lleva a mi mujer.

De camino a ver a John Morgan, me tiemblan las manos, y no sé bien por qué. Habrá sido la emoción de la esperanza, o esa sensación espeluznante que tuve cuando vi a Bridget mirando por la ventana como un fantasma; o será que necesito una dosis de café, o probablemente se trata de todo este caso. Cuando por fin llego a la casa de John Morgan, son las cinco. No puedo dejar de pensar en la cara de Bridget asomada a la ventana. Miraba los coches, no a través de ellos. Podría jurarlo.

O tal vez eso es lo que yo he querido ver.

Capítulo dieciséis

El doctor tiene una bonita casa, y si Caleb pudiera quedarse aquí, lo haría. Le encantaría poder salir, matar a las últimas personas de su lista y luego volver; entonces, con todas las comodidades, podría encargarse del buen médico y su familia. Podría pasar aquí la noche. Prepararse un buen desayuno. Relajarse en el mullido sofá de abajo y ver la tele. Solo que la casa del doctor no es el lugar que tiene en mente para el final.

Le pesan los ojos mientras cierra el maletero sobre el doctor Stanton y se desplaza hasta el asiento del conductor. Le duele el cuerpo. Son las palizas. La cárcel lo ha dejado roto. A lo largo de los años, le han fracturado la pierna izquierda cuatro veces. La derecha, solo una, como si los hombres que lo lastimaban hubieran aprendido pronto cuánto despreciaban la simetría. Le han roto el brazo izquierdo dos veces, y el derecho, nunca. Tiene la mayoría de los dedos aplastados y rotos. No puede cerrar el puño de la mano derecha sin sentir un dolor agónico. En su vida anterior fue profesor de matemáticas y sabía mucho de estadística. Uno de esos datos numéricos era que en el cuerpo humano hay doscientos ocho huesos, y a él ya le habían roto dieciocho.

En la cárcel lo apaleaban porque entre los presos se corrió la voz de que Caleb había violado y matado a su propia hija. Eso fue lo que les dijeron los policías. Y es que Caleb había matado a uno. Tomaba lo que le daban, y cuanto más le daban, más moría por dentro, y él dejó que eso ocurriera. Lo despojaron de su humanidad. Cuando le quitas eso a un hombre, abres la caja de Pandora.

Se ha cargado de mantas y ha llenado una bolsa con comida de la nevera y la despensa. Ha pasado unos minutos con su teléfono leyendo noticias en internet, viendo lo que ya se está escribiendo sobre él. Solo que no se trata de él, no específicamente. Los medios lo llaman la Gran Parca, porque las dos primeras víctimas eran ancianos. Hablan de una víctima número tres, aunque no mencionan su nombre. No se dice nada de la víctima número cuatro.

Víctima número tres. Se ha desviado de la lista, ha cometido un error. ¿Y si el tipo no hubiera estado solo? ¿Y si hubiera habido niños? ¿Y si uno de ellos hubiera entrado en el garaje? ¿Caleb se habría alejado?

Sube las escaleras. Katy y Melanie están en el mismo dormitorio, donde las ha hecho esperar con la ayuda de cinta adhesiva y bridas de plástico. Antes de atarlas, las ha hecho ponerse ropa más abrigada. Ambas niñas han elegido vaqueros, camisas y chaquetas. Melanie, poco más de dos años mayor que Katy, no ha dejado de quejarse. Tiene el mismo pelo y los mismos ojos que su hermana, pero su cara es más redonda y maliciosa.

—Esto es una estupidez —dice Melanie—. Me duelen las manos y va a venir la policía a detenerte. Y estoy cansada.

—Podrás dormir más tarde —le dice él—. Pero la policía no va a venir.

—Quiero dormir ahora mismo. Y sí, sí va a venir. Y, otra vez, ¿quién eres? No nos lo has dicho.

—Se llama Caleb —dice Katy.

—No seas tonta —alega Melanie, mirando a su hermana—. No me refería a eso. Me refería a quién es exactamente.

—Ah —dice Katy.

—No voy a haceros daño —les dice él.

—Ya nos lo has hecho —protesta Melanie—. Mi padre diría que eres un iluso. Todo el tiempo usa palabras como esa para describir a gente como tú.

—Cállate.

—Iluso —repite—. ¿Has visto, Katy? He tocado una fibra sensible.

Él saca la cinta adhesiva.

—No lo hagas enfadar —pide Katy, y empieza a llorar—. Por favor, no nos hagas daño.

Él arranca un poco de cinta adhesiva y se la pone en la boca a Melanie, que tuerce la cabeza en un intento de esquivarla. Hace lo mismo con Katy. No está dispuesto a arriesgarse a que grite de camino al coche. Las lleva escaleras abajo de una en una y las mete en el asiento trasero.

Entonces va a por Octavia.

La habitación está pintada de rosa, del techo cuelga un móvil con dibujos de unicornios y princesas. La niña duerme. Él la coge en brazos y ella murmura. La apoya en su pecho, la cabeza en el hombro, y la acuna un par de veces para que deje de hacer ruido. La lleva con cuidado escaleras abajo. Ha sacado la sillita del coche de Stanton y la ha colocado en asiento del copiloto del suyo. La sillita mira hacia atrás, hacia el respaldo del asiento y no al parabrisas. La envuelve en una manta.

El coche no arranca.

Sigue girando la llave. El motor gime, pero no consigue arrancar,

y cada vez se esfuerza menos. Caleb pisa el acelerador, echa el peso hacia delante y hacia atrás, como si balancear el coche sirviera para algo, pero no consigue nada. Al cabo de treinta segundos, lo único que suena al girar la llave es un pequeño chasquido.

Ya son casi las cinco de la mañana. Pronto se despertarán los pájaros.

Octavia empieza a llorar.

—Cállate —dice él, y mece despacio la sillita, pero ella no se calla, sino que llora más fuerte—. Maldita sea —dice él—, he dicho que te calles.

Atrás, las otras dos niñas empiezan a inquietarse. Él baja del coche, desabrocha la sillita, la lleva dentro, con la bebé aún sujeta, y la deja en el pasillo. Hace entrar a las otras dos niñas.

—¿Qué le pasa? —pregunta—. ¿Tiene hambre?

Las chicas no contestan. No pueden por la cinta adhesiva.

Maldita sea. Se le agota el tiempo. Lleva a las niñas al salón para que no tengan que ver a su padre. Un minuto después, saca a este del maletero, lo acarrea de un lado al otro del garaje y lo mete en el maletero de su propio coche. Hace entrar a las niñas mayores en el asiento trasero. Después, coge de la cocina un frasco de comida para bebés.

—Toma —dice, y trata de meter una cucharada de comida en la boca de Octavia. Esta aparta la cabeza, todavía llorando—. Vamos —insiste—, cómete esto o te dejaré aquí.

Pero, por supuesto, Octavia no puede oírlo, porque llora demasiado fuerte, y aunque pudiera, no lo entendería. Él le sujeta la cabeza con la otra mano y le mete la cuchara en la boca. La niña chupa, mastica, traga y vuelve a llorar. Caleb mira la cinta adhesiva y se pregunta si no sería más fácil mantenerla callada con eso, y decide que sí. Corta una tira, pero, justo en ese momento, la bebé eructa y se calla. Sonríe, cierra los ojos y se duerme en diez segundos.

Caleb pone a Octavia en el coche del médico y vuelve al suyo. Se inclina dentro y suelta el freno de mano. El coche resulta fácil de empujar cuando baja por el camino de entrada, pero el esfuerzo es más grande en cuanto el suelo se estabiliza. Se sitúa junto a la puerta del conductor, gira el volante y empuja con todas sus fuerzas. Le duelen las rodillas y las caderas, le duele el hombro, pero empuja con vigor, necesita hacerlo. El coche empieza a moverse. El movimiento es lento, aunque constante. Pasa una casa, luego otra. El impulso aumenta y, dos minutos más tarde, hay media docena de casas entre su coche y el del doctor. Ya no le quedan fuerzas ni tiempo para seguir empujando. Un par de casas tienen las luces encendidas, pero no hay

nadie más en la calle. Limpia las superficies que ha tocado. Nunca ha estado en el asiento trasero, pero lo limpia de todos modos. Quiere que la policía encuentre el coche, solo que aún no es el momento. Que se haya averiado así ha complicado las cosas.

Vuelve al garaje. Pulsa el botón de apertura de la puerta y sale con toda la familia, menos mamá; todos metidos en la parte de atrás. Dios, ya son más de las cinco, y cada vez está más seguro de que esto va a durar dos noches en lugar de una. Empieza a frotarse las rodillas. La izquierda está peor que la derecha. Mientras se las masajea, también le duele la mano. La carretera está más borrosa que antes. El mundo va perdiendo todos los bordes nítidos a medida que los dos carriles parecen fundirse en uno, y frotarse los ojos no ayuda mucho. Irá a la casa del juez, lo matará y luego se encargará de la señora Whitby. Después se dirigirá al matadero para acabar con la faena.

Se detiene. Bosteza. Cierra los ojos durante unos segundos, con la frente apoyada en el volante. Sabía que sería difícil terminar todo en una noche. Imposible, incluso. Hace diez años, habría tenido suficientes fuerzas, pero ahora no. Es decepcionante, aunque siempre supo que existía la posibilidad. Esto no cambiará el resultado final, y por eso ha estado matando en el orden que eligió. La policía no puede establecer conexiones. Ha pasado horas buscando en Google a sus víctimas y haciendo sus deberes y, de las tres que ha matado, ninguna aparece en una misma historia. Después de todo, fue hace diecisiete años. Las noticias no estaban entonces tan disponibles en internet como ahora. Para empezar, ni siquiera había mucha información en línea. Caleb sabe que los policías trabajarán con algo más que buscadores de internet. Tendrán antecedentes penales y transcripciones de los tribunales, pero todo eso será inútil hasta que sepan dónde buscar. La madre de James Whitby... Una vez que Caleb la haya descuartizado, empezarán a hacer sus averiguaciones.

Diablos, tal vez sea incluso mejor así. Tendrá todo el día de mañana para decidir qué hacer con Ariel Chancellor. Aún puede verla de pie en la esquina de la calle, con la falda corta, el coche deteniéndose a su lado...

Cambia de dirección, se aleja de la casa del juez y va hacia el norte. Enciende la radio y escucha las noticias. Han encontrado el cuarto cadáver, pero no han dado a conocer su nombre. Eso es bueno. Cuanto más tiempo se guarden esa información, menos posibilidades hay de que alguien de hace diecisiete años se dé cuenta de todo. La primera vez que se queda dormido —menos de un segundo—, se desvía hacia una farola; la segunda —un poco más de tiempo—, casi choca con un árbol. Luego, de la bebé llega un repentino hedor que no

desaparece, ni siquiera bajando la ventanilla. Eso ayuda a mantenerlo despierto.

Se tarda veinte minutos en llegar al matadero. Han pasado quince años desde que estuvo aquí. La noche envuelve con fuerza el edificio y lo libera solo donde los faros bañan la fachada. Caleb aparca delante de lo que solía ser la puerta de la oficina. Tiene que pisar con cuidado para no torcerse un tobillo. Primero descarga la bolsa y la lleva muy adentro, donde las pisadas resuenan por todas las habitaciones. Aquí hace más frío que fuera. Deja las mantas en un rincón de uno de los despachos y se dirige de nuevo al coche. El aire tiene la sensación de las madrugadas húmedas de abril. En las próximas semanas, cada día podría recordar al verano o al invierno.

Corta las ataduras de Melanie y señala con la cabeza el borde del camino de entrada, donde la niña puede elegir entre una docena de árboles.

—Ahí tienes tu cuarto de baño —le dice—, y asegúrate de no perderte. Te llevaría una semana salir del bosque caminando en cualquier dirección —añade, aunque no sea cierto—. Si te pierdes, acabaré castigando a tu familia.

Levanta la mano y le quita la cinta adhesiva de la boca.

—¿Cómo se supone que voy a ver?

Le entrega una linterna.

—¿Por qué no puedo usar uno de los baños de aquí?

—No funcionan.

—No hay… —A la niña se le traba la voz en la garganta, pero consigue controlarse—. No hay papel higiénico —le dice con voz firme—. ¿También has pensado en eso?

—Tendrás que arreglártelas sin él.

—Pero eso es asqueroso.

—No. Asqueroso es lo que podría pasar después si no vas ahora. Esta va a ser tu última oportunidad en un tiempo.

—¿Vas a mirar?

—¿Y por qué habría de mirar?

—No lo sé. Tal vez eres un pervertido. Por eso nos tienes atadas, ¿verdad? Por ese tipo de cosas o algo peor.

Él sacude la cabeza y se pregunta: «¿Qué demonios le pasa a la gente de hoy en día?».

—Date prisa, antes de que pierda la paciencia.

Melanie apunta con la linterna hacia delante, corre hacia los árboles y se mete detrás de uno. Tarda dos minutos y vuelve. Él la conduce al interior y le entrega las mantas.

—Ponte cómoda —le dice.

—¿Qué? ¿En el suelo? ¿Es una broma?
—Solo date prisa.
—No.
—¿No qué?
—No voy a dormir en el suelo.
—No hay ningún otro sitio.
—Sí que lo hay: mi casa. Llévanos allí —dice, frunciendo el ceño —. ¿Y qué te ha pasado en la cara? ¿Por qué está toda asquerosa?
—Te diré una cosa, Mel. ¿Te importa que te llame Mel? —le pregunta, y le enseña el cuchillo—. Sé que eres una chica valiente y creo que entiendes que, ahora mismo, las cosas están bastante mal para ti y tu familia. Sé que intentas hacerte la dura, y lo respeto. La cuestión es que, si no te callas, voy a lastimar a Katy. ¿Me has entendido?
El ceño de Melanie se frunce y las comisuras de sus labios se hunden.
—No lo harías —dice, pero no parece segura.
Caleb asiente.
—Claro que sí —arguye, molesto—, y será culpa tuya. Al suelo — le ordena—. Ponte cómoda.
Hace que se tumbe, la ata con bridas de plástico y le pone cinta adhesiva en la boca. Vuelve al coche y libera a Katy. Le cuenta las mismas cosas, y ella hace las mismas preguntas que su hermana y llegan al mismo acuerdo, con la única diferencia de que Katy tiene la cara cubierta de lágrimas. La niña va al mismo árbol y pasa el mismo tiempo fuera. Cuando vuelve, su cara está cubierta de manchas de suciedad. Caleb le devuelve el osito de peluche y le pone cinta adhesiva nueva en la boca. Las dos hermanas tienen los ojos muy abiertos y parecen asustadas. Sigue sin haber nada en él, nada de humanidad, solo el recuerdo de Jessica, su hija, ensangrentada y desgarrada en el mismo suelo donde yacen estas niñas.
—No intentéis escapar —les dice—. Eso solo empeoraría las cosas.
Ellas no pueden responderle como no sea con sus lágrimas. Les deja una linterna de *camping* a pilas. La luz es lo bastante baja como para oscurecer los bordes de la habitación.
Sale hacia el coche y coge a Octavia. Hace una mueca, extiende el brazo para mantenerla alejada y la lleva dentro. La pequeña está despierta. Sonríe y ríe.
—¿Qué tiene tanta gracia? —le pregunta.
—Hola —dice ella.
—¿De qué te ríes?
—Hola, hola.

—Hola —responde él—. ¿Sabes estar callada, Octavia?

—*Holalalala.*

La deja en el suelo y vuelve a por la silla del coche. Cuando regresa, la niña se ha arrastrado hasta el otro extremo de la habitación y juega con un clavo oxidado. Él se lo arrebata y lo arroja a la nave del matadero.

—Maldita sea —dice a las otras niñas—. ¿Por qué demonios la dejáis jugar con un clavo oxidado?

Las niñas no pueden responder y, por supuesto, no ha sido culpa suya. No podrían haberlo impedido. Él tenía que haber soltado a una de las dos para que cuidara a su hermana. Caleb mira a la bebé, que empieza a llorar.

—No llores —le dice, pero eso no sirve de nada—. Genial —exclama, y la tiende en la manta.

Dios, hacía siglos que no hacía esto.

Contiene la respiración, mira hacia otro lado y desabrocha el pañal. Cambiar el pañal de su propia hija ya era bastante malo, pero cambiar el de otra niña... Ve lo que hay en el interior, le vienen arcadas y mira hacia otro lado. Vuelven las arcadas. Se levanta de un salto, llega hasta la puerta del despacho, se asoma, tiene una arcada, dos y vomita en la oscuridad. Esto tenía que haberlo hecho una de las hermanas. Así será la próxima vez. Cuando vuelve, ni siquiera puede mirar a Octavia. Le quita el pañal, mete este en una bolsa de plástico y limpia a la bebé con unas toallitas, mirando siempre en dirección contraria. Ella deja de llorar.

—Debería haberme quedado en la cárcel —dice, y luego mete las toallitas en la bolsa de plástico donde ha puesto el pañal. Coge la bolsa por la abertura, le da vueltas y le hace un nudo. Luego la arroja en la misma dirección en la que tiró el clavo, pero decide que eso no es suficiente y va a recuperarla. La lleva afuera.

Le pone un pañal nuevo a Octavia, le sube el pantalón del pijama, la sienta otra vez en la silla para coches y abrocha las correas.

Después la pone entre sus hermanas.

—Hola —vuelve a decir la bebé.

Caleb coge la cinta adhesiva y corta una tira para taparle la boca, pero no se atreve a pegársela.

—*Bufguaifi* —dice la bebé, y luego suelta una risita.

Si no se duerme pronto, tendrá que ponerle la cinta adhesiva. Entonces la carita de la pequeña se arruga y se pone roja. Vuelve a sonreír. La habitación huele mal.

—Maldita sea —dice él.

—*Bufguaifi.*

Mete la mano en la bolsa. Saca otro pañal y la cinta adhesiva.



Capítulo diecisiete

John Morgan está despierto y me tiene preparado un café en el salón. El olor me anima un poco, lo cual me sorprende, puesto que no me había dado cuenta de que ya me estaba desvaneciendo. Me disculpo por tener que entrevistarme con él tan temprano, aunque a él no parece importarle. Nos sentamos en sofás opuestos, con una mesa de centro entre los dos. En medio de la mesa hay una pila de revistas: es una mezcla de moda y arquitectura rematada con una guía de televisión que, recientemente, alguien ha utilizado como posavasos. Su mujer está en la cama, dormida, o haciendo el intento. El café está caliente y bastante bueno, y yo no podría agradecérselo más. El pelo entrecano de este hombre, después de haber estado enterrado en la almohada durante horas, se eriza por un lado. Por el mismo motivo, la patilla derecha parece más tupida que la izquierda. Morgan lleva una bata con un pijama debajo.

—Brad era..., bueno, era un gran contable —dice John—, y será difícil de sustituir. ¿Se enteró de lo de Edward Hunter?

Edward Hunter era un contable cuya familia fue asesinada. Como no estaba dispuesto a dejar que la policía le procurara justicia, la buscó por sí mismo, y ahora está en la cárcel, pagando por ello. Es el hombre a quien la mujer de Brad mencionó más temprano.

—Me enteré —le digo.

—Un buen tipo. Muy bueno —dice—. Pero ya sabe que la gente más loca suele ser la que sabe ocultar la locura. —Es la mejor forma de decirlo que he oído nunca—. Siempre hubo algo..., algo raro en él, supongo —añade Morgan.

—¿Brad había asumido la carga de trabajo de Edward?

—No toda. Nos lo repartimos, pero, sin duda, Brad tenía una parte.

—Así que trabajaba horas extra.

—Todos nosotros —aclara.

—Que usted supiera, ¿Brad se veía con alguien de la empresa?

—¿Ver? Veía gente todos los días.

—No me refiero a eso.

Durante dos segundos, parece confundido. Luego sacude despacio la cabeza, pasmado por la lentitud con la que me ha entendido.

—¿Quiere decir que si se acostaba con alguien?

—Eso es lo que le estoy preguntando.
—No, que yo sepa.
—¿Esta noche trabajó hasta tarde?
—Sí, todos. Nos fuimos al mismo tiempo.
—¿A qué hora fue eso?
—Sobre las diez y media.
—¿Llevó a alguien a su casa?
—No, él y yo fuimos los últimos en salir.
—Cuando lo contrató, ¿usted sabía que había tenido problemas en su trabajo anterior?
Sopla su café y lo sorbe despacio. Se toma unos segundos para pensar la respuesta.
—Oí hablar de ello —dice—. Pero no se demostró nada, y Brad era un gran contable y no se merecía ser juzgado por rumores. En el tiempo que trabajó con nosotros, nunca se pasó de la raya. Llevo mucho en esto, detective, y la gente en el trabajo siempre se inventa cosas para complicarles la vida a sus compañeros. No es nada nuevo. Lo que sí sé es que, en nuestro despacho, nadie ha hecho una acusación así.
—¿Qué más podría...?
—¿Es cierto lo que dicen que ha sucedido? —pregunta, y se inclina hacia delante como si estuviera dispuesto a escuchar la revelación de un secreto—. ¿Que alguien llamó a su puerta y lo mató delante de su mujer?
—En este momento, no puedo hablar de los hechos.
—Dios mío, quiero decir... Dios mío —exclama—. Mañana vamos a estar... —Sacude la cabeza—. ¿Cómo es posible que esté muerto? —pregunta—. No tiene sentido.
—Nunca lo tiene —le digo. Pero no es verdad. A veces, tiene mucho sentido—. ¿Qué más puede contarme de él? ¿Era feliz en el trabajo? ¿Tenía muchos amigos? ¿Era querido u odiado, robaba papelería o se tomaba largos descansos para fumar?
John Morgan se reclina en su silla y, durante los siguientes treinta minutos, hablamos de Brad Hayward. La mayor parte de lo que dice suena como un panegírico. Al corte final de este breve retrato de John solo llegan cosas buenas. No pongo nada en duda; tampoco dudo que alguien podría decir todo lo contrario acerca de Brad Hayward. Escucho atento, tomo notas e intento averiguar si los engaños de Hayward han influido en los sucesos de esta noche.
Cuando terminamos, me acompaña a la puerta.
—¿Va a encontrar a quien hizo esto?
—Sí.

—¿Está relacionado con la Gran Parca?

—Es posible —le digo. Me pregunto si los medios de comunicación ya lo saben.

—Y he oído en la radio, antes de que usted llegara, que ha habido otro. Ya van cuatro —dice—. ¿Qué demonios está pasando?

No le doy ninguna respuesta.

Vuelvo al coche. En esta calle, la gente está metida en su pequeño mundo seguro. La temperatura se ha estabilizado en torno a unos frescos ocho o nueve grados. Las noches seguirán así unas semanas más, hasta que lleguemos al cero; y luego, durante el invierno, estaremos en números negativos. En cualquier caso, todo habrá terminado para entonces: o habremos detenido al tío, o se habrá quedado sin gente a la que matar. Saco el móvil, llamo a Schroder y le digo que he terminado con Morgan. Él me recompensa con la noticia de que no ha habido más homicidios; que sepamos, al menos. Apoyo la cabeza en el reposacabezas y cierro los ojos, pero los abro de inmediato para impedir que se queden cerrados durante seis o siete horas. Me limpio la cara con la mano que no está manteniendo el móvil pegado a mi oreja y la barba rasposa araña mi palma. Al mirarme al espejo, me doy cuenta de que estoy hecho una mierda. Esto me sucede mucho últimamente.

—Tengo algo para ti —me dice.

—¿El qué?

—El desayuno. Si no como algo, no voy a durar mucho más. Nos vemos en Froggies.

Conduzco hacia la ciudad sin dejar de consultar el móvil. Lo he puesto en el asiento del copiloto a la espera de que suene, a la espera de que Schroder me diga que hay un cambio de planes porque acaban de aparecer las víctimas cinco y seis. Pero entro en la ciudad sin que se produzca esa llamada y llego a Froggies Diner, en Hereford Street, a unas dos manzanas de la comisaría.

Froggies Diner existe desde hace solo cinco años, pero parece que llevara aquí toda la vida. A los pocos días de su construcción, se convirtió en el segundo hogar de todos los policías del cuerpo, la mayoría de los cuales pasamos allí, al menos, cinco horas de cada semana. Si encuentras sitio entre las siete y las nueve de la mañana, eres afortunado. Su estilo es el de un típico restaurante de carretera: un largo mostrador de formica con taburetes, reservados de vinilo rojo a lo largo de las ventanas y carteles del viejo Nueva York colgados de las paredes. En una esquina hay un tocadiscos que reproduce discos compactos y MP3. La luz del sol de la primera hora de la mañana entra en un ángulo muy somero y refleja toda una gama de colores en

la carcasa de plástico y cristal. Cuando abra la puerta para entrar, sonará un timbre, y pronostico que, a las seis de la mañana, Schroder será el único cliente ahí dentro. Pero me he equivocado: la cuarta parte de la cafetería está llena de policías cansados. Tienen tan mal aspecto como Schroder, quien tiene tan mal aspecto como yo. La detective Kent está sentada a una mesa, tomando un café y mirando por la ventana mientras habla por teléfono animadamente. La observo durante unos segundos. Ella se vuelve, me pilla y me sonríe. Le devuelvo la sonrisa, le sostengo la mirada dos segundos más y me dirijo a Schroder, que está en la barra.

Delante de él hay un plato de *bacon* con huevos y champiñones. Al lado de este me espera un plato igual. Hace tres años que no entro aquí. Hay un café para Schroder y otro para mí, ambos humeantes, y si no me he tragado el mío de un golpe es por lo caliente que está. Me siento al lado de mi compañero. Al fondo, un cocinero se prepara su propio desayuno. Una camarera lleva un pedido mientras otra limpia el mostrador. La camarera que lleva el pedido luce una camiseta ajustada que le queda muy bien. Pone: «5 × 5 = 25» y debajo: «Buenos tiempos». Me pilla mirando, y no está segura de si estoy haciendo la multiplicación o mirándole los pechos y preguntándome a qué buenos tiempos se refiere. Se da la vuelta. En la espalda de su camiseta pone: «4 × 4 = 15» y luego: «Malos tiempos».

—¿Qué averiguaste con Morgan? —pregunta Schroder.

—Hayward era un empleado modelo. Salió él solo del trabajo sobre las diez y media. A esa hora de la noche, el viaje dura unos quince minutos; veinte como mucho. La mujer llamó a la policía a las once y treinta y dos. Cree que su marido ya llevaba en casa diez minutos antes de que lo viera. Eso nos deja con unos buenos treinta minutos fuera de la cuenta.

—Tal vez no en paradero tan desconocido —dice Schroder. El bocado de *bacon* suaviza sus palabras—. Acabo de hablar con la forense y le he contado tu teoría. Ha echado un vistazo preliminar al cadáver y ha encontrado restos de pintalabios en el pene de la víctima.

—Así que tenía una aventura —le digo— a la que solo pudo dedicarle treinta minutos. O estuvo con una prostituta.

—O quizá le gustaba mucho mucho el pintalabios —dice Schroder.

—¿Hay algo que quieras confesar? —le pregunto.

Se ríe.

—Si ha visto a una prostituta, no hay nada ilegal en eso.

—Lo hay si ella no paga impuestos.

—Sí. Quizá Hayward la ayudaba con la contabilidad a cambio de

sus servicios.

Ahora es mi turno con el *bacon*. Tiene esa textura crujiente que se logra cuando apenas se tuesta, que es lo que me gusta llamar «perfección». Me como una loncha y no puedo parar. Me meto otra en la boca, un poco de huevo, unos cuantos champiñones, y los sabores empiezan a despertarme. Cojo el café, pero aún está demasiado caliente.

—Deberíamos buscar huellas en su cinturón y en el coche. Podría haber alguna coincidencia. Quizá la chica esté fichada en algún sitio por hurto o posesión de drogas —le digo. No intento estereotipar a todas las prostitutas, pero, conociendo las estadísticas, las probabilidades de que la mujer tenga una condena son bastante altas.

—Sí. Buena idea.

—Le pregunté a John Morgan dónde dejan los coches. Usan un aparcamiento cercano. Es un lugar mucho más fácil para asesinar a alguien. Eso también le hubiera dado al asesino suficiente tiempo para escribir un mensaje. ¿Por qué no esperarlo allí? Seguro que habría tenido más sentido que seguirlo hasta su garaje y salir corriendo de su casa.

—Sí. No tiene sentido —dice Schroder—. Escucha, yo también tengo algo para ti —dice. Se mete el último trozo de *bacon* en la boca, se echa atrás y se mete la mano en el bolsillo—. Esto es tuyo. —Me entrega mi placa y mi identificación, dos cosas a las que renuncié hace tres años, cuando dimití.

A duras penas contengo la emoción.

—¿Vuelvo al cuerpo? —le pregunto.

—Es temporal —dice, y empieza con los huevos—. Debería ser permanente, si no la cagas. Solo sigue las reglas, haz lo que se te pide y nada más.

—¿Esto viene con un coche?

—No tientes a la suerte —dice—. Pero recuperas el carné de conducir, de manera que todo eso que sigues haciendo al volante ahora será legal.

Paso el pulgar por la placa metálica. Recuerdo la última vez que la vi, cuando la dejé sobre la mesa de mi despacho y me marché. Le di la espalda al trabajo porque todos en el departamento sospechaban que yo era el responsable de que el asesino de mi hija hubiera desaparecido. Pensé que dejar mi trabajo era la mejor manera de pasar inadvertido. Y funcionó. Hasta que volví a matar al menos.

—Han pasado muchas cosas —dice Schroder. Hace una pausa con la comida para probar la temperatura del café. Intenta enfriarlo a soplidos—. No te lo has ganado a pulso, pero las circunstancias

mandan, Theo, y aquí puedes hacer algo de bien.

Me meto la placa y la identificación en el bolsillo trasero.

—Gracias —le digo.

—Puedes agradecérselo al comisario. Él es quien ha tomado la decisión. Y la mejor manera de agradecérnoslo es que ni tú ni yo quedemos como idiotas.

Recuerdo haberlo visto ayer corriendo por el campo para mear detrás de un árbol.

—No lo haré —le digo.

—Date prisa con el desayuno —me dice—, porque tenemos una reunión informativa a las siete.

Capítulo dieciocho

El doctor Stanton está despierto. En cuanto Caleb abre el maletero, intenta escabullirse hasta el fondo. Caleb nunca había visto a un hombre tan aterrorizado. Su mirada es la de alguien que no sabe si sus hijas están vivas o muertas. Debería advertirle que esta es la parte fácil, que no es el momento de asustarse con la que se avecina. El psiquiatra tiene un chichón del tamaño de una pelota de golf. Le dolerá mucho la cabeza, pero vivirá. Lleva los brazos atados por detrás, el pijama hecho una mierda de arrugas y los tobillos también atados.

—Tus hijas están bien —le dice Caleb—. Pero, si no haces lo que te diga, les va a ir mal. Voy a cortarles la cara y voy a mezclar todas las partes para que no sepas a quién coño estás mirando. ¿Me crees?

El médico asiente, pero sin decir nada. Caleb puede ver que se lo ha creído, y mucho.

—¿Ves?, esa es la cuestión, doctor. En el pasado has creído a la gente equivocada, pero es bueno ver que has aprendido de esos errores. ¿Sabes quién soy?

Un movimiento de cabeza.

—No, eso supuse. La vida ha seguido su curso y me veo un poco diferente, supongo, no como cuando salía en los periódicos de entonces. Pero nunca nos vimos en persona. Te he estado observando durante las últimas semanas y he aprendido aún más acerca de ti, acerca de todos estos años, pero hay algunas cosas que no me imaginaba. Veo que tu mujer te ha dejado. Es una pena —dice—, porque habría sido divertido matarla delante de ti. En la cárcel ha sido difícil aprender cosas, pero a veces teníamos acceso a la biblioteca y a internet. Es increíble la cantidad de mierda que hay en internet —comenta, y es verdad. Es una de las cosas que más le han sorprendido desde que salió de la cárcel: hasta qué punto se han erosionado los límites de la privacidad. La gente cuenta su vida en internet. Ponen al día a sus amigos sobre lo que están sintiendo. Hoy, una actualización diría que Caleb está enfadado.

El mundo se ha vuelto loco.

—*O* le haga *dano* a *mi hija.*

Desde su llegada aquí, hace media hora, la escena ha empezado a cambiar. El matadero está un poco más iluminado que antes,

empapado en los cien tonos grisáceos de la luz brumosa de primera hora de la mañana. Los árboles parecen fríos y premonitorios, como si entre ellos se escondieran criaturas de una pesadilla cualquiera entre mil. Entonces se da cuenta de que él es una de esas criaturas, de que es el hombre del saco con el que nunca soñó el doctor Stanton. Mete la mano y agarra la nariz del médico. La retuerce sin ningún cuidado ni vacilación. Se oye un chasquido y la nariz recupera su forma. Mientras el médico se agita, la sangre brota. Fluye por un costado de la cara y pasa a un lado de la oreja, pero se pondrá bien. Cuando se trata de narices golpeadas, Caleb tiene mucha experiencia, y esta estaba dislocada, no rota. Después de diez segundos, se ha hartado de verlo.

—Ponte de pie.

—¿Qué quiere? —pregunta Stanton. Mira a Caleb desde el maletero, y la sangre sigue fluyendo, pero mucho más despacio ahora. Ha estado llorando y tiene mugre adherida a los cauces de las lágrimas.

—Ponte de pie —repite Caleb, y le muestra el cuchillo.

El doctor Stanton, con las manos a la espalda, intenta salir, pero no puede hacer otra cosa que rodar fuera del maletero y caer de costado en el suelo. Se le va el aire.

—No hay a dónde correr ni nadie que te oiga gritar si tratas de pedir ayuda.

—¿Quién eres? —pregunta Stanton. Aspira y escupe mocos y sangre. Se pone en pie, resopla y se balancea un poco.

—¿Todavía no lo has descubierto?

—No.

—¿Recuerdas a James Whitby?

—¿James Whitby? No, ¿quién demonios...? —empieza a preguntar, luego se detiene, y Caleb se da cuenta de que el hombre está recordando—. Pero... está muerto.

—Así es.

—Fue... Fue asesinado —dice Stanton, frunciendo el ceño.

—Vamos, ya casi lo logras.

—Tú eres... Tú eres el que lo mató. Tú eres... Tú eres Caleb... ¿Caleb Cole?

—Has dado en el clavo.

—Ay, Dios, ay, Dios —dice, y sacude la cabeza. Vuelan gotas de sangre desde la punta de su nariz a los despojos de la noche. Tiene los ojos muy abiertos y en su rostro se refleja que es consciente tanto de lo que sucedió en el pasado como de lo que le sucederá en un futuro inmediato—. Nada de eso fue culpa mía —dice alzando la voz—. Solo

estaba haciendo mi trabajo. Lo hice lo mejor que pude con los recursos que tenía. Te lo prometo, y lo que él hizo… Perdona, de verdad que lo siento.

—¿«Perdona»? —dice Caleb, sorprendido de escuchar esa palabra—. ¿«Lo siento»? ¿No tienes más que decir?, ¿que lo sientes? ¿Dónde estuvieron tus disculpas mientras estuve en la cárcel los últimos quince años?

—Yo…

—Cállate —dice, y golpea al médico en el vientre tan fuerte como puede.

El impacto hace que ambos hombres se doblen. Stanton, porque se ha quedado sin aliento; Caleb, porque tiene que agarrarse la mano contra el vientre y sujetarla con cuidado. Cuando por fin puede usarla, saca la cinta adhesiva y tapa la boca del médico. Stanton respira entrecortadamente por la nariz dañada. Caleb siente la tentación de hacer un pequeño agujero en la cinta para ayudarlo a respirar, pero está tan enfadado que no podrá parar de cortar y se encontrará con tres niñas inútiles y un médico muerto. En lugar de eso, lo agarra por el pelo, tira de él hacia el matadero y lo lleva al interior.

Así que un día se va a convertir en dos. No será un gran problema. Tal como lo había pensado, le dará tiempo para averiguar qué va a hacer con Ariel Chancellor. En este momento, lo único de lo que tiene que preocuparse es de encontrar la mejor manera de ponerse cómodo. Será difícil, cuando todo lo que tiene para aprovechar son suelos de hormigón y restos de muebles desparramados.

Arroja a Stanton al suelo, junto a sus hijas, y le ata los pies. Coloca unas mantas contra la pared y se tumba. Siente el frío que emana del hormigón. Las niñas lo miran. Las oye moquear y llorar cada vez que se mueven sobre el suelo. Durante quince años ha soportado los sonidos que hacían los demás: los ronquidos, los llantos y las burlas. Ahora mismo, lo único que le impediría dormir sería que un tanque pasara por la puerta principal.

Piensa en apagar la luz, pero la deja encendida para las niñas. No quiere asustarlas más de lo necesario. Stanton también lo mira fijamente. En sus ojos hay confusión y miedo a partes iguales, pero también mucha rabia y odio. Eso es bueno. Caleb se pregunta qué sentimiento brillará más cuando el hijo de puta se vea obligado a elegir el orden en el que van a morir sus hijas.

Capítulo diecinueve

La ciudad está llena de cosas buenas y malas, y esta mañana es un ejemplo clásico. Lo bueno: la lluvia ha desaparecido por completo, el cielo está bastante despejado y, cuando salga el sol, puede que tengamos cielos azules en todas direcciones. La temperatura ronda los cuatro grados, pero esta tarde debería subir hasta los quince. Los aires helados de ayer están ahora en algún lugar del Pacífico Sur. Los ha echado de aquí un viento que sigue siendo fresco, pero ni de lejos tan escalofriante. Lo malo es que el aire es húmedo. Estoy cansado otra vez y me he quemado la lengua bebiendo café, así que la tengo entumecida. Mi coche tiene peor aspecto cuanto más clara se hace la mañana, y ya hay periodistas merodeando frente a la entrada principal de la comisaría. Andan de un lado a otro como oportunistas, desesperados por devorar cualquier minúsculo dato. El peor de todos es un vidente local de pelo negro engominado y dientes blanquísimos llamado Jonas Jones. Lleva un traje a rayas con una corbata de seda que lo hace parecer un abogado bien pagado. Los periodistas me lanzan preguntas a las que no respondo, pero Jonas me sigue hasta el vestíbulo, y yo me meto una mano en el bolsillo para asegurarme de que no me quite la cartera. Schroder me lleva diez minutos de ventaja. Quiere ponerse su tercera camisa del día y arreglarse un poco antes de la sesión informativa.

Lo bueno es que Jonas me sale con una broma.

—Tenía el presentimiento de que vendrías a ayudar —me dice.

Lo malo es que, justo cuando empiezo a reírme, me doy cuenta de que no está bromeando.

Jones era vendedor de coches usados antes de arruinarse e idear una nueva forma de joder a la gente. Y ha tenido éxito. Ha aparecido en *reality shows* de videntes, además de que ha escrito libros sobre sus comunicaciones con los muertos. Hasta ahora, ha contribuido decisivamente a resolver el caso de quién es el vidente más inoportuno de todo el país, además de que, sin duda, pierde las llaves por la casa tanto como cualquiera de nosotros. A lo largo de los años, ha sido un coñazo para todo el departamento. Aun así, sus libros se venden y la gente ve su programa, lo que sugiere que las industrias del libro y la televisión tienen tanto sentido común como el resto del mundo.

No le hago caso y sigo caminando.

—Puedo ayudar —me dice con la misma sonrisa que solía mostrar a sus clientes antes de hundir su negocio.

Mido solo cinco centímetros más que Jones, pero los uso todos para mirarlo de arriba abajo.

—Escucha, Jones, esfúmate, ¿vale?

—Va a matar de nuevo.

—¿Tú crees?

Las habilidades psíquicas de Jonas están muy mal, porque no advierte que no quiero que me siga. No siente que estoy a punto de romperle las piernas.

—Los apuñala diecinueve veces —dice—, y yo sé por qué.

Dejo de caminar y lo miro.

—¿Quién te ha dicho eso? —pregunto.

—Así que es verdad —dice.

—Sin comentarios —respondo.

—Ah, ya veo. No lo sabes. Bueno, pronto lo sabrás. Yo simplemente lo sé.

—¿Por tu vínculo psíquico?

—Es un don —me dice.

—Uno que te sigue dando dinero. —Pulso el botón del ascensor. Lo pulso un par de veces, con la esperanza de que sea una leyenda urbana eso de que pulsarlo repetidamente no lo acelera—. ¿Por qué diecinueve veces?

—Es fácil —dice—, pero, si te lo digo, quiero que me mantengas informado. No eres policía, pero debes ser consejero, porque ayer estuviste en todas las escenas y ahora estás aquí; y sé que necesitas dinero —añade en voz baja. El agente que está detrás del mostrador nos observa—. No hay que ser vidente para darse cuenta de eso. —Sin embargo, si fuera vidente, ya sabría que soy policía, y no un simple consultor—. Yo te doy la información, tú me mantienes informado y esto podría ser el comienzo de una colaboración útil.

Vuelvo con lo que no funcionó antes. Solo espero que dé resultado ahora.

—Como te he dicho, Jones, solo desaparece, ¿de acuerdo?

—Quiero ayudar a la gente —alega—, y tú quieres ayudar a la gente. No hay razón para que no podamos ayudarnos mutuamente. —Vuelvo a pulsar el botón. El ascensor no acelera—. Y no veo por qué no podrías beneficiarte. Todos necesitamos comer —dice—. Y ninguno de vosotros es diferente. En este edificio, todo el mundo se beneficia de que haya heridos, Tate, ¿o es que trabajáis gratis? —Me da su tarjeta—. Llámame cuando necesites ayuda.

Las puertas del ascensor se abren y él se marcha. Me cabrea

porque ha dado en el clavo. Leo su tarjeta. Escrito en letras plateadas sobre un fondo marfil dice: «Jonas Jones». Debajo, en negrita, pone: «Vidente». No hay papelera en el ascensor, así que rompo la tarjeta en dos y me guardo los pedazos en el bolsillo. Si para cuando llegue a la cuarta planta las dos mitades de la tarjeta han vuelto a unirse, admitiré que Jones tiene algunas habilidades mágicas. Me pregunto si de verdad sabe por qué las víctimas fueron apuñaladas diecinueve veces. Debí haberlo agarrado por la camisa. Tenía que haberlo arrastrado escaleras arriba y haberlo interrogado. La cosa es que los videntes pueden ser unos mentirosos de mierda, pero tienen una forma singular de ver las cosas y podrían ofrecer teorías que, aunque inexactas, desemboquen en un nuevo hilo de pensamiento; y eso podría llevar a alguna parte.

Lo llamaré después de la reunión.

En la cuarta planta, las puertas se abren a un mundo diferente al de abajo. Hay docenas de personas con cara de resaca y cansadas. El piso huele a *bourbon* barato. Las cosas ya no están tan limpias en la comisaría, porque el conserje principal fue a la cárcel el año pasado después de que se descubriera que le gustaba matar gente. Schroder lleva una camisa nueva y ha vuelto a ponerse los zapatos, ya secos, aunque sigue con los mismos pantalones. Huele como si hubiera tomado cerveza y pasta de dientes.

La sala de reuniones es mucho más grande que la última vez que estuve aquí. Antes era una sala de conferencias en la que cabían una docena de personas sentadas y, quizá, otras diez de pie. Han derribado la pared para reconstruirla más allá y duplicar el tamaño de la habitación, ya que el índice de criminalidad de Christchurch ha exigido reformas. Antes, había macetas con plantas en un rincón, así como un par de grabados de paisajes en la pared; pero todo eso ha desaparecido. Ahora hay una gran foto aérea de la ciudad. La tomaron el año pasado. En el momento en el que el obturador de la cámara se abrió, captó un centenar de crímenes en curso, cada uno de ellos demasiado pequeño para ser visto.

La ventana da a una ciudad que, en este momento, tiene un resplandor lejano por el este, donde el sol rompe la superficie. Veo el río Avon serpenteando junto a Durham Street. Las orillas, aún verdes, están iluminadas bajo las farolas. Unas cuantas personas se ejercitan en la ribera y su pesado aliento forma nubes en el aire. La mañana es tranquila; no hay muchos signos de vida, ni siquiera pájaros.

En la pared principal de la sala, un mapa con chinchetas identifica las escenas del crimen. En la pared hay fotografías de las víctimas. Fotografías de las escenas del crimen. Dentro de veinticuatro horas,

esta pared se habrá quedado sin espacio. Puede que mañana tengan que venir más albañiles a volver a duplicar el tamaño de la sala; incluso quizá tendrían que construir una extensión que sobresaliera por un lado del edificio. Hay asientos dispuestos en forma de tablero de ajedrez, todos mirando al frente. Yo ocupo uno cerca del fondo; Schroder, uno cerca del frente. Entran más personas en la sala. Muchos bostezan. Muchos llevan cafés que no han sido hechos en la comisaría. La mayoría me reconocen y me miran una segunda vez.

Pasan de las siete y la sesión informativa no ha empezado. Casi todos permanecemos en nuestros asientos, sabiendo que será cuestión de minutos. Fuera, el cielo se aclara, el resplandor de la ciudad se hace más brillante. A las siete y cuarto entra el comisario Dominic Stevens. De toda la sala, es quien menos cansado parece. Todo el mundo se calla y todos lo observamos ocupar su lugar, al frente. Stevens apenas llega a los sesenta años y, según Schroder, ha estado irritable desde que dejó de fumar. Lleva la cabeza pulcramente afeitada y la cara punteada de viejas cicatrices de acné. De dentro de un bien planchado uniforme surge una voz grave.

—Cuatro víctimas —dice, a modo de buenos días—, y no necesito pediros a todos y cada uno de vosotros que deis el cien por cien —continúa—. Y, si alguno de vosotros vuelve a aparecer en la escena de un crimen apestando a alcohol, os juro que será su último día con placa. —Habla con voz uniforme, con calma, y la amenaza suena muy real—. Si pudiera disponer de personal —dice—, os despediría a algunos de vosotros solo para demostraros lo cabreado que estoy. Y esto va por todos los presentes. —Centra su mirada en Schroder durante unos segundos antes de lanzar una mirada general al resto de nosotros.

»No quiero parecer el gilipollas que ha venido a irrumpir aquí para tocaros los cojones, pero esto es por vuestro propio bien. Obviamente, lo necesitáis. Lo que quiero decir es que estoy seguro de que nunca pensé que tendría que explicar a un grupo de personas tan competentes que aparecer borracho en el trabajo es una mala idea. Pero tal vez haya sido culpa mía, ya que os he sobrestimado. —Nadie en la sala le sostiene la mirada. Para algunos, el pupitre es lo más interesante que han visto nunca; para otros, sus propios zapatos, o la ventana, o cierto punto a un par de metros a la derecha de Stevens.

»Vale, ya veo que me he explicado —prosigue—. Ahora bien, sé que estáis cansados. Nadie aquí había pasado por algo así, pero un puto enfermo está ahí fuera matando a nuestros ciudadanos, y hoy vamos a atrapar a ese hijo de puta. Cuando lo hayamos logrado, podréis iros a casa y dormir un poco. No tenía intenciones de venir

aquí a daros una charla de motivación, pero la necesitáis —dice, y empieza rompiendo la rutina, recalcando la importancia de que no la caguemos y repasando cada detalle minuciosamente. Me mira durante la parte final de su discurso, cuando dice que ninguno de nosotros puede permitirse defraudar al departamento y que esta ciudad nos necesita más que nunca. No puedo estar más de acuerdo.

»Sé que las emociones están a flor de piel —continúa—. Ayer enterramos a uno de los nuestros y estamos dolidos. —Mira una silla vacía en la parte delantera de la sala, donde supongo que Landry solía sentarse. Todos la miramos. Me pregunto si anoche Stevens vio el último drama policíaco en busca de inspiración—. Nos faltan efectivos y ayuda y, por lo que sabemos, mañana a esta hora podríamos tener otros cuatro cadáveres. —Suena un murmullo en la habitación. Yo contribuyo. Otros cuatro cadáveres hoy. Quizá algunos más mañana. Es difícil ser optimista cuando se está formando un patrón y no lo entiendes.

»Ya tenemos los resultados de nuestras dos víctimas más antiguas, las primeras —dice—: múltiples puñaladas en ambos casos. —En voz de Jonas, el número resuena en mi cabeza—. La víctima número uno recibió diecinueve —agrega—. Con respecto a la víctima número dos, lo sabremos más tarde.

»La víctima número tres tiene una herida de arma blanca sin lesiones defensivas. Y tenemos un informe preliminar de la víctima número cuatro donde se habla de, al menos, una docena de heridas sin lesiones defensivas. La víctima tres está fuera del patrón. Parece haber sido un ataque desorganizado si lo comparamos con los otros. Nuestro asesino ha sido capaz de colarse sin ser visto en dos residencias de ancianos y una residencia de recuperación, pero ha elegido apuñalar a la víctima tres en su casa mientras su mujer y sus hijos estaban dentro.

»Una puñalada, ningún mensaje y dos posibilidades: que Brad Hayward no forme parte del patrón o que sí forme parte de él, pero que el asesino no haya sido capaz de cumplir con su plan. Tenemos un contable, un profesor y dos abogados muertos. Uno de ellos, criminalista y el otro, de familia. Hasta ahora, no hemos encontrado la conexión. Alguien debe haber visto algo, alguien debe saber algo. La gente no empieza a matar sin motivo —dice, y es verdad.

Unos matan por dinero, por amor, por venganza. Matan porque les gusta la sensación o porque oyen la voz de Dios. Esas son todas las razones. Es lo mismo que matar a alguien para quitarle el reloj. Solo que no siempre somos capaces de entender los motivos.

Se vuelve hacia la pizarra y señala la foto ampliada de la nota en la frente de la primera víctima. El rotulador no ha corrido con fluidez

sobre la piel. Hay intermitencias en las arrugas, mientras que en algunos puntos faltan uno o dos hilos de tinta. Hay sangre en la frente y borrones en un lado, donde el asesino pasó una manta o un trapo para dejar más limpia el área.

—«No le diste suficiente importancia» —sigue hablando el comisario Stevens—. Alguien estaba enfadado con nuestra víctima; se sentía defraudado por él, sentía que algo en su pasado podía no haber salido como salió por culpa de Herbert Poole.

Señala una foto similar. Esta, de la frente de la víctima número dos. La misma letra, las mismas pequeñas manchas de tinta que faltan donde el fieltro ha tropezado con alguna arruga, las mismas vetas de sangre borroneada.

—«¿Mereció la pena?» —pregunta—. La frase está completa, con sus signos de interrogación. ¿Qué mereció la pena? ¿Lo mismo que falló con Herbert Poole?

Luego señala a la víctima número cuatro: foto similar, misma letra. Hay menos arrugas en la piel de Victoria Brown, así que la letra es más prolija.

—«Fuiste cómplice». Lo que sea que las víctimas número uno y dos le hicieran a nuestro asesino, este siente que la víctima número cuatro fue quien lo permitió. —Se vuelve hacia nosotros—. Escuchad, gente. Hay presión de los medios, de los ciudadanos y de las familias de las víctimas, y a todos les he prometido que vamos a darles respuestas. Estoy seguro de que voy a cumplir esa promesa, y todos vosotros tendréis que aseguraros de trabajar muy duro para que ocurra. Estamos trazando una línea. No más de esta mierda en esta ciudad. Todos estáis familiarizados con el caso, así que quiero escuchar algunos comentarios. ¿Preguntas? ¿Teorías?

Nadie pregunta nada. Es como volver a la escuela y que nadie sepa qué contestarle al profesor. Todos volvemos a mirar nuestros interesantes pupitres y zapatos, así como ese punto a la derecha de Stevens.

—No seáis tímidos —anima, y luego sacude despacio la cabeza, decepcionado con todos nosotros. Entonces hacemos contacto visual, y yo sé que he metido la pata—. ¿Tate? —pregunta.

Todos se giran para mirarme y el mundo se detiene. No me esperaba esto, me ruborizo. Hago todo lo que puedo para mirarlos a los ojos.

—Muchos de vosotros recordaréis al detective Theodore Tate —dice Stevens—. Lo hemos llamado para que nos ayude debido a su historial. A la parte buena de su historial, ya que, como sabemos, últimamente se ha visto superado por el resto.

La detective Kent me dedica una sonrisa comprensiva, y quizá también sea en parte de alivio. Si yo no estuviera aquí, ella, por ser el miembro más reciente del equipo, habría tenido que enfrentarse a la pregunta.

—Muchos de vosotros habéis trabajado con Tate, así que sabéis de lo que es capaz. Ahora, todos tenéis la oportunidad de remar otra vez con él. Ha pedido repetidamente volver a formar parte de este cuerpo, porque en los últimos años ha creído que puede hacer un trabajo mejor que el nuestro, ¿no es así, detective?

—Solo quiero ayudar —les digo—, y trabajar con los mejores.

La respuesta no convence a nadie.

—Bueno, ¿qué tal si aprovechas la oportunidad que se te ha dado, nos ofreces algo que a todos nos guste oír y así demuestras lo listo que eres?

Ahora me siento aún más como si estuviera de vuelta en el colegio, como si el profesor me estuviera jodiendo. Miro a un Schroder inexpresivo. Espero que no supiera que Stevens iba a hacerme esto.

—¿Alguna teoría? —pregunta Stevens.

Tengo muchas. Una de ellas es que el comisario Dominic Stevens es un gilipollas, aunque hace cinco minutos él mismo ha dicho que no quería parecerlo. Pero esto no lo puedo compartir, porque, en realidad, no es una teoría, es un hecho, y él quiere teorías. Podría teorizar que mi vida sería mejor si alguien le hubiera dado una paliza en el aparcamiento antes del trabajo. Podría teorizar que la vida también sería un poco mejor si la paliza hubiera ocurrido después del trabajo.

—Las puñaladas —le digo, con la mano en el bolsillo mientras deslizo, uno contra otro, los dos trozos de la tarjeta de Jonas. Es la hora de la magia.

—¿Qué pasa con ellas?

Si Jonas puede resolverlo, yo también.

—Las dos primeras víctimas... ¿Y si hubieran sido apuñaladas la misma cantidad de veces?

Stevens mira a Schroder y luego, a mí.

—¿Qué dices?

—Necesitamos que la forense nos diga exactamente cuántas veces apuñalaron a las víctimas dos y cuatro.

—¿Por qué?

«Porque un vidente sabía que los dos primeros tenían diecinueve puñaladas y adivinó que el último tendría la misma cantidad».

—Porque «al menos una docena» de veces también podría significar «diecinueve veces», lo que daría a tres de nuestras víctimas

una cantidad idéntica de heridas.

—Pero no a la cuarta —dice.

—Eso va con lo que usted decía, que la víctima número tres cae fuera del patrón. Mismo asesino, pero diferente motivo para matar. No es parte del patrón.

—Continúa.

—Bueno —digo, con todo el mundo mirándome aún y mi mente acelerada—, si tres de las víctimas han sido apuñaladas diecinueve veces, eso tendría que significar algo.

Nadie dice nada. Me doy cuenta de que ahora tengo a todos interesados en mí.

—¿Qué clase de algo? —pregunta Stevens—. ¿Un año, por ejemplo? ¿Una persona? ¿Es eso lo que quieres decir? —cuestiona, colaborando conmigo.

—Exactamente. Lo que haya cabreado a nuestro asesino puede haber sucedido hace diecinueve años. O le ocurrió cuando tenía diecinueve años.

—Puede que haya diecinueve personas en su lista —dice Schroder.

La mayoría de los presentes sueltan un grito ahogado. Algunos pensamos que habría suerte si se detuviera en diecinueve.

—Sí, sí —dice Stevens, asintiendo ahora—. O puede que hayan herido a alguien a quien él quiere, a una persona de diecinueve años; o que la hayan matado, inclusive.

—O algo que le costó diecinueve años de su vida —digo—. El diecinueve podría incluso significar un valor monetario, ya que estamos tratando con contables y abogados muertos —propongo, aunque sin querer decir que no hay nada mejor que los abogados y los contables muertos—. Podría ser algo que le costó diecinueve mil dólares o ciento noventa mil dólares o diecinueve años de cárcel.

—Vale, podría no ser nada o podría ser algo —comenta Stevens—. Detective Schroder —dice, volviéndose hacia Carl—, quiero que llames a la forense en cuanto acabe esta reunión y averigües si la teoría de Tate tiene algún fundamento.

Entonces Stevens se vuelve hacia nosotros, asiente una vez con un gesto que no entiendo, se aparta a un lado de la sala y cede la palabra a Schroder. Este tose en su mano, me mira durante un segundo y luego, a todos los demás. El sol por fin se ha unido al resto de nosotros en esta pesadilla mañanera. Entra por la ventana y golpea a Schroder justo cuando está a punto de empezar a hablar. Otro detective se levanta y corre una de las persianas.

Schroder detalla lo que estamos haciendo. Los coches patrulla están en las calles. Hacen lo mismo desde que apareció el segundo

cuerpo: patrullar cada barrio y buscar cualquier cosa sospechosa. Es todo lo que pueden hacer hasta que encontremos la conexión. Así que Schroder primero nos pone al corriente de esto y luego, de lo que ya sabemos, que, por desgracia, no es mucho. Nos divide para trabajar en diferentes escenas del crimen o con diferentes testigos. Envía a algunos detectives a investigar a los abogados: a dos de ellos, a buscar en los archivos de los antiguos casos de la víctima número uno; a otros dos, a estudiar los archivos de los casos de la víctima número cuatro. Esto implicará conseguir órdenes judiciales. A los bufetes de abogados no les gusta dar información. También son los más difíciles de enfrentar con órdenes judiciales, porque lo discuten todo. Los detalles tienen que ser exactos. Si las respuestas están en los archivos de los clientes con quienes estos abogados han tratado, van a ser difíciles de conseguir. Imposibles, tal vez, debido al privilegio abogado-cliente. Será un día lleno de interrogatorios y de detectives escarbando en el pasado de la gente hasta encontrar lo que conecte a todos. Los detectives revisarán los archivos de los alumnos de Albert McFarlane para cruzarlos con los registros criminales. Cada persona en esta sala está ansiosa por tomar parte en las acciones. Schroder no me da una tarea. Cuando termina, todos se levantan y se dirigen a la puerta, pero hacen un alto cuando Schroder vuelve a hablar.

—Una cosa más —dice—. Hemos oído que esta noche va a haber concentraciones de *boy-racers* por la ciudad —advierte, y todo el mundo gime—. Eso significa que las calles van a estar atascadas. Y significa, también, que las patrullas responderán con lentitud, que ir de A a B podría llevar más tiempo de lo normal. Se calcula que habrá más de dos mil —dice—. Dos mil vehículos que saldrán a convertirse, deliberadamente, en un dolor de cojones, que tratarán de demostrar algo que solo los adolescentes son capaces de comprender. Por el amor de Dios, no les disparéis —pide, y nadie está seguro de si está bromeando—. Solo tenedlo en cuenta.

Entonces todo el mundo vuelve a ponerse en marcha. Algunos me dan palmaditas en el hombro. Los demás me saludan con la cabeza mientras se dirigen a la puerta. Me pongo de pie, me acerco a la pared de la muerte y observo las fotos.

Stevens me mira durante unos segundos y luego se acerca. Espero sus advertencias, el «No metas la pata» seguido del «No deberías estar aquí».

—¿Qué tal, Theo? —me pregunta, y me tiende la mano.

Le tiendo la mía, un poco vacilante, como si él fuera a quitar la suya, junto con todo lo que me ha ofrecido. Se la estrecho.

—Escucha, te agradezco tu ayuda de ayer.

—De nada —le digo.

—Eras el único sobrio ahí. He oído que, si no hubieras tomado el control, es posible que todos mis detectives hubieran salido en las portadas de los periódicos y hoy estuvieran buscando trabajo en las últimas páginas. Por eso te hemos dado esta oportunidad. Te la has ganado. Pero la correa es corta. Muy corta. Escucha, sé que fui un cabrón hace diez minutos, pero al menos ahora tienes de tu lado a todo el mundo. Si me hubiera levantado y dicho que era un privilegio tenerte de vuelta, todos te estarían odiando, porque habría sonado como si necesitaran tu ayuda. Ahora se sentirán mal por cómo te traté, y eso los ayudará a quererte.

No estoy tan seguro de que las cosas funcionen así, pero entiendo su argumento.

—Además, lo que se te ha ocurrido, en caso de que tengas razón, podría ser una buena pista. Carl cree que de verdad puedes ayudarnos —dice, y señala con la cabeza a Carl, que se ha acercado hasta ponerse a mi lado—. La gente sigue diciéndome que eres un bala perdida, pero, según creo, eso podría ser justo lo que necesitamos, ¿eh? —dice, y aplaude—. Dios, lo que quiero decir es que aquel chiflado sí que es un bala perdida, ¿o no? Es hora de combatir el fuego con fuego.

—Agradezco el... cumplido. Creo.

—Bueno, no te pagamos para que pierdas el tiempo con esto —dice, sin dejar de sonreír—. Te pagamos para que nos ayudes a atrapar a ese hijo de puta. Buena suerte —añade. Me ha dejado confundido sobre lo que en realidad piensa de mí. Luego se vuelve hacia Schroder—. ¿Podemos hablar? —le pregunta, y Schroder lo sigue fuera de la habitación.

Me acerco a la ventana para contemplar el paisaje y protejo mis ojos del sol. El cielo sigue azul por todos lados, aunque el sur no se ve desde aquí. A ras de suelo, la gente camina: algunos tienen un propósito, otros van sin rumbo. Algunos se dirigen a los parques que conforman la Garden City. Empujan cochecitos y lanzan discos voladores en los últimos días soleados previos al invierno.

Me acerco a la pared cuando Schroder vuelve a entrar.

—¿Han sido malas?

—¿Qué han sido malas? —pregunta.

—Las advertencias que Stevens te ha dado acerca de mí.

—Como ha dicho, la correa es corta.

—¿Sí? ¿Qué más?

—Ha dicho que nadie presentaría una queja si tenía que dispararte.

No estoy seguro de si está de cachondeo, y no se lo pregunto por si acaso no estuviera bromeando.

—Entonces, ¿cuál es mi misión? ¿Quieres que vea lo de las puñaladas?

—Me pongo a ello. Quiero que te encargues de esto —dice, y me entrega una carpeta.

La abro. Dentro hay una hoja de antecedentes penales de una mujer llamada Ariel Chancellor: la fotografía de una mujer de veintidós años —que ahora tiene veinticinco según la fecha de nacimiento— me devuelve la mirada. Por su aspecto, desde la adolescencia no ha comido nada más grueso que una patata frita. Tiene la cara hundida y pálida, y el pelo rubio, liso y sin vida, con las puntas deshilachadas. Mira al fotógrafo con el ceño fruncido. Da la sensación de que, si se le viera la mano, quizá también le estaría haciendo un gesto con el dedo. Encuentro fotos de sus huellas dactilares y una breve biografía. Ha sido detenida por posesión de drogas y hurto. Paso de la foto al rostro de Schroder, que, fuera del maquillaje y el pelo largo, tiene una expresión similar a la de la chica.

—Parece simpática —digo—. ¿Es la que estaba en el coche de Hayward anoche?

—Según las huellas que había en el cinturón y el coche, sí. Es tu pista, Tate.

En el expediente no se menciona la prostitución porque en ese oficio el único delito es no declarar tus ingresos. Tanto si te disparan en acto de servicio como si finges un orgasmo por dinero, Hacienda reclama su parte. Sí se menciona la última dirección conocida. Esperemos que siga siendo la misma.

—Madre mía —digo—, si es prostituta y estaba en el coche con él, el que Brad Hayward haya estado con ella podría no tener nada que ver con el homicidio. No es como si las otras víctimas hubieran estado recogiendo prostitutas.

—Es una pista —me recuerda Schroder—. Probablemente, un callejón sin salida, pero hay que seguirla.

—¿Y las puñaladas? —le pregunto.

—Mira, he quedado con la forense en la morgue en... —consulta el reloj— poco más de una hora. Si terminas a tiempo, te invito a reunirte conmigo allí. Mientras tanto, ve a hablar con esa mujer. Consigue un testimonio. Hay que cerrar todas las líneas de investigación, Tate. Esa parte del trabajo no ha cambiado.

Capítulo veinte

Bajamos juntos las escaleras en vez de coger el ascensor; para ahorrar energía tal vez, como se supone que deberíamos hacer todos en todo el mundo para no malgastar recursos, o por el ejercicio. Llegamos a la planta baja. Schroder sale al aparcamiento por una de las puertas. Yo, en cambio, me dirijo al vestíbulo y bajo la escalinata hasta la calle. Hay una multitud de periodistas en semicírculo, en cuyo centro está el comisario Stevens, con la cabeza afeitada brillando bajo la luz del sol. Tiene la atención de todos, excepto la de Jonas Jones, que se ha separado del grupo. No me quedo a escuchar el discurso ni el interrogatorio. Jones me sigue. Supongo que yo podría intentar perderlo, pero un hombre con sus habilidades ya sabrá dónde he aparcado.

Llego a mi coche, a media manzana de distancia, y descubro que alguien lo ha golpeado al dar marcha atrás. El faro delantero izquierdo está reventado y hay cristales en el suelo, pero ninguna nota. Con el pie, barro los cristales contra el bordillo. El tráfico se acumula de semáforo en semáforo, la gente se agolpa al comienzo de la jornada laboral.

—Déjame adivinar —digo, volviéndome hacia Jonas—, ¿te has levantado esta mañana sabiendo que alguien iba a golpear mi coche?

—Qué gracioso, detective. Ya eres detective otra vez, ¿verdad? ¿Estoy en lo cierto?

—Dímelo tú.

—Puedo ayudarte, detective. Podemos ayudarnos mutuamente. Tengo un don, y al negarlo solo pierdes el tiempo.

—Eres increíble —le digo—. Dos veces en una mañana. Debes estar desesperado.

—No descartes mi ayuda, Theodore. Puedo ayudarte. Aquí hay una oportunidad para que ambos hagamos algo bueno.

—¿Y escribirás un libro sobre el asunto?

—Recibirías algún crédito; y pagado, por supuesto. Viendo tu coche, puedo decir que no estás muy acostumbrado a cobrar.

—No, gracias —le digo.

—Puedo ayudarte, Theodore.

—¿Sí? Entonces, ¿por qué no me ayudas y me dices qué significan las puñaladas?

—¿Por qué no me ayudas y me hablas del caso? Tanto si crees que soy un farsante como si no, podemos ayudarnos mutuamente. Sé cómo piensa la gente. Al menos, debes saber que es verdad.

—Entonces, seguro que sabes lo que estoy pensando ahora mismo —le digo.

Me alejo, y él se queda mirando mi coche durante unos segundos antes de volver por donde hemos venido.

El día sigue calentándose. Me quito la chaqueta en el primer semáforo en el que me detengo. Mi reloj corporal está un poco descompuesto con el horario de verano. Por alguna razón, todos los años parece que el horario de verano nos adelante o atrase seis horas en lugar de una. Paro en una cafetería y me tomo otro café, puesto que ahora puedo permitírmelo, y es que, si no me tomo unos minutos para esto, acabaré cayéndome en una cuneta. Tengo la sensación de que voy a necesitar dos tazas por hora solo para mantenerme alerta durante el resto del día. Me siento a la mesa y observo la ciudad a través de la ventana: la gente que pasa, los coches que también pasan, y todo parece normal. Ahora, justo en este momento, Christchurch es la ciudad que solía ser.

Las nubes del sur se escurren por encima del café y empiezan a cubrir la ciudad. Un coche pita a otro y comienza un intercambio de gestos y obscenidades. Un adolescente con capucha pasa junto a la ventana y me ve mirando la calle. Se toma su tiempo para sorber un gran gargajo y me lo escupe. La flema da en la ventana y se desliza despacio. Es sobre todo verde, pero también contiene un poco de sangre, y el chico sigue mirando enfadado hacia el sendero que tiene delante. Dentro de la cafetería, detrás de mí, un tío llama puta a la camarera y le dice que el café debería ser más barato. Luego se marcha enfadado. Christchurch ha vuelto.

Termino mi café y conduzco hasta la casa de Ariel Chancellor. Es uno de esos barrios en los que, desde luego, yo nunca querría vivir, con casas que parecen a punto de derrumbarse y jardines a los que las bacterias se han comido vivos. La calle tiene baches cada diez metros y las aceras están agrietadas y rotas por las raíces de los árboles. Aparco delante de la casa de Ariel con la seguridad de que nadie pensará que soy policía por mi coche y con la seguridad de que no vale la pena robarlo. La casa está muy deteriorada. Una lona cubre parte del tejado. Subo por el sendero hasta la entrada principal, cuya pintura se ha desprendido de las paredes y descansa en el porche convertida en charcos escamosos. Llamo a la puerta esperando que mi mano desaparezca, pensando que la puerta está podrida y se mantiene de una pieza gracias a las termitas.

Una mujer responde. Entrecierra los ojos ante la luz brillante y se lleva la mano a la cara. Tiene la piel pálida y herpes labial a los lados de la boca. Me lleva unos segundos llegar a la conclusión de que se trata de Ariel, ya que esta versión es diferente a la de la fotografía. La encuentro más vieja y delgada, y parece que hace seis horas se hubiera drogado con lo que sea que le hizo esos pinchazos de aguja en el brazo. Sostiene un vaso medio lleno de cubitos de hielo y un líquido dorado. Se ha teñido el pelo de negro y lo lleva más o menos la mitad de largo que antes, hasta la nuca.

Le muestro mi placa.

—¿Ariel Chancellor?

Puedo ver en sus rasgos que, antes de que la vida la aplastara, Ariel Chancellor fue una chica extremadamente atractiva.

Su voz suena como si tuviera una colilla atascada en la garganta.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Soy el detective Tate —me presento, y me alegro de volver a decir esas palabras sin estar mintiendo.

Sus ojos se centran en mí.

—No parece policía —dice, y se acomoda el pelo tras las orejas.

—¿No?

—No. Los policías llevan trajes baratos. El suyo es peor que barato.

—¿Reconoce a este hombre? —Le muestro una foto de Brad Hayward.

—No —responde ella, sin siquiera mirarlo.

Empieza a cerrar la puerta y yo meto la mano y la detengo.

—¿No quiere recapacitar?

—En realidad, no. ¿Quiere largarse de mi porche?

—Encontramos huellas suyas en el coche de esta persona.

—Mis huellas dactilares suelen estar en muchos coches —dice—. ¿Ha dicho que le quité algo? Si es así, es un mentiroso. No te puedes fiar de los hombres que pagan por sexo.

—Así que era uno de sus clientes.

—Si le parece bien ponerle esa etiqueta, claro.

—Fue asesinado anoche.

—¿Y qué?, ¿se supone que me tiene que importar? ¿Cree que a ese amigo suyo le importaría una mierda que yo apareciera muerta en un callejón?

—Tenía mujer y dos hijos.

—Y estarán mejor sin él.

Suelta la puerta, que es como admitir que va a tener que hablar conmigo. Se busca en el bolsillo un paquete de cigarrillos.

—En eso se equivoca —le digo.

—¿Me equivoco? ¿Tiene usted una bola de cristal? Podría haberse convertido en un mal padre, en un borracho, en alguien que maltratase a sus hijos.

—Por favor. Lo mataron delante de sus hijos —le digo, y eso se acerca bastante a la verdad.

Enciende uno de los cigarrillos. Me tiende el paquete y yo niego con la cabeza.

—Están mejor sin él —dice—. Solo que no lo saben.

—Puede que usted tenga razón —digo, aunque dudo que la tenga.

—Sé que es verdad. Soy buena leyendo a los hombres, detective. Ese es mi oficio.

—Al menos, ayúdenos a cerrar el caso y hable conmigo.

Alza los ojos al cielo y los entrecierra contra la luz resplandeciente. Mira hacia arriba durante unos cinco segundos, como si allí estuvieran las respuestas.

—Va a llover —dice—. El negocio siempre va flojo cuando llueve. —Me mira de nuevo—. Cincuenta pavos —exige—. Deme cincuenta pavos y hablaré con usted.

—No tengo cincuenta pavos. —Acabo de acordarme del tipo de ayer por la mañana, el del hotel, con su bate de béisbol.

Ella mira hacia mi coche.

—No, supongo que no —dice.

—Pero, si lo prefiere, puedo arrestarla, meterla en una celda unas horas y dejar que se le pase un poco la borrachera. Eso sí que lo puedo hacer gratis.

—Supongo que sí —dice, y da un sorbo a su bebida—. Bien, puede pasar. —Hace sonar los hielos y pone el vaso a la altura de sus ojos—. ¿Le preparo una copa?

—Es demasiado temprano.

—No, no lo es, se lo aseguro —dice entre sonrisas—. ¿Recuerda lo que le acabo de decir sobre leer a los hombres? Puedo verlo en sus ojos: está luchando contra un demonio.

—Quizá sea demasiado temprano para usted también —le digo.

Se encoge de hombros.

—Siempre es la hora feliz en algún sitio —comenta, y no puedo imaginarme la última vez que esta chica pasó una hora realmente feliz.

Capítulo veintiuno

Caleb Cole apenas puede moverse. Cuando levanta los brazos, le duele el pecho. Siente que le arden las articulaciones de los codos y los hombros. Se masajea el cuello con los dedos antes de empezar a mirar a su alrededor. Habría sido mejor dormir en el coche, pero no quería estar lejos de Stanton por si intentaba algo. Ha dormido —mira el reloj—, mierda, noventa minutos. No puede creer que eso sea todo. Noventa minutos y la bebé está llorando. De algún modo, la pequeña ha conseguido arrancarse la cinta de la boca y ahora le cuelga de la barbilla.

Tiene frío. El matadero es uno de esos edificios cuya temperatura interior solo superaría los diez grados si se incendiara. Odia estar aquí. Tiene que esperar a que oscurezca para terminar lo que tenía que haber terminado anoche, pero no puede soportar la idea de pasar todo el día en este lugar.

Se lleva las manos a las caderas y estira la espalda. Da unos cuantos pasos cojeando hasta que recupera la sensibilidad en las piernas. Esto ya debería haber terminado.

—Cállate —le dice a Octavia, pero ella no se calla, sino que se pone más ruidosa.

La desengancha de su asiento, la coge con las dos manos y la sostiene en alto. Tal vez podría sacudirla. Probablemente funcionaría. ¿Y cómo coño siguen durmiendo las otras dos niñas? Caleb supone que deben estar acostumbradas al ruido, como la gente que vive cerca de los aeropuertos. Acuna un poco a Octavia y le desprende el resto de la cinta. El llanto de la pequeña se calma un poco, pero no lo suficiente como para dejar de molestarlo.

—¿Tienes hambre?

Los sollozos se convierten en una serie de hipos. La niña se queda mirándolo sin comprender y luego asiente.

—Sí —dice, y retiene la ese mucho tiempo antes de soltar, en un disparo, las demás letras, de modo que suena algo así como «sssssssssssssí».

—Te traeré algo de comer.

—Sssssssssí.

—No hablas mucho, ¿verdad?

—Sssssssssí.

—¿Conoces alguna otra palabra?

—Gato —dice.

—Gato —repite—. Eso es muy útil.

El psiquiatra lo observa. Forcejea contra las bridas de plástico, aunque disimula cuando ve que su captor lo está observando. Este abre la bolsa de provisiones y encuentra otro tarro de comida para bebés. Las otras dos niñas ya están despiertas. Caleb libera a Katy y le da el tarro.

—Dale de comer —dice, y señala con la cabeza a la bebé.

En lugar de darle de comer a su hermana, Katy corre hacia su padre y lo abraza. Empieza a llorar y Stanton también. El médico murmura algo bajo la cinta adhesiva. Las palabras son indescifrables, pero el tono deja claro el mensaje. Le ha dicho que todo va a salir bien. Le ha dicho que no se preocupe. Caleb da un paso hacia ellos, dispuesto a agarrar a la niña por el cuello y llevársela a rastras, pero decide concederles un momento. Después de todo, a estas personas les queda una muy limitada cantidad de momentos placenteros. Les permite uno, aunque, al cabo de treinta segundos, cuando parece que no van a separarse nunca, cambia de opinión.

—Venga —dice, y Katy no suelta a su padre—. Venga —repite—, o todos pasaréis hambre.

Katy se suelta. Se le saltan las lágrimas y se pasa la manga de la chaqueta por la cara.

—Vale —dice, y extiende la mano para coger la comida.

Saca a Octavia del asiento, la coloca entre sus piernas y la rodea con los brazos, del mismo modo que hacía con su padre. Luego la vuelve a colocar en el asiento y abre el frasco. Cucharada tras cucharada, Octavia se traga la comida a toda velocidad. Mientras la bebé come, Caleb coge un paquete de cereales. Lo abre y se echa un puñado a la boca. Mira el recipiente de la leche y se pregunta si debería añadir un poco a su bocado. En lugar de eso, va a por la barra de pan. Katy termina con lo suyo y le da a Octavia un vaso de plástico con agua. La pequeña bebe con la mirada fija en su hermana. Tiene comida de bebé por toda la cara y, probablemente, ha vuelto a ensuciar el pañal; pero Caleb no piensa hacer nada al respecto.

Octavia deja caer el vaso y lo ve rodar por el suelo. Alarga la mano para cogerlo, pero no llega y se echa a llorar. Así debe sentirse una tortuga, imagina Caleb, cuando está tumbada bocarriba. Katy coge el vaso y se lo da a su hermana. El llanto se detiene.

—Aquí lo tienes —dice Katy.

—Gato —dice Octavia.

Mientras Octavia bebe, Katy le frota los brazos. Caleb engulle

cereales con zumo de naranja.

—Tengo que ir al baño —dice Katy.

—Vale —dice él, porque también necesita ir. Con Octavia otra vez en su asiento, lleva a Katy afuera—. En el mismo lugar —le advierte.

La niña camina hacia el árbol y desaparece detrás. Él va al coche y mea en el capó.

A plena luz de la mañana, el matadero no ha perdido ni un ápice de su aspecto espeluznante. No debería ser más que un edificio abandonado, inofensivo; solo un montón de paredes invadidas por la naturaleza, pero no lo es. Este es el edificio donde murió su niña, y hay fantasmas dentro. Hay habitaciones oscuras con grandes ganchos para colgar carne. Hay pesadillas. El matadero alberga toda la miseria del mundo.

Se pone de frente al sol. Siente la ropa un poco húmeda, pero, tras quince minutos aquí fuera, eso ya no será ningún problema. No hay nubes, solo un cielo azul. Es un bonito día, y podría seguir como ha empezado o, con la misma facilidad, dejar caer un chaparrón sobre la ciudad. Cierra los ojos y hay un momento, un breve momento, en el que se pregunta si podría alejarse de todo esto. No tiene que volver al matadero, no tiene que lidiar con el médico ni con las niñas y nadie tiene que morir. Podría marcharse, encontrar una playa en algún lugar y sentarse bajo el sol otoñal. Se empaparía del ambiente y las cosas podrían acabar de otra manera. Podría nadar, optar por una dirección e ir en ella, ver hasta dónde es capaz de llegar antes de hundirse de cansancio. Solía ser un nadador bastante bueno. Hubo un tiempo en el que podía nadar un largo tras otro sin fatigarse. Su respiración era tranquila y sus brazos se deslizaban por el agua sin esfuerzo. Antes de casarse, nadaba tres veces por semana; normalmente, una hora cada vez. Ese era el único ejercicio que hacía. Iba antes del trabajo, cuando en la piscina solo había nadadores entusiastas como él. Pero se casó y la vida se volvió más ajetreada. Llegó su hija y la natación se convirtió en una de esas cosas que uno deja de hacer a medida que envejece y cambian las responsabilidades.

Solo que no puede hacerlo. Su familia está muerta por culpa del psiquiatra, por culpa de esas otras personas. No ha terminado de administrar justicia para su familia.

Termina. Katy también. De vuelta en el interior, busca en la bolsa y abre una lata de atún. El olor lo golpea como una bala y casi le provoca arcadas. Caleb arroja la lata por la puerta hasta la otra habitación, donde cae de lado y rueda hasta perderse de vista. Si las ratas son capaces de soportar el olor, buena suerte para ellas. Katy levanta a Octavia del asiento y se acerca a Melanie. Con los brazos,

rodea desde atrás el pecho de Octavia. Es como ver a una muñeca princesa grande cargando a una muñeca princesa más pequeña. La niña se acomoda junto a su hermana mayor con la bebé entre las dos.

—¿Tienes hambre? —pregunta Caleb al médico.

Stanton murmura algo más detrás de la mordaza, algo que el captor no puede distinguir, pero el tono sugiere que no está hablando del hambre. El tono sugiere un montón de «hijo de puta» entreverados con el viejo «vete a la mierda».

Octavia vuelve a mirarlo fijamente mientras sorbe su bebida. Del fondo del vaso cuelga una línea de baba que a Caleb le pone los pelos de punta. Katy alarga la mano y le quita la cinta a Melanie.

—Necesito ir al baño —dice Melanie.

—Vale —dice él, y le corta las bridas de plástico—. No dejes de sujetarla —le dice a Katy, mientras señala a Octavia con el mentón.

—No iba a hacerlo.

—Y no intentes liberar a tu padre. No tienes nada con qué liberarlo. Si lo intentas, me voy a enfadar y, si me enfado, van a pasar cosas muy malas. Voy a tener que castigaros a ti, a Melanie y a Octavia, ¿de acuerdo?

Ella asiente con la boca torcida.

—De acuerdo —dice.

Lleva a Melanie fuera. Ella lo mira con el ceño fruncido.

—No tienes ni idea de cómo cuidar a un bebé, ¿verdad?

—Te equivocas.

—Nunca me equivoco.

—Esta vez, sí. Tenía una hija.

—¿Dónde está? ¿También a ella la atas y la traes aquí?

—No, pero alguien sí lo hizo. Y la mató.

—Oh —dice ella, y abre la boca para decir algo más. Y él se queda esperando, a sabiendas de que la niña no sabrá qué decir, y eso es exactamente lo que ocurre—. Oh —vuelve a emitir Melanie, y luego baja la mirada.

—El baño está allí —dice Caleb, y señala los árboles—. No intentes huir. No voy a haceros daño a ninguno, os lo prometo, siempre que hagáis lo que os diga. Solo tenéis que confiar en mí. Pero, si intentáis huir —inhala fuerte y arruga la cara—, bueno, ¿tengo que deciros lo que pasará?

Ella sacude la cabeza.

—Bien. Ahora, date prisa —dice.

Se queda de pie junto al edificio, bebiendo zumo de naranja, mientras Melanie corre hacia los árboles y permanece ahí durante unos minutos antes de volver. La mayoría de los árboles son ya

esqueletos. A algunos aún se aferran unos puñados de hojas, y el sol que pasa a través de ellas parece frío. El suelo está pastoso por la lluvia de ayer. Un rastro de pisadas embarradas va y viene desde el coche, y también hay un conjunto de huellas de manos donde Stanton cayó. El coche tiene al menos una docena de hojas mojadas pegadas a la carrocería. El parabrisas y las ventanillas están empañados por la humedad.

—Sabes que la policía nos está buscando —le dice Melanie—. La policía sabe rastrear a la gente. Lo hacen todo el tiempo.

—En la tele, sí —alega él—, pero esto no es la tele.

—No, no solo en la televisión —dice la niña—. En el colegio había una chica y se escapó. La policía la encontró al día siguiente. Y había otra chica que...

—Melanie —dice—, ya no quiero oírte hablar, ¿vale? Y no quiero hacerte daño, de verdad que no, pero estás haciendo que me entren ganas.

La lleva de vuelta al interior. Ella se acerca a su padre de la misma manera que Katy lo hizo antes y lo rodea con los brazos. Caleb se apoya contra la pared, bebiendo zumo de naranja, y los mira fijamente. Recuerda a su propia hija abrazándolo de esa manera.

—Ya basta —dice. Y, a diferencia de Katy, Melanie suelta al médico enseguida—. Octavia necesita que le cambien el pañal.

—¿Sí? ¿Y por qué no lo haces tú?

—Porque te estoy diciendo que lo hagas tú. Tu hermana te puede ayudar.

Las niñas acuestan a Octavia sobre la manta. Katy empieza a tararear. Él no reconoce la música, pero, por el sonido, adivina que es una melodía propia, algo que la niña se está inventando sobre la marcha. El médico llora. Es patético.

—¿Qué se siente al no tener el control? —pregunta Caleb, pero, por supuesto, Stanton no puede contestarle nada. Las niñas echan un vistazo y no abren la boca—. No eres muy hombre, ¿verdad? —dice el captor.

Stanton lo mira directamente. Profiere otros «jódete» amortiguados y lucha contra las ataduras, aunque, en realidad, ¿qué espera que ocurra?

—Hemos terminado —dice Melanie.

Katy deja de tararear y empieza a cantar.

—A, b, c, d, g, f, g..., g, f, g —dice una y otra vez.

Caleb se da cuenta de que la niña canta con una voz hermosa, pero no está de humor.

—Para —le pide, pero ella sube el volumen—. He dicho que pares.

—No puede —dice Melanie—. Cuando se pone muy triste, empieza a hacer eso.

—¿Por qué?

—Porque está triste. ¿No estabas escuchándome? Antes no cantaba.

—A, b, c, g, c, g…

—¿Cuándo empezó a hacerlo?

—Cuando mamá se fue.

—G, f, g —dice Katy.

—¿Y cuándo fue eso? —pregunta Caleb.

—¿Por qué habría de decírtelo? —dice Melanie. Le da a Octavia el osito de felpa de Katy. Octavia sonríe y agarra el juguete con fuerza. Katy sigue cantando. Su dulce voz resuena por toda la habitación.

—Porque te lo he pedido amablemente. Si quieres, puedo pedírtelo no tan amablemente.

—Hace seis meses. Es una zorra.

—¿Qué?

—Es una zorra. Una puta de mierda.

—Ey, ey, alto —le dice, y le muestra la palma de la mano—. No uses ese tipo de lenguaje.

—¿Por qué no? Tú lo usas.

—Pero yo soy un adulto.

La niña se encoge de hombros.

—Eso no cambia el hecho de que mi madre sea una zorra y nos haya abandonado. Una puta de mierda. Eso es lo que dice papá cuando cree que no lo oímos.

Más sonidos de Stanton. Más forcejeos. Tal vez debería noquearlo de nuevo.

—Suena duro —le dice Caleb a Melanie.

—¿Duro? El duro eres tú. Eres un tipo duro, ¿verdad? Debes serlo, ya que mantienes a mi padre atado y andas por ahí con un cuchillo. Apuesto a que tu madre y tu padre estarían orgullosos.

Octavia se aparta y, con el dedo, empieza a hacer trazos por el suelo, de un lado a otro. Caleb piensa que quizá tendría que amordazar a Katy. Es una distracción. Amordazar a Katy y noquear a Stanton. Su lista de cosas por hacer está creciendo. Señala la bolsa y mira a Melanie.

—Sírvete —dice—, y alimenta también a tu familia. Van a necesitar fuerzas. Y no digas más tacos.

—Entonces, ¿puedo quitarle la mordaza a papá?

Caleb asiente. Katy sigue cantando. Tiene lágrimas en la cara y entre la nariz y la mano, un largo hilo de mocos que cuelga como una

tela de araña. Se lo limpia por encima mientras Melanie se acerca a su padre y le quita de la boca, lentamente, una cinta adhesiva manchada con goterones de sangre seca.

—No les hagas daño, joder —dice Stanton, y luego escupe al suelo una bola de mocos.

—Lo juraste —dice Katy.

—No les hagas daño —repite, y luego mira a sus hijas—. Todo va a salir bien —dice en otro tono.

Melanie vuelve a abrazarlo. Es obvio que él también quiere rodearla con los brazos, pero no puede. Ella lo abraza con fuerza y las siguientes palabras, destinadas a sosegar a las niñas, se amortiguan en el hombro de Melanie. Ella da un paso atrás. Katy reúne a Octavia con el resto de la familia para que puedan abrazarse también, y este es un momento dulce en el que Caleb se pone a imaginar diferentes escenarios, todos los cuales incluyen un cuchillo que aún debe mucha sangre. La buena noticia es que Katy ha dejado de cantar. Tanto Melanie como el psiquiatra intentan parecer fuertes, y ambos se quedan cortos. Katy es la única que de verdad muestra sus emociones. Octavia es demasiado joven para tener otra emoción que no sea «estoy feliz» o «me he cagado».

—Tengo miedo —le dice Katy.

—No pasa nada, cariño, de verdad —dice Stanton, y luego tose unos segundos—. Vamos a estar bien.

Caleb no dice nada. Que crean lo que quieran, pronto les demostrará que están equivocados.

El padre mira a Caleb por encima de sus hijas e intenta aclararse la garganta de nuevo.

—Escucha, Caleb, he estado pensando por qué haces esto y yo, yo… —empieza a decir, pero su garganta vuelve a bloquearse y tiene que aclarársela de nuevo—. Entiendo por qué me desprecias —continúa, y su mirada dice algo más. Sus ojos expresan que ha estado pensando en ello, que no entiende lo que está ocurriendo y que quiere matar a Caleb—. De verdad que sí, y no puedo culparte, Caleb, de verdad que no puedo —dice, casi juntando las palabras—. Yo merezco tu odio, pero mis hijas no. Has dejado claro tu punto de vista. Por el amor de Dios, déjalas en paz.

Caleb sacude la cabeza.

—No, doctor, no lo he dejado claro. Ni siquiera he empezado. Y tus hijas son parte de esto, como lo fueron los míos.

—No, no lo son. Escúchame, no son responsables de lo que pasó.

—Tú eres el responsable —le dice Caleb—. Mis hijos están muertos y mi mujer también, y yo me he pasado quince años en la

cárcel recibiendo hostias todos los días. ¿Y tú?, ¿qué has hecho mientras?, ¿eh? Te has comprado una bonita casa, has criado a tus hijas riendo y sonriendo y has formado una familia, cabreado a tu mujer y...

—Lo que pasó no fue culpa mía —dice Stanton, pero no puede continuar porque Melanie le tiende un vaso de zumo. Él lo engulle ansioso.

Por primera vez, Caleb se da cuenta de lo mucho que Melanie se parece a su padre. Katy también, pero no Octavia. Con un año, Octavia no es más que un bebé cualquiera. Todos los bebés parecen iguales, excepto cuando son tuyos.

—Mataste a mi hija.

—No, no lo hice —dice, gorgoriteando zumo.

—Sí lo hiciste —arguye Caleb—. Tú y los otros.

—Entiendo tu punto de vista, Caleb, de verdad, pero no fue así.

—Fue justo así. Lo que quiero es que experimentes lo que yo he vivido.

—¿Qué?

—La pérdida y la culpa. Quiero que vivas lo que yo he vivido. Quiero que mueras como yo he muerto.

—¿Qué significa eso?

—Creo que lo sabes —dice Caleb. Observa el dolor en el rostro de Stanton, nota cómo el médico se da cuenta—. ¿Tienes idea de lo que es perder a un hijo, ya no digamos a dos?

Katy se acerca a Octavia y empieza a cantar de nuevo. Melanie se ha quedado con su padre, pero, de repente, ya no parece tan valiente como pretende. Stanton está haciendo un trabajo aún peor intentando parecer fuerte. Con el dedo, Octavia dibuja un círculo en el suelo de tierra y parece confusa sobre por qué desaparece.

—Yo... No lo entiendo —dice Stanton.

—Creo que sí —dice Caleb—. Verás, yo perdí dos hijos. Si tú perdieras dos hijas, te quedaría al menos una de repuesto.

Stanton empieza a sacudir la cabeza.

—No, no, no es posible. No es posible. Por favor, no les hagas daño.

—Tú me has hecho daño.

—Lo siento —dice Stanton, con la voz seca de nuevo—. Lo siento de verdad.

—¿Qué quiere decir? —pregunta Melanie.

—No quiere decir nada —responde Stanton, y luego, en voz más baja, aunque todas sus hijas pueden oírlo, dice—: Caleb, no puedes hacer esto.

—Tienes una deuda que pagar, doctor.

—¡No hay deuda! —grita. La saliva brota entre sus labios tumefactos.

—Dices que lo sientes, pero solo porque estás aquí, donde murió mi hija, y porque estás desesperado. ¿Lo sentías hace quince años? ¿Te arrepentiste de quitarnos la vida? No, porque si te hubieras arrepentido, habrías venido a verme, habrías venido a decirme lo mal que te sentías.

—¿Es esto lo que quieres? ¿Ser igual que Whitby? ¿Eso es lo que tu mujer y tus hijos querrían?

—Lo que querrían es estar vivos.

—Los estás deshonrando.

—No, los he honrado. Los he mantenido vivos aquí dentro —dice, tocándose la cabeza— y aquí dentro —dice, tocándose el corazón—. Soy el único que lo ha hecho. El resto del mundo ha seguido adelante. Tú has seguido adelante. Sigues siendo médico, sigues tratando a la gente. Si dentro de ti hubiera algo de culpa, te habrías convertido en alguien distinto, habrías dejado tu trabajo hace quince años, cuando te diste cuenta de lo que habías hecho. Pero no has sentido nada, excepto ahora. Ahora mismo tienes remordimientos, pero los tienes porque te he traído para castigarte. Este es ese momento de tu vida, Stanton, en el que te enfrentas a la mala persona que has sido. Es tu momento de rendir cuentas.

—Te equivocas. Todo el tiempo pienso en lo que le ocurrió a tu familia. Lo utilizo para mejorar a la gente. Por favor…

—Melanie, ve a sentarte allí con tus hermanas —dice Caleb.

—No, no voy a soltar a mi padre.

—No pasa nada, Munchkin —dice Stanton.

El apodo hace que a Caleb le dé un vuelco el corazón. En algún momento, había llamado a su hija igual: Munchkin. O calabacita. O princesa. A veces era princesa Munchkin o princesa Calabacita. Melanie está empezando a llorar.

—Haced lo que dice —ruega Stanton—, las tres. Id al otro lado de la habitación.

Ellas hacen lo que su padre les pide. Katy y Melanie se llevan a Octavia entre las dos. Caleb se acerca, se agacha frente al médico y baja la voz.

—Será diferente para ti, te lo prometo —dice.

—Por favor, por favor, no les hagas daño a mis hijas —dice Stanton, en el mismo volumen de voz que Caleb—. No te han hecho nada. Haré lo que sea, lo que sea, pero no les hagas daño.

—¿Cuáles son sus apodos? —pregunta Caleb.

—¿Qué? ¿Por qué?

¿Por qué? No lo sabe. Tampoco necesita saberlo, o al menos no debería. Solo que ahora es importante.

—Dímelos —ordena.

—Munchkin y Kitten —contesta Stanton—. Mel Munchkin y Katy Kitten.

—¿Y Octavia?

—¿Eh?

—Octavia.

Stanton sacude la cabeza.

—No tiene.

—¿Por qué?

—No les hagas daño —dice Stanton.

Caleb sacude la cabeza. Que le den. Es hora de seguir adelante. ¿Qué le importa a él quién se llame cómo?

—Es demasiado tarde.

—No, no lo es. No hay razón para que sea demasiado tarde. Todavía no les has hecho daño, no tienes por qué. Puedes hacer lo que quieras conmigo, pero no tienes por qué hacerles daño a ellas. Por favor, te lo ruego.

—Súplicas. Mi hija imploró por su vida —dice, sabiendo que seguramente lo hizo. La niña habría rogado, llorado y clamado por Caleb y su mujer—. También la llamábamos Munchkin —dice. Stanton hace una mueca de dolor, y Caleb sabe por qué: de repente, todo se ha vuelto mucho más humano. De repente, Stanton se imagina cómo sería perder a su propia hija. Bueno, no va a tener que imaginarlo durante mucho tiempo—. Voy a dejar que decidas cuál de tus hijas va a morir primero —dice el captor.

»Yo nunca tuve esa opción. —El sol ya está entrando en la oficina y un haz de polvo reluce en el aire. Caleb sabe que las niñas no pueden oírlo, porque, si pudieran, estarían haciendo algo más que llorar: estarían berreando y gritando—. Estarás con ellas cuando mueran —continúa Caleb—. Mi hija estaba aquí sola con el hombre que la mató —dice. Lo ha visto en su mente miles de veces cada día desde que ocurrió. Eso siempre está ahí, repitiéndose, es una imagen de la que no puede deshacerse, una imagen que lo ha definido—. La apuñaló y la violó en pleno invierno. Había menos un grado, menos un puto grado ahí fuera, y ni siquiera eso lo frenó. La apuñaló una y otra vez en el pecho y en el vientre. Antes, la desnudó y aplastó su pequeño cuerpo contra este hormigón frío como el hielo. Durante todo ese tiempo, tú estabas sentado en tu cálido despacho, bebiendo café y ofreciendo consejos de mierda, aunque no tenías ni puta idea de cómo

funciona la gente.

—Yo…

—¡Tú la mataste, cabrón! —grita, y ahora sí le llegan los sollozos de las niñas, y sus breves grititos también. Y brotan las emociones, que lo recorren, y si no las frena, va a destripar al médico ahí, donde está, y lo arruinará todo; y el doctor, bueno, se estremece con cada palabra como si fueran puñetazos—. Tú, tú y tu jodida forma sesgada de ver el mundo; tú y tu arrogancia, tu vanidad; tú y toda tu importancia, porque tenías que ser un señor, ¿verdad? ¡Tenías que ser el puto hombre que sabía más! Solo pensabas en tu carrera, en labrarte un prestigio.

Katy Kitten y Mel Munchkin lloran a lágrima viva mientras se aferran al osito de peluche. Se han agachado para poder agarrar también a Octavia. Caleb las mira, ve el miedo, pero ellas no saben lo que es el miedo. Nunca lo entenderían, a menos que él las desnudara y las aplastara contra el suelo.

Hace lo posible por no perder el control. Sacude la cabeza y baja la voz.

—James Whitby. Él no podía evitarlo. Era mercancía dañada, un mal tipo, pero es lo que era. Dices que solo hacías tu trabajo, pero eso es lo que hacían los demás. Tú hacías más. Fuiste tú quien dijo que a Whitby se lo podía ayudar. Fue tu palabra la que el abogado usó como argumento ante el juez. Fuiste tú quien, hace diecisiete años, desde el estrado convenció a esas doce personas de que James Whitby era un tipo honrado, que…

—¡Yo nunca dije eso!

—No, y tampoco dijiste que todos estaríamos mejor con él en la cárcel. En vez de eso, dijiste que el tipo necesitaba ayuda, que los fármacos lo ayudarían. Dijiste que podría curarse, y el jurado y el juez lo creyeron.

—Yo… Lo siento, lo siento de verdad, yo… Ay, Dios, no les hagas daño a mis hijas.

Caleb se inclina y lo abofetea tan fuerte como puede. El sonido del golpe se oye más que el llanto de las niñas; resuena por toda la habitación; sale por la puerta hasta el corazón del matadero, más allá de la lata de atún y las ratas que probablemente la están mordisqueando; va afuera, más allá de la bolsa de plástico llena de mierda y el coche con pis en el capó. Por un momento, es el único sonido en la habitación. Las niñas habían dejado de llorar, pero ahora vuelven a hacerlo. La más pequeña golpea el suelo con las palmas de las manos.

—Piensa en lo que vas a decirles —dice Caleb, en voz aún baja,

pero mucho más enérgica—. Tienes el día para decidirlo, porque esta noche voy a hacerle a tu familia lo que le hicieron a la mía.

—Por favor…

—Y te estoy dando la oportunidad de consolarlas, hijo de puta. Eso es mucho más de lo que mi hija nunca tuvo. No tendrán que morir aquí solas.

—No lo hagas.

—¿Eres un hombre religioso, doctor?

—¿Qué? No, no… ¿Por qué?

—Porque ahora sería un buen momento para empezar a rezar. Ojo por ojo, doctor. Está en la Biblia. Simbólicamente, ahí se resume lo que tenemos aquí.

—No tienes que…

—No malgastes tus palabras conmigo —le dice Caleb, mientras saca nuevas bridas de plástico para atar a las niñas—. Es inútil. Úsalas con tus hijas. Habla con ellas, estate con ellas, diles adiós, pero que no haya malentendidos. Esta noche, aquí fuera, en este lugar dejado de la mano de Dios, voy a empezar a matar a tu familia, y no hay una maldita cosa que puedas hacer para evitarlo.

Capítulo veintidós

La casa de Ariel Chancellor huele a gato y perro mojados. Me alejo de las paredes para que no se moje mi ropa. También me miro los zapatos para asegurarme de que no estén chapoteando. Pasamos al salón, donde hay grandes manchas en el techo y donde la escayola y la pintura se descascarillan. El centro del techo se inclina hacia dentro por el peso del agua de lluvia atrapada en el tejado mientras, en el suelo, un cubo recoge lo que cae de las goteras. La lámpara no tiene bombilla; con toda esta humedad, ha de ser un peligro de incendio. Ariel no me ofrece té, café ni heroína. Se sienta en un sofá que intenta tragársela y sigue afanándose con su bebida hasta dejarla a la mitad. Me quedo de pie. Deseo salir de aquí rápido. Solo espero que pueda decirme algo útil antes de que me vaya.

—¿Cuánto hace que no bebe? —me pregunta.

—Bebí un café hace unas horas.

—Uy, qué bien —dice—. Muy divertido.

—¿Cuánto tiempo lleva haciendo esto? —le pregunto, mientras observo todo el salón.

—¿Haciendo qué? —pregunta ella—. ¿Follar con hombres por dinero o no tener nada que demostrar?

—Ambos.

—Desde los trece años.

—Madre de mi vida —le digo.

—Casi se avergüenza de mí. —Se enciende un cigarrillo y me vuelve a ofrecer otro. Me da pena, ¿a quién no? Sacudo la cabeza ante su ofrecimiento—. La vida es como es, ¿no? —dice, y el filtro del cigarrillo capta su atención durante unos segundos—. Esto podría parecer malo, pero otros que he conocido lo han pasado peor.

Hay cuadros en las paredes, grabados de tigres blancos, carteles de coches deportivos y caballos y, sobre la repisa de la chimenea, un jarrón con una rosa muerta hace mucho. Los botones y los diales del televisor demuestran la antigüedad del aparato. Si se lo mirara por detrás, el número de serie probablemente tendría solo dos dígitos. Hay fotografías de amigos con la mirada perdida, pero también hay otras fotos: ella de niña, con la cara llena de inocencia; miembros de la familia o amigos; su padre o su tío también. Son instantáneas domésticas de una familia normal, con sonrisas normales, y me

pregunto dónde estarán ahora, qué hicieron mal para que su hija quisiera tomar este camino.

—¿Se pregunta cómo? —dice. Me vuelvo hacia ella—. Se preguntará cómo llegué a ser así.

—Sí.

—El universo me jodió —responde—, me jodió gratis. Así que pregúnteme lo que ha venido a preguntar y déjeme terminarme el trago e irme a la cama.

Saco la fotografía de Brad Hayward. Fue tomada hace dos meses. La mujer ha sido recortada de la imagen. El hombre está feliz, y eso puede ser porque ha tenido un buen verano o, tal vez, porque se ha tirado a diez prostitutas y, como tiene una tarjeta de cupones, la undécima es gratis.

—Usted lo vio anoche.

—Sí.

—¿Lo había visto antes?

Se encoge de hombros.

—Todos tienen el mismo aspecto —dice—. Lo que recuerdo más es si se duchan o no. Este tipo no se duchó antes. Por otra parte, yo tampoco —dice, sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿A qué hora lo vio anoche? —le pregunto. Ojalá se ciña a los hechos.

—No lo sé. No llevo un horario.

—¿Daba la impresión de que sabía lo que hacía? ¿Estaba nervioso? ¿Primerizo? ¿Experto?

—No me acuerdo. Todo eso, supongo. O nada. Lo que sea —dice. Va perdiendo el interés en las preguntas.

—Es importante.

Toma un sorbo y, antes de tragarlo, lo agita en la boca durante unos segundos.

—No fue su primera vez con una puta —dice, mirando los cubitos de hielo—. Dudo que fuera la segunda, ni la tercera tampoco.

Chupa el cigarrillo y expulsa el humo al aire frío. Este asciende delante de su cara y no va a ninguna parte. El rostro de Ariel queda detrás, como una máscara. Tengo la sensación de que, si yo volviera dentro de una hora, esa máscara seguiría allí. Me dan ganas de sacudirla. Cuando parpadea, cada pocos segundos, sus ojos parecen abrirse un poco menos que la vez anterior.

—¿Dónde trabaja?

—Normalmente, en la esquina de Manchester y Hereford.

—¿Ahí es donde estuvo anoche?

—Más o menos.

—Y se metió en el coche de esta persona. ¿A dónde la llevó?

—Como a media manzana. Hay un callejón más arriba, en la calle Hereford.

—¿Va ahí normalmente?

—No tiene ni idea de lo que es normal en un trabajo como el mío —dice—. Pero sí, el callejón es el lugar favorito. Conducir es lo último en lo que piensan.

—¿Cuánto tiempo estuvo con él?

—No lo sé. ¿Por qué importa todo esto?

—Porque alguien lo asesinó y mi trabajo es averiguar quién fue.

—¿Y debería importarme?

—Sí. La gente debería preocuparse cuando alguien es asesinado.

Ella se encoge de hombros.

—Da igual. No lo sé. Cinco minutos. Tal vez diez. Ya le he dicho todo lo que sé. Estoy cansada.

Yo también estoy cansado.

—Solo otro par de preguntas. Dos minutos y me voy.

Suspira como si acabara de decirle que tiene que ayudarme con mi mudanza el próximo fin de semana.

—Que sea rápido —dice.

—¿Cuánto tiempo pasó con él? —vuelvo a preguntar.

—Cinco minutos.

Le enseño las fotos de las otras tres víctimas.

—¿Reconoce a alguna de estas personas? —le pregunto. Son solo fotografías del «antes» de las víctimas; no hay necesidad de traumatizar a los testigos con cadáveres ensangrentados. Las pongo una al lado de la otra en la mesita.

—No.

—¿Quiere echar un vistazo más de cerca?

—No.

—¿Ninguno de ellos era cliente?

—No me gustan las chicas.

—¿Los otros dos?

—No me meto con hombres que parece que van a morir en el proceso. No quiero ese tipo de problemas.

Le digo los nombres y ella sigue negando con la cabeza.

—No lo sé. Tal vez. ¿Son famosos?

—No —digo, y recojo de nuevo las fotos.

—La última, ¿no es abogada?

Hago una pausa con la mano sobre las fotografías. Vuelvo a sacar la de Victoria Brown y la pongo sobre la mesa.

—¿La conoce?

—¿Cuándo se hizo esta foto? —pregunta.

—Hace diez años —le digo, con el atisbo de una conexión que toma forma y una pizca de excitación que crece en mi interior.

—Dios mío, no puedo recordar nada de hace diez años. Hace tres que me metí en un lío con unas drogas, que seguro que usted conoce, y si vivo en este agujero de mierda y no en el agujero de mierda un poco mejor donde vivía antes, es por las multas. Creo que era mi abogada.

Mi emoción se desvanece.

—Hace tres años estaba en coma.

—Eso explicaría el trabajo que hizo para mí.

—Debe conocerla de algún otro sitio. Eche otro vistazo —digo, y doy golpecitos en la foto.

—Dijo que solo serían unos minutos.

—Por favor.

—No lo sé —niega, y vuelvo a perderla.

—¿Qué pasa con estos otros dos hombres? —le pregunto—. Este también era abogado —le digo, mientras expongo de nuevo la primera fotografía.

—Nunca lo había visto —dice.

—¿Está segura?

—No, claro que no estoy segura. Salgo. Compro cosas. Ropa y comida. A lo mejor me he cruzado con él en un supermercado o por la calle. ¿Cómo diablos voy a saberlo?

—¿Y esta? —pregunto, ahora con la víctima número dos.

—No me acuerdo de él.

—Pero a ella sí la recuerda —digo, señalando a Victoria Brown—. Llevaba siete años en coma. Eso significa que la recuerda de antes. ¿Nunca necesitó un abogado antes de eso?

—Lo he necesitado, claro, pero nunca he podido permitírmelo.

—¿Este tipo de aquí no era su profesor? —le pregunto, mientras señalo a McFarlane.

—¿Qué? No recuerdo a mis profesores.

—Enseñaba en el instituto Papanui. ¿Usted estudió ahí?

—Por supuesto que no. De verdad, usted debe pensar que mis padres me odiaban.

Vuelvo a tocar la foto de Victoria.

—Usted sabía que ella era abogada —digo—. Tiene que conocerla de alguna parte.

—Dios mío, basta ya de hablar de la abogada, ¿vale? No sé de dónde la conozco. —Bosteza y no hace ningún esfuerzo por taparse la boca, luego se termina la bebida—. Quizá la he visto en la tele. Quizá

tuvo algún caso importante y salió en las noticias. ¿No lo ha pensado?

Es una buena premisa.

—¿Ha notado algo sospechoso? —le pregunto—. ¿Alguien la sigue? ¿Alguien la ha estado vigilando?

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Anoche?

—Sí, anoche. O cualquier otra noche.

Se encoge de hombros.

—Nada de eso.

—¿Qué puede decirme de sus otros clientes de anoche?

—Más o menos lo mismo que lo que le he contado de ese —dice, y señala con la cabeza la mesita, donde está la fotografía de Hayward junto con las otras tres—. Enséñeme algunas fotos y podré decirle quién se duchó y quién no, pero eso es todo.

Le doy las gracias por su ayuda, recojo las fotos y las sustituyo por mi tarjeta.

—Creí que era policía —dice, mirando la tarjeta.

—Lo soy —le aclaro—, pero ese es mi número —añado, y miro también esa tarjeta que dice que soy investigador privado.

—No consigo entenderlo —dice, y me hago a la idea de que hay muchas cosas que no entiende. Como la lógica simple o la función de una criada.

—Llámeme si se le ocurre algo, ¿vale? Estamos intentando sacar de las calles a un asesino.

—Y yo estoy intentando superar esto —dice, levantando una botella de vodka casi vacía— antes de irme a la cama y vivir mi sueño de nuevo dentro de unas nueve horas.

La dejo con su bebida y sus sueños. Conduzco hasta el hospital con la esperanza de llegar a tiempo para encontrarme con Schroder. La mitad del aparcamiento está cerrado por obras. Todos los trabajadores están descansando y ninguno de ellos lleva un cigarrillo en la mano. Es como si algunas personas fumaran solo por tener algo que hacer con las manos en situaciones sociales. Hay una zona de aparcamiento para el personal, donde han reservado algunas plazas para el departamento de policía, y aparco ahí, justo al lado de Schroder, que está sentado en su coche hablando por teléfono. Me mira y asiente con la cabeza. Un par de médicos fuman y charlan con una enfermera de pelo rubio y largo que parece recién salida del plató de una película porno. Ella no para de acomodarse el pelo por encima del hombro ni de reírse de todo lo que le dicen, y me da la impresión de que también aletearía con los párpados y se reiría durante una cirugía entera tan solo para acaparar la atención de los médicos. Paso junto a un contenedor que tiene un cartel de peligro biológico. Podría estar lleno

de agujas; o de partes corporales, ya que estamos. Tengo que registrarme para que un guardia de seguridad sin cuello me deje pasar. Él me indica cómo llegar al único ascensor. Espero a Schroder antes de entrar.

—¿Qué pasa? —le pregunto en cuanto se pone a mi lado. Tiene el ceño fruncido.

—Quizá debería beber más —me dice—, y entonces sí podrían despedirme. Esa sería, tal vez, la única forma de impedir que me deje mi mujer. Siempre le digo que las cosas van a ir mejor, pero entonces llega otro caso y... tengo que marcharme. Dice que es como estar casada con un fantasma. Y con el nuevo bebé..., las cosas están muy tensas. Eso es todo.

—Seguro que irá bien —le digo, pero de lo único que estoy seguro es de que he sonado muy poco convincente.

—Sí, bueno..., a la mierda —exclama, y pulsa el botón que nos llevará a las entrañas del hospital.

En esta vida, la única cosa en la que se puede confiar es en que la sensación en un depósito de cadáveres siempre será la misma. La gente va y viene —personal, médicos forenses, trabajadores de limpieza, víctimas— y el equipamiento se actualiza de tanto en tanto a lo largo de los años, probablemente seleccionado de catálogos que los representantes de ventas han traído al hospital. Lo que no se puede mejorar es el ambiente: es lúgubre y deplorable. Cada vez que coges el ascensor, te sumerges en un pozo de miseria.

La morgue está llena de superficies brillantes que parecen frías. Reflejan la dura luz blanca y hacen que el ambiente estéril parezca aún más estéril. Hay camillas con cadáveres tumbados. Puedo identificar a cuatro; a otros dos, no, pero todos tienen la misma expresión en el rostro.

Normalmente, aquí trabajan dos médicos forenses, solo que el segundo, Bernard, está de viaje. Su hija se va a casar en una playa de Fiyi, así que él estará fuera con su familia, tomando el sol y bebiendo cócteles, mientras todos nosotros, incluidos los muertos, preferiríamos estar con él antes que con Tracey, por más que Tracey sea la más atractiva y animada de los dos. Ella tiene tal carga de trabajo que, desde que la vimos hace unas horas, ha envejecido.

—Vamos, chicos, dejadme en paz —dice. Ni siquiera ha levantado la vista hacia nosotros de lo preocupada que está con el expediente que tiene en las manos—. Sé que estáis desesperados, pero, a menos que queráis uniros a esta gente —señala con la cabeza a las víctimas—, tendréis que darme un poco de tiempo.

—Solo tus impresiones generales —pide Schroder, que trata de

sonar tranquilizador.

—Claro, mi primera impresión es que deberían pagarme más. La segunda es que Bernard eligió la semana exacta para irse de vacaciones. Y, si queréis, puedo haceros una muy buena imitación de un médico forense malhumorado que estalla y ataca a un agente de policía y a un... —Me mira—. ¿Qué demonios eres ahora?

—Tu imitación de un médico forense enloquecido tendría que incluir a dos policías —le digo.

Ella mira a Schroder, quien asiente.

—Es verdad —dice él. Luego extiende la mano y la pone en el brazo de la forense—. Mira, Tracey, sé que estamos pidiendo mucho, y no estaría aquí si no fuera importante, pero, por favor, ¿qué puedes decirnos?

Ella asiente despacio con la cabeza y, durante un momento, esboza una pequeña sonrisa.

—De acuerdo. Por aquí —dice, y nos reunimos alrededor del cuerpo de Victoria Brown—. En primer lugar, tenías razón sobre las puñaladas. —Mira a Schroder—. Diecinueve, exactamente. Tres de ellas, en la misma herida, aunque con ángulos diferentes bajo la superficie. Pero nuestro hombre de allí solo tiene una —dice, y señala con la cabeza a Brad Hayward, quien no reacciona al oír su nombre.

»Puedo confirmar que se usó el mismo cuchillo en cada uno y que la víctima número dos también tiene la misma cantidad de heridas. —Siento un escalofrío que me recorre la espalda. Tres víctimas, cada una con diecinueve heridas. Eso tiene que significar algo.

»La uno ya se estaba muriendo: el cáncer de pulmón llevaba años jugando con él —confirma—. La cuatro no se estaba muriendo, pero, en realidad, tampoco es que estuviera muy viva. Y, como dije hace unas horas, hay indicios de que la víctima número tres acababa de tener relaciones sexuales. Por cierto, su mujer debería hacerse una prueba —añade—. Tenía sífilis.

Esa parte de la conversación no saldrá nada bien.

Nos entrega una impresión del cuchillo utilizado para matar a estas personas. Ha aislado una de las heridas y vertido dentro una solución espesa. El líquido, después de haber tomado la forma de la herida, se ha endurecido. Nos da las dimensiones del cuchillo. Parece de cocina. Un chef lo usaría para cortar cebollas o Hitchcock lo pondría en manos de un loco. Saber de qué tipo de arma se trata no nos aproxima a quien la está usando, sobre todo cuando hay un millón de cuchillos idénticos por ahí, pero sí las diecinueve puñaladas. ¿Cómo pueden aproximarnos al asesino? No lo sabemos. Todavía no.

—Te llamaré cuando sepa más —dice Tracy.

Coger el ascensor hacia el mundo de arriba no invierte la sensación de miseria y depresión que me provocó cogerlo hacia el de abajo, solo le da más contraste. Siempre cuesta unos minutos sacudirse esa melancolía. Ha terminado la pausa para el café y nos quedamos en el aparcamiento rodeados del polvo de la construcción y las obras de la carretera. Los obreros se gritan unos a otros por encima del golpeteo de los equipos y el ruido de los motores. Los médicos y las enfermeras juegan a médicos y enfermeras. Es un día luminoso. Bostezo y me cubro la boca con la mano. Voy a decirle algo a Schroder y vuelvo a bostezar, y esta vez me cubro con mi otra mano. No me gustan los favoritismos. Schroder también empieza a bostezar. Se mete la mano en el bolsillo y saca una cajita de cartón blanco con el lema «Wake-E» en letras anaranjadas.

—Pastillas de cafeína —dice, y se mete una en la boca—. ¿Quieres una?

Quiero una, pero lo que menos necesito es una adicción. Aparte de la del café..., que, de todas formas, tendría que dejar. Sacudo la cabeza. Nos dirigimos a nuestros coches. Schroder se fija en el faro roto del mío y parece estar a punto de decir que eso le añade carácter, o alguna otra broma por el estilo, pero no se le ocurre nada.

—Me sucedió algo el año pasado —dice—. Algo que podría haber acabado conmigo ahí dentro —señala con la cabeza hacia las puertas —, en el depósito de cadáveres. No mucha gente lo sabe. Tuve que pasar por revisiones médicas, pero no había ningún daño.

Quiero preguntarle qué sucedió, pero dejo que se tome su tiempo.

—¿Crees que lloverá? —pregunta, mirando las nubes.

Me encojo de hombros.

—Puede ser. Desde luego, Ariel Chancellor lo pensó.

—Sí, yo también creo que podría llover —dice, con los pensamientos todavía en otra parte.

—¿Quieres hablar de ello?

—En realidad, no —dice—. Pero fue algo que sucedió justo antes de Navidad, cuando fui a verte a la cárcel para que me ayudaras con el caso Hunter. Estaba en una casa y un delincuente se me acercó por detrás. Creí que iba a dispararme. Pensé que lo último que vería sería mi pecho desparramado por toda la pared del baño. En fin, no me disparó, pero hizo que Hunter me empujara a una bañera llena de agua y me mantuviera sumergido hasta morir.

—Madre mía.

—Sí, exactamente. Y se pone peor. La cosa es que sí morí. Cuando estaba bajo el agua, entré en pánico y pensé que, quienquiera que diga que ahogarse es una forma pacífica de morir, no ha muerto de eso, no

ha tenido las manos esposadas a la espalda ni la cabeza metida en una bañera llena de agua. No hay peor cosa en el mundo que aspirar agua en vez de aire. Todo arde. Todo se oscurece y entonces, simplemente, no hay nada. Me fui.

»La cosa es que, unos minutos después, Hunter me sacó de la bañera, me hizo el boca a boca y me golpeó el pecho hasta que empecé a toser agua. Recuerdo estar tirado en el suelo del baño sin saber qué demonios ocurría. Me recuerdo cabreado porque alguien me acababa de hacer eso y me recuerdo asustado por los tres o cuatro minutos que estuve muerto, pero no recuerdo nada más en absoluto.

»Todo este esfuerzo que ponemos para hacer del mundo un lugar mejor, no sé... O sea, de verdad, no creo en Dios, pero me gusta pensar que hay un Dios, ¿sabes? Y durante cuatro minutos estuve más cerca de Dios que nunca, y no logré nada. Así que tal vez mi mujer tenga razón. Tal vez sea hora de dejar esto.

—¿Quieres que discuta contigo? ¿Quieres que te diga la pérdida que supondría para el departamento?, ¿para la gente de esta ciudad?

—No una pérdida tan grande como la próxima vez, en caso de que no haya nadie que me insufle vida —dice.

—¿Qué estás diciendo?

Mira al cielo y se pasa una mano por la cara.

—Nada. Estoy cansado, eso es todo. Cansado y enfadado y, simplemente..., nada. Lo has clavado con esas diecinueve puñaladas —dice, y sigue adelante.

Pero se equivoca: ha sido Jonas quien lo ha clavado, no yo. Aunque pronto lo habríamos sabido de todos modos; Tracey habría establecido la conexión. ¿Cómo demonios lo sabía Jonas? Ni siquiera Tracey lo sabía, así que nadie lo avisó.

—Carl...

—Mira, Tate, estoy bien. Centrémonos en el caso. ¿Cómo ha ido la visita a Ariel Chancellor?

—Interesante —le digo, y luego le cuento los detalles.

—¿Y no tiene ni idea de cómo ha reconocido a Victoria Brown? —pregunta Schroder cuando he terminado. Habla en voz alta para hacerse oír por encima de una taladradora que acaba de ponerse en marcha.

—Eso es lo que te estoy diciendo. Puede que la haya visto en la tele. Tenemos que comprobar si la abogada tuvo algún caso notable. Esa podría ser la explicación. Y, si así fue, es posible que ese caso notable esté relacionado con lo que está aconteciendo. Si no, Chancellor la conoce de alguna otra parte. Pero no ha sido de ayuda, seguía drogada y bebiendo y, cuanto más hablábamos, menos

recordaba. Ariel es una prostituta cualquiera a quien Hayward recogió de camino a casa. No tiene nada que ver con lo que está pasando.

—Pronto tendremos una orden judicial para los casos de Brown —dice Schroder—, aunque ya puedo decirte que hemos comprobado los archivos de prensa y no hemos encontrado nada con su nombre. Eso no significa que ninguno de sus casos haya salido en las noticias, porque la mayoría de las veces los medios se centran en el sospechoso y las víctimas y rara vez mencionan el nombre del abogado. También estamos comprobando los registros judiciales, pero, como cualquier departamento gubernamental, nadie ha oído hablar de la palabra *eficiencia.* Entre eso y el bufete de abogados para el que ella trabajaba, deberíamos tener algo al final de la jornada, pero es frustrante: uno pensaría que todo el mundo estaría dispuesto a colaborar para atrapar a ese hijo de puta.

—Haré otro intento con Chancellor, más tarde, cuando esté más fresca. ¿Qué dicen los registros penales?

—Nadie a quien hayan puesto en libertad recientemente ha estado en la cárcel durante diecinueve años —informa.

—¿Y diecinueve meses?

—Tenemos algo ahí: la lista contiene unos cien nombres de personas que han sido puestas en libertad solo este año. Pero puede que la cárcel no tenga nada que ver —comenta.

—Todo esto ha sido motivado por la venganza. ¿Dónde ha estado nuestro hombre todos estos años? ¿Por qué no mató a estas personas hace mucho tiempo? Victoria Brown no pudo haberlo cabreado en los últimos siete años, así que ¿dónde ha estado, si no ha sido en la cárcel?

—¿En un hospital? ¿En el extranjero? ¿En el ejército?

—Tiene que ser la cárcel —afirmo, y Schroder asiente.

—Eso creo yo también —dice—. No ha estado diecinueve años en la cárcel. El número debe significar otra cosa. Revisaremos todos los presos liberados a lo largo de todo el país durante los últimos seis meses y empezaremos por ahí. Si no conseguimos nada, iremos hacia atrás hasta encontrarlo.

Capítulo veintitrés

Mientras me alejo del hospital, voy escuchando la radio. Durante los últimos meses, los medios de comunicación y los políticos han estado debatiendo sobre la pena de muerte. Algunos quieren que se restablezca —fue abolida en 1961—, y no cabe duda de que tienen argumentos. A otros les repugna la idea. Dicen que es un asesinato, que nunca podría justificarse. El debate va y viene, siempre con más fuerza mientras está en curso la investigación de un asesinato. Cada bando tiene fuertes puntales. Este es uno de esos debates en los que no hay término medio, en los que todo el mundo tiene una opinión. Si me preguntaran, yo les diría que es una forma de mantener a los asesinos fuera de las calles para siempre. De hecho, es la única. Los ciudadanos piden un referéndum, quieren ser escuchados. Pero, en este mundo, las víctimas siguen muertas y los asesinos quedan libres, y nadie escucha a la gente. No parece que eso vaya a cambiar nunca. Bueno, tal vez, si los simios tomaran el poder.

Paro en una cafetería y cojo un bollo con un café. La mujer que está detrás del mostrador tiene unos veinte años. Me sonríe y me pregunta cómo va el día. Le digo que va bien. No le hablo de los cadáveres que acabo de ver ni del hecho de que mi día empezó hace casi treinta horas. Le pregunto cómo le va a ella y me dice que estupendo, pero tampoco me da más detalles. Solo espero que le vaya bien por otros motivos. Atrás, el café está tranquilo, así que me dirijo a uno de los reservados. Hay un periódico sobre la mesa y la Gran Parca acapara el titular, pero lo malo de las noticias de prensa es que caducan incluso antes de que se seque la tinta. Le doy la vuelta al periódico para que el titular no se me quede mirando y, en su lugar, curioseo la sección de deportes, donde hay una mujer en bikini tan delgada como la tabla de surf que tiene al lado. Con un bolígrafo azul, alguien le ha puesto bigote, un pene y un bocadillo, pero las letras son demasiado toscas para distinguirlas. Supongo que se las han añadido a la mujer y no a la tabla de surf. Deslizo el periódico hasta el otro extremo de la mesa y saco el móvil.

Llamo a la residencia de mi mujer. La recepcionista tarda un minuto en pasarme con la enfermera Hamilton.

—Sé lo que estás pensando, Theo —dice, antes de darme la oportunidad de empezar a decirle algo—, pero solo estuvo

desaparecida cinco minutos, y no se ha hecho daño.

Resulta que no sabe lo que estoy pensando.

—¿Qué?, ¿Bridget está desaparecida?

—No, no lo está, pero lo ha estado… —dice, alargando las dos últimas sílabas unos segundos—. ¿No llamas por eso?

—No —le digo—. Llamo por lo de anoche. No se separaba de la ventana.

—Ay, vaya. Ya veo. Bueno…

—¿Qué quieres decir con que ha estado desaparecida?

—No ha sido nada, así que no te asustes —dice. Intenta sonar despreocupada, pero yo empiezo a asustarme—. Solo se ha alejado un poco, eso es todo. Ha estado perfectamente a salvo todo el tiempo.

—¿Mi mujer está catatónica y se ha largado? —pregunto, y la mujer que ha hecho el café me mira con una sonrisa vacilante. Bajo la mirada y la voz—. ¿Cómo se ha ido?

—No ha ido muy lejos, pero ha salido del edificio.

Con mucho esfuerzo, consigo bajar la voz.

—¿Fuera del edificio? ¿Cómo demonios ha conseguido salir?

—Por favor, Theo, cálmate.

—Estoy tranquilo —digo, mientras contemplo el pene de la tabla de surf. Deslizo el periódico aún más lejos—, solo que no entiendo cómo ha podido salir.

—Salió por lo que pasó aquí anoche —explica la enfermera Hamilton, ahora con voz autoritaria—. Pobre Victoria, su muerte no ha sido fácil de sobrellevar, Theo, en absoluto. Puede que tú estés acostumbrado a ver ese tipo de cosas, pero te aseguro que aquí nadie lo está. Hoy nos faltan tres empleados, Theo, tres personas que no se han animado a volver tan pronto y que probablemente tampoco estarán aquí mañana ni pasado mañana. Todavía hay policías haciendo preguntas. De modo que sí, hoy tenemos algunas grietas que nos dificultan el trabajo, pero tenemos a Bridget, Theo. La tenemos y está ilesa, y eso es todo lo que importa.

Cierro los ojos. Debería estar enfadado, pero no lo estoy. La enfermera Hamilton tiene razón, y no es de esas mujeres que pierden discusiones. Lo único que importa es que Bridget esté bien. De hecho, ¿cómo puedo enfadarme por el hecho de que mi mujer haya conseguido salir?

—¿Qué estaba haciendo? —le pregunto.

—Nada —dice en un tono menos defensivo—. Estaba fuera, mirando el estanque del jardín nada más. La llevamos dentro. Ahora está en su habitación y la estamos vigilando.

—¿Estaba mirando el estanque o a través del estanque?

—Sé a lo que te refieres, Theo, y no, no lo estaba mirando. El sol se reflejaba con tal brillo en el agua que no había manera de que pudiera ver nada.

—Voy a ir a verla —le digo.

—Ni se te ocurra ilusionarte. Ni que fuera la primera vez que se pone a caminar.

—Lo sé —le digo, y me froto la cabeza donde me duele, cerca de la sien derecha—, pero, como tú dices, es la primera vez que sale. Y habrá sido por algo.

—No, Theo, es la primera vez que tenemos un homicidio aquí, y nos falta personal. Por eso pudo salir. Si hubiéramos estado cortos de personal en el pasado, probablemente también habría salido.

—Voy a llamar a su médico —le digo—. Sé que te parece una pérdida de tiempo, pero estoy pensando que no vendría mal que le hicieran algunas pruebas, ¿sabes?

No dice nada durante unos segundos y tengo la sensación de que asiente o niega con la cabeza.

—Podría ser doloroso —dice—. No para Bridget, sino para ti.

—Si hubiera la menor posibilidad...

—Lo sé, créeme, lo sé. Mi trabajo se basa en saber. Cada día atiendo a pacientes como Bridget, además de que trato con sus maridos, mujeres o seres queridos. Veo el dolor y la esperanza, veo la tragedia de todo. Este es mi mundo. Theo, tú estás en este mundo conmigo, y te digo esto como una amiga que se preocupa por ti y como una enfermera que lo ha visto todo: tienes que soltarla. Tienes que seguir adelante.

—No puedo.

—Lo sé —dice—, y eso es lo que te hace ser tú.

—Voy a llamar a su médico —le digo—. Quiero que le eche otro vistazo.

—Está bien, Theo. Espero que encuentre algo fructífero, de verdad.

Cuelgo y recorro con el dedo el asa de la taza. Me pregunto si el camino que estoy a punto de emprender va a desgarrar todas mis heridas de hace tres años. No lo he superado, aunque empiezo a curarme.

Pido a la camarera que me preste una guía telefónica y vuelvo a sentarme en el reservado. Encuentro el número del hospital y pido que me pongan con el doctor Forster. Hace mucho tiempo que no hablamos. Al principio, me ponía en contacto con él todos los días con preguntas y más preguntas. Dividía mi tiempo entre buscar venganza contra el hombre que nos hizo esto, conseguir vengarme y buscar

respuestas en internet. Luego empecé a llamarle menos y después, ya nada.

Mi café se ha enfriado lo suficiente para que pueda beberme la mitad en unos segundos. La llamada salta al contestador. Dejo mis datos y pido al médico que me devuelva la llamada. Espero que lo haga; hace más de dos años que no hablo con él. Me acabo el café y salgo a la calle.

Cuando llego a la comisaría, ya vengo un poco colocado de cafeína, mientras que toda la cuarta planta parece estar colocada de metanfetaminas. Los comentarios de ayer en el velatorio de Landry acerca de que yo era parte del problema y no de la solución parecen haberse olvidado. Un detective finge tocar la guitarra mientras unos cuantos hablan de reunirse para jugar a la Xbox el viernes por la noche. Otro toca una batería en el aire.

En la sala de conferencias, Schroder mira el tablón. Hay montones y montones de carpetas sobre la mesa y, a su lado, algunos centenares más.

—Son ficheros de todos los que han salido de prisión este año —dice, y pone la mano sobre ellos—. Los de esta pila —da golpecitos a una de, al menos, el doble de tamaño que la segunda más grande— son criminales con procesamientos por violencia a sus espaldas.

—¿Has empezado a buscar?

—Sí. Llevo más o menos el uno por ciento —me dice.

Lo que ocurre con el trabajo policial es que casi nunca consiste en ir a toda velocidad por una calle tratando de salvar una vida ni en apuntar con un arma a un sospechoso. Se trata de lo mundano: revisar archivos, tomar y leer declaraciones de testigos. Se trata de cotejar referencias y hacer conexiones.

—Son muchas carpetas —le digo.

—Quieres volver a ser policía, ¿verdad? Esto es parte del trabajo. Esta es la vida que estabas desesperado por recuperar.

Otros dos detectives entran en la sala. Cada uno viene con un café en la mano, lo que hace que se me antoje un poco otro café, a pesar de que vengo de repostar. Los cuatro nos sentamos y empezamos a revisar las carpetas. Vamos haciendo montones. No hablamos mucho, solo nos ponemos manos a la obra. Los detalles son los mismos en muchos de los casos: hombres violentos con historiales violentos. Cargos por drogas, violación, robo a mano armada y algún asesinato. No es de extrañar que el pueblo de Nueva Zelanda quiera ser escuchado sobre lo que piensa acerca de la pena capital.

—Necesitamos esos malditos expedientes de los abogados —digo.

—Si el bufete pudiera facturarnos el tiempo, serían mucho más

serviciales —dice Schroder.

Las pilas que estamos formando dividen los casos en dos: gente que podría ser y gente que está claro que no es. El problema es que cualquiera de los hombres de estas carpetas podría matar si fuera necesario. Nada sobresale. Después de una hora, solo llevamos un tercio del camino y mi pila de posibilidades es la misma que cuando empecé.

En la sala entra el detective Watts, el hombre a quien Landry pegó la cara a la mesa.

—Ha habido otra novedad —dice—. Tenemos un médico desaparecido. —Se dirige, primordialmente, a Schroder—. Es un psiquiatra: Nicholas Stanton. La niñera llegó esta mañana y encontró signos de lucha. Los agentes han ido ahí y acaban de confirmar que, al parecer, Stanton ha sido víctima de un ataque.

Schroder ya no mira a Watts. Me mira a mí, y ambos pensamos lo mismo. Entonces, para explicárnoslo todo, Watts continúa:

—Dos abogados, un contable y un profesor muertos. Ahora, un médico desaparecido. Podrían estar relacionados, ¿verdad?

Schroder no deja de mirarme. Todos en la sala me miran. Es como si estuvieran esperando mi opinión antes de reaccionar, pero no es así. Se están formando sus propias ideas sobre lo que esto podría significar.

—*Niñera* quiere decir *niños* —le digo—. ¿Cuántos?

—Tres —contesta Watts—. Stanton está separado de su mujer, pero tiene la custodia total de las tres niñas. Las dos mayores no han aparecido por el colegio hoy. Tienen once y ocho años. A la de un año la cuida normalmente la niñera.

—Vamos —dice Schroder.

Se pone en pie y lo sigo.

Capítulo veinticuatro

Con un sobresalto, Caleb se despierta en el coche, frente al matadero, con la radio encendida. Mierda. Solo pensaba cerrar los ojos unos segundos. Cinco minutos como mucho, pero un rápido vistazo a su reloj le dice que lleva tres horas dormido en el asiento del conductor. El calor del sol y el cansancio lo han dejado inconsciente. Se endereza en el asiento, con el cuello dolorido por el ángulo en el que ha estado durmiendo. Dan las noticias del mediodía. Son muchas, pero no entran en detalles. Al parecer, los periodistas no saben nada, solo que eso no les impide informar. Caleb intenta utilizar el teléfono móvil, pero la señal es demasiado débil para conectarse a internet.

Sale del coche y se apoya en él. El sol sigue rodeado de cielo azul, aunque parece nublarse hacia la ciudad. Y el suelo sigue húmedo, si bien solo a la sombra. Hay pájaros merodeando. Se agacha y coge una piedra. Empieza a lanzarla al aire y a atraparla; no muy alto, solo hasta la coronilla más o menos, una y otra vez. La primera ocasión en la que estuvo aquí fue hace quince años, con James Whitby. Ese día murió gente. El primero fue el policía. Caleb no tenía intenciones de que eso sucediera. Sabe que por eso los agentes les dijeron a los presos que él había violado y asesinado a su propia hija. Ese rumor lo expuso a años de tortura, para beneplácito de los policías, y, en cierto modo, no puede culparlos.

Hace quince años. Dios, no puede creer que haya pasado tanto tiempo. Es casi un tercio de su vida. Su hija lleva muerta más años de los que estuvo viva. ¿De verdad puede ser así?

Quince años. Qué locura. Ese día, cuando llegó aquí, aún había cinta de la escena del crimen. Era fácil encontrar en qué habitación había muerto su hija; todo era cuestión de buscar la sangre. El lugar estaba tan jodidamente frío que pensó que perdería los dedos de los pies en el camino desde el coche hasta la puerta. Le llevaba ventaja a la policía, pero estaba seguro de que sabrían quién se había llevado a Whitby y a dónde se dirigían, así como hoy está seguro de que volverán a aparecer por aquí en cuanto se den cuenta de con quién están tratando. Es cuestión de simetría. Pero tuvo que volver entonces. Había rumores de que Whitby saldría airoso de lo que había hecho, puesto que la confesión se la habían sacado a golpes. Caleb no podía permitir que eso ocurriera. Era difícil no culpar a la policía de aquel

error, aunque, si habían golpeado a Whitby para hacerlo confesar, lo habían hecho con la esperanza de encontrar viva a Jessica. Así que Caleb había hecho el trabajo por ellos.

James Whitby estaba en el asiento trasero, inconsciente, cuando llegó aquí aquella última vez. Al cerrar los ojos, Caleb aún puede sentir el momento, puede recordar el día. Puede recordar la larga noche anterior sin dormir, abrazado a su mujer; las lágrimas y la rabia quemándolo hasta una mañana en la que no se sentía mejor. El día empezó con la lluvia limpiando nieve. No había cielo azul ni sol. Se despidió de su mujer y, cuando volvió a verla, ya había matado a dos hombres.

Llegó con Whitby al matadero y ni siquiera apagó el motor. Estaba seguro de que solo tendría unos minutos antes de que apareciera la policía y no quería desperdiciarlos. Resultó que tenía más tiempo. Resultó que la policía no se dio cuenta de nada hasta después y entonces lo redujeron en su casa.

Arrastró a Whitby por la nieve blanda hasta el edificio. Lo metió en la misma habitación, lo tumbó sobre la sangre de su hija y empezó a abofetearlo hasta despertarlo. Caleb se esforzaba por mantener la calma, quería preguntarle a Whitby por qué le había hecho daño a su hijita, pero no lo consiguió. No podía controlarse.

Los cortes empezaron enseguida. No le devolvieron a su hija, pero impidieron que otras chicas fueran asesinadas. Caleb pasaría quince años en la cárcel por eso. Su mujer se suicidaría y mataría a su bebé nonato. James Whitby ya no podría ser castigado por nuevos crímenes.

Lanza la piedra al matadero. Apunta a una de las pocas ventanas que, al no haberse roto a lo largo de los años, han desafiado todas las probabilidades; pero falla. La piedra golpea la pared, unos metros más abajo, y rebota hacia la maleza.

No anochecerá hasta dentro de cinco o seis horas. Mientras tanto, no se arriesgará a seguir trabajando. Irá a ver a Ariel Chancellor. Eso iba a hacer antes de venir aquí. Aún no sabe qué le va a decir. O hacer. Primero, irá a ver a otra vidente. ¿Por qué no? Tiene todo el día para matar.

Y, hablando de matar, aún le queda el juez, aún le queda la señora Whitby. Luego llegará la hora de volver aquí. Ahí será cuando la sangre realmente mojará el suelo.

Esta noche, en el matadero, todo llegará a su fin.

Capítulo veinticinco

La ciudad pasa a toda velocidad. El coche de Schroder lleva luces intermitentes integradas en la parte delantera y una sirena que aúlla durante todo el trayecto hasta la casa del médico. La mayoría de la gente intenta apartarse de nuestro camino; otros se confunden y se detienen por completo, bloqueándonos el paso.

—¿Qué opinas? —pregunta.

—¿Qué tienen en común los psiquiatras y los abogados? —le pregunto.

—¿Además de cobrar en exceso? —dice, mientras da un volantazo para esquivar un coche que sale marcha atrás de una entrada—. Ambos pueden acabar tratando con personas muy enfermas.

—Exacto. ¿Y si nuestro asesino fuera un cliente?, ¿uno que culpa a su abogado y a su psiquiatra?

—¿Culparlos de qué?

—No lo sé. De lo mismo que podría culpar a su profesor, a su contable y a su abogado de divorcios. De lo mismo que lo haya llevado a la cárcel. Su vida se ha desmoronado y siente que esas personas son responsables.

Stanton vive en un vecindario agradable, donde los amables vecinos estiran el cuello para ver bien la acción. Hay coches patrulla y furgonetas de la prensa bloqueando la calle y atascando el tráfico. Un helicóptero de los medios de comunicación da vueltas y, con suerte, empezarán a llover periodistas y cámaras. La casa tiene dos plantas, un exuberante césped delantero y un cuidado jardín. Hay un corro de gnomos de jardín a lo largo de la base de la casa, entre los arbustos. Algunos me guiñan un ojo mientras otros se dedican a su trabajo: uno empuja una carretilla, otro sostiene una maceta, otro está tumbado bocarriba con los ojos cerrados y un libro sobre el vientre; ha de ser el capataz.

La casa está abierta de par en par y hay un revuelo de gente que se mueve alrededor de la puerta principal. Alguien ha asaltado la nevera y la despensa y ha dejado en el suelo latas y sobres de comida. El coche del psiquiatra no está. Pudo haber cogido a sus hijas y haberse dado a la fuga, pero no es probable, porque su cartera sigue aquí. La gente no huye sin su cartera. En la esquina del salón hay un cochecito. ¿Por qué no se lo llevó? Hay gotas de sangre en el suelo y

bridas que estuvieron puestas y luego fueron cortadas. Todas tienen marcadores forenses a un lado. Un fotógrafo va de una a otra haciendo fotos. Las camas de las niñas están deshechas y sus pijamas, tirados por el suelo.

Suena mi teléfono y el identificador de llamadas muestra el número que marqué antes. Es el doctor Forster. Vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo sin haber contestado. No es un buen momento.

—Quienquiera que haya hecho esto se ha llevado el coche del psiquiatra —digo—, y eso significa que quizá estemos buscando a dos personas: la que se llevó el coche del médico y la que se llevó el coche en el que vinieron.

Schroder niega con la cabeza.

—Hay otras posibilidades. Quizá nuestro sospechoso se ha llevado a las niñas y así ha obligado al médico a seguirlo en su propio coche. También pudo haber venido andando o en un taxi, o tal vez aparcó a la vuelta de la esquina. Haré que algunos agentes peinen la calle. Les pediré que llamen a las puertas para ver si hay algún coche aparcado que no corresponda —dice Schroder.

—En su archivo de pacientes tiene que haber un nombre común entre estas personas.

—Stanton tiene oficinas en la ciudad. Pondré a alguien a trabajar en una orden judicial. La necesitaremos, aunque Stanton trabaje solo. Si nos pusiéramos a derribar puertas y a revisar documentos de pacientes, y luego resulta que todo esto es un gran malentendido, demandarán al cuerpo y tú y yo perderemos nuestro trabajo. Y, aunque no sea un malentendido, nos arriesgamos igual. Madre mía, esto podría ser más difícil que conseguir una orden judicial para los despachos de abogados. Este tipo de cosas... Joder. Conseguir los historiales médicos de los psiquiatras siempre es una pesadilla.

Hace una llamada y pone en marcha la pesadilla. Luego revisamos el estudio con la esperanza de que haya notas de los pacientes, pero no encontramos nada. Stanton no se lleva el trabajo a casa. Hay fotos de su familia en las paredes, ninguna de las cuales incluye a su mujer.

—¿Te has fijado? —le pregunto a Schroder, mientras señalo las fotos.

—Sí, no debió ser una separación feliz. Si la niñera no conoce los detalles, algunos de los vecinos podrían estar enterados. Esta es una de esas calles donde la gente parece saber mucho. Kent está hablando con la niñera ahora mismo.

Las fotos de las niñas siguen llamando mi atención. Tres niñas que, en este momento, podrían estar muertas, o al menos medio muertas de miedo. Pero solo veo fotos de dos de ellas. La más pequeña

tiene una gran sonrisa, como si fuera la niña más feliz del mundo. En la foto debe tener unos seis o siete años. Ha de ser Katy. Siento la rabia crecer en mi interior. Quiero encontrar al hombre que se ha llevado a estas niñas y hacérselo pagar.

—¿Te has dado cuenta de que no hay fotografías de la bebé? —le pregunto a Schroder.

—Sí. ¿Cuál crees que es la razón?

Me encojo de hombros.

—Quizá no se ha puesto a ello —digo.

Compruebo el mensaje del doctor Forster en mi móvil. Dice que me ha devuelto la llamada, que estará con pacientes el resto de la tarde y que a las cinco irá a visitar a mi mujer. Miro el reloj. Eso me da más de cuatro horas. Dice que ha hablado con la enfermera Hamilton y que ambos comprenden mi emoción, pero que no me haga ilusiones. Termina diciendo que espera verme allí.

Seguimos mirando por la casa, pero no puedo concentrarme, no del todo, no cuando sigo pensando que las cosas pueden estar cambiando con Bridget, aunque nadie más parezca pensar así. Cuarenta minutos después, Schroder recibe la llamada. La orden está lista.

Justo cuando está colgando, la detective Kent se acerca a nosotros. Nos sonríe, asiente una vez y dice:

—Tengo información. La niñera es muy habladora. Erin Stanton abandonó a su familia hace seis meses. Se marchó sin más. Al parecer, tenía problemas con la bebé. Era algo mucho peor que los temas postparto de los que se oye hablar habitualmente. Stanton trató de darle medicamentos, pero ella no quiso tomarlos. Él intentó que su mujer hablara con alguien más, pero ella no estuvo de acuerdo. Entonces Erin se las arregló para encontrar su propio remedio: conoció por internet a un chico diez años menor y dejó atrás esta vida. Stanton todavía está resentido.

»La niñera me ha dicho que nunca ha visto a Stanton mostrar un ápice de calidez hacia la bebé. Ha dicho que el psiquiatra quiere a las otras dos niñas, que haría cualquier cosa por ellas, pero que mira a la más pequeña como si fuera una *pizza* poco deseada. La niñera lleva seis meses trabajando aquí —dice Kent—. La contrataron una semana después de que la mujer se fuera. Ha dicho que la casa era un desastre, que sin una niñera este lugar se caería a pedazos. No sé si te has dado cuenta, pero no hay fotos de Octavia en ningún sitio.

—¿Alguien ha localizado a la mujer o al novio? —pregunta Schroder.

—Pensé que querrías hacerlo tú —le dice la detective Kent, y le

entrega su bloc de notas.

Él anota el número de la mujer.

—¿Y el novio?

—La niñera no sabe nada de él, solo que es más joven y que se conocieron por internet. Hablaré con algunos amigos y familiares, a ver qué más puedo averiguar.

—Vale, buen trabajo —dice él, y la detective Kent nos sonríe otra vez antes de ir afuera.

—¿Qué opinas? —me pregunta él.

—Creo que estás casado —le digo, mientras la vemos marcharse.

—Vaya. Muy buena, Theo, pero eso no es lo que he querido decir, y lo sabes.

Me vuelvo hacia él.

—Empieza a parecer posible que Stanton se haya ido de casa por una razón que no se extiende a las otras víctimas. Sin duda, no se ha ido por su propia voluntad, pero puede que esto tenga algo que ver con la mujer o el novio.

—Eso es lo que pienso.

Entra un agente, echa un vistazo, nos descubre y se acerca. Tiene el labio partido y un ojo morado, supongo que por haber arrestado a alguien la semana pasada o por haberse puesto amoroso con su mujer cuando ella no estaba de humor. O, quizá, cuando sí lo estaba.

—Hemos encontrado un coche —dice—. Calle abajo, cerca —añade, y señala con la cabeza hacia el cordón, donde los medios de comunicación son cada vez más numerosos—. Justo en medio de esos.

—¿No pertenece a ninguno de ellos?

—Según el dueño de la casa frente a la que está aparcado, lleva ahí desde que se levantó esta mañana. No sabe a quién pertenece. Hemos preguntado en las casas vecinas y nadie lo había visto antes. Además, si miras este vecindario y luego miras ese coche, no hay coincidencia. Así que comprobamos la matrícula: pertenece a un tipo llamado Donald Shrugs. No tiene antecedentes y el coche no tiene denuncias por robo.

Donald Shrugs. ¿Será él a quien buscamos? Una intensa emoción crece rápidamente cuando Schroder vuelve su atención hacia mí.

—Mira, Tate, podría no ser nada. Podría ser que Donald Shrugs lo hubiera aparcado allí y esté dentro de otra casa de esta manzana; o bien, que se lo hayan robado y él aún no lo sepa. También podría ser que Donald Shrugs sea el hombre que se ha llevado a Stanton. Échale un vistazo. Luego haz que lo lleven al garaje del departamento y que los forenses se hagan cargo. Habla con el dueño del coche, pero no vayas solo. Si Shrugs es nuestro hombre, entonces tiene por ahí a tres

niñas desaparecidas. Iré a la consulta del psiquiatra y echaré mano a sus archivos. —Mira su reloj—. Es la una —dice—. No me llevará más de diez minutos llegar. Mantente en contacto.

Schroder abandona la escena y yo camino con el agente hacia el coche abandonado. El policía me mira una y otra vez con cara rara. O conoce mi historia, o quiere que le coja la mano. No deja de lamerse el labio partido. Aunque la ciudad se ha nublado, la temperatura sigue subiendo. La predicción de lluvia de Ariel para esta noche parece muy equivocada. Alguien está cocinando algo en una barbacoa, podría ser en esta misma calle o en la manzana de al lado. El olor de las cebollas fritas y los filetes chisporroteando me revuelve el estómago. El agente llama por radio y pide una grúa. Nos dicen que llegará en treinta minutos. Tenemos que pasar entre los de la prensa. Nos hacen preguntas y nosotros nos desentendemos. Jonas Jones camina a nuestro lado durante unos segundos, tratando de sacarnos información antes de volver a mezclarse entre la multitud. Llegamos al coche y aminoro la marcha. Mi corazón empieza a acelerarse un poco.

—Ya he visto este coche —le digo al agente.

—Estaba aparcado aquí cuando pasaste.

—No, no, no es eso. —Niego con la cabeza—. Antes, ni siquiera me fijé, había demasiada gente en medio. —Rodeo el coche. Es un Toyota destartalado más viejo que el mío, idéntico al que arranqué anoche. Me pongo unos guantes de látex y abro la puerta del conductor. Las llaves siguen colgadas en el contacto. Las giro y el motor no hace ningún ruido.

—Batería descargada —dice el agente.

—Y quien lo dejó aquí ya no necesita llaves, incluidas las de su casa —digo.

—Si tenía llaves, es poco probable que lo haya robado.

El hombre de anoche en el cementerio, ¿es él a quien buscamos? ¿Era Donald Shrugs? Las palizas que recibió, ¿son la razón por la que está cabreado con el mundo? ¿O el hombre de anoche era el nuevo novio de Erin Stanton y no tiene nada que ver con nuestra Gran Parca? Un par de periodistas se dan cuenta de que el coche es importante. La idea se extiende como un virus entre ellos. En cuestión de segundos hay docenas de cámaras en nuestras caras.

—Atrás, atrás —dice el agente. Levanta las manos y les muestra las palmas—. Atrás, joder.

Vienen más agentes y empiezan a ayudar a contener a los medios. Se forma un nuevo perímetro que nos da espacio para estudiar mejor el vehículo. En el salpicadero no hay nada, tampoco detrás de los asientos. En la guantera hay un mapa, nada más. Compruebo el

cenicero y está vacío. En el asiento del copiloto hay manchas de sangre seca. Muchas. Podrían proceder de un arma; algo parecido a un cuchillo. Miro debajo de los asientos y no encuentro nada.

La grúa debía estar en la zona, porque llega a los cinco minutos. De la cabina sale un tipo corpulento, vestido con un mono gris, y se acerca al coche. Le echa un buen vistazo mientras se atusa el bigote. No parece el tipo de hombre dispuesto a entablar mucha conversación. La plataforma se inclina hacia abajo hasta convertirse en una rampa y el tipo sube el coche. A continuación, vuelve a nivelar la plataforma y sujeta la carga con ganchos y correas de trinquete.

Llamo a otro agente, uno más o menos de mi edad al que he visto trabajar en la mayoría de las escenas.

—Ve con él —le digo, y señalo hacia el conductor de la grúa—. Asegúrate de vigilar ese coche.

—Sí, señor —dice, y salta a la cabina del camión.

—¿Tienes la dirección de Shrugs? —pregunto al agente que ha venido aquí conmigo.

—Sí.

—Bien —le digo—. Entonces, vamos a dar una vuelta.

Capítulo veintiséis

Es la una y media, y el agente Labio Partido y yo nos hemos encontrado con una unidad de respuesta armada a dos manzanas del objetivo. Si Donald Shrugs ha secuestrado al doctor y su familia, entonces es un hombre peligroso. Para eso son los refuerzos armados: para evitar que alguien reciba un tiro que no merece. Están a punto de entrar cuando me llama Schroder.

—Tengo novedades sobre Erin Stanton —dice—. Dejó a su marido por un tipo llamado Brian West. Es músico y tiene mujer y un par de hijos, a quienes abandonó más o menos al mismo tiempo. Hace dos meses que se mudaron a Australia para que él pudiera tocar en una banda con unos conocidos. Ahora están allí, así que es poco probable que estén involucrados en nada de esto. No hay ninguna razón para que lo estén. Cogerán un vuelo hoy, más tarde. Llámame cuando haya llegado el equipo —dice, y cuelga.

El hombre que dirige el equipo va vestido de negro y lleva un chaleco antibalas. Parece mucho más tranquilo de lo que yo estaría si me dispusiera a hacer su trabajo. Me quedo junto a los coches mientras el pelotón avanza. Solo tardan un minuto en revisar la casa y dar el visto bueno inicial; luego, otros dos minutos en volver a revisar la casa hasta asegurarse. Me acerco. Es un edificio de ladrillo de unos cuarenta años, con tejado bajo de hierro y grandes ventanas. El camino de entrada tiene grietas por las que se cuela la maleza, excepto donde las manchas de aceite la han matado. Camino por el interior. No hay nada fuera de lo común. Es una casa familiar con una alfombra fea y muebles bonitos. Algunas puertas se atascan un poco. Veo juguetes en el suelo y notas en la nevera. Hay fotografías en las paredes, en ninguna de las cuales aparece el hombre del cementerio.

Me dirijo al salón. En el reposabrazos del sofá, encuentro un teléfono inalámbrico. Tiene una pantalla digital. Me desplazo por el menú. Una de las casillas dice «Trabajo de Mary» y otra, «Trabajo de Don». Llamo al trabajo de Don. Me cogen la llamada después de cuatro timbres.

—Jeff al habla.

—Hola, Jeff, ¿está Donald por ahí?

—Seguramente. Espere un segundo... —Deja el teléfono a un lado y oigo pasos, gente que habla, ruido de una fotocopiadora cercana. Un

minuto después, vuelve Jeff. El teléfono se arrastra por el escritorio y lo coge—. Ah, en realidad, se acaba de ir. ¿Es algún tipo de emergencia?

—¿Ha estado allí todo el día?

—Sí, ¿por qué? ¿Quién llama?

Me imagino que la emergencia de Donald somos nosotros. Supongo que alguno de sus vecinos lo ha llamado al trabajo para decirle que hemos irrumpido en su casa.

—Soy el detective Theodore Tate —le digo—. Necesito que me dé el número del móvil de Don.

—Mierda, ¿ha pasado algo? ¿Su familia está bien?

—Están todos bien —le digo—, pero necesito el número.

Me lo da, lo apunto y me doy cuenta de que es probable que estuviera en la memoria del teléfono. Dejo a Jeff en medio de una frase, cuelgo y marco el número. Al segundo timbrazo, me contesta un hombre.

—¿Hola?

—¿Donald Shrugs?

—¿Es la policía?

—Soy el detective Theo...

—¿Está en mi casa?

—Sí.

—¿Qué hace ahí? ¿Ha entrado? ¿Quién demonios le ha dado permiso para entrar?

—Cálmese, señor.

—¿Que me calme? Cálmate tú, joder. Voy para allá ahora mismo, y ya he llamado a mi abogado. Mira, tío, te has metido en un lío de cojones.

—Escuche, señor, tiene que calmarse o va a empeorar las cosas.

—Que te jodan —dice, y cuelga.

Salgo a la calle. Me paro junto a los coches patrulla y espero. Cinco minutos más tarde, un coche se acerca por la calle a toda velocidad. Se detiene junto a los otros y la puerta se abre de golpe. Al menos seis agentes apuntan con sus armas. El cuerpo del hombre parece emitir seis sonidos diferentes; entre ellos, un quejido agudo que le sale de la garganta. Se le pasa la rabia y da un paso atrás.

—Al suelo —le grita uno de los agentes, y eso es justo lo que él hace. Otro le pone las esposas y entre los dos lo levantan por la fuerza. Uno más le mete la mano en el bolsillo trasero y saca una cartera. La abre, extrae el carné de conducir y me lo entrega.

—Le dije que se calmara, Donald. —Miro desde el carné hasta Donald, y Donald no es a quien ayudé anoche. Donald es un tipo con

sobrepeso de unos cuarenta años. Tiene la cabeza rapada y un pendiente de diamante en la oreja derecha. Su nariz es una talla demasiado pequeña para ajustarse a sus rasgos.

—¿Qué hace en mi casa?

—¿Tiene usted un Toyota Corolla? —le pregunto.

—¡No tienen derecho! —grita. La rabia ha vuelto ahora que los agentes han bajado las armas.

—El coche, Donald.

—¿Qué? No, no, yo… —Y deja de hablar. Está pensando en algo.

—¿Qué?

—Mierda —dice—. Escuche, no he sido yo. Lo que usted crea que he hecho, no he sido yo. Vendí ese coche hace tres días. Era un viejo coche de reserva y ya no lo necesitábamos. Puse un anuncio en el periódico. Entonces vino un tipo y lo compró. El papeleo todavía está en trámite, pero ya no soy el dueño de ese coche. Se lo prometo.

—¿Tiene el nombre de esa persona? ¿Alguna identificación?

—Solo el nombre. James *nosequé.* No lo recuerdo exactamente. Pero ya he presentado los papeles. Estará registrado.

—¿Cómo era James?

—¿Qué? Dios, no lo sé. De aspecto aterrador, supongo.

—¿Cómo de aterrador?

De repente, se anima de nuevo. Está ansioso por ayudar, ansioso por quitarse las esposas.

—Mierda, muy aterrador. Parecía que le hubieran dado una buena paliza. Muchas, más bien. Ni siquiera quería subirme al coche con él para que lo probara.

—¿Cómo pagó?

—En efectivo. Eran solo quinientos pavos. —Habla rápido.

—Quítale las esposas —digo, volviéndome hacia uno de los agentes—. Supongo que no te queda nada del dinero.

—¿Para qué?

—Para que podamos tomar las huellas.

—No. Se ha acabado. Quinientos dólares no duran mucho.

Tiene razón.

Un agente le quita las esposas. Donald empieza a frotarse las muñecas.

—¿Qué ha hecho ese tío? —pregunta—. ¿Ha matado a alguien?

—Gracias por su tiempo, Donald —le digo, y lo dejo apoyado en el coche.

Oigo que se queja con cualquiera que esté escuchando, que no parece ser nadie, así que habla cada vez más alto. Busco al agente que me ha traído aquí y lo convenzo para que me deje usar su coche. Le

digo que él podrá volver a la comisaría con otra persona. No parece muy contento, pero tampoco discute.

Llamo a Schroder. Me pongo el teléfono entre el hombro y la oreja y conduzco con cuidado alrededor del bloqueo. Lo están desmontando lentamente. Las furgonetas de la prensa se acercan. Para ellos, este será un acontecimiento sin importancia.

—Aquí hay cientos de expedientes —dice Schroder—, cualquiera podría ser relevante.

—Shrugs ha dicho que le vendió el coche a un hombre llamado James. Al parecer, James no ha rellenado los papeles de propiedad —le digo. Siempre que se vende un coche de forma privada, tanto el comprador como el vendedor deben rellenar los formularios de propiedad—. Shrugs presentó los suyos. Eso nos dará un apellido, suponiendo que el asesino usara su nombre real, lo cual es dudoso.

—Yo haré la llamada.

—¿No hay archivos con el nombre «James»?

—Lo comprobaré, pero es probable que ni siquiera sea el nombre verdadero del tipo. El coche ya está en la comisaría. Parece que lo han limpiado. No hay huellas en ninguna parte.

—Mierda. Tiene que haberlas.

—Pues no las hay.

—Espera, espera, espera un segundo. Mira debajo del capó.

—¿Qué?

Le cuento que ayudé al conductor a arrancar su coche.

—Puede que haya huellas alrededor de la batería, o al menos debería haber algo alrededor del cerrojo.

—Lo haré. ¿A dónde vas?

—Vuelvo a la comisaría —le contesto—, pero antes voy a ir a buscar el nombre real de nuestro sospechoso.

Capítulo veintisiete

Creo que en el último año he pasado más tiempo en el cementerio que en ningún otro sitio. Siempre hay algo que me hace volver aquí. Ocurre tan a menudo que deberían reservarme una plaza de aparcamiento. El segundo de los cuatro hombres que maté murió aquí por accidente. Lo enterré y nadie lo sabe, excepto él, yo y el Dios en el que tanto él como yo dejamos de creer. El tercero también estaba aquí, solo que a él no lo maté por accidente. Ambos eran asesinos. Mi párroco fue perseguido por uno de esos hombres en la vida real y luego, asesinado por el otro. Hasta ahora, mi párroco es el único hombre que ha muerto aquí que yo no maté, aunque la policía me culpó de su homicidio durante un tiempo. El papa debería darme una medalla.

No hay coches en el aparcamiento. No hay señales de vida. Los jardines tienen algo menos de color que ayer y los árboles conservan unas cuantas hojas menos. De las hojas que han caído, unas están esparcidas en las escaleras de piedra de la iglesia; otras muchas, amontonadas en la puerta. Algunas entran conmigo a la iglesia. El padre Jacob está ensayando un sermón. Me reconoce e inclina un poco la cabeza, pero sigue practicando de todos modos. Supongo que se trata de ser como un comediante monologuista: todo depende de cómo se digan las cosas. Camino hacia el frente y no me detengo hasta que llego a él.

—Theo. —Baja de detrás del púlpito y extiende la mano. Está fría y huele ligeramente a humo de cigarrillo—. ¿En qué puedo ayudarte? ¿Estás aquí para aligerar tu carga?

—¿Carga?

—¿Cuándo te confesaste por última vez? —pregunta, y su mirada se dirige a los confesionarios que hay a un lado.

—No tengo nada que confesar —le digo, lo cual es una completa mentira, y de la que no me voy a confesar.

—Todo el mundo tiene algo que confesar.

—¿Incluso usted, padre?

Sonríe.

—¿Nos sentamos? —pregunta, y extiende la mano hacia el primer banco.

—Lo siento, pero tengo prisa.

—Demasiada prisa para sentarte, ¿eh? Bueno, entonces, dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Estoy buscando a un hombre. Lo vi aquí anoche, y puede que haya venido otras noches también. Creo que usted puede ayudarnos en nuestra investigación.

—Muchos hombres vienen aquí —dice, y su sonrisa desaparece, reemplazada por un ceño fruncido—, y cualquier cosa que me digan es confidencial. Lo sabes tan bien como cualquier otro, Theo.

—No se preocupe, no se trata de eso. Solo quiero que me diga si lo conoce.

—Hmm, no lo sé. Al parecer, rozamos el límite de la confidencialidad sacerdote-parroquiano.

—Como le he dicho, no le estoy preguntando si confesó algo. Pero es importante. Tres niñas pequeñas fueron secuestradas anoche y creemos que él es quien se las ha llevado.

—Ay, ay, qué mal —dice, y ese es un resumen tan bueno como cualquier otro—. ¿Cómo se llama?

—No estoy seguro. James, tal vez.

—¿Eso es todo?

—Estuvo aquí anoche.

—Anoche me fui a dormir tarde —me dice el padre Jacob.

—Mide alrededor de un metro ochenta, pesa cerca de noventa kilos, tiene unos cincuenta años...

—Eso no ayuda —dice Jacob.

—Tiene cicatrices por toda la cara. Cicatrices viejas, como si le hubieran dado una paliza brutal.

El padre Jacob exhala ruidosamente y se pellizca el puente de la nariz con los dedos. Se lleva el codo al vientre mientras permanece en la misma postura y mira el suelo. Habla hacia la palma de su mano.

—Técnicamente, no estoy faltando a mi palabra con él ni con Dios al decirte esto —dice—; pero sí, hay un hombre que viene aquí algunas noches y encaja con esa descripción. —Vuelve a mirarme y retira la mano—. Hace cinco o seis semanas tuve que ayudarlo a encontrar a su esposa, que murió hace quince años —dice—. Me dijo que nunca había ido a ver la tumba. Era extraño. Muy... extraño.

—¿Hace quince años?

—Sí.

—¿No diecinueve?

Se encoge de hombros.

—Supongo que podrían haber sido diecinueve. Mi memoria no es tan aguda como antes, pero creo que dijo quince. También había una niña, su hija. No la mencionó, pero vi la tumba.

—Dios —digo—. Lo siento, se me ha escapado.

Jacob asiente.

—Había unos días de separación entre las fechas. Primero murió la hija y luego, la esposa. Eso sí lo recuerdo, pero no las fechas. Tal vez había una semana de diferencia.

—¿Puede recordar los nombres?

Su cara se frunce mientras lucha por traerlos a la memoria.

—Ojalá pudiera, pero no. Lo siento mucho.

—Pero usted lo ayudó a encontrar a su mujer. Vio sus tumbas. ¿Puede llevarme allí?

—Sí, eso sí que puedo hacerlo.

Lo sigo a través de la puerta trasera de la iglesia y entro en el cementerio. Aparte de los muertos, el terreno está desierto. Los árboles, hoy más que ayer, se asemejan a los cuerpos enterrados, a esqueletos sin vida. Caminamos por un sendero que se retuerce entre algunos grandes robles antes de llegar a la primera hilera de tumbas. Nos adentramos entre ellas. Empiezo a sudar. Los últimos insectos del verano me pican los brazos. Tratan de almacenar suficiente sangre en sus diminutos cuerpos para pasar los días que se avecinan. Las nubes son cada vez más finas, lo que sugiere que, después de todo, hoy podría haber algo más de luz solar.

—Su hija, detective. Tengo entendido que también está aquí —dice el padre Jacob. No sé qué responder, así que sigo caminando—. Perder un hijo es lo más duro del mundo —afirma.

—Hay un hombre que está a punto de perder a tres si no nos damos prisa —le digo, y empezamos a trotar, dejando atrás, bajo nosotros, fila tras fila de muertos.

Dos minutos después, hemos llegado a las tumbas. Estoy sin aliento y tengo húmeda la parte de atrás de la camisa. Los resoplidos de Jacob, quien tiene al menos veinte años más que yo, están aún más lejos.

—Son estas —dice Jacob. Se ha detenido ante dos tumbas como otras cualesquiera. Solo que estas no son tumbas cualesquiera.

—Dios —digo.

—Theo —me reprende el párroco, con mala cara.

No hay flores delante de las lápidas y habría que cortar la hierba alrededor de las bases. Leo las inscripciones. Junto a estas dos sepulturas hay una parcela vacía, probablemente reservada para el marido y padre.

«Reservada para Caleb Cole».

Ahora todo tiene sentido.

Toda esa sangre de hace quince años…

Echo a correr.

—¿Quiénes son? —grita el padre Jacob.

No le contesto, porque él ya está diez metros detrás de mí. Cada segundo que pasa, aumenta la distancia mientras vuelvo corriendo por el cementerio, con los pies golpeando el suelo y los bordes de tumbas ajenas. Saco el móvil para llamar a Schroder, pero me suena antes de siquiera poder marcar. Él está al otro lado de la línea.

—Tengo algo —dice, y parece emocionado.

—Yo también —le digo—. Caleb Cole.

Y todo vuelve a mí con lujo de detalles. Recuerdo haber estado de pie en la nieve, con los pies helados. Schroder estaba allí, y Landry, y también una niña muerta, una niña pequeña tirada en el suelo de hormigón, cubierta de sangre. Todo está tan claro que, por un momento, mi sangre corre a la misma temperatura que aquel día. Hay lugares buenos para morir y lugares malos para morir, y no podía haber peor lugar que el matadero. Recuerdo nuestro miedo a perder el caso porque un detective había golpeado al sospechoso con una guía telefónica.

—Ya lo he entendido —dice Schroder.

—¿El qué?

—Lo de las diecinueve puñaladas. Acabo de hablar con la forense. Ha hecho una comprobación. Mierda, deberíamos haber pensado en ello, ¿no? Pero no lo hicimos. Ella sí. Estábamos buscando una conexión con el pasado, ¿verdad? Así que ella se ha puesto a buscar otras víctimas que hubieran pasado por la morgue con diecinueve puñaladas, pensando que podría ser algo de actualidad. En su lugar, lo que obtuvo fueron dos nombres de hace quince años.

Tengo que disminuir la marcha para poder hablar.

—Jessica Cole —le digo—. ¿Es uno de los nombres?

—Sí, y el otro es James Whitby. Sigo en el despacho de Stanton —dice Schroder—. Espera —dice, y el teléfono retumba en mi oído cuando golpea una superficie sólida. Oigo cómo se abre un gran cajón. Schroder está hojeando carpetas. Sus dedos se deslizan sobre los nombres. Lo oigo hablar consigo mismo. Dice: «Vamos, vamos, ¿dónde estás?» y luego: «¡Sí!»—. Lo tengo —dice en cuanto vuelve a la línea.

—Déjame adivinar... ¿Acabas de sacar el expediente de James Whitby?

—Bingo —dice—. Whitby era paciente de Stanton.

—¿Y Cole lo culpa?

—Espera, dame un segundo —dice, y me lo imagino inclinado sobre el expediente, leyéndolo—. Mierda —exclama—. Stanton fue el médico en el juicio de Whitby dos años antes de que Jessica Cole fuera

asesinada —me explica, y recuerdo todo con claridad.

James Whitby había secuestrado a una joven llamada Tabitha Jenkins. La tuvo retenida durante dos días hasta que lo atraparon. Fue a juicio. Lo declararon inocente porque estaba loco, así que lo confinaron durante dos años en una institución mental.

—¿Cuál fue el papel de Stanton?

—Testificó que podían ayudar a Whitby, que no era su culpa, sino el resultado de una crianza abusiva.

Desde que aparecí aquí, han llegado otras personas. Algunas me observan mientras paso corriendo junto a ellas, con el sudor goteando por mi frente. Miran detrás de mí para ver qué me persigue, pero lo único que tengo a mis espaldas son dos tumbas que han desvelado el misterio de qué coño está pasando.

—Así que Cole culpa a Stanton —digo, puesto que, una semana después de su liberación, Whitby mató a Jessica Cole—. ¿Qué hay de los otros?

—No lo sé, pero han de estar involucrados de forma similar —dice Schroder—. Uno podría haber sido el abogado de Whitby. No te muevas de ahí. A lo mejor estás más cerca que yo.

—¿Más cerca de qué?

—Solo espera. Te volveré a llamar.

Cuelga. Ahora estoy en el coche. Tengo ganas de ir a toda velocidad a algún sitio, pero no sé a dónde. Golpeo el techo con los dedos. He dejado al padre Jacob en algún lugar lejano. Miro el móvil y espero a que suene. Empiezo a hablarle al aparato. Le digo «Vamos» una y otra vez.

Durante cuatro minutos, el mantra falla, pero funciona en el quinto. Creo que vale la pena saberlo para el futuro.

—Caleb Cole salió de la cárcel hace seis semanas —dice Schroder —. Acabo de hablar con su agente de la condicional. Cole ha acudido a todas las citas. Incluso consiguió un trabajo en la gran fábrica de neumáticos de Brighton. Hemos llamado allí, pero…

—Espera, espera —le digo—. ¿Hace seis semanas?

—Sí. Hoy no se ha presentado a trabajar. Tengo su dirección. Quiero que vayas. Ahí se reunirán contigo algunos oficiales armados, ¿vale? Estoy a veinte minutos por lo menos —dice, y me da la dirección. La apunto.

—Vale. Pero, si lo soltaron hace seis semanas, ¿por qué no dimos con su nombre cuando estuvimos revisando los registros de la cárcel?

—Jesús, Tate, no lo sé, eso no es importante —dice—, solo haz tu maldito trabajo.

—Sí, señor —respondo.

—No quise decir…
—Está bien —le digo—. Tardaré diez minutos en llegar.
—Que sean cinco —pide—. Tienes sirena, así que adelante, úsala.

Capítulo veintiocho

La vidente número cinco es igual que las otras, como si las cuatro primeras hubieran mezclado sus personalidades y las hubieran vertido en esta mujer asiática de cincuenta y tantos años. Tiene entradas y una barbilla que alberga cuatro lunares de buen tamaño, cada uno de los cuales alberga al menos un pelo, también de buen tamaño. Debe estar atesorando el más largo de ellos —tiene la longitud del brazo de un bebé— para que le dé suerte. Siente a los muertos y puede adivinar tu destino, y su marido también lee las cartas del tarot por otros cuarenta dólares. No monta un espectáculo, como otras. En lugar de eso, se sienta a la mesa de la cocina mientras toma té asiático entre paredes con grabados asiáticos llenos de símbolos asiáticos que no significan nada para Caleb. A él, el incienso que arde en las ventanas hace que le pique la nariz. Ella le mira las palmas y le dice que no es quiromante; lo coge de las manos y, como los módems telefónicos cuando aún no habían desaparecido, hace ruidos extraños mientras establece una conexión de larga distancia.

—Has perdido a alguien —le dice ella, una vez que se ha conectado con el más allá. Y, a diferencia de los módems, ha logrado conectarse al primer intento—. Alguien importante para ti.

Al final, Caleb se siente traicionado de nuevo. Otra pirata que le quita su dinero. Sobre todo, se siente molesto consigo mismo por haberse metido en esto. Por alguna razón, llegó a pensar que el hecho de que ella fuera asiática lo haría más real, más espiritual. La decepción, por lo tanto, ha sido más dura. Se le agotan las oportunidades de hablar con su familia.

No le da las gracias. En cuanto ella le dice que su mujer lo perdona, se aparta de la mesa, tira el dinero y rechaza su oferta de leerle las cartas del tarot.

Caleb está pasando por el salón cuando su coche aparece en la televisión. Lo ha visto y, aun así, ha dado dos pasos más antes de registrarlo. Se detiene y retrocede hasta la puerta. El marido está en el sofá. Tiene en la mano dos bolas de cristal del tamaño de pelotas de golf y las hace circular entre los dedos. Levanta la vista y saluda a Caleb con la cabeza, pero no dice nada, y Caleb observa a la reportera informar de la desaparición del doctor Stanton y sus hijas. Dice que se han encontrado sangre y señales de lucha en el lugar de los hechos. En

esa misma calle, un coche ha despertado el interés de la policía. Vuelven a exhibirlo. Luego muestran cómo es subido a la parte trasera de una grúa.

Él había supuesto que hoy se descubriría la desaparición de Stanton. También había tenido en cuenta la posibilidad de que encontraran su coche, pero no lo creía muy probable. Al menos, no tan pronto.

Esto lo cambia todo.

La mujer lo sigue hasta la puerta e intenta venderle otra cita. Le dice que, si vuelve, puede hacerle un descuento. Él le da la espalda y camina rápido hacia el coche del médico, así que, al final del sendero, ella deja de seguirlo. De repente, Caleb se da cuenta de que la descripción del coche del psiquiatra aparecerá en todas las noticias, si es que no lo ha hecho ya, junto con la matrícula. ¿La vidente será capaz de ver esto? Se vuelve hacia ella, pero la mujer ya está entrando en su casa. Anoche limpió su propio coche. Si ha quedado algún rastro, la policía lo encontrará. Y lo mismo vale para la casa: limpió todas las superficies que había tocado. Los estudios de ADN pueden tardar semanas, esos no le preocupan, pero las huellas son rápidas. Si encontraran sus huellas, tendrían su nombre en cuestión de horas.

No las encontrarán. Ha sido cuidadoso.

Maldita sea, ¿por qué no se concentró más anoche? De haberse concentrado, ya lo habría logrado todo. Los polis podrían haber encontrado todas las huellas dactilares que quisieran, puesto que todo habría acabado ya.

Si encontraran una huella —aunque duda que la encuentren— y averiguaran su nombre, lo primero que harán será hablar con su agente de la condicional y conseguir su dirección. Verán que se ha ido, llamarán al trabajo y luego irán al matadero. Con el doctor y las niñas desaparecidas, primero probarán en el matadero, probablemente. Todo por una estúpida batería de coche. ¿Por qué cojones los videntes no lo vieron venir?

La batería del coche. ¡Ah, maldita sea! Anoche, al tratar de arrancarlo, puso las manos por toda la parte delantera. ¿La policía tomará las huellas en esa zona? No, no tienen por qué hacerlo. Seguramente revisarán el volante y las puertas, las partes del interior. Quizá también el tapón de la gasolina.

Tiene que imaginar el peor de los escenarios. Tiene que imaginar que la policía se enterará pronto de quién es.

Nuevo plan.

Tarda veinte minutos en volver al matadero. En la primera mitad del trayecto ha tenido que respetar el límite de velocidad, pero, al

llegar a una carretera despejada, ha pisado el acelerador a fondo. El médico y dos de las niñas parecen asustados. Como debe ser. Octavia se ha quedado dormida. Lo primero que Caleb hace es ponerle a Stanton un trozo de cinta adhesiva en la boca para que se calle. No hay tiempo para tonterías. No hay tiempo para ser educado.

—Bebed esto mientras os cuento una historia —dice Caleb, y le tiende a Melanie un vaso de cola.

—No tengo sed.

—Puede que no tengas otra oportunidad en mucho tiempo —le dice.

—No quiero.

—¿Quieres que lastime a una de tus hermanas? —pregunta, y señala a Katy.

Esta, al ser señalada, empieza a cantar de nuevo su versión del alfabeto.

Melanie toma un sorbo de la bebida.

—Sabe raro.

—Melanie, no estoy de coña —dice, desesperado por acabar con el asunto—. Si no te bebes esto, te juro que voy a empezar a hacerle daño a la gente.

Melanie contiene las lágrimas y empieza a beber.

—Así está bien —le dice—. Qué bien lo estás haciendo. Ahora, la historia —continúa—. Es sobre una niña llamada Tabitha. Un día, un hombre malo la vio y le pareció tan mona que quiso hacerle daño.

Katy deja de cantar. Se concentra en lo que Caleb está diciendo. Despacio, sacude la cabeza.

—Eso no tiene sentido.

—No, no lo tiene —asiente Caleb, mientras observa al doctor Stanton—, pero, a veces, en la vida real, así es como son las cosas. Ese hombre malo, que se llamaba James, empezó a seguirla. Todos los días después del colegio Tabitha volvía a casa caminando, y ese hombre malo, ese James, ya estaba allí. Sabía dónde vivía ella. Sabía qué dirección tomaba.

Las niñas lo miran con los ojos abiertos como platos, conteniendo las lágrimas, muy concentradas; y con miedo, también. Hay una buena dosis de miedo en sus caras. Además de confusión.

—Él lo sabía todo sobre Tabitha. Incluso había entrado en su casa y había pasado tiempo en su habitación, revisando todas sus cosas, mirando los dibujos que ella había puesto en la pared, mirando su ropa. Estaba tan obsesionado con ella que le robaba la ropa interior y la guardaba debajo de su colchón.

—Qué asco —dice Melanie.

—¿Por qué hacía eso? —pregunta Katy, y ambas niñas están asustadas, pero enganchadas con la historia.

—Porque James no era como los demás —dice—. Un día, detuvo a Tabitha cuando esta volvía del colegio. Él estaba en la acera de un parque llamando a su cachorro, pero no había ningún cachorro. Eso Tabitha no lo sabía. Él llamaba y llamaba, y entonces la vio y le preguntó: «¿Has visto a mi cachorro?». Ella no lo había visto, pero quería ayudar. Así que fue al parque con él y él la llevó hasta el otro lado, a través de los árboles, y salió por donde estaba su furgoneta. Se llevó a Tabitha a su casa y, durante dos días, la estuvo lastimando una y otra vez mientras la policía y su familia la buscaban.

—¿Qué le hizo? —pregunta Melanie.

—Le hizo daño —contesta Caleb.

—Pero ¿cómo? —pregunta Katy.

—Esa parte de la historia no hace falta que la sepáis —dice—, pero, cuando James terminó, no sabía qué hacer. No quería que ella le contara a la gente todas las cosas que él le había hecho, así que cogió un cuchillo —dice, y levanta el suyo— igualito a este.

El médico empieza a murmurar contra la cinta y Caleb puede ver cómo se revuelve en sus ataduras. Todos los ojos de la sala están puestos en el cuchillo, excepto los de Octavia, que ronca suavemente.

—Estaba dispuesto a matarla —prosigue— cuando la policía llamó a su puerta. Alguien había visto la furgoneta en la zona. La policía estaba haciendo un control rutinario entre la gente que tenía ese modelo de furgoneta. Habían ido a hablar con él sin esperar nada, pero enseguida supieron que algo iba mal. Entraron a la fuerza y encontraron a Tabitha. Si hubieran llegado a su casa un minuto después, ella habría muerto.

Melanie casi ha terminado su bebida. Las dos niñas lloran.

—Toma —le dice.

Él le coge el vaso. Lo llena y se lo da a Katy. Despacio, ella le da un sorbo. Le resulta difícil porque no puede dejar de llorar. El psiquiatra sigue retorciéndose en el suelo; quizá la historia le ha dado una idea de por dónde van las cosas. No consigue nada y tiene la cara arrebolada. Melanie empieza a cansarse poco a poco.

—Vuestro padre sabía lo que había hecho ese hombre malo —dice Caleb, sin dejar de mirar a Stanton—, y, sin embargo, poco después se hicieron amigos. Vuestro padre dijo un montón de cosas buenas sobre James: que no era su culpa, que estaba enfermo, que no era capaz de controlarse. Vuestro padre pasó una hora con él. Llegó a conocerlo tan bien que le dijo al mundo que lo que James necesitaba era ayuda, no un castigo, porque lo que James tenía era una enfermedad, una

enfermedad provocada por la forma en la que lo habían criado.

»Vuestro padre le quitó toda la responsabilidad a James para ponerla en otra parte. Les dijo a los abogados, al juez y al jurado que la culpable era la madre de James, que el culpable era el sistema escolar, que la culpa era de todos, menos de James. Todos escucharon y estuvieron de acuerdo, porque vuestro padre era muy convincente. Lo que tenía James podía curarse, decía, si se le daban los cuidados y la comprensión suficientes. Así que, en lugar de meterlo en la cárcel, lo internaron en un hospital llamado Grover Hills, donde cuidaban a las personas que no pensaban bien. James estuvo dos años en Grover Hills, y entonces vuestro padre dijo que ya estaba mejor, que podía ser un miembro productivo de la sociedad.

A Melanie le pesan los ojos. Bosteza y lucha por mantenerse despierta. Katy no se queda atrás. ¿Cuánto tiempo falta para que termine la historia?

—Así que dejó marchar a James. Le consiguieron un piso en la ciudad, un lugar donde viviría solo, con la condición de que una vez a la semana fuera a ver a vuestro padre.

»Lo que pasa, niñas, es que vuestro padre no debería haberse hecho amigo de un hombre tan malo. Nadie debería hacer algo así nunca, porque ese hombre no estaba curado de nada. A la semana de salir en libertad, le hizo a mi hija lo mismo que a Tabitha, solo que la policía no sabía dónde buscar. James la trajo aquí —les dice, y extiende los brazos en un gesto que explica que *aquí* es esta habitación, que *aquí* es todo este edificio—. Aquí retuvo a Jessica, que, por cierto, se llamaba así. Aquí la retuvo y le hizo daño, y la policía sabía a quién buscar, solo que no sabían dónde.

»Al final, cuando lograron averiguarlo, ya era demasiado tarde. James, al terminar con Jessica, cogió un cuchillo como este —dice, y mueve el suyo para que todos lo puedan ver bien— y la apuñaló diecinueve veces. La vida de Jessica, toda su sangre y todo lo que habría llegado a ser, se filtró hasta el mismo suelo en el que estáis descansando.

Melanie está dormida. A Katy, la barbilla ya se le hunde en el pecho. La historia es difícil de contar; hace que Caleb se sienta mal. Durante quince años ha visualizado el momento en el que murió su hija. Ha visualizado las seis horas de infierno anteriores, el secuestro, el miedo. De alguna manera, todos los temas conducen a su hija. Todo lo que mira o escucha puede relacionarse con Jessica en pocos pasos. Es como si todo estuviera conectado. Verá el cuchillo de la cena y pensará en su hija. Verá a un niño en la televisión o en la calle y pensará en su hija. Verá un anuncio de ropa infantil en el periódico y

verá a su hija. Comer filete le hace pensar en el matadero. El frío, la policía, los programas de televisión, los coches a toda velocidad, las ancianas maltratadoras… Todo está a un paso de provocar visiones de esta pesadilla. No se puede apagar, no hay un interruptor. Su hija yaciendo desnuda y muerta en el suelo, aunque él nunca llegó a verla, es una imagen de la que no puede deshacerse. Tampoco puede quitarse de la cabeza lo último que Jessica vio en su vida.

—Y vuestro padre —baja la voz ahora— pudo haber evitado que eso ocurriera. Él fue quien le dijo a todo el mundo que James podía curarse. Si mi hijita está muerta, es por su culpa. Y no solo murió mi hija. Mi mujer estaba tan triste por lo que ocurrió que también murió, igual que nuestro bebé, tan pequeño que aún estaba dentro de ella. Vuestro padre acabó con mi familia, y esa es la razón. —Mira al médico—. Tengo que hacer que sufra lo mismo que yo.

El vaso cae de la mano de Katy y se estrella contra el suelo. Stanton reacciona al ruido y Octavia se despierta. Melanie y Katy siguen dormidas. Octavia mira a su padre, luego a sus hermanas, sonríe, frunce el ceño y se pone a llorar.

—Hay una novedad —dice, mirando al psiquiatra—. La policía sabe que has desaparecido y pronto descubrirán que soy yo quien te tiene. Yo quería terminar las cosas aquí esta noche, pero ahora ya no hay tiempo para eso. Así que los planes tienen que cambiar. Los cuatro iremos a dar un paseo.

El médico lucha contra las bridas, con el rostro aún morado. Los gritos de Octavia son cada vez más fuertes. Y más molestos. Caleb la mira, y la cara de la pequeña, con los ojos cerrados y la boca abierta, se contrae en una mueca maligna. Inspira profundamente y suelta un grito aún más fuerte.

—No pasa nada, tus hijas están bien —le dice Caleb a Stanton. Tiene que hablar a gritos para hacerse oír por encima de la bebé—. Sé que te he dicho que mataría a tu familia, y eso no ha cambiado. Voy a suponer que sumas mejor de lo que diagnosticas, así que, puesto que he dicho que los cuatro iríamos de paseo, sabes lo que eso significa: alguien tiene que quedarse. Vamos a reducir un poco el grupo. Yo soy el conductor y el hombre que busca venganza, así que soy esencial. Tú también eres esencial. Las niñas, bueno… Maldita sea —dice cuando Octavia rompe el hilo de sus pensamientos—. Cállate, ¿quieres?

Ella hace más ruido. Caleb suelta las correas de la silla y le revisa el pañal. Está mojado. Y seguro que también tiene hambre. La acuna hacia arriba y hacia abajo, y el llanto no hace más que aumentar.

—Calla —le dice, mientras la mece suavemente—. Si no dejas de llorar, voy a tener que ponerte cinta adhesiva por toda la cara —le

dice, a sabiendas de que la niña no lo entiende y de que no necesitaría tanta cinta—. Vamos, Octavia, cállate ya.

Ella tiene hipo. Vomita sobre el hombro de su captor y vuelve a lloriquear. Él la sienta de nuevo, la ata y la lleva fuera. La deja descansando al sol y vuelve al despacho. Se limpia la camisa con una toallita y sigue hablando con Stanton.

—Solo dos de tus hijas son esenciales y, para mí, cada una vale lo mismo. La pregunta es: ¿qué valor tienen para ti? Una se quedará aquí; dos vendrán con nosotros. Tú decides. Ah, y debo añadir que la que se quede tiene que morir.

Una de las chicas jadea detrás. Caleb se vuelve para mirarlas. Las dos siguen durmiendo, o al menos eso cree. Tal vez una esté teniendo una pesadilla. Se agacha y las mueve. Quizá una está fingiendo.

—¿Estás despierta? —le pregunta a Katy, y luego le pregunta lo mismo a Melanie—. Si estás fingiendo, es el momento de decírmelo. Si descubro que estás despierta, te haré daño.

Nada. Bueno, si alguna estuviera fingiendo, él se enteraría en cuestión de minutos, sin duda alguna.

Se vuelve hacia Stanton.

—Te prometo que la que se quede no sentirá nada. Las demás ni siquiera sabrán a quién elegiste. Ninguna tiene que saber que has estado eligiendo favoritas.

»Entonces, doctor, ¿quién se queda y quién se viene? No soy un hombre injusto —dice, y todavía puede oír a la bebé gritando fuera—. Te daré dos minutos para decidirlo. Si en dos minutos no me has dado una respuesta, empezaré a cortarle los dedos a Katy hasta que me la des —dice. Stanton gruñe con más fuerza. Las venas sobresalen en su frente mientras lucha por liberarse. Es como si se estuviera ahogando con su propia lengua—. De alguna manera, no creo que me dejes cortarle todos los dedos, porque, si lo hiciera, empezaría entonces con Melanie.

»Luego me pondría a trabajar en los pies y, para cuando hayas tomado una decisión, ya no quedará nada para cortar. Eso va a ocurrir, Stanton, va a ocurrir pase lo que pase —dice con voz tranquila y firme. Durante un momento, el médico deja de forcejear. Ha perdido todo el color. Sin duda, su mente está llena de imágenes de lo que va a ocurrir en los próximos minutos. Mira a su captor y con los ojos le suplica que detenga todo esto. Caleb se agacha y agarra la cinta adhesiva, dispuesto a arrancarla—. Soy un tren desbocado que no puedes detener, Stanton.

»Lo único que puedes hacer es apartar de las vías a algunos miembros de tu familia. Ahórrales dolor a tus hijas, ahórrate el

panorama de un montón de dedos y miembros sangrando por el suelo, porque no va a ser bonito. No pierdas el tiempo pensando que puedes salvarlas a todas, porque no puedes. De verdad, de verdad que no puedes. Tienes que tomar una gran decisión. Te quedan dos minutos para decidir cuál de tus hijas no sale viva de aquí, y eso es todo lo que tienes, doctor, porque el tren ya ha salido de la estación.

Capítulo veintinueve

La dirección de Caleb Cole que el agente de la condicional ha dado a Schroder me lleva a una parte de la ciudad donde las calles están llenas de baches y las aceras, agrietadas. Son las tres y media, y tengo una hora y media antes de reunirme con el doctor Forster. Esquivo con el coche un perro muerto y, una manzana más adelante, otro más; quizá se están lanzando a las calles como lemmings tratando de escapar. Soy el primero en llegar y, como estoy en un coche patrulla, me detengo al final de la manzana. No creo que Cole esté en casa, pero me mantengo a la espera porque, a veces, la imaginación puede meterte en problemas. Al cabo de unos minutos llega la detective Kent y un minuto después, la Unidad contra Delincuentes Armados. Es la misma unidad de antes. Probablemente, después de que regresaran a la comisaría, les dijeron que no se alejasen mucho, porque las cosas se estaban poniendo interesantes. Empiezan a planear su entrada. Eligen uno de los escenarios que han practicado una y otra vez, uno que implica una complicada incógnita: se enfrentan a un hombre que podría tener allí como rehenes a tres niñas y a su padre. Parecen decepcionados de no haber podido disparar a nadie antes, pero esperanzados en que esta vez las cosas sean diferentes.

—¿Qué piensas? —pregunta la detective Kent—. ¿Quieres apostar a que no está ahí?

Pienso en las llaves de Cole, colgadas en el coche que compró. De haber tenido intenciones de volver aquí, las habría cogido.

—Los dos estaríamos apostando a lo mismo.

Cole vive en una casa grande construida hace unos sesenta años y que ha sido dividida en cuatro viviendas. Es imposible tirar una piedra en este barrio y no darle a un exconvicto. En zonas como esta se aloja a quienes acaban de ser puestos en libertad. Normalmente la evitarías, a menos que tuvieras entrenamiento táctico, antecedentes penales o un arma muy grande. Los miembros de la unidad se separan para tomar diferentes puntos de entrada. Para cuando aparecen las furgonetas de los medios de comunicación, dos minutos más tarde, la escena ya ha sido despejada.

Los vecinos han salido a sus patios a echar un vistazo. Insultan a los policías de la unidad, nos dicen que nos vayamos a hacer puñetas y que nos muramos. A algunos los reconozco de la cárcel; a otros, de mi

época en el cuerpo. La detective Kent y yo nos dirigimos a la casa de Cole. La han abierto a patadas. El pestillo cuelga de un marco rodeado de astillas del tamaño de un palillo. No hay mucho dentro: una mesa de cocina, un sofá desgastado.

—Este sitio es como follarse a la puta más fea de la ciudad —me dice el hombre al mando de la unidad—. Hemos hecho el trabajo en minutos, pero tardaremos una hora en quitarnos la sensación de haber estado dentro.

—Tiene razón —dice Kent, una vez que el jefe se ha marchado—. Lo ha dicho con palabras encantadoras, pero esa es la sensación.

En la cocina hay cajones y nada más, salvo una pila de cajas de *pizza* vacías en un banco. No hay cajones en el dormitorio. No hay muchos armarios.

—Cuesta creer que la gente viva así —dice Kent.

—He visto cosas mucho peores que esta.

—Yo también he visto cosas peores —dice—, pero sigue siendo difícil encontrarles sentido.

Examino la trampilla del techo mientras Kent revisa la del suelo. Cuando he terminado, ella está arrastrándose por el suelo del dormitorio, con las manos y las rodillas llenas de suciedad. Se limpia en los laterales de los vaqueros.

—¿Nada? —pregunto.

—Solo un dolor de cuello. ¿Y tú?

—Dolor de hombros —le digo.

—Quizá deberíamos contratar a una masajista para que vaya detrás de nosotros —comenta—. Oye, me preguntaba si, cuando todo esto acabe, querrías… —empieza a decir, pero entonces suena mi móvil.

Lo saco del bolsillo y le doy la oportunidad de terminar lo que estaba diciendo. Pero asiente y dice:

—Deberías cogerlo.

Es Schroder. Ya lo sabía, porque Schroder es la única persona que me llama. Lo pongo al día mientras Kent se pasea por la cocina. La veo inspeccionar la nevera, incluyendo la parte de atrás. Aquí no hay nada. Cole se ha ido y no va a volver. No hay ningún motivo por el que haya escondido nada. Le digo eso a Schroder y le pido que ponga un par de agentes en la casa por si Cole volviera. Dado el recibimiento que nos han brindado los vecinos, le digo a Schroder que la gente que envíe tiene que venir armada.

—¿Qué decías hace un momento? —le pregunto a la detective Kent en cuanto cuelgo el teléfono.

Me sonríe y niega despacio con la cabeza.

—No tiene importancia —dice—. Lo mejor será que volvamos.

A nuestro regreso, Schroder ya ha sacado copias de los antecedentes penales de James Whitby, al igual que de su historial psiquiátrico.

Me siento a leer en la sala de conferencias mientras Schroder juguetea con la cafetera. Está tratando de llenar su taza. Si los tribunales consideraron que Whitby era mentalmente incapaz de saber lo que le estaba haciendo a Tabitha Jenkins fue porque, en efecto, carecía de capacidad mental. De niño, sufrió duras palizas a manos de su madre. La última vez, antes de que le quitaran la custodia, ella le golpeó la cabeza con una plancha. Whitby pasó tres semanas en el hospital. El golpe fue tan fuerte que el chico nunca se recuperó del todo; de hecho, durante los primeros días, los médicos llegaron a pensar que no sobreviviría, ya que el impacto le había dejado una hendidura permanente en un lado de la cabeza. La madre estaba enfadada porque James no se había levantado de la cama. No había conseguido nada pateándolo. Pensó que el chico fingía..., y la plancha aún estaba caliente. La madre supuso que, si le ponía la plancha en el pecho, su hijo despertaría. Se equivocó, así que se la dejó un buen rato antes de pasársela al vientre y ambos muslos. Una hora más tarde, llamó a una ambulancia. Cuando llegaron los sanitarios, estaba borracha delante del televisor, gritando improperios a una de las telenovelas. Luego se puso a insultar a los sanitarios por no haber sido capaces de hacer que su hijo se levantara a lavar la vajilla.

Fue uno de esos casos que entran en la columna «a favor» ante el argumento de que los asesinos en serie no nacen, sino que se hacen. En el hospital descubrieron el verdadero alcance de las palizas anteriores: brazos rotos, dedos rotos, brazos cubiertos de quemaduras de cigarrillo. Whitby sobrevivió. Su madre recibió atención psicológica y clases de control de la ira. Se vio obligada a pagar una serie de multas y llegó a ver una celda por dentro: fue condenada a quince meses, aunque salió en libertad condicional a los ocho. Después del hospital, James fue enviado a un hogar de acogida, donde prendió fuego a su dormitorio, mató al gato de la familia y no dejó de exhibirse ante su nueva hermana. Lo enviaron a otro hogar y, al final, a una casa para niños problemáticos gestionada por el Gobierno. En la escuela necesitaba clases especiales. Se metía en problemas constantemente por esconderse en los baños de las chicas para verlas orinar. A los diecisiete años, terminó el instituto y se mudó del centro gubernamental a un piso de una sola habitación. Su obsesión con Tabitha Jenkins empezó al mes de eso.

Schroder me trae un café. Cojo el expediente del médico y

empiezo a hojearlo. Hay mucha jerga médica. Todo indica que Whitby era un chico muy problemático y que, dada su condición, nunca debería haber estado en las calles de Christchurch. Stanton estuvo trabajando estrechamente con él. Aquí hay notas relacionadas con la infancia de Whitby, cómo fue para él crecer, la relación con su madre. Hay notas del ataque de Whitby a Tabitha Jenkins. Los pensamientos de Whitby parecen confusos. Le resultaba difícil explicar qué tenía Tabitha que lo hizo atacarla. Se sentía atraído por ella porque era hermosa, y no dijo más. Stanton dejó escrito que creía que el ataque a James con la plancha, cuando tenía catorce años, había dejado partes de su personalidad paralizadas en esa edad. Por eso se sentía atraído por niñas de catorce años o más jóvenes. Cuando se le preguntó si se daba cuenta de que lo que hacía estaba mal, Whitby dijo que no veía ningún problema en ello y que se sentía confundido al notar que la gente lo veía mal.

—Todavía no entiendo cómo se nos ha pasado —le digo a Schroder.

—¿Qué?

—Los registros de la prisión. Quiero decir, los estábamos revisando, ¿verdad? Si Cole fue liberado hace seis semanas, deberíamos haberlo visto.

—Claro —afirma, y luego se encoge de hombros—. No sé qué decirte.

—Deberíamos haber establecido la conexión antes. Podríamos haber…

—Lo entiendo —dice—, ¿vale? Deberíamos habernos dado cuenta antes, pero eso no ocurrió. Ahora lo hemos descubierto, y eso es lo que importa, ¿no?

—De acuerdo. —Miro a la detective Kent, que me observa con la mirada perdida y se encoge de hombros. Schroder no la ha visto. Vuelve al expediente que está leyendo y que es una copia del que yo tengo delante. Miro el café. Por todo el borde, la taza tiene esas manchas que ni la limpieza más profunda podría borrar—. ¿El café sigue sabiendo igual que cuando yo trabajaba aquí? —pregunto, mientras froto con el dedo una de las manchas.

—Un poco mejor —dice—. Creo que el cabrón del conserje solía escupir en el café.

Cojo mi taza y, a medio camino hacia mi boca, cambio de opinión.

—De todos modos, ya es hora de que lo deje —le digo—. ¿Ha habido suerte en la búsqueda de conexiones entre nuestras víctimas?

—Nos estamos acercando —dice, y da un sorbo a su propia bebida —. Tendremos los expedientes judiciales en una hora. ¿Has leído

mucho de eso? —Señala la carpeta con la cabeza.

—Sí. El pobre bastardo nunca tuvo la menor oportunidad en la vida.

—¿Así que también has leído el expediente de la madre?

Asiento con la cabeza.

—Es una buena pieza. ¿La has visto alguna vez?

—No.

—Yo sí, la detuve hace unos años. Estaba robando en una tienda. Se libró por un tecnicismo. La pillaron bebiéndose toda la cerveza en un supermercado. No había salido del local, por lo que, desde un punto de vista técnico, no había robado nada. Salió del supermercado solo cuando la escoltamos, lo que significa que no se fue por su propia iniciativa. Lo que más recuerdo de ella es su aliento. Juro que la mujer llevaba años sin acercarse a un cepillo de dientes. Es… Es un personaje espeluznante —dice.

—Ella fue quien comenzó todo esto —le digo.

Empieza a negar con la cabeza, pero acaba asintiendo.

—Es una manera de ver las cosas —dice—. Así que tenemos a Stanton como el médico que subió al estrado y dijo que Whitby podía salvarse, y también hay otra conexión.

—¿Las otras víctimas?

Él asiente con la cabeza.

—¿Quieres adivinar quién defendió a Whitby?

—Tiene que haber sido uno de nuestros abogados muertos.

—Victoria Brown —dice.

—¿Y el otro abogado?

—No hemos podido relacionar a Herbert Poole ni a Albert McFarlane con el caso —dice—. Alcanzo a recordar partes de lo que pasó —añade. Y yo también tengo recuerdos. De todos modos, Schroder continúa con lo que estaba diciendo—: Creo que Whitby salió después de dos años, y creo que no pasó mucho tiempo antes de que matara a la hija de Cole.

—¿Tienes el historial de Cole aquí?

Me entrega una carpeta. La abro y lo primero que veo es una fotografía de Caleb Cole. Tiene quince años y, en realidad, no se parece mucho al hombre que vi anoche en el cementerio, pero sí es exactamente igual a uno que he visto esta mañana.

—Mierda —digo, mirando la fotografía.

—¿Qué?

—¿Hay alguna foto de la hija en algún sitio?

—¿Por qué?

Me pongo de pie con rapidez. La silla salta hacia atrás y casi

vuelca.

—Esta mañana, en casa de Ariel Chancellor, había fotos en la pared —le explico. Estoy hablando deprisa—. Caleb estaba en una de ellas. Este Caleb —le digo. Doy golpecitos a la ficha policial y se la enseño—. El de antes de que empezara todo esto.

—Las pruebas del asesinato de Jessica Cole están en el almacén. Las están trayendo ahora mismo —dice Schroder, que suena tan emocionado como yo—. Habrá fotos allí. Pero recuerdo que la cobertura mediática fue bastante amplia, así que puede que haya algunas imágenes en internet.

—¿Dónde está el ordenador más cercano?

Entramos en el despacho de Schroder. Él mueve el ratón y su ordenador cobra vida. Se sienta detrás de su escritorio mientras yo me quedo de pie, detrás de él, viéndolo manipular el teclado y el ratón. Solo tarda un minuto en encontrar los artículos que queremos.

Hay una fotografía de Jessica Cole. Esta misma niña pequeña aparecía también en la foto de Ariel y Caleb que he visto esta mañana. Empezamos a leer los artículos y el resto se desvela ante nosotros enseguida, con todos los detalles.

James Whitby no se había obsesionado con Jessica Cole. Se había obsesionado con la mejor amiga de Jessica, Ariel Chancellor. Las dos niñas se habían conocido en el colegio cuando tenían cinco años. En clase, las habían sentado una al lado de la otra, por orden alfabético, y se habían hecho mejores amigas. El día en que Whitby planeaba llevarse a Ariel, las dos niñas volvían a casa caminando juntas. Whitby las abordó con la misma historia que le había contado a Tabitha Jenkins dos años antes y ambas cayeron en la trampa, igualmente desesperadas por ayudar al hombre a encontrar su cachorro perdido. Cuando se dieron cuenta de que era un truco, huyeron. Whitby fue tras Ariel, pero esta logró colarse por el hueco de una valla de chapa ondulada y siguió corriendo. El hueco tenía bordes tan afilados que la chaqueta de invierno de Jessica quedó atrapada; ella no pudo liberarse y Whitby se la llevó como, según declaró en su confesión, segundo premio. Ariel consiguió llegar a casa y sus padres llamaron a emergencias. La policía no tardó en averiguar a quién estaban buscando. Al fin y al cabo, a solo una manzana de donde Jessica había sido secuestrada, vivía un exconvicto enfermo mental recientemente puesto en libertad que había violado e intentado matar a una chica dos años antes. Whitby ni siquiera pudo llegar a su casa. La policía lo detuvo a última hora de la noche, cuando volvía de ver a su madre. Ella se quedó en el umbral dando voces a su hijo, llamándolo «bebé fruto de una violación», gritando que la mejor parte de su hijo se le

había escurrido por el muslo y manchado las sábanas. El abuso de la madre está todo ahí, en blanco y negro, impreso por los periodistas para que el mundo lo lea.

Ya en la comisaría, Whitby tardó veinticuatro horas en dar la localización. Recuerdo que un detective se la sacó a golpes y hubo un gran problema. Todos sabíamos que la confesión no podría sostenerse, que el abogado defensor haría trizas nuestro caso en el tribunal. Recuerdo lo desesperados que estábamos en la comisaría porque lo sabíamos. Recuerdo la culpabilidad del detective que le había sacado la información a Whitby; lo comprensibles que nos habían parecido sus acciones cuando intentaba salvar la vida de una pequeña, pero lo imperdonables cuando esa niña apareció muerta y el asesino salió libre. Recuerdo que uno de los detectives informó a Caleb Cole de lo que había sucedido. Me imagino que no tenía ni idea de lo que él haría a continuación. Cole nunca confesó quién le había dicho que Whitby sería liberado.

Nada de eso salió en los periódicos. Habría aparecido, probablemente, si la prensa se hubiera enterado. Sin embargo, como el caso nunca llegó a los tribunales, Whitby no tuvo la oportunidad de relatar los sucesos. Se los había contado a su abogado —que esta vez no era Victoria Brown—, pero el abogado nunca hizo público el relato tras la muerte de Whitby. Ese abogado tenía hijos. Sabía que, con su cliente bajo tierra, todos estábamos mejor. En vez de eso, vino a la comisaría y dijo que el hombre que había golpeado a Whitby tenía que ser despedido o, si no, los medios conseguirían una historia tremenda. Así que el detective renunció antes de que lo echaran y el abogado se fue a casa satisfecho.

Yo nunca vi a Caleb Cole. Yo no estaba allí cuando lo llevaron a la morgue a identificar a su hija. No estaba allí cuando entró por el vestíbulo de la comisaría clamando venganza. Y no estuve allí un día después, cuando Whitby, que iba de los calabozos al juzgado bajo custodia policial, fue atropellado por un camión de mudanzas que Caleb Cole había pedido prestado a su cuñado. La colisión entre el camión y la furgoneta de transporte mató al policía que conducía, mientras que al segundo agente le rompió ambos brazos y le hizo perder para siempre la vista de un ojo. Whitby sobrevivió al choque, aunque no a lo que vino después. Caleb lo sacó de entre los amasijos y lo subió a su coche, que estaba aparcado cerca. De ahí, lo trasladó al matadero.

Caleb Cole destrozó a James Whitby.

Lo hizo con un cuchillo de cocina. Cada vez que le clavaba el cuchillo, lo movía hacia arriba o hacia abajo, provocándole

laceraciones que casi lo partieron en dos. Nunca vi la escena. No fui uno de los agentes que recibió la llamada para ir a ayudar, y estoy muy agradecido. Sé que había trozos de Whitby por todo el suelo, cosas tan seccionadas que se cayeron en pedazos. Sé que algunas de sus partes fueron recogidas en un cubo. Estaba tan mal que el forense no tenía ni idea de si Whitby había resultado herido en la colisión, porque no había forma de averiguarlo con lo que quedaba de él.

Y supe, gracias al forense, que, si contabas las heridas, sumaban diecinueve.

Caleb Cole condujo a casa después de haber matado a Whitby. Estaba cubierto de sangre. Su mujer no lo reconoció. Se puso a gritar cuando él entró por la puerta y los vecinos llamaron a la policía. Detalló que su marido parecía haberse bañado en sangre, explicó que era como si hubiera salido de una película de terror. Cole no le dijo nada, se fue a la ducha y, cuando salió, ella estaba sentada en el sofá. Sabía lo que su marido había hecho. Se abrazaron hasta que, unos minutos después, llegó la policía. Él no se resistió, se declaró culpable de todo. Cuatro días después, su mujer se suicidó. El lunes había perdido a su hija y el fin de semana, todo lo demás. No dejó ninguna nota. A Cole le cayeron quince años. Durante la primera semana, quiso suicidarse dos veces. Luego estuvo tres meses en vigilancia por suicidio y, en cuanto salió, volvió a intentarlo. Después de eso, ya no buscó la muerte, aunque otros lo intentaron por él.

—La víctima número dos era profesor. ¿Le habrá dado clases a Whitby? —pregunto.

—Lo sabremos pronto —dice Schroder—. Junto con lo de la víctima número uno.

—Víctima número tres: Hayward. Una apuesta segura es conectarlo con Ariel Chancellor. Tan solo eligió el momento equivocado para buscar una prostituta. Y también estoy pensando que, si Cole castigó a la abogada de Whitby, quizá también culpó al juez. Eso convierte al juez en un objetivo potencial, y también podría ser una oportunidad de atrapar al asesino.

—Bien pensado —dice Schroder—. Sacaremos al juez de su casa y pondremos algunos oficiales armados en el lugar. Tal vez tengamos suerte y atrapemos a Cole en el momento en el que quiera meterse.

—La señora Whitby también. —Miro la foto de su ficha, tomada mientras el hijo luchaba por su vida en una habitación de hospital. Se ve que tiene el pelo pegado a la nuca por haber pasado horas echada en el sofá viendo la tele. Tiene los ojos entrecerrados, está borracha y cansada, y parece que todo le importara un bledo—. Como te he dicho, ella empezó todo esto.

—Deberías volver y hablar con Ariel Chancellor —dice—. Llévate a Kent contigo. Hay un montón de preguntas nuevas que puedes formularle ahora y que no pudiste hacerle esta mañana. Quizá han seguido en contacto. Quizá Chancellor pueda decirnos algo que ayude a localizar a Cole.

—Claro —le digo. Me dirijo a la puerta.

Se lleva la mano al bolsillo y saca el paquete de pastillas de cafeína.

—¿Recuerdas cuando la encontramos? —pregunta.

Me detengo en la puerta y me vuelvo.

—Me acuerdo.

—Landry también estuvo allí —dice—. ¿Cómo demonios han pasado quince años? —pregunta.

—No lo sé.

—Estoy pensando que Cole llevó a Whitby al matadero —dice Schroder—, lo cual significa que hay cierta simetría ahí. ¿Tú qué crees? ¿Crees que podría haber ido allí de nuevo?

Pienso en la nieve, en la sangre, pienso en el aspecto que debe tener ahora el matadero e imagino a Caleb Cole refugiado allí, con el médico y su familia. Si no está allí, ¿dónde más puede estar?

—Es una buena idea —le digo.

—Lo comprobaré.

—¿Quieres que te acompañe?

—Yo me encargo —dice Schroder. Se mete una pastilla en la boca mientras yo salgo por la puerta.

Capítulo treinta

—Tic, tac —dice Caleb.

—Por favor…

—Tic. Y… —dice ahora; entonces mira su reloj y cuenta algunos segundos en su cabeza— tac. Se acabó el tiempo. Han pasado dos minutos.

—No, no —dice Stanton.

—¿Quién?

—No puedo.

—Esperaba no tener que llegar a esto —dice Caleb, y es verdad—. Que así sea.

Coge su cuchillo. Camina hacia Katy. Tiene que hacerlo. Si se contuviera, si dejara las dudas colarse, entonces podría no hacer lo que tiene que hacer. No hay ningún tipo de consideración; solo hay espacio para el plan y, si se retirara ahora, el plan no se cumpliría. Tiene que centrarse en eso. Mira a Katy. No puede pensar en ella como Katy Kitten. Tiene que verla como una herramienta. Pero, Dios, cómo le recuerda a su propia hija, de la misma manera que…

«¡Basta ya! ¡Esas mierdas solo harán que todo sea más difícil!».

Se desvía hacia Melanie.

Mel Munchkin. Es lo mismo, en realidad…

—Por favor, por favor, no —dice Stanton—. Lo siento, lo siento mucho. Estoy muy arrepentido, de verdad.

—Eso no ayuda.

—¡No lo hagas! Joder, joder, no lo hagas. ¡No tienes que hacerlo!

Caleb se agacha sobre Melanie.

—Elije a una, doctor. Que sea lo menos doloroso posible.

—No puedo —grita Stanton—. ¿No lo ves? Si fueras tú, si hubieras tenido tres hijos y tuvieras que decidir, tampoco podrías —alega, y sus palabras son rápidas y esperanzadoras, como si en la idea hubiera suficiente lógica para que su captor dejara de hacer esto.

Y es un buen argumento. Pero Caleb no está aquí para debatir buenos argumentos. Está aquí para hacer sufrir a Stanton.

—Elige —dice.

—Es imposible.

—Estoy de acuerdo. Es imposible, pero, aun así, tienes que elegir. Una muere ahora o las tres mueren ahora. Concéntrate en eso y verás

cómo se vuelve menos imposible.

—Estás loco.

—Puede ser. Eso sigue sin cambiar el hecho de que, si no me das un nombre en los próximos cinco segundos, vas a empezar a ver mucha sangre.

—Yo…

—Uno —dice Caleb.

—Espera…

—Dos —dice, y recuerda que a su hija le hacía cuentas atrás como esta, solo que, para ella, eran hasta tres y la niña tenía que ordenar el desastre que acababa de hacer o la ponía en fuera de tiempo. A Stanton le ha dado dos segundos más. Está siendo generoso.

—Octavia. Elijo a Octavia.

Caleb siente que se le cae el estómago y se le hace un nudo en la garganta. Se endereza, mira fijamente a Stanton y sacude despacio la cabeza.

—No sé si me impresionas o me asqueas, pero desde luego me sorprendes.

—Vete a la mierda.

—¿Por qué no la quieres?

—Yo no he dicho eso —dice Stanton, y baja la mirada.

—No la quieres. O no te habrías decidido tan rápido. —Caleb levanta las manos. El cuchillo capta la luz que entra por las ventanas sucias y proyecta un reflejo blanco por la pared, como una estrella fugaz—. Aún te quedaban tres segundos. Mira, creo que sabías desde el principio a quién ibas a elegir. ¿Por qué te ha resultado tan fácil tomar la decisión?

—¿Estás tan jodido de la cabeza que crees que esto ha sido fácil para mí? ¿Que esto podría ser fácil para cualquiera?

Caleb se rasca la cara. Ignora el pinchazo y piensa en Octavia. Agita el cuchillo delante de Stanton y la estrella fugaz corre de un lado a otro. Luego sacude la cabeza.

—No tiene sentido —dice—. O sea, no tiene sentido que hayas elegido a una tan rápido. Menos sentido tiene que hayas elegido a la bebé.

—Nada de esto tiene sentido. ¿Y si tuvieras que elegir tú? ¿Y si tuvieras una familia y yo te hiciera elegir quién muere primero?

—Explícamelo —dice Caleb—. He sido profesor de matemáticas. Entiendo de estadística. Debes haber sopesado los valores de la vida o algo así. Dímelo. ¿O de verdad es tan sencillo? ¿Simplemente elegiste a la que menos quieres?

—He hecho lo que me has pedido —dice Stanton, y alza la vista

con aire desafiante—. ¿Estás contento? Eso es lo que querías, ¿no? —pregunta—. Maldito enfermo retorcido.

—¿«Contento»? Esto no lo hago para estar contento —dice Caleb—. Mírate: deberías estar arrancándote los brazos para intentar dominarme.

—¿Es eso lo que quieres?

—Pensé que esto sería más difícil para ti.

—Ya te has explicado, Caleb. De verdad. Cualquier cosa que les hagas a mis hijas es solo porque te gusta hacer daño.

—¿Por qué no la quieres? ¿Esa es la razón de que no tenga su propio apodo?

—¿Qué?

—Querrías uno que combinara con los otros, ¿verdad? ¿Qué te parece Octavia Olvidada?

—Te equivocas. La quiero igual que a las demás.

—Octavia Olvidada. Me gusta. Y, por lo visto, no le has encontrado ninguna utilidad. Sin embargo, en este caso vas a tener que elegir a otra. Antes, cuando dije que iba a empezar a cortar dedos, ¿mencioné el nombre de Octavia?

—Sí —dice el médico, pero no parece muy seguro.

—En realidad, no. Nunca le cortaría los dedos a un bebé. ¿Qué te pasa?

—¿Qué me pasa a mí? ¿Cómo se te ocurre...?

—Elige a otra.

—¿Qué?

—Tienes que elegir entre las otras dos niñas.

El médico lo mira fijamente, con los ojos muy abiertos: oye lo que le están diciendo, y Caleb está seguro de eso, solo que no entiende. Luego parpadea rápido un par de veces, como tratando de despertarse de una pesadilla.

—No puedes hacer esto —dice. Suena como un niño defendiéndose ante el profesor en el patio de recreo—. Eso no es lo que dijiste antes. No puedes cambiar de opinión así como así. Ya tomé una decisión. No es justo.

—Es un mundo injusto, doctor, lo he dicho antes y lo diré de nuevo. Ahora no vamos a volver por el mismo camino. Debes tomar otra decisión. Yo diría que tienes unos diez segundos. Probablemente es mejor que dos minutos, creo. Lo hace todo más instintivo.

—No, no, no puedes obligarme a decidir algo así.

—Hace dos minutos decidiste que debía ser Octavia Olvidada.

—No, no, no puedes hacer esto.

Caleb vuelve a agacharse. Agarra la mano de Melanie, le separa

los dedos y le pone el cuchillo en el índice. Mira a Stanton, que no solo está llorando, sino que se ha puesto rojo. El psiquiatra inhala ruidosamente, resopla y luego le salen de la nariz hilillos de mocos ensangrentados que le cuelgan sobre los labios y se le pegan a la barbilla. Tiene las manos atadas a la espalda. Intenta limpiarse la cara con el hombro. Se le marcan las venas del cuello.

—Elige, Stanton.

—Vale, vale, maldita sea. Dame un minuto.

—Tienes cinco segundos más. Tic, tac, doctor.

—Vale, vale. Joder —dice, y empieza a llorar más fuerte—. Me elijo a mí —dice.

Caleb asiente. Esa era la respuesta que esperaba; pero esperaba que fuera la primera.

—De acuerdo.

—¿Qué? Ay, Dios, Dios, no. —Y esas palabras apenas brotan de su boca antes de que, igual que Octavia, se mee encima.

—Por favor, no me mates.

—Das lástima —dice Caleb.

—Por favor...

—Te diré algo, Stanton: si lo dices en serio, te mataré ahora mismo y dejaré ir a tus hijas. ¿Eso quieres?

—No... No quiero morir.

—No te preocupes, solo estoy bromeando.

—¿Esto es broma? ¿No vas a hacerle daño a nadie?

—Ay, no, no estoy bromeando sobre tus hijas, solo sobre ti. Así que deja de desperdiciar saliva rogando por tu vida. Eso sería demasiado fácil. Tienes que pasar por lo que yo pasé hace quince años.

Tiene que experimentarlo todo. Tiene que entender la pérdida.

Hasta el final.

Ese es el fondo de todo esto.

Stanton parece confundido. Reforzado por el hecho de que Caleb no quiere matarlo, se vuelve más insistente.

—Sí —dice—. Sí, es así de fácil: mátame y deja ir a mis hijas. No quieres hacerles daño.

—Eres un baboso hijo de puta —dice Cole.

—Ellas no... —empieza a decir Stanton, pero hipa en voz alta a medida que las palabras se atascan en su garganta y terminan por ahogarse. Cuando, lleno de pánico, trata de reconstruirlas, emite un chillido agudo, y entonces vuelven a salir—. No te han hecho nada. Nada.

—Mi familia tampoco te hizo nada.

—¡Yo no maté a tu familia! ¡James Whitby mató a tu familia! —grita, otra vez con su voz de patio de recreo.

Caleb oye que Octavia sigue llorando fuera, más fuerte ahora. Probablemente está angustiada por los sonidos que oye desde aquí dentro. Angustiada por ser la olvidada. Pronto tendrá que alimentarla.

—James Whitby era un arma cargada —dice—, una que disparaste en medio de una multitud.

—No es así. No lo entiendes, yo solo estaba haciendo...

—Vamos, Stanton, no intentes defenderlo. Eres un cobarde. Acabas de demostrarlo al elegir que muriera un bebé antes que tú mismo.

—He elegido morir ahora.

—Voy a cortarle los dedos a Melanie en este momento —dice Caleb—. Tal vez entonces te darás cuenta de que no estoy de coña.

Las siguientes palabras que salen de la boca de Stanton quedan amortiguadas mientras el psiquiatra se revuelve por el suelo, luchando con las ataduras. Mientras habla, presiona con la cara el hormigón hasta rozarse la mejilla. Se acerca cada vez más. Caleb admira su determinación.

—Para —le dice. Y, como el médico no se detiene, vuelve a decirlo, esta vez con más fuerza—: ¡Para!

El médico deja de moverse. Mira a Caleb, que sigue con el cuchillo sobre los dedos de Melanie.

—Caleb, escúchame, escúchame. Te estás convirtiendo en lo que odias. Te convertirás en el hombre que mató a tu hija.

—No solo a mi hija —dice Caleb—, a toda mi familia. Y es demasiado tarde, ya me he convertido en él. Date palmaditas en la espalda, doctor, porque el mérito es tuyo.

—No, no, eres peor que él. En este mundo tuyo, si tu hijo siguiera vivo, ¿alguien que me amara tendría el permiso de matarlo por lo que me estás haciendo?

—¿Qué quieres decir? —pregunta Caleb.

—Creo que lo sabes. Cuando todo esto acabe, ¿te parecería bien que alguien que me quisiera a mí o a mis hijas les hiciera daño a tus seres queridos?

—No me quedan seres queridos.

—¡Esa no es la cuestión!

—No, la cuestión es que colaboraste para que me quitaran a todos los que yo amaba.

Stanton niega con la cabeza.

—No fue así. Y sigues evitando lo que te dije, y es porque lo ves. Si me haces daño, esto nunca acabará... Al menos, así serían las cosas

en tu mundo. Alguien a quien yo amo matará a alguien a quien tú amas, y así eternamente.

—Como ya te he dicho, no queda nadie a quien yo quiera.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no lo entiendes?

Pero Caleb lo entiende, solo que eso no cambia nada. No puede cambiar nada. No se trata del futuro, se trata del pasado; no se trata de hipótesis, se trata de venganza, de ojo por ojo. Es la vieja escuela bíblica. Sostiene el dedo índice de Melanie separado de los demás, toca el suelo con la punta del cuchillo y empieza a bajar este despacio hasta que el filo toca la piel.

—¡Espera! —grita Stanton, y su voz suena cruda—. Espera. Por favor, por favor, espera...

—Has tardado demasiado en decidirte —dice Caleb—. De alguna manera, sabía que lo harías. Me compadezco de ti, doctor, de verdad, pero no estás actuando como alguien que cree lo que se le está diciendo. Habrá cierta resistencia, probablemente un crujido duro, pero esto va a suceder. Espero poder hacerlo de un solo corte. No quiero seguir cortando el mismo dedo una y otra vez. Esperemos que no se despierte.

Stanton, histérico ahora, se agita de un lado a otro. Parece un adicto a la metanfetamina de los años ochenta intentando bailar *break dance.*

—¡Espera, por el amor de Dios, déjame pensar!

—No. —Caleb quisiera saber por qué Stanton siente mucha más rabia ahora, cuando tiene que elegir a una de las otras niñas. Sin embargo, se está quedando sin tiempo como para dar rienda suelta a su curiosidad. Tiene que terminar.

—Te mataré si la tocas, lo juro. Juro que te mataré.

—Ya veremos —dice Caleb—, pero, para entonces, tus hijas estarán muertas.

Empuja el cuchillo un poco más. La hoja empieza a hacer muescas en el dedo, pero aún no hay sangre. Solo un poco de movimiento hacia adelante y hacia atrás, y entonces comenzará la hemorragia. No quiere hacerlo, pero ¿qué otra opción tiene? Bajo la cara de Stanton se acumula un charco de mocos y lágrimas. La suciedad le cubre la piel y su mejilla rozada tiene manchas de sangre. Aun así, se agita, quizá a pocos segundos de sufrir un ataque al corazón.

—Yo... No puedo. No puedo, joder.

—Sí puedes, ya lo has demostrado. Veamos por cuántos dedos tenemos que pasar antes de que lo recuerdes. Las estás condenando a ambas, Stanton, cuando todo lo que tienes que hacer es darme un nombre.

—¡Espera!

—Es simple aritmética. Se trata de hacer el bien mayor.

—No lo hagas.

—Ahora, Stanton, ahora —grita—. ¿Quién muere? ¿Quién coño…?

—Espera…

—¿… muere? Porque voy a…

—Por favor, por favor, solo espera…

—… empezar a cortar. Te juro que voy a cortar todos estos putos dedos en…

—¡No lo hagas!

—… trocitos. Los cortaré todo el día hasta que…

—No, no.

—… no quede nada de ellos. ¡Ahora mismo!

—Melanie —dice el médico, sollozando, lloriqueando como un bebé—. Por favor, por favor, que Dios me perdone, que Dios me perdone por lo que acabo de hacer —dice.

Caleb quita la presión del cuchillo.

—Buena elección —dice. Se aleja de la niña y mete el cuchillo en el lateral de sus pantalones—. Una muy buena elección. Yo habría tomado la misma. Deshacerte de la bocazas.

Stanton no responde. Caleb se le acerca y le da una patada en el vientre. El médico gruñe y Caleb lo pone bocarriba.

—Esto ayudará —dice. Clava un embudo en la boca del médico y deja caer cinco somníferos, hasta verlos dar con el fondo de la garganta. Luego vierte agua en el embudo y le da al psiquiatra otro puñetazo en el estómago. El médico se traga todo. Caleb le quita el embudo.

El médico tose, se esfuerza por serenarse. Cuando por fin lo consigue, parece que le faltara el aire.

—Estás… Estás peor que Whitby —dice—. Whitby estaba… estaba enfermo —continúa, resoplando—. Tenía auténticos problemas mentales. Lo que tú… tienes dentro es… es maldad. Whitby no podía controlarse a sí mismo, pero tú, tú has decidido dañar deliberadamente a las personas. Whitby no pensó en lo que hacía, no pensó que a nadie le importaría lo que estaba haciendo. No entendía el mundo. Nunca debieron dejarte salir.

—Quizá —dice Caleb—, pero lo hicieron, igual que dejan salir a todo el mundo en algún momento. Tú eres el que se ha esforzado en dejar salir primero a los locos.

Coge a Katy en brazos y la lleva al coche. Atrás queda la bebé, que llora. Acuesta a Katy en el asiento trasero y la cubre con una manta. Cuando vuelve a entrar, se da cuenta de que el psiquiatra ha hecho

tanta fuerza contra las bridas de plástico que le sangran las muñecas. También está luchando por mantenerse despierto.

—Por favor, no lo hagas —dice Stanton, y su voz suena cruda.

—Se acabó el debate —dice Caleb, y le enseña el cuchillo—. No es el mismo que he usado con los otros —dice—. Tu hija tendrá el suyo propio. No se contaminará con la sangre de esos monstruos que dejaron morir a Jessica. Ella no sentirá nada, te lo prometo.

—No, no —dice Stanton, sacudiendo la cabeza, llorando más fuerte de lo que Caleb jamás ha visto llorar a otra persona. Intenta ir hacia él retorciéndose, levantando polvo del suelo, con la rabia y el miedo luchando contra los somníferos—. Haré lo que sea, cualquier cosa, lo que me pidas… No importa el qué. Lo que sea, lo que sea… Por favor, ay, Dios, por favor, no… No le hagas daño… Solo dame una oportunidad para…

—Jessica lo sintió todo —dice Caleb. Baja la cremallera de la chaqueta de Melanie y la abre—. La apuñalaron una y otra vez, pero a tu hija solo le haré un corte. Te prometo que no lo sentirá —dice, y prepara el cuchillo.

Lo clava rápidamente en el pecho de Melanie.

Durante un segundo, no hay nada. No hay ruido. No hay sangre. Nada. La niña ni siquiera se ha movido.

Entonces, el primer segundo se convierte en el segundo y, antes de que llegue el tercero, Stanton comienza a ahogarse con su propio vómito.

La base del mango está a ras del pecho de la niña. Caleb mantiene las manos sobre su víctima, la sujeta, presiona con firmeza. No se inmuta.

La sangre fría brota alrededor del cuchillo.

La sangre fría empapa despacio la camiseta de Melanie y la mano de Caleb.

Este retira el cuchillo y lo deja junto a la niña. Luego se limpia la mano en el suelo. Mira al médico, que ha dejado de retorcerse. Nota que tiene la boca y el cuello cubiertos de sangre y vómito y que le cuesta respirar. Se levanta y acorta la distancia. Se agacha y arrastra a su rehén hasta ponerlo de pie, pero las piernas del psiquiatra se doblan, y sigue sollozando. Sollozos fuertes para los que Caleb no tiene tiempo. Stanton huele a orina y a mierda. Ha vomitado los somníferos, que ahí están, con los bordes ligeramente disueltos, dos de ellos colgando de su barbilla. Caleb arrastra fuera de la habitación a Stanton, que sigue llorando, así que lo golpea en un costado de la cabeza. Una, dos veces, y el médico se calla; los golpes son más eficaces que los somníferos. Lo lleva al coche y lo mete en el maletero.

Cada vez que tiene que cargar al hombre, es más difícil que la anterior. Se limpia la sangre de la mano en el pijama del médico.

Vuelve y mira a Melanie. La policía vendrá pronto y se ocupará de ella. La tiende sobre la manta en una posición más cómoda. Enrolla uno de los bordes y se lo pasa por debajo de la cabeza, a modo de almohada. Le pone las manos sobre el pecho, con los dedos entrelazados y la cubre con otra manta. La arropa. Le acomoda el pelo de un lado de la cara, le pasa este por detrás de las orejas y le peina el flequillo hacia atrás. Ha mostrado con esta niña una gentileza que su propia hija nunca recibió.

Antes de apartarse, escribe sobre ella con el rotulador. Es fácil hacerlo sobre una piel tan joven y suave.

Cuando sale del matadero, con Octavia y Katy en el asiento trasero y Stanton en el maletero, sabe que es la última vez. El plan ha cambiado, pero el resultado final seguirá siendo el mismo. Irá a ver a Ariel Chancellor. Aún no sabe exactamente qué quiere decirle o hacer con ella, pero tiene tiempo para averiguarlo por el camino.

Capítulo treinta y uno

El día avanza más deprisa de lo que debería; en parte, por la forma en la que se han desarrollado los acontecimientos; también por el horario de verano y, en gran parte, porque eso es lo que ocurre en una investigación de asesinato cuando las cosas empiezan a encajar. El día todavía es claro, pero, con el sol dirigiéndose hacia el horizonte un poco más rápido cada día, es solo cuestión de semanas que oscurezca a las cinco. Me han prestado un coche patrulla de incógnito al que no le cuesta arrancar. Tiene calefacción y ventanillas que sí funcionan.

Mientras Schroder lleva un equipo al matadero, yo conduzco a la casa de Ariel Chancellor y aparco delante. He tardado un poco más de lo esperado: los primeros *boy-racers* de los que nos advirtió Schroder ya están calentando las calles para esta noche. No me acompaña la detective Kent, porque no necesito ayuda para hacer un montón de preguntas. Tendré que acabar rápido para poder ir a ver a mi mujer. Me quedan veinte minutos antes de la cita de las cinco con el doctor Forster y, desde aquí, el trayecto es de veinte minutos. Más si los *boy-racers* decidieran rodear la residencia de recuperación. Calculo que podré llegar diez minutos tarde; veinte, quizá. Forster tardará media hora más o menos en examinar a mi mujer. Eso me da diez minutos para hablar con Chancellor.

Llamo a la puerta, pero nadie responde. Si aún fuera investigador privado, ahora mismo me estaría planteando entrar por la fuerza. Pongo en la balanza mis responsabilidades como policía con mis responsabilidades como ser humano que intenta salvarles la vida a tres niñas y a su padre. Todo ese peso me arrastra al lado de la casa, donde mis pies se hunden hasta la mitad en el césped empantanado. En los bordes de la puerta trasera crecen manchas de moho. Echo mano a un juego de ganzúas que me ha sido útil a lo largo de los años y que seguirá sirviéndome en el futuro, incluso en mi papel de policía.

Grito un «Hola» antes de entrar. La temperatura del aire baja unos grados. Si hubiera un poco más de humedad, necesitaría un bañador. Entro en el salón. A la derecha está la cocina. Los platos están limpios y forman una pila junto al fregadero. Hay caca de ratón en el suelo, cerca del horno, y, junto a un cubo de basura, atrapado en una trampa de resorte, un ratón partido por la mitad. Sobre la mesa del comedor veo un par de libros de fantasía que posiblemente ayuden a Ariel a

escapar de su pasado y su presente. Junto a los libros, una bolsita de plástico con media docena de pastillas blancas está expuesta para que alguien robe el contenido. O, en este caso, se lo coma, porque hay agujeros en la base de la bolsa y algunas de las pastillas están arañadas. Un ratón yace sobre la mesa. El animalito se ha colocado muy rápido y ha muerto de una sobredosis antes de poder compartir el hallazgo con sus amigos.

Echo un vistazo a las fotografías que he visto aquí esta mañana. Los bordes se han curvado con los años y los colores de los recuerdos se han desvanecido. Cojo una en la que aparece Caleb Cole junto a Jessica y Ariel. No pudo haber sido tomada mucho antes de que James Whitby destruyera sus vidas. Ariel parece feliz. Hay en sus ojos una vida que, desde entonces, se ha extinguido. Era una niña de diez años que soñaba con ponis y arcoíris y veía dibujos animados en la tele. En ese tiempo tenía una mejor amiga, el mundo era brillante y feliz y ella era una princesa. De pronto, un lunático oscureció ese mundo.

Incluso a los diez años, Ariel habría entendido lo que le pasó. A los once lo habría entendido mejor. Ya en el instituto, esos sucesos le habrían arruinado la vida. La culpa, la vergüenza, la conciencia de que ella sí había escapado y su mejor amiga no. En esta foto hay una chica que no sabía lo que le esperaba, que no tenía por delante un mundo de drogas y prostitución, que nunca tendría que haber vivido en una casa destartalada con mierda de ratón en el suelo y agujeros en el techo. Puede que James Whitby no la matara, pero sí que le destruyó la vida.

Paso al dormitorio. Suena mi móvil. Es Schroder.

—Tengo novedades para ti —dice.

—¿Estás en el matadero?

—A unos cinco minutos. ¿Ya has hablado con Ariel?

—Estoy entrando en su calle ahora. ¿Cuáles son las noticias?

—Un poco irrelevantes, por ahora —dice—, pero las huellas dactilares encontradas bajo el capó coinciden con las de Caleb Cole. Y han llegado las actas del juicio. ¿Quieres adivinar quién era el presidente del jurado?

—¿Albert McFarlane?

—Inténtalo de nuevo.

—Herbert Poole.

—Bingo. Victoria Brown alegó que Whitby tenía la edad mental de un niño de diez años y no era responsable de sí mismo. El doctor Stanton fue una pieza clave de la defensa. Y, escucha esto, también hubo testigos para el perfil psicológico.

—¿McFarlane?

—Exacto. Fue profesor de Whitby. Habló de cuánto había cambiado el chico desde el ataque que lo mandó al hospital. Le dijo al jurado que Whitby era básicamente un buen chico y que todo lo que hizo fue resultado de los abusos.

—¿Brad Hayward?

—No se habla de él. Tiene que ser lo que has dicho antes: un tipo al azar con quien Ariel Chancellor trabajó anoche, algo que seguramente molestó a Cole. Escucha, tenemos gente apostada con los otros miembros del jurado para mantenerlos a salvo, así como con las demás personas que figuran en el caso. Tenemos la foto de Cole en los medios. Esta noche, todo el mundo sabrá quién es Caleb Cole. Lo encontraremos pronto. Mira, tengo que colgar, que estamos llegando al matadero.

—Buena suerte —le digo, y cuelga.

Me meto el teléfono en el bolsillo. Schroder tiene razón en eso de que encontraremos pronto a Caleb Cole, porque, cuando me doy la vuelta, lo tengo delante de mí. Y, antes de que pueda reaccionar, me da un puñetazo en la cara.

Capítulo treinta y dos

Su puño me da en un lado de la mandíbula y lo primero que ocurre es que uno de mis dolores de cabeza vuelve a la vida con un estallido. Me siento mucho peor que a principios de año, cuando me aplastaron el tarro de cristal contra el cráneo. Lo segundo que ocurre es que me tambaleo hacia atrás. Otro puñetazo me da en la frente, y es como si alguien hubiera encendido una bombilla dentro de mi cabeza, una de esas antiguas bombillas de *flash* que destellaban en blanco y luego, mientras se iban oscureciendo, echaban humo por todos lados. No veo nada durante dos segundos, pero lo oigo venir hacia mí. Aunque levanto los brazos, el tipo consigue golpearme de nuevo. Caigo sobre la cama. Entonces su cara empieza a aparecer detrás de unas nubes oscuras, y Caleb parece tan sorprendido como yo. Salta encima de mí.

—¿Quién eres? —grita.

La habitación da vueltas. Mi espalda se hunde en el colchón.

—¿Eh? ¿También tú te la follaste? —grita.

Me coge la garganta y aprieta. Lo agarro de las manos, pero no puedo hacer que me suelte. Algo dentro de mi cabeza intenta liberarse dando pisotones y golpes contra las paredes.

—*Galeb*... —digo, y necesito mucha fuerza solo para decir su nombre, que en mi cabeza suena de un modo y en mi lengua se siente diferente.

Me suelta. Me agarro la garganta y me la froto. Se aparta de mí y toma distancia.

—¿Qué acabas de decir?

Me apoyo en los codos. Empiezo a toser, cada espasmo me hace vibrar el cráneo.

—*Gucha* —digo. La garganta me pica y tengo la mente aturdida—, éjame chudarte.

Se acerca y lanza otro puñetazo. Alcanzo a bloquearlo, pero consigue enterrarme el puño izquierdo en el vientre. Todo mi aire sale disparado. Él gira y se dirige a la puerta, y entonces me pongo en pie, medio doblado. Mi brazo derecho cuelga a mi costado, no funciona; solo se columpia mientras salgo corriendo del dormitorio. Alcanzo el pasillo y él ya está en la cocina.

—*¡Pera!*

Pero no espera. Cuando llego a la puerta, ya está escalando la valla trasera. Consigo dar dos pasos antes de que todo cambie de

ángulo: los árboles, la valla, la casa... Todo se inclina y yo vomito, pero antes caigo al suelo a cuatro patas.

El dolor de cabeza se desvanece un poco. Vuelve la sensibilidad a mi brazo. Me aprieto los lados de la cabeza, abro los ojos y veo la cara de Caleb, que desciende mirándome desde el otro lado de la valla. Luego desaparece. Me pongo en pie. Mis piernas me llevan tres pasos de lado y uno hacia delante; luego, dos hacia los lados y dos hacia delante, y luego, más hacia delante que hacia los lados, hasta que llego a la valla. Me agarro a ella, inhalo y trepo. Me dejo caer en el patio del vecino, donde el césped me llega a los tobillos. Cole está casi en la valla opuesta. Esta cosa que tengo dentro de la cabeza sigue dando golpes, exigiendo que la oiga, pero al menos ya no da pisotones ni lanza bengalas de socorro. Me va a permitir superar esto y esperar a la próxima oportunidad.

Cojo el teléfono y llamo a Schroder. Llego a la valla y no me ha contestado. Me meto el móvil en el bolsillo y trepo hasta el patio trasero del vecino. En el momento en el que toco el suelo, Cole ya corre por el lateral de la casa. Vuelvo a coger el teléfono y me salta el buzón de voz. Cuelgo y llamo a la comisaría. Trato de pedir refuerzos, solo que no me salen las palabras. Me piden que repita todo, y yo lo intento, pero sigue sin salir nada. Luego, al llegar a la calle, veo que Caleb ya va corriendo hacia la derecha. Lo sigo, solo que cada vez gana más terreno. Gira por un callejón. Respiro hondo y le digo al operador quién soy, que estoy persiguiendo a Caleb Cole, pero ninguna de las palabras sale como yo habría querido. El agente no cuelga.

—¿Necesita atención médica? —pregunta.

Hago el intento de pedir refuerzos.

—¿Está intoxicado?

Llego al callejón y Caleb ya está en el fondo. Apenas puedo respirar. Cuatro meses en la cárcel seguidos de dos meses comiendo todo lo que no debía me tienen en el peor estado de mi vida. Y recibir un golpe en la cabeza no ayuda. Agito los brazos con más fuerza e intento mover las piernas más rápido, pero nada funciona. Caleb va a la derecha. Me lleva al menos diez segundos de ventaja, y la distancia aumenta con cada paso. Mira por encima del hombro. Él no parece tan convencido como yo de que estoy perdiendo la carrera, así que se esfuerza más. Yo también me esfuerzo, pero ya no me queda nada. Mis piernas no responden. Entonces él empieza a aminorar el ritmo. Lleva quince años en la cárcel y ha tenido que comer esa misma mierda mucho más tiempo que yo.

Recorto la distancia: un segundo, luego otro. Me acerco a él y

entonces ya no puedo correr más. Empiezo a detenerme. Los pulmones me arden y la energía se me ha agotado por completo. Me duele la garganta, me palpita la cabeza, siento que la cara me va a estallar de calor. Pero pienso en las tres niñas y sigo adelante. Caleb ve que le he recortado distancia. Gira hacia la casa más cercana y corre por un costado. Atraviesa una verja y entra en el patio trasero de una casa que, en la entrada, tiene coches destartalados. Mientras lo sigo, los residentes miran por la ventana. Se han levantado y se dirigen a la puerta dando voces. Caleb escala la valla. Se abre la entrada trasera de la casa y un perro sale corriendo detrás de mí. Alguien grita: «Destroza a esos cabrones». Cuando llego a la valla, el perro me agarra la pierna y me clava los dientes en la pantorrilla. Grito, me sujeto a lo alto de la valla y, con el otro pie, le doy una patada en la cabeza al perro; pero no me suelta. Le doy otra patada y el resultado es el mismo. Subo más y el perro viene conmigo, y Caleb está al otro lado, justo debajo de mí. Me agarra de la camisa y tira. Soy la cuerda en un tira y afloja entre el hombre y la bestia. El perro ha llegado a la mitad de la valla y se suelta cuando por fin paso al otro lado. Caigo al suelo con fuerza. Caleb me da una patada en el vientre y retrocede. Luego avanza un poco y me da otra patada.

—Tú. Eres el tipo de anoche —dice. Resopla y se inclina hacia delante con las manos en las rodillas—. ¿Me has estado siguiendo?

Quiero hablar. Las palabras no se forman como deberían, pero las retengo, las fuerzo a salir y ahora son un poco más claras. El dolor de cabeza se está yendo.

—Caleb —le digo—, puedo ayudarte.

—Déjame hacer lo que tengo que hacer —dice. Tiene que gritar para hacerse oír por encima del perro, que ladra y golpea con las patas al otro lado de la valla, sin que el sabor de la sangre le baste. La llamada telefónica tuvo que haberse cortado en la caída, porque el móvil empieza a sonar.

—No puedes, no puedes… —le digo, y ahora tengo que dedicar unos segundos a coger aire—. Las *ninas*. No, no puedes hacerles *dano*.

—¿Qué clase de monstruo crees que soy?

Me da otra patada, se dirige a la casa, corre por un costado y desaparece. Aunque logro arrodillarme, no puedo avanzar. Me pongo bocarriba y cojo el móvil. Antes de que pueda contestar, los vecinos ya asoman la cabeza por encima de la valla.

—Qué hijo de puta eres. Le has dado patadas a mi perro, cabrón —dice uno de ellos, y empieza a acercarse.

Se le une un colega que dice:

—Me las vas a pagar, joder.

Ambos llevan la cabeza rapada y atravesada con cicatrices similares. Parecen insignias de honor. Quizá se las hicieron jugando con cuchillos.

Saco la placa y se la enseño. Se miran el uno al otro, como sin saber qué hacer, como calculando si matar a patadas a un policía valdrá los años de cárcel que tendrían que pagar. Ya me imagino a sus abogados poniéndose manos a la obra, enseñando fotos del perro y diciendo que la culpa de que me mordiera fue mía y que, como hombres piadosos, estos dos tenían que defender su honor, que solo los individuos de corazón frío se habrían abstenido de darme una paliza.

—Volved adentro —les digo. Ahora siento que las palabras salen bien—. Los refuerzos están aquí. —Sé lo mal que se pondrán las cosas si no me creen—. Volved adentro y no hagáis nada estúpido.

—Cerdo —dice uno de ellos, y el otro me escupe.

El que me ha insultado parece detestar la idea de no haberme escupido primero, así que lo compensa escupiéndome dos veces. Luego bajan de la valla y, a gritos, se llevan el perro adentro.

Mi teléfono ha dejado de sonar. Me limpio la saliva en el césped y sigo el camino que Cole ha tomado para huir por la calle. Voy tratando de apoyar lo menos posible la pierna izquierda. Nadie sale de la casa. Mis pantalones están dañados. Cuando me los remango, veo una hilera de agujeros punzantes, y todos gotean sangre. El teléfono vuelve a sonar. No hay rastro de Cole. Tampoco de ninguno de los coches patrulla.

Me siento en el bordillo y me pego el teléfono a la oreja.

—¿Sí?

—Estamos en el matadero —dice Schroder. Tengo que presionar mi otro oído con el dedo para ahogar los ladridos del perro. Ahora no oigo más que los latidos de mi corazón—. Cole estuvo aquí. También el doctor Stanton. Y, Tate, una de las niñas... Cole ha dejado a una de las niñas para que pudiéramos encontrarla. Está bien, Tate, un poco asustada, pero, aparte de haberla asustado, Cole no le ha hecho ningún daño.

Capítulo treinta y tres

A Caleb le duelen las manos. Haberle apretado la garganta a ese hombre, Dios santo... Sus dedos están tan doloridos que podría jurar que el dolor sería más fácil de soportar si se los cortara. Y la carrera, una docena de pasos más y habría caído muerto. Siente la cadera derecha como si girara sobre cristales; las dos piernas, como si le hubieran clavado puntas de metal en las espinillas. Necesita controlar el dolor; de lo contrario, le costará matar al juez.

No tiene ni idea de quién era ese hombre. Si lo han seguido, entonces... Pero no, no lo han seguido. Cuando llegó a casa de Ariel, el hombre ya estaba ahí. Así que tiene que ser un policía, y, si es así, entonces la policía ya ha establecido las conexiones. Pero ¿qué fue lo de anoche, lo del cementerio? ¿Una coincidencia?

El tipo se ha dirigido a él por su nombre.

Llega al coche del médico. La oscuridad ha ido cayendo. Katy duerme en la parte de atrás, mientras que Octavia está delante, en el asiento del copiloto. Una manta bien estirada desde el reposacabezas hasta el suelo actúa sobre el asiento como una tienda de campaña. Lo último que necesitaba era que alguien la viera y llamara a la policía. Para mantener a la niña callada, le ha tapado la boca con un pequeño trozo de cinta adhesiva. Katy también está cubierta bajo una manta, pero las pastillas que ha puesto en su bebida evitan que se queje. Vendrán más policías. Arranca el coche y se aleja de la acera tranquilo, con cuidado de no llamar la atención, aunque el instinto lo urge a pisar el acelerador a fondo y largarse de ahí. Enciende las luces. ¿Dónde están los policías? No los ve, y sigue doblando esquinas para no encontrarse con ellos, para poner distancia entre él y la casa. Abandona el barrio y se dirige hacia la ciudad. Tiene que hacer un alto y esperar en tres semáforos en verde, porque los cruces están atestados de coches japoneses de colores brillantes, todos conducidos por jóvenes que escuchan música a todo volumen.

Todavía no hay policías.

No es un monstruo y, cuando esto acabe, la gente lo verá. Es un hombre que trata de traer equilibrio al mundo. ¿Qué hay del próximo violador de niñas que sea tratado y liberado por el doctor Stanton? ¿Qué pasará con el próximo asesino de niños que sea defendido por Victoria Brown y que quede libre para continuar por el mundo con un

castigo no mayor que un tirón de orejas? No, él no es el monstruo. Ellos sí lo son: son monstruos por defender a esas personas y deben aprender que esos actos tienen consecuencias.

El juez aprobó todo el asunto. Estaba encantado de sentenciar a James Whitby a no más de dos años en un hospital psiquiátrico y a no darle seguimiento. El juez estaba feliz de lavarse las manos de todo esto, a la mierda las consecuencias, y pasar al siguiente caso. Así que ahora esas consecuencias volverán y lo condenarán.

Si la policía conoce su nombre, ¿será posible que sepan quiénes son sus otros objetivos? A dos manzanas de la casa del juez, decide que no solo es posible, sino extremadamente probable.

Necesita otro coche, solo que no tiene ni idea de cómo conseguirlo. En la cárcel escuchaba historias sobre cómo robar uno. Parecía difícil. Algunos decían que había que tocar ciertos cables; otros, que había que meter un destornillador plano en el contacto hasta romper la cerradura y, después, usar el destornillador como si fuera la llave. Aunque pudiera averiguar cómo se hace esa mierda, no cree que sus dedos fueran lo bastante ágiles para lograrlo. Podría apuñalar a alguien y robarle el coche, claro, pero no cree que eso pueda salir bien. Se imagina persecuciones policiales y gente innecesariamente herida; como el policía de la casa de Ariel. Pudo haberlo estrangulado o habérselo dejado al perro, pero el tipo no tenía la culpa de nada. Hace quince años, quienes trataron de ayudar a Caleb eran policías. Dos años antes de eso, fueron policías quienes intentaron encerrar a James Whitby.

Son las cinco y cuarto y se encienden las farolas. Da la vuelta a la manzana y aparca una calle más allá, frente a la casa del mismo número que la del juez. Se queda sentado en el coche y observa cómo se oscurece la tarde. Enciende el teléfono. En las semanas que lleva fuera de la cárcel, ha comido *pizza* una de cada dos noches como mínimo. Era su comida favorita antes de que lo encerraran, así que ha estado compensando el no haber comido un trozo en quince años. Marca el número que sabe de memoria y pide tres *pizzas*, pan de ajo y patatas fritas, y dice que pagará en efectivo. El empleado le repite el pedido y él le da la dirección del juez. El empleado le dice que su comida estará allí en treinta minutos o, de lo contrario, su próximo pedido será gratis. En algunas películas que ha visto en la televisión recientemente, la policía puede rastrear la señal de un teléfono móvil en cuestión de un minuto; otras veces tiene que utilizar diferentes torres de telefonía móvil de la zona para hacer triangulaciones. Caleb no sabe lo difícil que es en realidad, pero apaga el teléfono. No quiere correr riesgos. Por otra parte, no sabe cómo la policía podría tener su

número. Mantiene las mantas sobre las niñas. Ninguna de las dos da señales de querer despertar. Cuando Jessica era pequeña y no podía dormir, él la metía en el coche y salía a dar una vuelta a la manzana, y luego otra y otra hasta que la niña se quedaba dormida. Daba una vuelta más a la manzana para asegurarse y volvía a paso lento a la entrada de su casa para dejarla en su habitación. Lo habría hecho cientos de veces a lo largo de varios años, pero todas ellas se funden en un solo recuerdo, uno ante el que sonríe cuando sale del coche, quince minutos después de hacer la llamada.

Es un barrio agradable. El coche del doctor Stanton no llama la atención aquí. Hay bonitas casas, bonitos jardines y, probablemente, gente agradable que le daría la hora si se lo pidiera. En otras palabras, debe tener más cuidado. De vez en cuando pasan otros coches, gente que vuelve a casa del trabajo. La gente amable suele llamar a la policía si ve a un extraño merodeando por las casas de sus vecinos. Observa todas las ventanas de alrededor para asegurarse de que nadie lo observa y, cuando no hay más coches a la vista, corre hasta el patio delantero de una casa. Es un edificio de dos plantas, con grandes ventanas y cortinas corridas en cada una. Dentro hay luces encendidas, pero también las hay en las demás casas, así que no le queda más remedio que probar.

Llega al portón lateral y consigue quitar el pestillo. La puerta se abre en silencio. Caleb pone atención por si escucha cualquier señal de vida, sobre todo perros, pero no hay. Aunque el patio trasero tiene algo de luz cerca de las ventanas, en la valla no hay nada, y hacia ahí se dirige, pegado a los arbustos, en dirección al árbol de la esquina. Se pone detrás del tronco. A corta distancia, algo se ha movido entre las hojas, así que se detiene. Podría ser solo un erizo o un gato, aunque hay un momento, un breve momento, en el que supone que una linterna lo iluminará con un destello antes de verse derribado por una porra de policía.

El erizo se escabulle y él escala la valla. Abajo, alcanza a ver un lado del jardín del vecino y un poco de la calle. El juez vive una casa más allá, en el lado opuesto. Caleb no ha hecho un mal cálculo. Se queda en la valla y espera. Ya está oscuro y la temperatura ha bajado. Se queda en equilibrio para frotarse las manos. Dos minutos después, un coche reduce la velocidad y se detiene. Caleb deja de frotarse y, en cuanto se enciende la luz interior del coche, fija su atención en el conductor. Este dedica cinco segundos a comprobar algo, probablemente la dirección, antes de bajarse. Lleva las *pizzas*. Apenas ha recorrido la mitad del camino hacia la puerta cuando dos personas saltan de un coche cercano y, al mismo tiempo, una más sale

corriendo por la puerta principal de la casa. Todos se acercan al repartidor, que deja caer las *pizzas*.

Caleb ya no se queda a mirar. El juez no está en casa, y, aunque estuviera, no habría forma de llegar a él. Y lo mismo ocurrirá con la madre de Whitby.

Sacudiendo despacio la cabeza, vuelve al coche. Enciende la radio y, mientras conduce, va escuchando las noticias. La policía ha estado en el matadero. Melanie Stanton ha aparecido sana y salva.

Golpea el volante. Octavia se despierta y él la oye gemir a través de la cinta adhesiva. Caleb conduce sin saber a dónde ir.

Capítulo treinta y cuatro

Se me ha pasado el dolor de cabeza y tengo manchas de vómito en la camisa. He intentado limpiármelas con las manos. A las cinco y media, veo el primero de los coches patrulla que Schroder ha enviado al barrio, lo que significa que llevo treinta minutos apoyado en el mío. Le hago señas al conductor. Este parece cabreado y dispuesto a detenerme hasta que les enseño a él y a su compañero mi identificación, y entonces simplemente sigue cabreado. Yo también lo estoy. Le pregunto por qué han tardado tanto.

Circulamos por el barrio. Yo sangro, él conduce y su compañero estira la cabeza en todas direcciones mientras, por la ventanilla, ilumina las sombras con un reflector. Ninguno habla. Las emociones están a flor de piel. No hay rastro de Cole. Durante este tiempo, otros cinco vehículos se han unido a la búsqueda. Las calles están tranquilas. Cole se ha ido. Lo he tenido en las manos. He estado cerca, muy cerca de recuperar a Stanton y a sus otras dos hijas.

Al final, es tanto lo que me duele y tanta la sangre que he dejado en el asiento trasero que decidimos ir al hospital. Las mordeduras de perro no son algo con lo que me guste jugar. Son casi las seis cuando llegamos a las afueras de la ciudad. Nos lleva otra media hora recorrer los últimos kilómetros, gracias a los chicos y sus coches y su deseo de ser aceptados como parte de lo que pronto se llamará una banda, o una secta, pero que de momento el resto de Christchurch conoce simplemente como un jodido y enorme dolor de cabeza. Estoy enfadado por haberme perdido la cita con Forster y Bridget. Aparcamos frente a la entrada de urgencias y ninguno de los policías me acompaña dentro. Lo bueno del mordisco es que no me ha dejado dormirme. Lo malo es que mi zapato se ha llenado de sangre. La sala de espera está llena de personas que han metido la pata en algún momento del día, que se han golpeado con martillos o han tropezado con cables eléctricos. Hay niños con los brazos rotos por jugar al fútbol y amas de casa que se han golpeado con la puerta por el estrés de no tener la cena lista a tiempo. Muestro mi placa. Eso y los agujeros en la pierna me dan prioridad, para enfado de todos los presentes. Atravesamos puertas hasta un cubículo, donde me dicen que me quite los pantalones. Unos minutos después, entra un médico y me pincha la herida con el dedo sin mostrar mucha compasión.

—Tiene mal aspecto —dice, y él también tiene mal aspecto, con ese peinado que trata de cubrirle la calva, los ojos inyectados en sangre y el aliento que huele a café—. Tendrá que dejar que esto descanse durante unos días y necesitará algunas inyecciones. Haré que venga una enfermera a limpiarlo y luego volveré para suturarlo. Mi consejo es que se aleje de los perros.

La enfermera es una mujer corpulenta de ojos amables y sonrisa aún más amable. Me dice que parece que he estado en la guerra. Afirma que la herida se curará, que a la última víctima de mordedura de perro a quien ha cuidado le habían arrancado la nariz, la mejilla y la oreja. Me cuenta lo triste que fue, y, aun así, sigue sonriendo como si me hablara de lo tiernos que son sus nietos. Me pone dos inyecciones en el brazo, dolorosas las dos. Termina de limpiarme y me deja solo diez minutos con el brazo y la pierna palpitantes antes de que vuelva el médico. Más médicos y enfermeras transitan por el pasillo, algunos con aspecto fresco y otros, como si llevaran todo el día de pie. El mío echa un vistazo a la herida y asiente. Administra una inyección en ella y espera un minuto antes de clavar una aguja.

—¿Siente esto?

—No.

—Bien.

Algunos de los agujeros son profundos; otros, más anchos, pero todos parecen igual de malos.

—He tenido jaquecas —le digo.

No levanta la vista de su labor, sigue cosiendo.

—¿De qué tipo?

—De las malas —le digo, y le hablo del ataque que empezó con el tarro de cristal y de lo que ha sucedido hoy.

—Necesita que se lo miren —me dice.

—Usted me está viendo.

Sacude la cabeza.

—Ya sabe a lo que me refiero. ¿Por qué no ha ido a ver a nadie?

—Me imaginé que desaparecerían.

Por fin, levanta la vista a media puntada.

—¿Y cómo le ha ido con eso?

—No muy bien —admito.

—¿Está tomando analgésicos?

—No.

—¿Por qué no?

—Tengo una personalidad adictiva. No he querido arriesgarme.

—Vale. Así que su plan era no hacer nada al respecto, solo esperar y ver. Y ahora habla del tema porque resulta que está aquí. ¿Esta

misma lógica es la que aplica a su trabajo, detective?

—No —digo, y rompo el contacto visual. No tendría que haber sacado el tema.

—No. Exactamente. ¿Solo jaquecas? —pregunta. Deja a un lado el hilo y la aguja en forma de gancho. Se mete la mano en el bolsillo superior y saca una linterna.

—A veces, también me mareo. Y hace un rato no podía hablar.

—Le han dado un puñetazo, ¿verdad?

—Sí.

Me ilumina los ojos.

—Ambas pupilas se dilatan bien —dice—. ¿Qué más?

—Nada.

—¿Desorientación?, ¿desmayos?, ¿se le olvidan las cosas?, ¿ha perdido habilidades motoras?

—Mi brazo no funcionaba inmediatamente después del ataque, pero solo fue un minuto.

—Vale —dice, y vuelve a guardarse la linterna en el bolsillo.

—¿Vale?

—Esto es lo que vamos a hacer. Voy a terminar de coserlo y luego vamos a ingresarlo.

—No tengo tiempo.

—¿Para qué tiene tiempo? ¿Para morir? Porque eso es lo que puede pasar si no lo examinamos mejor. Hoy ha sufrido un golpe sobre un traumatismo preexistente, aquel en el que le rompieron un tarro de cristal contra un lado de la cabeza. Obviamente, usted tiene alguna lesión intracraneal. El golpe de hoy pudo haberlo matado. Si mañana se golpeara la cabeza contra una pared, eso podría matarlo. Esta noche podría morir tumbado en la cama.

—Gracias por endulzármelo. Escuche, tendré cuidado, lo prometo, y, cuando este caso termine, volveré enseguida. ¿Podría hacerme una receta?

Suspira y asiente con lentitud.

—Está bien —dice.

Saca un talonario. Garabatea algo y me da la hoja superior. Ha escrito: «Salir de aquí podría matarlo». Y lo ha subrayado. Doblo el papel y me lo meto en el bolsillo.

Le lleva más de treinta puntos y veinte minutos cerrar todas las heridas. Cuando termina, la enfermera vuelve y me venda. Luego insiste en llevarme a otra habitación en una silla de ruedas. Es un viaje tranquilo. Me lleva a un despacho donde hay fotos de cerebros en la pared, cortes transversales ilustrados y una maqueta de un cerebro sobre la mesa.

—Espere aquí —dice.

—Sinceramente, ahora me encuentro bien —le digo.

—Vale. Entonces, lo que digo debería tener sentido para usted.

Y lo tiene. Sale de la habitación y me quedo sentado en silencio escuchando a mi cuerpo. Este me dice que, por ahora, no pasa nada. Me dice que hay cosas más importantes que hacer. El argumento es tan convincente que me levanto de la silla de ruedas y salgo al pasillo. Tomo la dirección contraria a como he venido y doy vueltas por los pasillos hasta encontrar una salida. Salgo. Todo lo he hecho en perfecto equilibrio. Hay taxis aparcados fuera. Me subo al primero y le pido que me lleve a la comisaría.

Los *boy-racers* deben estar bloqueando la otra punta de la ciudad o se han ido a casa a hacerse pajas con *The Fast and the Furious.* Me han traído de vuelta el coche que he estado conduciendo. Cuando camino, me duele la pierna, y cuando no camino también, aunque no tanto. Mientras me dirijo al edificio de la policía, llamo al doctor Forster. Tengo que dejarle otro mensaje.

Entro en la comisaría y empiezo a marearme un poco. Me siento mal al llegar a la cuarta planta en el ascensor, como si se me cayera el mundo encima, pero, en términos generales, me encuentro bastante bien. Apoyándome en la pared, alivio el peso sobre la pierna. Si mi próxima misión consistiera en infiltrarme en una pista de baile, perdería mi trabajo. Las puertas se abren y veo a todos los detectives reuniendo información, hablando por teléfono y leyendo documentos. Schroder se acerca desde la máquina de café y me echa un vistazo.

—¿No han tenido que cortártela? —pregunta.

—Estás hecho una mierda —le digo.

—Qué curioso. Iba a decirte lo mismo.

—¿Dónde está la niña?

—En mi despacho —dice—. Tenemos que interrogarla, pero antes hay algo que aclarar: estamos buscando a Ariel Chancellor y, hasta ahora, no se sabe nada de su paradero. Pero, para que quede claro, llegaste a su casa y encontraste la puerta abierta; viste drogas sobre la mesa y eso te dio un motivo para entrar. ¿Así fue como sucedió? —me pregunta. Aunque, en realidad, no me lo pregunta, sino que me cuenta el escenario.

—Justo así.

—Eso es lo que pensaba. Tendrás que hacerme un breve relato.

Caminamos hasta su despacho. El mareo que he sentido en el ascensor ya se ha ido. Repaso todo para Schroder. Cambio la parte «entrar por la fuerza» por «entrar por una puerta abierta y saludar».

—Bueno, nadie de la zona ha visto nada —dice—, pero recibimos

una queja de uno de los vecinos. Ha dicho que pateaste a su perro en la cabeza.

Aprieto la mandíbula y contengo un repentino arrebato de ira.

—Me soltaron al perro. Azuzaban a esa maldita bestia para que me atacara.

—Bueno, van a presentar una denuncia. Insistirán, sin duda para ver si consiguen un acuerdo. Dicen que entraste sin autorización, que los amenazaste y que agrediste a su mascota.

Mi mano se cierra en un puño y miro la pared con ganas de golpear. En ella ya hay otros agujeros en forma de puño. La mayoría están firmados y fechados. Es una especie de muro de la fama. Junto a algunos han dibujado, incluso, caritas sonrientes. Relajo la mano.

—¿Me estás tomando el pelo?

Se encoge de hombros.

—Ojalá fuera así. Viene de camino un dibujante. Va a hablar contigo para que tengamos una descripción más actual de Cole.

—Increíble —digo.

—Déjalo, Tate, tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos.

—Como interrogar a la niña.

—Hablando del tema —me dice—, ¿recuerdas a Benson Barlow?

Barlow es un psiquiatra a quien conocí hace seis semanas en Grover Hills. En esa institución mental, ya abandonada, se refugiaba un expaciente psiquiátrico con una colección de cadáveres y una colección aún mayor de ideas realmente maléficas.

—¿Qué pasa con él?

—Viene a hablar con la niña; supongo que no es mala idea. Está bastante traumatizada. No dice gran cosa, pero tiembla y llora muchísimo. Hay una agente con ella. Intenta consolarla, pero la cosa no va muy bien. A la pobre niña la encontramos cubierta de sangre falsa que, probablemente, fue comprada en la misma tienda de donde salió el cuchillo falso.

—¿Cuchillo falso?

—Sí, uno de esos en los que la hoja se mete en el mango.

—¿Así que fingió matarla?

—Eso parece —dice Schroder—. Por otra parte, lo único que la niña ha dicho, y lo ha repetido unas cuantas veces, es que ella ha sido la elegida.

—¿Elegida?

Schroder se encoge de hombros.

—Esperemos que Barlow pueda averiguar a qué se refiere, pero supongo que fue la elegida para ser asesinada. O falsamente asesinada,

como resultó.

—¿En lugar del médico?

—¿Qué otra razón podría haber? —pregunta—. Como te he explicado, eso es todo lo que la niña ha dicho, porque está muy asustada. Supongo que Caleb la sedó antes. O sea, no tiene mucho sentido fingir que la has apuñalado si la niña va a moverse en el suelo.

—Él me preguntó que qué clase de monstruo creía yo que era —le cuento. Me lo imagino a un lado, de pie, después de haberme dado una patada en el vientre: Caleb Cole, con la cara llena de cicatrices y los puños apretados—. No creo que sea capaz de matar niños, pero debe querer que Stanton piense lo contrario.

—Bueno, sigue siendo un monstruo, y aún tiene a las dos más pequeñas. En cuanto a Melanie, la dejó ahí con una bolsa de comida, bebidas y un montón de mantas. La niña podría haber sobrevivido unos cuantos días, siempre y cuando no se alejara en busca de ayuda y terminara muriendo en ese bosque. Pudo haberle pasado cualquier cosa.

—Tal vez él tenía planeado llamar para decir dónde estaba.

—Puede ser. Se lo preguntaremos cuando lo traigamos aquí —dice Schroder.

Las puertas del ascensor se abren y podemos ver a Barlow, que se acerca desde el otro lado de la planta. Debe ser martes de peinados, porque entra con el mismo corte de pelo que mi médico y con el mismo semblante cansado. Mira primero a su derecha y luego, a su izquierda, pero no nos ve.

—Me ayudó a pasar al otro lado de la valla —le digo a Schroder.

—¿Qué?

—El perro. Me tenía bien agarrado y tiraba de mí hacia abajo. Ya te digo, ese estúpido animal iba a destrozarme y esos hijos de puta, los de esa casa, se lo iban a permitir. Cole extendió el brazo y me liberó. Me salvó el culo.

Schroder me mira fríamente.

—Mira, Tate, ¿esto se está convirtiendo en un problema?

—¿Qué problema? ¿Qué tipo de problema?

—Entre tú y Cole. ¿Corremos el riesgo de que simpatices con él?

—No, claro que no.

—¿Estás seguro? Sé que tú y él pasasteis por cosas parecidas cuando perdisteis a vuestras hijas, y una parte de ti podría no odiar a Cole por matar a quien él juzga responsable; pero el tío es malvado y le está haciendo daño a gente inocente.

Levanto las manos.

—Dios mío, Carl, lo sé, ¿de acuerdo?

Su mirada es fría.

—¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro —le digo.

—Bien —dice, y lo confirma con un lento movimiento de cabeza—. Solo tenía que asegurarme, porque, Tate, sería una gran cagada ponerte de su lado. —Se toma un segundo para dejar que eso se asiente y continúa—: Han llegado las pruebas de los casos de Whitby, de cuando atacó a las dos chicas. —Barlow nos descubre, levanta la frente, pronuncia la expresión «Ah» a nadie en particular y se dirige hacia nosotros—. Están en la sala de conferencias —dice Schroder—. Aún no he podido revisar nada. Y tenemos otro problema.

—¿Tenemos?

—Tú, al menos. ¿Qué demonios te ha pasado?

—¿Qué quieres decir?

—Escuché una grabación de tu llamada de auxilio. Sonabas como si tuvieras una pelota de tenis atascada en la boca.

—Caleb me dio bastante fuerte.

—Eso parece. ¿Seguro que estás bien? Te noto un poco tembloroso.

—Estoy bien.

—De acuerdo. Bueno, la próxima vez que te diga que lleves a alguien contigo, ¿qué tal si me obedeces?

Barlow nos alcanza. Intercambiamos un «¿Cómo le va?» mientras nos damos la mano. Lleva un jersey de cuello alto y pantalones a cuadros. Su aspecto es justo el que tendría un psiquiatra que estuviera a punto de salir a jugar dieciocho hoyos.

—He leído el expediente psiquiátrico de Whitby —dice. Pone su rostro más grave y baja la voz una octava— y puedo asegurarles que yo nunca habría dejado abandonar mi custodia a un hombre así. Era una bomba de relojería —dice, con toda la precisión que da la retrospectiva. Barlow confirma mi idea de que la psicología es una ciencia que ha evolucionado a partir de muchos muchos errores—. Ahora, díganme, ¿cómo encontraron a Melanie Stanton?

Schroder se lo explica. Melanie apareció envuelta en una manta y su ropa estaba cubierta de sangre falsa. La habían drogado. Se despertó diciendo que ella era la elegida. En su frente, Caleb Cole había escrito «Lo siento». La llevaron al hospital, la examinaron, la limpiaron y le pusieron ropa nueva. Ahí se despertó. Del hospital la trajeron a la comisaría. Hasta ahora, no ha respondido a ninguna pregunta.

—¿No tienen un entorno más sano? —pregunta Barlow.

—¿Como cuál?

—Bueno, un buen comienzo sería una habitación con dibujos, lápices de colores y juguetes; un lugar donde los niños puedan sentirse más cómodos.

—Esto es una comisaría —dice Schroder.

—Pero deben interrogar a niños aquí, ¿verdad?

—Teníamos una habitación así —dice—, solo que tuvimos que ampliar la sala de conferencias. Mire, no tenemos nada mejor que estas oficinas —continúa Schroder, y me doy cuenta de que intenta no sonar cabreado— y no tenemos tiempo para andarnos con tonterías.

—Detective, necesitamos hacer tiempo. No puedo simplemente...

—Lo sé —dice Schroder—, pero hay otras vidas en juego, doctor. Por eso lo he llamado. Tengo fe en que hará lo mejor que pueda en el tiempo que tenemos.

Barlow asiente.

—Bien dicho, detective —dice sonriendo—. Entonces, ¿qué hay de la madre? ¿Cuál es la situación con ella?

—Viene de camino. Estaba fuera del país con su novio. La madre y el padre se separaron hace seis meses. Ella lo dejó —dice, y termina de explicarle la situación.

—Deberíamos esperarla —dice—. Podría ayudar.

Schroder niega con la cabeza mientras yo tomo la palabra.

—Ya hemos esperado por usted. No podemos esperar más.

—Si lo que les preocupa es el tiempo, tendré que entrar yo solo —dice Barlow—. Cuando llegue la madre, no la dejen entrar. Déjenme terminar a mí primero. Si fue ella quien abandonó a la familia, su aparición solo podría hacer que Melanie sea más propensa a encerrarse.

—Tengo que ir con usted —dice Schroder.

—No, en absoluto —dice el psiquiatra, sacudiendo la cabeza—. ¿Dos hombres adultos intentando hablar con una niña de once años? Solo conseguiremos asustarla y ponerla bajo una tensión aún mayor, sobre todo cuando uno de los hombres está desesperado por obtener respuestas. No es una sospechosa, es una testigo. Más que una testigo: es una niña asustada que no sabe dónde está su familia.

»Confíe en mí. Si entro yo solo, habrá alguna posibilidad de que consiga sacarla de su caparazón. Y si usted entra conmigo, puede que no hable en una semana; si es que llega a hablar algún día. Y sé lo que usted quiere que le pregunte, detective. Quiere saber lo que dijo el hombre que se la llevó, quiere saber lo que les hizo y quiere saber si ella escuchó a dónde iría después. La dejó viva, detectives, así que dudo mucho que lo hiciera corriendo el riesgo de que ella hablara.

—También podría ser que lo que sea que haya planeado termine

antes de que ella diga algo que pueda ayudarnos —planteo.

Barlow asiente.

—Buena observación —asiente—. Bien, caballeros, me han llamado porque saben que puedo ayudar. ¿Qué tal si me dejan seguir adelante y hacer mi trabajo?

Capítulo treinta y cinco

Barlow se dirige al despacho de Schroder mientras yo voy a la sala de conferencias para lo que, espero, será una siesta; sin embargo, el cuchillo traiciona cualquier esperanza de dormir. Es uno de esos cuchillos de tienda de bromas en los que la hoja se desliza dentro del mango. Está en medio de la mesa, sellado dentro de una bolsa de plástico. Cuando era niño, uno de mis amigos del colegio solía fingir que se apuñalaba con uno de esos. No tenía gracia entonces, y menos ahora. El doctor Stanton está por ahí en alguna parte y cree que su hija mayor ha muerto, aparentemente asesinada con un juguete diseñado para hacer reír.

Los expedientes están apilados sobre las mesas. Hay dos detectives revisándolos. Hemos sido cuidadosos para mantener separados los expedientes de Whitby y Cole. Me dejo caer en una silla. Tengo ganas de apoyar la cabeza en el escritorio y desconectar durante unas horas, pero la advertencia del médico me pesa mucho. Me preocupa que, si mi cabeza llegara a tocar algo que no sea una almohada, las luces se apaguen para siempre. Encuentro una fotografía de Jessica Cole tomada poco antes de su muerte, una niña preciosa que me recuerda a mi hija. Jessica murió por un acto intencionado; mi hija, Emily, murió por un acto de estupidez. Uno de los hombres era malvado, el otro estaba borracho, pero el resultado fue el mismo. Sin embargo, quizá las cosas no sean tan blancas o tan negras. Uno estaba enfermo, el otro era un adicto, y ninguno de los dos tenía pleno control de sí mismo. ¿Es eso más fácil de manejar? No. En todo caso, es más difícil. Significa que otras personas pudieron haber intervenido y nunca lo hicieron: médicos, psiquiatras, familiares y amigos. ¿Dónde demonios estaban para conseguirle a Whitby la atención médica que necesitaba o para impedir que Quentin James, el hombre que mató a mi hija, se tomara otra copa?

En parte, Schroder tiene razón. Puedo sentir un vínculo con Cole. Puedo entender su necesidad de venganza, pero su objetivo es la gente equivocada. Se ocupó de James Whitby hace quince años y todo debería haber terminado ahí. Yo me ocupé de Quentin James y todo acabó con Quentin James. Culpo a la sociedad por dejarlo ponerse al volante de un coche, culpo a los tribunales por no meterlo entre rejas a raíz de las otras numerosas condenas que le habían impuesto por

conducir ebrio, pero nada de eso es suficiente como para matar al abogado que lo defendió, al juez que no lo encerró o al camarero que le vendió la última copa. Si Cole se hubiera limitado a matar solo a James Whitby, yo no le habría dado una medalla, pero, sin duda, habría comprendido su dolor.

Dejo la foto de Jessica. Dentro de la caja de pruebas está el arma del crimen. Es pesada y tiene sangre granate y costrosa que cubre toda la hoja y el mango. Recuerdo que Whitby la dejó dentro de Jessica.

El dibujante entra en la habitación. Es un tipo alto con grandes antebrazos, como los que cualquiera tendría por dibujar con lápices pesados. Nos apartamos y se sienta frente a mí, acomoda su bloc y me mira como si yo fuera el sujeto, como imaginando un buen telón de fondo. Ha puesto a un lado una fotografía de Cole que piensa utilizar como base. Lo que le doy no es una gran actualización. Añade cicatrices, una nariz torcida y quince años. Cole es joven en una foto. En el nuevo retrato, su cara, desgastada por la vida, es un mapa del tiempo que ha pasado en la cárcel.

Estamos terminando cuando suena el teléfono de Schroder. Él lo coge y oigo su mitad de la conversación. Algo sobre *pizzas*. Se me revuelve el estómago y me entusiasma la idea de que Schroder esté pidiendo *pizza*, pero al dibujante no le ocurre lo mismo, ya que se marcha para escanear la nueva imagen y entregarla a los medios. Un momento después, se hace evidente que Schroder no nos va a pedir la cena.

—¿Has llamado al restaurante? —pregunta. Escucha la respuesta, con el cuerpo completamente inmóvil mientras asimila la información. Su cara no, pues se va frunciendo poco a poco. Mira a través de la ventana algo que está a un kilómetro de distancia.

—¿Y el número de teléfono?

Sigue escuchando, luego cuelga y se vuelve hacia mí.

—Alguien ha usado un móvil de prepago para llamar a un repartidor de *pizza* —dice—. Ha hecho que se la entreguen al juez Latham hace cinco minutos.

—¿Una prueba para ver si estábamos vigilando?

—Exacto. Y la prueba funcionó: nuestros chicos han detenido al repartidor cuando se acercaba. Eso significa que Cole se ha dado cuenta de que conocemos sus intenciones. Maldita sea —dice, y parte un lápiz por la mitad—, los agentes que estaban allí tenían que haberlo sabido. Yo debería haberlo sabido y haber estado allí yo mismo. Eso es lo que haré la próxima vez. Todavía queda la casa de la madre —dice.

Sacudo la cabeza.

—Ahora no irá a ninguno de los otros sitios. Sabe que son trampas.

—Lo hemos perdido —dice Schroder—. Hemos metido la pata.

Lo sé. Miro por la ventana hacia el mismo lugar que él miraba antes.

—Pero hemos salvado al juez —dice, y tiene razón.

Hemos salvado a un juez sin rostro al que nunca he conocido y puede que Schroder tampoco. Lo hemos salvado de ser asesinado delante de su familia. No parece gran cosa, pero claro que lo es, solo que ahora mismo tenemos todas nuestras emociones puestas en esas niñas. En ellas nos estamos centrando. Ellas son las verdaderas inocentes en todo esto. Por supuesto que todas las víctimas son inocentes, pero los demás no se ayudaron a sí mismos. Las niñas no deberían ser parte de esto. Así que es difícil entusiasmarse con el juez y fácil centrarse en el hecho de que hoy hemos tenido dos oportunidades de atrapar a Cole y hemos fallado.

—Deberíamos tomarlo como una victoria —dice Schroder.

Pero se equivoca: no deberíamos tomarlo como una victoria, sino como un gol a favor.

Esperamos encontrar respuestas en los archivos. Y en Melanie. Por toda la ciudad hay policías buscando a Ariel Chancellor y el coche del doctor Stanton. Han estado visitando a todas las personas de una larga lista que Schroder y otros detectives han elaborado, gente implicada en los casos de hace años. No dejo de pensar en la *pizza* que pidió Cole y en lo que pudo haber ocurrido con ella. Empiezo a obsesionarme con la *pizza* y, lo que es más importante, mi estómago empieza a obsesionarse con ella. Mi encuentro con Caleb Cole me ha dado ganas de comer mejor y empezar a hacer ejercicio, pero tanto mi estómago como mi cerebro están de acuerdo en que eso podría esperar hasta mañana.

—¿Cuánto crees que tardará Barlow? —Señalo el despacho con la cabeza y me pregunto si habrá tiempo para pedir algo de comer.

Schroder se encoge de hombros.

—Ojalá lo supiera. Madre mía, tenemos el nombre, sabemos lo que quiere, pero, mientras paso por todo esto —dice, mirando la mesa llena de pruebas—, siento como si no hubiéramos avanzado.

Seguimos investigando, porque no hay más opciones. Se nos ocurren más nombres, otras personas implicadas en los casos, objetivos menos probables, pero objetivos al fin. El policía que arrestó a Whitby. Los detectives que testificaron. No hay razón lógica por la que Cole iría tras cualquiera de estas personas, porque estaban de su lado, pero igualmente podría. Sabemos que busca a Ariel Chancellor,

pero ¿qué ha visto en ella? ¿La ve como una figura filial o la responsabiliza, pensando que dejó morir a su mejor amiga? Sigo mirando el teléfono, esperando que llame el doctor Forster. Marco el número de la residencia, pero la enfermera Hamilton se ha ido a casa.

Hay más cajas con pruebas aquí. Cosas del accidente de coche donde murió el policía, el oficial Jeffrey Dale, que era un par de años mayor que yo por aquel entonces. El primer policía muerto en acto de servicio desde mi entrada en el cuerpo. Y no sería el último. Recuerdo haber visto a su mujer en las noticias, y a sus hijos; una familia destrozada. Un hombre había ido en busca de justicia y, para conseguirla, había matado por error a un inocente. Todo era trágico. Lo entendías, simpatizabas con el policía muerto y su familia, y simpatizabas con el hombre que lo había matado de forma fortuita. Todo era difícil de aceptar.

Voy a la máquina expendedora del vestíbulo. Echo un montón de calderilla y saco cuatro chocolatinas, que suman más calorías de las que puedo contar. Llega Erin Stanton, la mujer del psiquiatra. Tiene cuarenta y pocos años. El maquillaje se le ha corrido y lleva el pelo enmarañado. Usa un vestido blanco con una chaqueta de cuero por encima. En la mano trae un casco de moto. Supongo que han vuelto del aeropuerto, han dejado el equipaje y han venido aquí. Parece nerviosa. El novio también trae casco y una chaqueta de cuero mucho más gruesa, y también parece nervioso de estar aquí. Sus vaqueros negros tienen algunos agujeros alrededor de las rodillas y otros en el culo, aunque no por moda, sino por el uso. Lleva el pelo largo y enmarañado, como el de Erin, y la misma cantidad de delineador de ojos, solo que el suyo no se ha escurrido.

La detective Kent se reúne con ellos a pocos metros del ascensor. Les pide que sean pacientes, pero ellos no quieren. Erin dice que tiene derecho a ver a Melanie, así que la detective Kent la informa de que podrá hacerlo en cuanto acabe la entrevista. Ellos alegan que no es suficiente. Entonces Kent les recuerda por qué Melanie está siendo interrogada; les dice que la policía tiene la esperanza de encontrar a sus hermanas y a su padre.

—Solo quiero que mis niñas estén a salvo —dice ella.

—Y su marido también —dice Kent.

—Es un capullo —exclama el novio—. ¿Qué profesionalidad es esta —añade, en un intento de hacerse con algo de control, pero se queda muy corto— si necesitas depender de una niña de once años para que haga tu trabajo?

La detective Kent lo mira fijamente hasta que él aparta la vista. Erin intenta avanzar a la fuerza en la dirección en la que supone que

esté Melanie. Grita. Kent la coge del brazo y empieza a llevársela de aquí.

—Tengo derecho a ver a mi hija —dice.

—Suéltela —exige el novio, y aparta de Erin el brazo de Kent. En menos de cinco segundos, otros dos detectives ya lo tienen contra la pared mientras la detective Kent conduce a la madre de vuelta por donde ha venido.

—Lo siento, sé que es difícil, pero tendrá que confiar en nosotros —le dice a Erin—. Solo denos unos minutos más. Luego podrá pasar todo el tiempo que quiera con ella, se lo prometo.

Vuelvo a la sala de conferencias. Me quedo con una chocolatina y reparto las otras tres. El gesto recibe muestras de aprecio, sobre todo de Hutton, un detective que parece haber vivido de caramelos durante los últimos diez años. Me siento como uno más del equipo. Me preguntan cómo me va la pierna y se lo cuento. Dicen que es bueno tenerme de vuelta en el cuerpo, y parece que lo dijeran en serio. Espero que mi futuro esté con esta gente. Juntos vamos a luchar contra los malos y ayudar a los buenos, y vamos a lograr que todo sea diferente.

Estamos estrechando lazos y matando el tiempo mientras comemos nuestras chocolatinas. Nos tomamos diez minutos para nosotros y hablamos de nuestras familias y del tiempo y de cualquier cosa que no tenga que ver con la ciudad o el índice de criminalidad. Son los mejores diez minutos que he tenido en mucho tiempo.

Justo a las nueve y media, más de una hora después de que entrara en el despacho de Schroder, Benson Barlow sale de él y cierra la puerta. Nos abalanzamos sobre el psiquiatra con la esperanza de que nos dé algo, cualquier cosa que nos acerque un paso a encontrar con vida al doctor Stanton y a su familia.

Capítulo treinta y seis

Hace seis años vio morir a un hombre en la cárcel. Otros murieron mientras él estaba allí, la mayoría por causas naturales, muchos por sobredosis, unos pocos por palizas. Todo el tiempo se introducía contrabando en las celdas. Había un gran mercado de drogas y agujas, cigarrillos, comida, una petaca de vodka o ginebra. Introducían de contrabando teléfonos móviles, revistas llenas de fotos de mujeres desnudas y, en una ocasión que él recuerde, una revista sobre paisajismo. En esa ocasión, alguien metió de contrabando un clavo de tejado.

El clavo llegó a manos de un preso y terminó en el fondo de otro. Nadie sabe cómo pasó del mundo exterior al mundo interior de ese hombre, viajando a través de su canal auditivo camino de un *home run*. El ataque fue rápido y nadie lo vio, pero la agonía del tipo fue lo bastante larga como para que gritara y sacudiera las piernas en el suelo mientras todos se quedaban mirando. Nadie intentó ayudarlo. Nadie mostró ninguna emoción. Era como ver un partido de fútbol en el que no te importaba el resultado. Por fin, los guardias se acercaron. Para entonces, el tipo había dejado de moverse. Lo recogieron y se lo llevaron a la enfermería. Caleb no volvió a verlo y no se habló casi nada de él. Era un tipo al que nadie conocía, y eso no cambió con su muerte.

Al contemplar la sangre en el suelo y la agonía de un hombre que luchaba por su vida, Caleb aceptó, por primera vez, que le sería indiferente ver morir a otros. Sintió algo cuando mató a James Whitby: sintió rabia y alivio, sintió asco y sintió euforia, sintió odio puro, sintió que podía asesinar al mundo.

Al ver al hombre de la cárcel, no sintió nada. Eso era bueno. Era algo que podía volverse útil. Sabía que lo necesitaría cuando saliera de la cárcel, y le ha venido muy bien.

Pero, ahora mismo, lo que siente es rabia. No va a poder llevarse al juez y a la puta madre de Whitby, y la emoción lo subyuga. No sabe a dónde ir. Desde que sucedió lo del pizzero, ha pasado una hora conduciendo sin rumbo; luego, otra aparcado cerca de la playa donde vivía cuando conoció a su mujer. Desde entonces, se ha puesto a conducir sin rumbo una vez más, escuchando las noticias. Los periodistas han dejado atrás el apodo de Gran Parca y ahora dicen su

verdadero nombre. Dicen que se está buscando a Caleb Cole, que se cree que está armado y se lo considera peligroso, y que, si alguien lo ve, debe llamar a la policía.

Octavia Olvidada duerme. Mientras respira, una pequeña burbuja de mocos crece y se contrae en su fosa nasal izquierda. Katy Kitten también duerme.

Los semáforos de delante están en rojo y él aguarda ante ellos con el pie en el freno, escuchando la respiración de Octavia y esperando a que estalle la burbuja bajo su nariz. En eso, un coche morado con luces de neón por debajo y una hendidura en la puerta del acompañante se detiene a su lado. La música no es más que un bajo retumbante y los dos chicos que van en los asientos delanteros no pueden tener más de dieciséis años. Lo miran. El que está más cerca levanta las cejas y asiente con la cabeza, primero hacia arriba y luego hacia abajo, con los ojos clavados en Caleb todo el tiempo. Luego, el conductor acelera el motor tan fuerte que el coche de Cole se estremece y Octavia se despierta y grita. Enseguida, el conductor acelera cuatro veces más antes de que el semáforo se ponga en verde y el coche despegue, con el pasajero asomándose por la ventanilla y gritando «¡Imbécil!».

—Está bien —le dice a Octavia.

Pero no es así, porque ahora la bebé llora con fuerza y su cara se está poniendo roja. Parece que se estuviera quedando sin aire tan rápido como el país se está quedando sin esperanza en el futuro. Katy murmura desde el asiento trasero. El efecto de los somníferos se está pasando.

Caleb atraviesa el cruce y se detiene. Solo hay una cosa que puede mejorar la situación. Abre otro recipiente de comida para bebés y le da una cucharada a Octavia, que se las arregla para mantenerla en la boca y tragársela sin inmutarse. Caleb pronto tendrá que lidiar con una bebé gorda. Al menos, hoy no se ha cagado encima. Termina con el biberón y se da cuenta de que se ha dejado el vaso de plástico en el matadero. No tiene nada que darle a Octavia. Ella tarda dos segundos en darse cuenta de lo mismo y el llanto se hace más fuerte. Caleb mira en el asiento trasero y no ve nada; luego registra la guantera y encuentra una pequeña botella de agua medio vacía. Desenrosca la tapa y le echa un vistazo. Huele bien. Podría tener solo unos días. O un año. La echa atrás. Octavia agita los brazos, empieza a ponerse nerviosa.

Arranca el coche. Como con Jessica, el movimiento y el ruido del motor calman a la pequeña. Él conoce esta zona. Hay una tienda de productos lácteos a unas manzanas de ahí, así que conduce hasta ella

y se detiene fuera. Cierra el coche, entra corriendo a la tienda, compra una cajita de zumo de naranja, sale corriendo y le dice al dueño que se quede con el cambio. Mete la pajita en el zumo y se lo da a Octavia, que, en un instante, se olvida de llorar mientras lo mira fijamente. Con los labios, la bebé hace un ruido seco antes de chupar la pajita.

—¿Bien? —pregunta.

Ella no contesta, pero lo mira mientras bebe. Tiene las pestañas muy unidas y parecen las puntas de una estrella de mar.

Él vuelve a poner el coche en marcha. Katy se mueve un poco más. El médico también despertará pronto. No puede seguir conduciendo. Necesita tomar una decisión, tiene que encontrar un lugar, uno donde a la policía no se le ocurra ir a buscarlo; por lo tanto, uno que no tenga relevancia para él. Algo abandonado. Necesita dormir un poco, reponer energías y pensar en la señora Whitby y el juez y en cómo atraparlos. Tiene que haber muchos lugares abandonados en Christchurch. Hay naves industriales cerradas por bancarrota. En todos los barrios habrá casas vacías de gente que ha recogido sus cosas y se ha largado. No puede parar en un parque y dormir en el coche.

Pasa por delante de una licorería, una a la que solía ir a veces, de camino a casa desde el trabajo, a comprar una botella de vino para compartirla con Lara durante la cena. Se detiene. Trata de recordar la última vez que estuvo aquí, pero no puede, no con detalle; todo lo que puede recordar son imágenes de diferentes visitas a lo largo de los años. ¿Por qué habría de recordarla? Es solo una licorería. Llevaba quince años sin pensar siquiera en este lugar. Hay cuatro coches aparcados delante. Pasa, reduce la velocidad, da media vuelta y estaciona en la calle. Todos los coches están vacíos, toda la gente está dentro de la tienda. Coge el cuchillo, sale del coche y corre al más cercano, uno morado con luces de neón y una hendidura en la puerta del pasajero. Se agacha y hunde el cuchillo en la rueda trasera; luego camina a gatas y lo hunde en la delantera. La hoja no pasa al otro lado. Luego empieza a grabar la palabra *gilipollas* en el capó. Es más difícil de lo que pensaba: no puede formar las curvas de la ese, no con las manos tan jodidas, así que va pareciendo una zeta invertida. Se rinde antes de terminarla, cuando ve que hay gente a punto de salir de la tienda.

Vuelve al volante y se marcha. Se da cuenta de que no está conduciendo tan al azar como pensaba; por eso sabía lo de la tienda de productos lácteos, por eso reconoció la licorería. Ha estado buscando la casa donde vivía cuando las cosas eran como tenían que ser. Fue vendida poco después de que él entrara en prisión. Del dinero,

no le tocó nada. La hipoteca ya era bastante grande, y lo que quedaba se fue en gastos funerarios y honorarios de abogados. Se quedó a dos velas. Todos los muebles fueron vendidos. Su ropa, sus posesiones, todo lo que tenía se vendió o se convirtió en basura, pero en aquel entonces no le importaba. Eran solo cosas. Su familia había muerto, ¿a quién le iba a importar que el televisor o su sofá favorito encontraran un nuevo hogar?

Su casa aparece a la vista, solo que ya no es su casa. La última vez que la vio, sí que lo era, pero aquella visión fue desde la parte trasera de un coche de policía. Tenía las manos esposadas a la espalda, el pelo aún húmedo de la ducha y sangre bajo las uñas. Sabía que se iría lejos, aunque pensaba que volvería. Entonces no sabía que el policía al que había golpeado estaba muerto.

El policía. Durante los primeros años, pensaba en él todo el tiempo. A veces, gritaba por la noche. Otras noches se despertaba con un sudor frío, se inclinaba y vomitaba en el suelo de la celda. En la cárcel, cuando tenía acceso a internet, solía sentarse frente al ordenador, con los dedos sobre las teclas, dispuesto a teclear el nombre de aquel policía, pero nunca lo hacía. No quería saber si tenía familia, si había dejado hijos. Era demasiado duro. Ese policía fue la razón por la que dejó de intentar suicidarse. Caleb sabía que se había ganado un castigo por lo que había hecho, como todo el mundo. Matarse quince años atrás... No, su deuda con el policía era más que eso. Le había quedado a deber el sufrimiento, pero ahora ya había tenido bastante. Al igual que Jessica, Lara y su hijo nonato, ese policía murió porque el doctor Stanton defendió al hombre equivocado.

No tiene ni idea de si las personas que viven en su casa son las que la compraron hace quince años. La valla es nueva, han pintado el tejado y el jardín no se parece en nada al de entonces. Algunos de los árboles siguen ahí, pero el otro noventa por ciento ha sido derribado y sustituido. Sin embargo, la esencia de la casa sigue siendo la misma. Hay luces encendidas en el interior. Quiere llamar a la puerta y pedir que le den permiso para echar un vistazo. Hay recuerdos encerrados entre esas paredes, pequeños momentos de su vida, días insignificantes que volverán a su memoria. Por un momento, aunque solo sea un segundo, el mundo da la impresión de estar bastante bien.

—¿Dónde estamos?

La voz de Katy lo saca de sus cavilaciones. Él se da la vuelta y la ve secarse los ojos con los nudillos, igual que hacía Jessica cuando se quedaba dormida en el coche cada vez que el trayecto duraba más de treinta minutos. La niña se inclina hacia delante y entrelaza la otra mano con la de su hermana, que sigue dormida.

—Vuelve a dormirte —le dice en voz baja.

—No estoy cansada. ¿Dónde está Melanie?

—No está aquí.

—¿Dónde está?

—Melanie era una buena chica, así que la dejé ir. No siguió hablando, se calló cuando se lo pedí y no siguió haciendo preguntas.

—¿Dónde está papá?

—Empiezas mal, Katy —dice él.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no eres muy buena para estar callada.

—Me callaré cuando sepa dónde está papá.

Pone los ojos en blanco. Jessica era igual. Siempre era más rápido responder a sus preguntas.

—Está en el maletero.

—¿Por qué?

—Porque yo no quería que estuviera contigo ahí atrás.

—¿Por qué?

—Porque no había suficiente espacio.

—Podía haberse sentado en el asiento delantero. Octavia podría estar sentada aquí atrás.

—No lo quería en el asiento delantero. Lo quería en el maletero, y ahí es donde está.

—Cabía aquí también.

—No me estás escuchando —dice él.

—¿Esa es tu casa?

Tal vez no sea más rápido así.

—¿Sabes lo que significa «guarda silencio»?

Ella asiente.

Él también asiente. Luego suspira.

—Sí, yo vivía aquí.

—¿Con tu mujer?

—Sí.

—¿Y tu hija?

—Fue hace mucho tiempo.

—Hasta que un hombre malo se los llevó. —Ella se muerde el nudillo y lo chupa durante unos segundos. Luego lo aparta, pero lo apoya en el labio inferior—. ¿Eres malo?

—Sí —dice, pero no es un monstruo.

—¿Lastimaste a Melanie?

—No.

—¿Me lo juras?

—Sí.

—¿Vas a lastimar a Octavia?

—No.

—¿Vas a hacerle daño a mi padre?

—Sí.

—Pe… Pe… Pero no puedes —dice.

Caleb quisiera sentir algo por esta niña, algo de empatía. ¿Está tan ido que no siente nada? Busca, busca de verdad, quiere que haya algo. Si le recuerda a Jessica, debe haberlo.

Solo que ya no es ese hombre.

Katy empieza a llorar tan fuerte que tiene que taparse la cara. En el maletero, Stanton comienza a dar golpes. El cabrón está despierto. Katy levanta la vista, tiene los ojos rojos, y sí, Caleb se siente mal por ella. Nada de esto es culpa de la niña. Su padre se lo ha buscado, pero ella es una herramienta, una herramienta para conseguir algo.

Sería mejor que lo recordara.

—Papá —grita.

—Cállate —dice Caleb en voz baja pero dura—. Si dices una palabra más, solo una más, voy a hacerte daño, ¿vale?

Ella se calla. Los golpes en el maletero se intensifican. Lo último que necesita es que alguien los oiga mientras conduce. Mira el cuchillo, que tiene motas de pintura morada en la punta, y lo deja en el asiento. Sale del coche y abre el maletero. Stanton sigue atado y deja de patalear contra la pared en cuanto Caleb lo mira.

—Si sigues haciendo eso —dice, repitiendo a Stanton el discurso que acaba de pronunciar unos segundos antes—, me voy a desquitar con las hijas que te quedan. Le haré a Katy lo que le hicieron a la mía. Le haré todo lo que le hicieron a la mía. Luego las cortaré en pedacitos y te los meteré por la garganta. ¿Has entendido?

El médico murmura algo durante unos segundos y luego asiente. Caleb cierra de golpe el maletero. Uno de los vecinos lo mira por la ventana. Es Derek Templeton, quince años mayor y quince años más gordo. Una vez, Caleb ayudó a Derek a instalar una cocina. Hicieron juntos la mayor parte del trabajo, pero tuvieron que encargar la encimera a profesionales. Utilizaron un montón de herramientas eléctricas y lo montaron todo a martillazos. El proceso fue un desastre, pero el resultado final quedó fantástico. Derek los invitó a *pizza* y cerveza. Se sentaron en la terraza con sus mujeres y brindaron por los buenos tiempos. En este momento, la expresión en la cara de Derek sugiere que no puede creer que lo esté viendo. Sus lentos y espasmódicos ademanes los hace sin mover los brazos; todos de lado a lado desde la muñeca. Son gestos de un hombre confundido por lo que está viendo. Caleb le devuelve el saludo. El instinto humano entra en

acción y ambos reaccionan, moviéndose como marionetas.

Caleb baja el brazo. Derek deja de saludar. Se miran fijamente desde el otro lado de la calle como pistoleros dispuestos a desenfundar el uno contra el otro. Entonces Derek desaparece y Caleb vuelve al coche.

Ni siquiera sabe por qué ha venido aquí. Una parte de él, una parte soterrada, debía ser consciente de por dónde conducía. Esperaba que la casa estuviera como la dejó, con los muebles puestos otra vez en sus lugares, todas las superficies cubiertas de polvo, los olores de los perfumes y el aroma del cuerpo de su mujer en el aire. La casa, aunque vacía, sería una invitación a regresar a una parte de su vida que desapareció hace tiempo. Cualquier parte de él que pensara que podría volver a casa no podía estar más equivocada. El pasado es el pasado, no se puede cambiar, y Caleb Cole lo sabe mejor que nadie.

Capítulo treinta y siete

Antes de que podamos decirle nada, Benson Barlow levanta la mano, como lo haría un jefe de prensa ante un equipo de noticias antes de explicar por qué su cliente fue sorprendido desnudo fuera de un restaurante de la ciudad. Se acerca a nosotros. Retrocedemos unos pasos para que la madre de Melanie y su novio puedan entrar en el despacho. Oímos cómo Erin se deshace en elogios hacia Melanie, mientras que el novio parece no saber qué decir. Casi podemos oír los abrazos apretados de la madre. No oímos nada de Melanie.

—Lo está pasando mal —nos dice Barlow—. He conseguido que hable, pero, bueno, las cosas van a ser difíciles para ella en el futuro.

—¿Qué...? —empiezo, pero él me interrumpe.

—Creo que puedo darle las respuestas. Usted quiere saber qué les dijo Cole a las niñas, quiere saber si fueron a algún otro sitio o si ella sabía a dónde más irían.

—¿Y? —pregunta Schroder.

—Ella dice que él relató una historia sobre una niña llamada Tabitha. Dice que les contó que un hombre malo llamado James le hizo daño, pero que el padre de Melanie le dijo al mundo que James estaba bien y que no haría daño a nadie más. Evidentemente, Caleb le explicó muchas cosas. Ella entiende que Tabitha fue víctima de un ataque y entiende que el agresor salió libre gracias a su padre, aunque no está segura de cómo. Sabe que ese mismo hombre mató a Jessica Cole. Dice que Caleb las hizo beber refresco de cola a ella y a Katy, que sabía raro, pero que insistió mucho en que se lo bebieran. Luego se quedaron dormidas.

—¿Por qué dejar atrás a Melanie? —pregunto.

—Aquí es donde la cosa se pone difícil —dice Barlow, y su voz titubea un poco—. Ustedes tienen hijos —empieza, pero me mira y sacude la cabeza—. Lo siento —dice—, no lo pensé.

—No pasa nada —le digo.

Hace una pausa de unos segundos. Supongo que está calculando el tiempo de espera apropiado para seguir adelante.

—Melanie me ha contado... —dice, y vuelve a hacer una pausa, esta vez para serenarse. Sonríe con una de esas sonrisas que la gente usa cuando algo es muy difícil de decir—. Según ella, hoy por la mañana Cole le dijo a su padre que las mataría a ella y a sus

hermanas. —Barlow juguetea con el cuello de la camisa. No nos mira a los ojos—. Le dijo que eso iba a suceder esta misma noche, en el matadero. Me ha contado que Caleb hablaba en voz baja para que no lo oyeran, pero que, de todos modos, ella alcanzó a oír fragmentos. Dice que su captor tenía planes de pasar todo el día fuera, pero que, por la tarde, regresó corriendo y parecía asustado. Fue entonces cuando les dio la bebida.

—Las drogó —dice Schroder.

Barlow asiente.

—Melanie empezó a sentir sueño. Supo que la habían drogado y fingió dormir. Antes de quedarse dormida de verdad, llegó a oír parte de la conversación que el captor mantuvo con su padre. Cole le dijo a Stanton que dejaría atrás a una de las hijas y que esta tendría que morir. De Stanton dependía decidir cuál.

Nos quedamos un momento con esa idea. Los tres nos ponemos en esa situación imposible de tener que elegir quién vive y quién muere. De repente, siento el estómago y el pecho muy vacíos. Me entra un sudor frío en la nuca. ¿En qué te basarías para tomar esa decisión? ¿Cómo tomarla? No se puede. Al parecer, Caleb habría amenazado con lastimar o matar a todos las niñas hasta que Stanton tomara una decisión. Una decisión imposible, incluso bajo esas circunstancias. ¿Cómo elegir?

No se puede.

Simplemente, no puedes.

Y, sin embargo, Stanton lo logró de alguna manera. Fue lo bastante fuerte como para elegir un nombre y salvar a las demás. Más fuerte de lo que yo podría haber sido; quizá más fuerte que cualquiera en esta sala. Eligió un nombre para salvar a las otras dos niñas.

Nicholas Stanton es un hombre que se desmorona.

—Melanie lloró al oír eso, pero siguió fingiendo que dormía. Cole había dicho que castigaría a la que fingiera, y ella siguió fingiendo de todos modos. Me contó que no recuerda mucho después de eso, solo que estaba muy asustada. Lo siguiente que supo fue que estaba despertando en un hospital.

—Pobre cabrón —dice Schroder.

Barlow asiente.

—Usted lo está viendo desde su propio punto de vista; claro que sí, puesto que es padre. Pero mírelo desde el punto de vista de Melanie. Ella ha puesto cada cosa en su lugar: la sangre falsa, la droga. Sabe que Cole simuló el homicidio. ¿Y qué significa todo esto? Que sabe que su padre la eligió para dejarla atrás. Sobrevivió, pero su mundo se ha desmoronado. Ella es la que su padre ha elegido para

morir.

—Maldita sea —dice Schroder—. ¿Se pondrá bien?

—¿Usted se pondría bien?

—Supongo que no.

—¿Cree que Cole les va a hacer daño a las otras niñas? —pregunto.

Mientras se lo piensa, Barlow me mira fijamente durante unos segundos. Mueve la cabeza de izquierda a derecha y viceversa.

—Es poco probable. Escribió «Lo siento» en la frente de Melanie. La niña dijo que estaba siendo malo con su padre, pero que intentaba ser amable con ella y con sus hermanas, que solo les gritaba cuando estaba bajo mucha tensión. Creo que él se siente mal por estas niñas. Pero las usará para conseguir lo que quiere.

—¿Y qué quiere? —pregunto.

Barlow se encoge de hombros.

—Si solo se tratara de matar a Stanton, ya lo habría hecho. Si solo se tratara de hacerle creer que las tres niñas están muertas, también lo habría hecho. Tiene un objetivo final, no lo dudo, solo que no tengo ni idea de cuál es ese objetivo, aparte de hacer sufrir a Stanton todo lo posible. Tal vez quiera que el doctor Stanton pruebe un poco de lo que él pasó hace tantos años, cuando perdió a su hija.

—¿Con qué fin? —pregunta Schroder.

En ese momento, Melanie sale del despacho. Da un portazo y nos mira a Barlow, a Schroder y a mí. Está llorando.

—Quiero irme a casa —dice.

—Deberías... —empieza a decir Barlow, pero Erin Stanton sale del despacho y lo interrumpe.

—Melanie... —dice Erin.

—Tú no eres mi madre —dice Melanie, mirando hacia atrás. Luego, dirigiéndose a nosotros, repite—: Quiero irme a casa. Solo que ya ni siquiera sé cuál es mi hogar.

—Melanie —dice Erin, y se agacha para abrazar a su hija.

Melanie le da la espalda a su madre. Esta solloza entre las manos y vuelve a levantarse. El novio permanece a unos pasos del despacho de Schroder, observando incómodo. Se aferra al casco, probablemente pensando que todo esto es demasiado para él.

—Quiero irme a casa.

—Pronto —dice Barlow, y la coge de la mano—. Te lo prometo. Pero, por ahora, tienes que esperar con tu madre.

—Ella nos abandonó.

—Lo siento mucho, cariño —dice Erin.

—Me cae mal.

—No digas eso, cariño —pide Erin.

—Y tampoco me gusta mi padre —dice—. Me quería muerta.

—No fue así, Melanie —dice Barlow. Intenta sonar tranquilizador.

—Sé cómo fue —dice la niña—. Él quería hacerlo lo mejor posible. No quería que muriera ninguna de nosotras, pero eligió a alguien, y esa fui yo. Soy la que menos vale.

—Ven a casa conmigo —dice Erin.

—No —dice Melanie—. Tú eres peor aún.

Erin intenta abrazar a su hija, pero Melanie se aparta.

—Ven con nosotros, Melanie —le dice.

—No creo que sea buena idea —dice Barlow—. Escuche, ¿por qué no me espera en el despacho? —le dice a Erin—. Yo volveré pronto con Melanie y hablaremos de todo esto, ¿de acuerdo?

—No necesitamos que un psíquico nos diga cómo enderezar a nuestros hijos —dice el novio.

—Es *psiquiatra,* imbécil —dice Melanie.

Hasta Erin pone los ojos en blanco ante el comentario de su novio. Después se pone a discutir con Barlow.

—Es mi hija —dice—. Sé lo que es mejor para ella. Necesita estar rodeada de su familia.

—Ahora mismo, lo que necesita es estar cerca de alguien que no la haya abandonado —dice Barlow.

—Váyase a la mierda —dice la madre.

—No querría contrariarla de esta manera —dice Barlow—, pero el hecho es que la niña se siente vulnerable y abandonada, y ahora mismo…

—Por eso tiene que venir a casa con nosotros.

—Deme más tiempo con ella —dice Barlow—. Para eso estoy aquí. Déjeme ayudar.

Erin suspira de forma exagerada, pero ella y su novio terminan por desaparecer de la oficina. Barlow le entrega a Melanie un billete de diez dólares.

—Ve y tráenos algo de la máquina expendedora —le dice—. Me muero de hambre.

—¿Qué quieres?

—Tomaré lo mismo que tú.

Ella desaparece. Barlow no sugiere que nos escondamos antes de que vuelva.

—Un dulce reencuentro —dice Schroder.

—Me ha hecho llorar —le digo—. ¿Cree que podrá ayudarla?

—¿Y usted cree que podré explicarle a una niña de once años lo zorra que es su madre por haberlas abandonado? Al mismo tiempo,

tendré que explicarle por qué su padre la eligió a ella y no a las otras. —Sacude la cabeza—. No estaría haciendo otra cosa que justificar los sentimientos de Melanie. Aun así, veré lo que puedo hacer.

—Se ha abierto mucho desde que usted llegó —dice Schroder, que señala con la cabeza la máquina expendedora—. ¿Dio alguna pista de qué pudo haber asustado a Cole para hacerlo cambiar sus planes?

—Nada. Solo relató que esta mañana el plan de su captor era matarlos por la noche en el matadero, pero que esta tarde Cole volvió corriendo y había cambiado de idea.

—Cuando encontramos el coche, estaba rodeado de periodistas —digo—. Lo habrán exhibido en las noticias. Es posible que esa sea la explicación.

—Probablemente sea adicto a las noticias —dice Barlow—. Estará tratando de averiguar lo que pueda, en un intento de mantenerse por delante. Debe saber que lo van a pillar, que es solo cuestión de tiempo.

—Si es adicto a las noticias, ¿no podríamos usar eso de alguna manera? —pregunto—. ¿Podríamos filtrar alguna información, verdadera o falsa, que lo fuerce a cometer un error o exhibirse?

—No estoy seguro —dice Barlow—. Tal vez. Pensemos en algo.

El detective Hutton se acerca y nos interrumpe.

—Acabamos de recibir un chivatazo: un testigo ha visto a Cole —dice, y luego baja la vista a su bloc de notas—. Se trata de un sujeto llamado Derek Templeton. Era vecino de Caleb Cole hace años. Ha dicho que hace unos minutos lo ha visto merodeando fuera de su antigua casa. Le dio la impresión de que estaba hablando con algo en el maletero de su coche antes de largarse de nuevo. Dice que Cole parece diferente, pero que, definitivamente, era él.

—Haz que vaya un coche patrulla a echar un vistazo. Diles que luego permanezcan allí —dice Schroder.

—Por otra parte, desde que divulgamos entre los medios el retrato y los detalles de Cole, hemos tenido unos cuantos videntes dejando mensajes.

—¿Jones?

—Entre otros. Todos dicen lo mismo: que tienen información.

—¿Dicen cuál es esa información?

—No. Pero dijeron que querían hablar con alguien que estuviera más arriba en la cadena de mando y que querrían que se les reconociera su ayuda. Algunos de ellos dijeron que no te arrepentirías de hablar con ellos. ¿Quieres llamarlos?

—¿Tú qué crees?

Hutton asiente y se aleja. Por el camino, va hurgando en sus

bolsillos en busca de algo; algo comestible, imagino.

—¿Es la casa que pertenecía a Cole? —pregunta Barlow—. ¿Puedo suponer que ya no es suya?

—Se vendió cuando lo metieron en la cárcel —contesta Schroder.

—Es poco probable que suponga una amenaza para la gente que vive ahí —dice Barlow—, pero resulta interesante. Dado que sus planes han cambiado, es muy posible que ahora mismo no tenga a dónde ir. No puede volver a ningún sitio en el que sepamos que ha estado. Quiere poder acercarse a las personas del resto de su lista —continúa Barlow.

—Entonces, ¿dónde buscamos? —pregunta Schroder.

—En lugares de su pasado, de la vida de su hija; en las escenas del crimen, en algo que tenga que ver con Whitby. La respuesta podría estar en los archivos del caso. ¿Era profesor? Entonces, prueba en su colegio. Prueba en el cementerio donde está su familia. Prueba en la casa de su infancia, en el cole de su infancia. ¿Hacía deporte? Prueba en algún parque o en un club. Jessica fue asesinada en el matadero, pero ¿qué hay del lugar donde fue secuestrada? Prueba allí. Y, por supuesto, también con la madre de James Whitby. —Antes de continuar, Barlow nos mira a los dos y nos dirige la mirada más seria que puede lanzar un hombre que se cubre la calva peinándose hacia atrás.

»Todo dependerá de lo mucho que Cole quiera hacer pagar a esa gente —dice, y luego hace una pausa—. Y de en qué momento esté dispuesto a cortar por lo sano y poner fin a su relación con el doctor Stanton. Si yo fuera un hombre de apuestas, diría que no se sentirá satisfecho hasta llegar a la madre. Después de todo, detrás de cualquier asesino en serie suele haber una madre o figura materna dominante, y la había en el caso de James Whitby. Mira lo que esa mujer le hizo a su hijo, mira en lo que lo convirtió. Esa mujer… Esa mujer —dice, y no parece saber cómo terminar.

—¿Y Ariel Chancellor? —pregunto.

—Probablemente está tratando de llegar a ella. Si la encuentras, puede que lo encuentres también a él.

—No hemos tenido suerte con ella. Hay coches patrulla buscándola desde hace tres horas —dice Schroder.

—¿Probaste con los padres? —pregunta Barlow.

Schroder me mira y yo me encojo de hombros.

—Vale la pena intentarlo —digo.

—Más que eso —dice Barlow—. Si Ariel y Jessica eran mejores amigas, entonces los padres de Ariel habrán conocido a los padres de Jessica. Quizá puedan ofrecer alguna perspectiva. Quizá tengan un

lugar en mente.

—Retrocedamos unos pasos —dice Schroder—. Las cosas todavía no cuadran bien. Aunque Cole tenga intenciones de matar a las otras niñas, no estaría haciendo lo mismo que le hicieron a él, dado que Stanton descubrirá que lo están engañando. No será lo mismo.

—No lo sabrá —dice Barlow—, porque, cuando Cole acabe con las niñas, Nicholas Stanton va a morir; de eso no tengo ninguna duda. Y tampoco me cabe duda de que, después de pasar por lo que él cree que tendrá que pasar, Nicholas estará implorando la muerte. Quiero decir, ¿quién no suplicaría morir después de haber visto eso?

—Entonces, ¿por qué no lo ha matado? Si sabe que tenemos a todos los de hace quince años bajo vigilancia, ¿por qué no acabar ahora? —pregunto.

Barlow se encoge de hombros.

—¿Quién podría decir que no lo ha hecho ya?

Es un pensamiento escalofriante.

—Eso solo quiere decir que, si no lo ha hecho ya, tiene otra cosa en mente —opino.

Barlow asiente.

—Y nadie lo sabe, excepto Caleb.

Capítulo treinta y ocho

Caleb aparca en una calle tranquila cerca de la ciudad, detrás de un coche parecido al que ha estado conduciendo, incluso en el color, y se baja. Se ciñe la chaqueta y sopla entre sus manos. Octavia, con el zumo en la mano, lo mira por la ventanilla. Katy también lo observa. Hay volutas de niebla en lo alto, solo unas pocas, alrededor de las farolas. Le lleva un minuto desenroscar cada matrícula con la navaja que ha encontrado en la guantera. Instala las viejas en el otro coche, con la esperanza de que el dueño no se dé cuenta enseguida. De su vida anterior recuerda que, cuando había que desmontar o arreglar algo, siempre había un tornillo demasiado apretado y cuya cabeza se desprendía, con lo que quedaba inservible. Si un trabajo de dos minutos exigía el uso de una herramienta, terminaba por convertirse en un calvario de treinta minutos.

Pero no esta vez. De los ocho tornillos, hasta los dos oxidados se han desenroscado sin mucho esfuerzo. Lo tomará como un presagio. ¿Por qué no? Se le deben algunos buenos augurios. El doctor permanece quieto en el maletero.

Vuelve al coche. Todo esto debería haber terminado ya. La cagó anoche. Debía haberse tomado su tiempo, tenía que haberse olvidado de ese gilipollas de la ciudad, el que pagó por Ariel, y haberse subido a su coche para ir de puerta en puerta, como un comerciante, vendiendo a los responsables de todo esto una muerte que se les debía hace tiempo.

Quería terminar todo en el matadero. Ahora bien, la realidad es que podría acabar con esto a un lado de la carretera si hiciera falta.

El juez Latham. Si tuviera que elegir a uno de los dos para dejarlo pasar, sería a él. El juez tomó una decisión sobre los hechos que se le presentaron. Creyó a los abogados defensores y al médico: merece ser castigado, y tal vez eso ocurra en otra vida.

La madre… En esto no hay elección. Tiene que llegar hasta ella, solo que conducir con el psiquiatra y sus dos hijas metidos en el coche es tentar a la suerte. El médico solo permanecerá callado durante un tiempo.

Necesita ayuda. No puede conducir hasta la casa de la madre de Whitby. No puede volver a intentar el truco de la *pizza*. Su antiguo vecino ya habrá llamado a la policía. No hay nadie en este mundo a

quien pueda recurrir.

Katy está sentada en el asiento de atrás. Sigue sin decir nada. Aprieta la boca para demostrar lo callada que está.

—Ponte el cinturón —le dice.

Él supone que ella le preguntará por qué, pero la niña hace lo que le ha pedido.

—¿Tienes frío?

Ella asiente. Caleb enciende la calefacción y apunta las rejillas de ventilación hacia la parte trasera del coche.

Quizá no sea cierto eso de que no hay nadie en este mundo para ayudarlo. Hay otra mujer. Él tenía intenciones de ir a visitarla; quería ver si estaba bien, pero nunca lo hizo. Sentía que, si la visitaba, lo único que haría sería hurgar en las costras de la vida hasta reabrir viejas heridas.

Ella es su única posibilidad.

Utiliza el móvil para buscar su dirección.

Capítulo treinta y nueve

Hay un circo mediático fuera del departamento y tengo que atravesarlo para ir a ver a los padres de Ariel Chancellor. Todos los coches de la comisaría están ocupados, así que vuelvo a utilizar el mío. Salgo por las puertas y atravieso el aluvión de preguntas y luces brillantes, luchando contra la tentación de averiguar si los periodistas funcionan bien como reductores de velocidad. Son más de las diez y la ciudad está iluminada por las farolas y las discotecas. El alcohol empieza a fluir. A medida que pasen las horas, habrá más *boy-racers* llenando las calles, adolescentes que no tienen un mejor lugar donde estar ni nada mejor que hacer, todos esclavos de la moda actual de beber todo lo posible y lo más rápido posible. Algunos ya arrojan botellas desde sus coches. Las lanzan a la calle, al paso de los peatones o de los coches que circulan en sentido contrario. Tengo que reducir la velocidad varias veces para no chocar con grupos de borrachos que salen a la calzada tambaleándose.

Me dirijo a casa y dedico cinco minutos a limpiar un poco mi encuentro con el perro. Hago una bola con los pantalones y los tiro a la basura. Me pongo unos nuevos y, cuando estoy a punto de salir por la puerta, suena mi móvil. Es el doctor Forster.

—Has faltado a la cita —dice con su voz suave. Forster es el tipo de hombre que, cuando habla, te hace sentir como si fueras su amigo. Si cantara con esa voz, las criaturas del bosque probablemente lo seguirían.

—Lo sé.

—Te he visto en las noticias. ¿Estás trabajando de nuevo?

—Lo intento.

—¿Estás trabajando en este asunto de Caleb Cole?

—Sí.

—Es horrible —dice—. ¿Cómo puede un hombre hacer todo eso? —No estoy seguro de que quiera una respuesta, así que no se la doy, y continúa—: He visto a tu mujer —me dice.

—¿Y?

—La he examinado. He pasado una hora con ella. Físicamente, está muy bien. Las enfermeras están haciendo un gran trabajo con sus ejercicios. La están cuidando.

—Lo sé —le digo—, pero ¿has notado algo?

—He pedido cita para que la traigan al hospital —dice—. Podré verla dentro de tres semanas.

—Has notado algo, ¿verdad? —Trato de que las emociones no me dominen.

—Responde a la luz intermitente —dice—. La enfermera Hamilton me ha contado que anoche se quedó en la ventana mirando las luces de la policía. Luego, en las siguientes horas, las enfermeras la encontraron allí una y otra vez, hasta que acabaron sedándola.

No sabía que había vuelto a la ventana. Mi corazón empieza a acelerarse.

—¿Y? —pregunto, porque sé que hay más. O, al menos, eso espero.

—Esta mañana, en el estanque, es posible que estuviera mirando el sol reflejarse en las ondas causadas por la brisa. Más luz parpadeante. Así que le pasé una linterna por los ojos. No respondía, pero, cuando volví a hacer la prueba, unos minutos después, sus ojos siguieron la luz.

—No había hecho eso.

—No.

Me siento.

—Es bueno, ¿verdad?

—No lo sé —dice—. Con las lesiones cerebrales siempre pasan muchas cosas. O no pasan muchas cosas. No podemos entrar ahí y echar un vistazo. A veces, el cerebro se reconfigura; otras veces, simplemente se atrofia. Ojalá que en tres semanas sepamos más.

La palabra «ojalá» es tan poco atractiva como el plazo.

—¿Tres semanas? ¿Por qué no mañana?

—Porque Bridget no es mi única paciente, Theodore. Si hubiera algún cambio, la enfermera Hamilton me lo haría saber. Es muy importante que no interpretes nada más allá de lo que ha ocurrido: sus nervios ópticos tuvieron una respuesta automática y sus ojos siguieron la luz. Estuve ahí más de una hora y repetí la prueba otras cinco veces sin lograr el mismo resultado.

—Pero las pruebas...

—Las pruebas se harán en tres semanas. Y entonces sabremos más.

—Así que hay alguna posibilidad de que...

—Theo, siempre hay alguna posibilidad. Los milagros ocurren todos los días. Pero eso es lo que son: milagros. Te enviaré los detalles de su cita.

Después de colgar, salgo a la calle sabiendo que las próximas tres semanas van a ser más lentas que los cuatro meses que pasé en la cárcel.

El viaje en coche a la casa de los Chancellor dura diez minutos. Las calles están casi vacías. Unas cuantas personas, metidas en sus chaquetas, pasean cogidas de la mano; a veces, un perro o dos van tirando de sus correas. Es solo cuestión de tiempo que la bajada de las temperaturas se traduzca en chaquetas más gruesas y paseos más cortos. Me gusta la forma en la que los perros lo miran todo, como si lo vieran por primera vez: la emoción ante un árbol, una farola, un palo que sale volando.

—Hace dos años que no vemos a mi hija —dice Harvey Chancellor después de mirar mi placa—. Casi me da miedo preguntar qué ha hecho Ariel.

—Nada —le digo. En el umbral hace frío. No me invita a entrar. Es una casa de una sola planta con un comedero para pájaros en medio del césped delantero. Hay tres gatos sentados debajo, pero ningún pájaro—. Sin embargo, quizá usted pueda ayudarnos a encontrar a alguien.

—¿A quién? ¿A Caleb Cole? Es el hombre que todos buscan. Si usted ha venido aquí, es porque sabe que lo conocíamos. Pero ya no. No tenemos cómo ayudarlo.

—¿Puedo entrar? Tal vez pueda decirnos algo que nos ayude a encontrar a Ariel o Caleb.

Asiente despacio. Tiene una espesa cabellera gris que rebota cuando mueve la cabeza de arriba abajo, algo que debe provocar la envidia de otros hombres de su edad.

—De acuerdo.

La casa es cálida. Hay muchas lámparas modernas y colores de sala de exposición. Cuando me siento en el sofá, lo único que me apetece es poner los pies en alto y echarme una siesta; una rápida, quizá seis o siete horas nada más. El señor Chancellor se sienta frente a mí. Su mujer viene y se une a él. Ambos están cerca de los sesenta años y visten otros diez por encima de su edad. La señora Chancellor cubre cada centímetro de su piel, del cuello para abajo, con una bata que parece ideal para limpiar el coche. Tiene el pelo castaño con algunas mechas grises, y la pinza que lleva de lado parece lo bastante pesada como para luxarle el cuello. Se ofrece a traerme un café y le digo que sería estupendo. La renuncia al café me ha durado casi medio día. Creo que eso está muy bien. Hay fotos de Ariel en las paredes, solo que en ninguna es la misma mujer que he visto esta mañana. Son fotos de otra Ariel, una hija de una vida diferente. En el salón hace calor. Hay una bomba de calor que expulsa aire caliente. En la tele están emitiendo un programa de crímenes. Los forenses son gente polifacética que, en una escena, manipulan microscopios para

encontrar pelos y, en otra, echan puertas abajo a patadas. La televisión no está emitiendo sonidos, así que, de momento, tienen que detener a su sospechoso en silencio.

—Ariel trabaja en la calle —dice Harvey—, desde hace mucho tiempo. Intentamos evitar que lo hiciera y conseguirle ayuda, por supuesto. Quiero decir, ¿qué padres no harían algo así? Lo digo porque, para nosotros, es importante que usted lo entienda, que no piense que abandonamos a nuestra hija. Cuanto más intentábamos evitar que saliera, peor se ponía. Solía escaparse con frecuencia; no justo después de lo de Jessica, sino un año más tarde. En unos meses, ya era una chica diferente. Perder a Jessica de esa manera la cambió. No fue hasta los trece años que empezó a culparse a sí misma. Creo que fue entonces cuando por fin comprendió lo que había pasado. Odiaba a James Whitby y se odiaba a sí misma. —Mira a su alrededor, buscando a su mujer, y me sonríe cuando parece recordar que no está —. El café no tardará mucho —dice.

Muevo la cabeza de arriba abajo sin decir nada, con ganas de que continúe. Uno de los forenses de la tele acaba de disparar a alguien. Es lo que tiene la televisión: los malos suelen acabar muriendo. Me pregunto si Caleb acabará así.

—La llevamos a terapia y no sirvió de nada. Le recetaron antidepresivos y, el día que se los dieron, se los tomó todos. La llevamos al hospital justo a tiempo. Según los médicos, unos minutos más y no habría sobrevivido. Dijeron que, tal y como estaban las cosas, había sido un milagro que sobreviviera.

Vuelvo a pensar en la palabra milagro y una parte de mí teme que los milagros en este mundo estén contados y que Ariel Chancellor haya agotado el que podría haber ido a parar a mi esposa. Es un estúpido pensamiento egoísta, pero ahí está, desenmascarado y real.

—Después se escapaba por la noche y volvía a casa borracha. Empezó a tontear con los chicos del instituto. La expulsaron a los quince años cuando, en uno de los laboratorios de ciencias, la pillaron con dos estudiantes. Se había acostado con dos a la vez por un puñado de calderilla. La metimos en otro instituto y, dos semanas después, volvió a ocurrir lo mismo. Cada vez se escapaba más y, cuando la volvíamos a encontrar, estaba más colocada que la vez anterior. Cumplió diecisiete años y, desde entonces, apenas hemos vuelto a verla.

Me ha soltado su discurso y lo ha hecho con toda sinceridad; tanta como la que puede exhibir un hombre que ha perdido la vergüenza después de haber contado lo mismo un montón de veces. No es que se avergüence de lo que ha hecho su hija —una víctima de un crimen, a

fin de cuentas—, pero sí, tal vez, del hecho de no haber podido ayudarla. No parece decepcionado, no parece disgustado, solo acepta que la vida le ha salido así.

—Él solía escribirle —dice—. Caleb, desde la cárcel.

—¿Escribirle sobre qué?

—Sobre cuánto la quería y cuánto la odiaba. Sobre la vida en prisión, sobre su hija, sobre el hijo que nunca tuvo, sobre su mujer.

—¿Todavía tiene las cartas?

El padre asiente con la cabeza.

—Queríamos tirarlas, pero siempre pensamos que algún día llegarían a hacernos falta.

Su mujer vuelve a la habitación. Trae una bandeja con tres tazas. Se pone al día de la charla.

—Voy a por las cartas, ¿quieres? —dice ella.

—Creo que están en el armario —dice él—, en el estante de arriba, detrás de los rompecabezas.

—Están en la habitación de invitados —dice ella—, debajo de la cama, en una caja. —Deja la bandeja en la mesita y vuelve a salir.

Harvey pone los ojos en blanco y se encoge de hombros.

—Por eso es tan importante estar casado a esta edad —comenta.

Digo que sí con la cabeza. Yo también estaré casado a su edad, y hasta hoy pensaba que Bridget nunca sería capaz de decirme dónde dejé mi camiseta favorita... Pero quizá no sea el caso.

—Veo que sabe a lo que me refiero —dice, y suelta una breve carcajada.

—¿Perdone?

—Estaba sonriendo —comenta.

—Hábleme de las cartas.

—Al principio estaban bien —explica—. En ellas, Caleb dice cuánto lamenta que Ariel pasara por lo que pasó y cómo agradece que no hubieran muerto las dos. Luego fueron de enfado. Tan disgustado estaba que me sorprendió que le permitieran enviar esas cartas. Presenté una queja y en la cárcel me dijeron que no podían hacer nada, porque él estaba enviando las cartas sin que ellos pudieran examinarlas. Dijeron que eso ocurría todo el tiempo: que los reclusos entregaban el correo a quien estuviera por recibir la visita de un familiar y que, además, era una violación de sus derechos quitarles la posibilidad de escribir. ¿Se lo puede creer? ¿Un tipo le escribe a mi hija sobre cómo desearía que la hubieran violado y asesinado a ella en lugar de a su propia hija y las autoridades penitenciarias dicen que es él quien tiene derechos?

Doy un respingo al oír esas palabras.

—¿Eso es lo que Caleb le escribía?

—Y peores cosas, déjeme decirle —exclama. Mientras habla, hace un leve movimiento de cabeza, y ese leve movimiento es suficiente para que las palabras salgan más rápido—. Las cartas fueron cambiando de tono. Una llegaba y decía que no culpaba a Ariel en lo más mínimo. Entonces llegaba otra en la que la llamaba zorra y la culpaba de que su hija hubiera muerto. Le decía que, si hubiera sido una buena amiga, no se habría escapado, no la habría dejado allí. Y lo peor... Bueno, lo peor es que seguíamos leyéndolas. Sinceramente, no sabría decirle por qué.

—Supongo que Ariel nunca vio las cartas.

—No —contesta.

La señora Chancellor trae las cartas y se las entrega a su esposo. Unidas por una goma elástica, forman una pila gorda, con las esquinas y los bordes descoloridos y retorcidos. El café aún está demasiado caliente para cogerlo. Saco la carta de arriba. La letra de Cole apenas es legible.

—Es por sus dedos rotos —dice Chancellor, señalando las cartas con la cabeza.

Caleb hizo una mueca de dolor cuando le di la mano en el cementerio, después de que arrancase su coche. Al día siguiente, esas mismas manos encontraron fuerzas para apretarme la garganta.

—Antes de que pasara todo esto, ¿usted lo conocía bien?

Se encoge ligeramente de hombros. A Harvey Chancellor le encantan los gestos leves. La pequeña inclinación de cabeza, el pequeño encogimiento de hombros, la risa breve. Espero, por el bien de su mujer, que se lo compense de otras maneras.

—Los conocíamos, a él y a su mujer. Nos conocimos porque las niñas eran mejores amigas. Ya sabe cómo es esto: cuando los niños crecen juntos, llegas a conocer a sus padres. Caleb era un buen tipo. Me caía bien. No llegué a conocerlo mucho, pero lo veíamos en fiestas de cumpleaños y actos escolares. Por supuesto, cada fin de semana, uno de nosotros llevaba a una de las niñas a casa de la otra para que jugaran. Él amaba a su familia, de eso no hay duda. Tenían planes: iban a tener otro bebé, lo recuerdo. Su mujer, Dios, era un encanto.

—Realmente encantadora —dice la señora Chancellor, que está sentada junto a Harvey, en el reposabrazos del sofá—. Y también impresionante. Una auténtica belleza. Nunca tuvo nada malo que decir sobre ninguno de los otros padres o alumnos y, desde luego, tuvo muchas oportunidades de hacerlo. Algunos chicos son unos auténticos mierdas; con perdón —añade—, pero es verdad. ¿Ha conocido alguna vez a una pareja tan feliz, tan profundamente enamorada que le deje

la sensación de que no han peleado ni un solo día de su vida? Los matrimonios siempre cuestan trabajo —dice. Baja la mirada hacia mi mano y ve mi alianza—, y estoy segura de que usted lo sabe —añade, aunque no tiene ni idea de cuánto trabajo ha costado mi matrimonio —, pero ellos parecían no haber peleado nunca.

»Es algo raro. Si usted le contara a alguien algo así, le diría que se equivoca, que ningún matrimonio puede ser así, pero le juro que el de ellos sí lo era. El Caleb que conocimos en esos años murió en ese entonces, igual que la esposa y la hija. El hombre que escribió esas cartas no es nadie que hayamos conocido. Es un extraño y un monstruo, y rezamos por él, detective. Ambos rezamos por él.

—Esa gente que ha matado —dice Harvey—, ¿por qué a ellos? ¿Quiénes son?

Le digo los nombres.

—No reconozco ninguno —dice.

—¿Deberíamos? —pregunta la esposa.

—Uno era el abogado de Whitby —digo—. Otro era el presidente del jurado. Uno más era un testigo de la defensa. El otro creemos que es alguien a quien su hija conocía a nivel profesional. Y el doctor Stanton es el hombre que dijo que James Whitby podía curarse.

Harvey palidece.

—Esas pobres niñas —dice la señora Chancellor—. Deben estar muertas de miedo. En las noticias dijeron que una de ellas fue encontrada en buen estado, ¿es cierto?

—Lo es —le respondo, pero miro a Harvey, que parece físicamente enfermo, como si todos los huesos de su cuerpo se hubieran envenenado.

Él se fija en mí, hace un leve gesto de tragar saliva y luego dice:

—No sé dónde está Ariel ni tengo idea de dónde podría estar Caleb.

—Caleb la está buscando —les digo—. Si encontráramos a Ariel, podríamos encontrar a Caleb.

—Usted podría pensar que la hemos abandonado —dice la señora Chancellor—, porque la dejamos trabajar en la calle, pero no es cierto. La queremos y, si pudiéramos traerla a casa, lo haríamos.

—Se va a morir en las calles —dice Harvey, y se le quiebra un poco la voz. Por primera vez, muestra verdaderas emociones hacia su hija. Una parte de él debe seguir viéndola como la niña de las fotos de las paredes—. No… —empieza a decir, pero se atraganta, aunque, en el estilo personal de Harvey Chancellor, solo se atraganta un poco—, no lo dudo.

Su mujer le lanza una mirada, una mirada que dice muchas cosas:

le dice que lo quiere, que se siente mal por él, que desearía que no pensara así, aunque ambos lo hagan.

—Cuando la encuentre, dígale que venga a casa, ¿quiere? —pide la señora Chancellor, que no ha dejado de mirar a su marido.

—Haré lo que pueda.

—Lo acompaño —dice Harvey, y todos nos ponemos en pie.

Cuando salgo, me sigue y cierra la puerta. Entonces me vuelvo hacia él.

—Uno de esos nombres no le ha sentado bien, Harvey. ¿Por qué no me dice lo que no pudo decir delante de su mujer?

—Escuche —empieza a hablar, pero luego no dice nada. Me quedo con los sonidos nocturnos y el de un coche que pasa por una calle a lo lejos. En algún lugar corre agua y en algún lugar alguien da un portazo. Dejo que luche con lo que tiene que decir, pero sé que, si no lo consigue, tendré que sacárselo a la fuerza.

—Lo escucho —le digo, después de que hayan pasado unos largos diez segundos.

—El caso es que, en los últimos años, lo he visto a usted en las noticias —dice, y me pregunto a dónde irá esto y si voy a tener que defenderme—. Han muerto dos asesinos en serie y usted ha estado con los dos en el momento de su muerte. El hombre que mató a su hija desapareció.

—Huyó del país —le digo.

—No intento acusarlo de nada —continúa—. Lo que quiero decir es que tengo la impresión de que usted es el tipo de hombre que hace lo correcto, aunque no necesariamente lo legal. ¿Estoy en lo cierto?

—¿A dónde quiere llegar?

—Responda a mi pregunta, hijo —dice.

Me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración. La suelto con un resoplido.

—Señor Chancellor, Harvey, si tiene algo que...

—Solo responda mi pregunta, hijo, y esto irá mucho más rápido.

—Lo correcto.

—¿Siempre?

—Ya le he contestado. Ahora, ¿qué es lo que quiere decir?

—Hay otra carta.

—¿Qué?

Chancellor asiente mientras habla, solo que ahora el gesto es mucho más acusado.

—Caleb le escribió otra carta a mi hija.

—¿Qué tipo de carta?

—Fue hace seis, quizá siete años. Mi mujer no lo sabe. Nadie lo

sabe. En ella hay algo que yo debería haber llevado a la policía, pero no quería que nadie más resultara herido.

—¿Quién?

—Si le enseño la carta, ¿tengo su palabra de que solo la usará para intentar encontrar a Caleb, nada más?

—No puedo prometer nada así antes de verla —le digo.

—Entonces, olvide lo que he dicho —dice. Se acerca de nuevo a la puerta, pero no se da la vuelta—. Y, antes de que me amenace, no tengo la carta. La tiré y no recuerdo qué decía, y, para cuando usted se ponga a buscarla, ya será jodidamente tarde.

—Las vidas de dos niñas están en juego —le recuerdo—. Una tiene ocho años y la otra, solo uno.

—Lo sé. Y también está en juego el futuro de otra niña. No digo esto a la ligera, detective. No tiene ni idea de cuántas vueltas le he dado a esto en mi cabeza a lo largo de los años, y siempre me he decidido por alguna respuesta, solo para volver a hacerme la misma pregunta justo cuando me creía cómodo con la respuesta anterior. Solo dese prisa y deme su palabra, y entonces podrá ir a salvarlas.

No sé qué hay en la carta, pero sí sé que no me iré de aquí sin ella.

—Vale, se lo prometo, esto queda entre usted y yo. —Me mira fijamente y no dice nada—. Lo digo en serio. Le prometo que quedará entre usted y yo.

—Espere aquí.

Desaparece. Me quedo de pie en el umbral, cada vez con más frío. Pasan unos minutos. Sin duda, ha creído que la carta está en un sitio cuando está en otro. Camino de arriba abajo desde la calle hasta la puerta. Tengo frío en las manos y los pies. Si en el coche hiciera más calor que aquí fuera, me sentaría a esperar. En lugar de eso, me siento en el escalón y empiezo a inspeccionar las cartas que me ha dado. Son difíciles de leer, porque no puedo enfocarlas correctamente. La letra parece un poco borrosa hasta que sostengo el papel lejos de mi cara, como hacía mi padre antes de tener gafas.

Las cartas son tal como las ha descrito Harvey. La primera está fechada tres meses después de que Cole fuera condenado a prisión. En ella le dice a Ariel que es una niña valiente, debido a lo que ha tenido que sufrir, y que está orgulloso de ella por haber corrido a casa y logrado que su madre llamara a la policía. La segunda es casi una repetición de la primera, solo que en esta desearía que Ariel hubiera corrido más deprisa o se hubiera metido en la primera casa que vio, en lugar de esperar a llegar a la suya.

La tercera describe cómo es estar en la cárcel. La experiencia de Caleb ha sido muy diferente a la mía. Estábamos en diferentes partes

de la prisión: yo, en un pabellón de alto riesgo, con pedófilos y otros presos que llevaban dianas en la espalda; en cambio, él estaba en un pabellón de alta violencia, porque era un asesino de policías. No es hasta la cuarta carta cuando cambia de tono. Le pregunta a Ariel qué llevaba puesto ese día, con quién había estado flirteando y por qué había provocado al agresor, para luego desviarlo huyendo y dejando atrás a Jessica. Hay mucho odio y rabia en esas palabras; los señores Chancellor tenían todo el derecho a quejarse ante las autoridades de la prisión. En la siguiente misiva la perdona, solo para cambiar de opinión una carta más adelante. La cárcel le daba mucho tiempo para pensar. Lo estaba volviendo loco.

La llama ángel. Zorra. Princesa. Puta.

Harvey Chancellor abre por fin la puerta detrás de mí. Me levanto y él me entrega la carta junto con un recordatorio de lo que le he prometido.

—¿Qué hay aquí? —le pregunto.

—Victoria Brown —me dice—. Hoy hemos oído el nombre en la televisión y no significaba nada. En cambio, su trabajo sí que significaba algo. Él no la menciona por su nombre, pero está ahí —dice, y señala la carta con la cabeza—. Escribió esta carta después de que la mujer sufriera aquella agresión.

—¿Y no le dijo nada a la policía?

—No, no fui a la policía, detective —dice, y parece cabreado conmigo—, porque la persona que lo hizo… Ella también era inocente. Ella no ha pedido nada de esto. Y usted cree en escarmientos, ¿no? Eso es lo que le estoy diciendo, y por eso va a cumplir su promesa.

—¿Por qué? —pregunto, mirando el sobre.

—Porque la persona que dejó en coma a Victoria Brown —dice— es la niña con la que empezó todo esto: Tabitha Jenkins.

Capítulo cuarenta

La puerta se abre y Tabitha Jenkins sonríe a Caleb. Han pasado siete años desde que la vio por primera y única vez.

Se ha teñido el pelo. Antes era rubia, ahora lo tiene castaño oscuro. El estilo sigue siendo el mismo, y le queda bien. Como el pelo le cuelga a un lado de la cara, Caleb no sabe si aún tiene la cicatriz que le hizo Whitby. También está bronceada por los días de verano que ha pasado al sol, quizá trabajando en el jardín, ya que el patio está lleno de plantas bien cuidadas. Lleva unos vaqueros desgastados y una camiseta ajustada. Aquella niña que hace tantos años lo visitó en la cárcel ha crecido.

Por su parte, ella, al menos al principio, no sabe quién es él. Caleb se da cuenta de que Tabitha cree que está frente a un completo desconocido. La sonrisa que tenía en la cara al abrir la puerta sigue ahí, y se ensancha cuando mira a Katy, y se ensancha aún más cuando mira a Octavia, que duerme otra vez, apoyada en el pecho de Caleb. La cabeza de la pequeña reposa en el hombro de su captor, quien la sujeta pasándole el brazo por debajo. Él lleva colgada del hombro una bolsa con pañales y toallitas. Luego, la sonrisa vacila cuando Tabitha vuelve a poner su atención en Caleb.

—¿En qué puedo ayudarlo? —empieza. Sus palabras se convierten en niebla, pero, de repente, todo le viene a la cabeza. Caleb lo nota al ver cómo los ojos de la chica se agrandan. Una mujer así, habiendo pasado por lo que ella pasó... Le sorprende que haya abierto la puerta siquiera.

—Hola, Tabitha.

—¿Caleb?

Él asiente con la cabeza.

—Necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —El rostro de Tabitha pasa por una miríada de emociones antes de establecerse en la confusión—. ¿Cuándo has salido de la cárcel?

—Hace un tiempo. Solo necesito hablar contigo —dice.

—Tengo hambre —dice Katy—. Y frío. ¿Podemos entrar?

Tabitha se agacha delante de Katy y sonríe. Octavia murmura algo en el cuello de Caleb, y él alcanza a sentir que una línea de baba toca su piel, pero la pequeña no se despierta.

—Me llamo Tabitha —dice—, ¿cómo te llamas?
—Katy, con y —dice Katy.
—Vaya, ¿la y va al principio?
—¡No, boba, al final!
—Encantada de conocerte, Katy con y al final —dice ella, y le ofrece la mano.
Katy con y se la coge.
—Tengo miedo —dice la niña.
—¿Miedo? ¿De mí? No tienes por qué tenerme miedo.
—Le tengo miedo a él —dice Katy, y señala a Caleb. La sonrisa de Tabitha desaparece—. No sé dónde está Melanie y mi padre está encerrado en el coche y... y necesito hacer pis —dice Katy, que cruza las piernas y se mueve hacia arriba y hacia abajo—. Me urge.
Tabitha se vuelve a levantar.
—Caleb, ¿de qué habla la niña?
—¿No has visto las noticias? —pregunta él.
Ella menea la cabeza.
—Me he propuesto no ver nunca las noticias. Nunca. ¿Por qué? ¿Quiénes son estas niñas?
—Nos ha secuestrado —dice Katy—, y de verdad de verdad que necesito hacer pis.
—El baño está por ahí, cariño —dice Tabitha. Se hace a un lado y Katy desaparece por el pasillo. Ambos la ven desaparecer. Luego, Tabitha se vuelve enseguida hacia Caleb—. ¿De qué demonios está hablando?
—¿Podemos entrar?
—No. ¿Has secuestrado a estas niñas?
—No les he hecho daño.
—Caleb...
—Son las hijas del doctor Stanton.
—¿Quién?
—El doctor Stanton...
—Sé quién es el doctor Stanton —dice ella—. ¿Dónde está?
—En el maletero.
—Dios mío —dice—. ¿Qué estás haciendo?
—Estoy castigando a los que nos hicieron daño.
—¿Nos?
—A la gente que no te defendió —dice—. A la gente que dejó morir a Jessica.
—¿De qué estás hablando?
Entonces le habla del abogado, del profesor, del presidente del jurado. Le habla de Victoria Brown. Tabitha empieza a temblar. Él le

cuenta que ha llevado a las niñas al matadero y que ha dejado a una de ellas atrás.

—Dios mío —exclama Tabitha, cuando Caleb termina.

—Esa gente mató a Jessica —dice.

—No, Caleb, ellos no la mataron. James Whitby mató a tu hija. Esa gente, estas niñas...

—Por favor, Tabitha, entremos. Deja que te lo explique.

—No, no, no puedes estar aquí.

—Por favor.

—Déjame pensar —dice. Se lleva la mano a la cara. Después de unos segundos, empieza a asentir—. Te escucharé —dice—, pero solo si dejas a las niñas conmigo.

—Vale. —Sabe que no será la última vez que mienta hoy.

Ella lo conduce al salón. Es un lugar agradable. Los muebles también. No son caros, pero son acogedores. Hay muchas fotos en las paredes, muchas más de las que tiene Ariel, y estas están enmarcadas. Hay montones de fotos familiares, muchas con amigos, sonrisas en todas. En ninguna aparece con ningún hombre en actitud íntima, pero hay numerosas tomas en las que está con otra mujer. Se abrazan en algunas; en otras se cogen de la mano y sonríen a la cámara. El rostro de Tabitha, en todas las imágenes, se desvía ligeramente de la cámara en un intento por ocultar la cicatriz.

Él no entiende nada. ¿Cómo puede ser tan normal?

¿Cómo puede haber sido tan feliz a lo largo de los años?

Acuesta a Octavia en el sofá color granate. Los ojos de la bebé siguen cerrados.

—Deja que le traiga una manta —dice ella. Se inclina detrás del sofá, coge una manta de lana y se dispone a tapar a la niña.

—¿Primero podrías cambiarle el pañal? —pregunta él, mientras deja la bolsa en el suelo.

—¿Qué?

—El pañal. Está mojado.

—¿Por qué no lo haces tú?

—No se me da muy bien.

—¿Qué te hace pensar que a mí sí?

—Porque...

—¿Porque qué? ¿Porque soy mujer?

—Sí.

—Vale —dice, y abre la bolsa. Deja la manta en el suelo y desabrocha el pañal.

—Pareces tan normal... —dice—. ¿Lo has superado?

—Sí —contesta ella.

—¿Cómo es posible que hayas olvidado lo que te pasó?

—No lo he olvidado —alega, elevando la voz por primera vez—. Ahora forma parte de mí. —Levanta la mano y traza la línea de su cicatriz. Se echa el pelo hacia atrás en el proceso. James Whitby le hizo eso de un solo tajo. Empieza a un lado de la oreja izquierda y pasa alrededor de la mandíbula y bajo la barbilla. Como si apenas se diera cuenta de que se la está tocando, baja la mano con rapidez—. Ayudo a otros —continúa—, a otras mujeres y niños que han pasado por cosas parecidas. Soy asesora de crisis por violación. Sé por lo que han pasado las mujeres. Me identifico con ellas y puedo ayudarlas.

—¿Te rodeas del dolor ajeno?

—¿Recuerdas lo que me dijiste en la cárcel? —pregunta ella, mientras mete el pañal usado en una bolsa de plástico. Luego limpia a la bebé y tira la toallita junto con el pañal antes de cerrar la bolsa. Pone el recambio—. ¿Y bien?

Él asiente con la cabeza. Lo recuerda todo. Era la primera visita que recibía en mucho tiempo y fue la última. Sus padres lo habían visitado con regularidad; luego, con menos regularidad, y, después, la muerte hizo que las cosas fueran permanentes. Sus amigos también lo habían visitado con regularidad al principio, hasta que todo se volvió demasiado incómodo. Hace siete años, uno de los guardias vino a buscarlo. Le dijo que alguien quería verlo. Caleb supuso que sería un periodista, quizá alguien que estaba escribiendo un libro. O un abogado que venía a decirle algo que no querría oír. Solo perdería unos minutos, y había peores formas de perder el tiempo en la cárcel.

—Me dijiste que le debía a Jessica vivir por las dos —dice—, que tenía que experimentar el doble, hacer todas las cosas que ella nunca sería capaz de hacer. Me dijiste que tenía que ser buena con la gente. Ayudar a la gente.

—¿Y recuerdas por qué viniste a verme? —pregunta.

—Por supuesto que sí.

—Dímelo, entonces.

—¿Para qué? ¿Qué sentido tiene?

—Porque quiero oírtelo decir. Quiero que recuerdes que estamos del mismo lado. —Ella niega con la cabeza. Coloca el pañal, lo ajusta y tiende a Octavia en el sofá. Le echa la manta encima y se la ajusta bajo la barbilla—. Quiero que recuerdes que estuviste a punto de tirar tu vida por la borda por un accidente que...

—No fue un accidente —dice Tabitha.

En la cárcel, ella le había contado que no recordaba mucho de lo sucedido cuando Whitby se la llevó, que los médicos le decían que había reprimido los recuerdos y que algún día volverían. Él le dijo

que, en realidad, los médicos no sabían de lo que hablaban, que, si lo supieran, Jessica seguiría viva. Tabitha estuvo de acuerdo y él se alegró de que ella estuviera de acuerdo. Le cayó bien. Entonces ella le contó que una semana antes había ido de compras al centro comercial con una amiga. Fue al baño y vio a Victoria Brown, que estaba delante del espejo, arreglándose el maquillaje. No había nadie más en el baño. Ni siquiera se lo pensó; actuó, simplemente. Se situó detrás de Victoria Brown y, con todas sus fuerzas, empujó a la abogada hasta hacerla dar de cabeza contra el espejo. A Caleb le cayó aún mejor entonces. Tabitha se sentía mal por lo que había hecho. Nunca tuvo la intención de dejar a esa mujer en coma. Nunca tuvo la intención de nada. Ni siquiera sabía de dónde había salido tanta rabia. Caleb y ella estuvieron de acuerdo en que los médicos tenían razón: que, en aquel momento, el dolor de lo ocurrido había vuelto.

Él le dijo que no se sintiera mal. La chica le reveló que sí se sentía mal. Iría a la policía. Caleb alegó que entregarse no ayudaría a Victoria. Dijo que Tabitha había hecho algo bueno al impedir que alguien ganara dinero defendiendo a violadores de niños, que su propio encarcelamiento no lograría que Victoria despertara del coma. «Estarás tirando tu vida por la borda», le dijo, a lo que ella contestó que no le importaba. Él le creyó, pero también sabía por experiencia que ella no entendía de verdad lo que significaba tirar su vida por la borda.

—Por aquel entonces… —empieza a decir, y, por un momento, Caleb vuelve a la cárcel, con sus fríos muros. El día de la visita, ella se sentó frente a él sin decir nada y él dijo una palabra por cada palabra de ella. No era un silencio extraño. Ella sonrió y su rostro cambió. Era una sonrisa triste, pero en el movimiento de la carne y la piel desapareció la cicatriz, y entonces le pareció guapa. No había duda de que era guapa. Dijo algo que hizo que Caleb, por primera vez, se sintiera menos solo—. Me diste las gracias por lo que había hecho —dijo—. Me diste las gracias por haber matado a James Whitby. Si aún estuviera vivo, ¿querrías que lo matara?

—No.

—No te creo.

—Mis padres eran fuertes. Me cuidaron y me consiguieron la ayuda que necesitaba. Ahora devuelvo esa ayuda a los demás. Ojalá hubieras sido fuerte por tu familia.

—Fui fuerte. Hice lo que nadie estaba dispuesto a hacer. Y esa fuerza os ayudó a ti y a tu familia a seguir adelante.

—Eso no es fuerza. Mira a dónde te ha llevado. Podrías haber seguido adelante con tu familia.

—¿Seguir adelante? Mi hija fue asesinada. La gente no supera esas cosas.

—No me refería a eso —dice—. Pero algunos lo afrontan. Algunos mejor que otros. No olvidas lo que pasó, pero, con el tiempo, puedes seguir teniendo una vida normal.

—Una vida normal —dice, y eso es todo lo que siempre ha querido. La normalidad se esfuma cuando alguien te llama para decirte que tu hija ha desaparecido.

—A, b, d, b, d, f, c —dice Katy. Los mira desde el pasillo, con media cara asomando por el borde de la puerta. Cuando ve que se fijan en ella, entra en la habitación—. Es una casa bonita, pero más pequeña que la mía. ¿Tienes galletas?

—Tenemos algunas —dice Tabitha.

—¿De chocolate?

—Sí.

—Me gustan las de chocolate, pero papá no nos deja comerlas mucho.

—Tu padre es un hombre sabio —dice Tabitha.

—No tan sabio —dice Caleb.

Tabitha le lanza otra mirada furiosa y él se da cuenta de que, si ella continúa a ese ritmo, se quedará sin formas de mostrarle su enfado. La chica recoge la bolsa de plástico con el pañal, coge a Katy de la mano y se la lleva a la cocina. Tira la bolsa a la basura, se lava las manos, saca de la despensa un paquete de galletas y lo abre. Le ofrece una galleta a Katy y otra a Caleb. Él la rechaza.

—¿Hay algún juguete aquí? —pregunta Katy.

—Hay algunos peluches en mi habitación. ¿Por qué no vas allí y juegas con ellos?

Katy desaparece y Caleb y Tabitha van al comedor. Él se apoya en la pared y ella, en la mesa. Él mira una de las fotos que tiene al lado.

—¿Tienes novia? —pregunta.

—¿Qué tiene eso que ver?

—¿Está aquí?

—No, pero volverá pronto. ¿Qué planeas hacer con las niñas?

—Nada.

—¿Vas a matar a su padre?

—No.

—¿No? —exclama ella, con media docena de arrugas en la frente. No cree haber oído nunca a nadie sonar tan inverosímil.

—He matado a cuatro personas en los últimos dos días —dice, y ella se estremece—. No tengo por qué mentir.

—¿Cuatro?

—Hubo otro anoche.
—¿Quién?
—Nadie importante.
—Seguro que era importante para alguien.
—No para mí —dice.
—Debió ser lo bastante importante como para que lo mataras.
Y tiene razón.
—Si no vas a matar al psiquiatra, ¿para qué lo quieres?
Se encoge de hombros.
—Quiero que Stanton camine en mis zapatos durante un tiempo. Quiero que sepa lo que se siente al perder a una hija.
—Así que vas a hacerles daño a sus hijas.
—No.
—No lo entiendo.
—Pensará que les he hecho daño, nada más.
—Así que la niña que dejaste en el matadero, ¿él cree que la lastimaste?
—Sí.
El ceño de Tabitha se frunce aún más.
—¿Cree que está muerta?
—Sí.
—¡Dios mío, Caleb! Eso es horrible. ¿Eso significa caminar en tus zapatos?
—Sí —dice—, y, sin duda, será mejor que lo que le pasó a Jessica.
—¿Así que necesitas a Katy y a Octavia para seguir exponiendo tu punto de vista, pero piensas dejarlas ir y piensas dejarlo ir a él también?
—Sí.
Tabitha se sienta a la mesa del comedor.
—Esto es una locura, te das cuenta, ¿verdad?
—Es lo que había que hacer.
—Has matado a cuatro personas.
—Eran malas personas.
—Eran buenas personas que hacían lo que creían correcto —afirma ella—. Necesitamos gente así para aportar equilibrio a este mundo.
—Si creyeras eso, nunca habrías dejado a Victoria Brown en coma.
Ella deja caer la cabeza y dirige sus palabras a la mesa.
—He cambiado desde entonces.
Caleb se le acerca, apoya las palmas en el lado opuesto de la mesa y se inclina hacia delante.
—Ahora ayudas a la gente, y eso es admirable. Es momento de que

me ayudes.

—¿Con qué?

—Puedes empezar por recuperar algo de ese odio hacia la señora Whitby. Quiero que me ayudes a llegar hasta ella —dice él. Sabe que Tabitha nunca estará de acuerdo, pero no ha venido aquí por eso. Ha venido porque necesita un lugar donde quedarse. Por ahora, sin embargo, solo quiere que la chica se ponga de su lado. Y una cosa que ha aprendido en la vida es que, a veces, si pides más de lo que quieres, puede que consigas lo que buscas.

—¿Que te ayude a qué?

—La policía la está vigilando. No puedo acercarme a ella. Pero tú sí puedes.

—¿Quieres que ataque a la señora Whitby? ¿Que intente matarla? ¿Es eso lo que quieres?

—Sí —dice, consciente de cómo suena eso.

—Y por eso pasaré diez o veinte años en la cárcel.

—No, eso no ocurrirá. Me aseguraré de ello.

—¿Cómo?

—Les dirás que yo te he obligado a hacerlo.

—¿Y cómo vas a obligarme?

—Fácil. Diles que estaba amenazando a las niñas.

Ella lo mira tan fijamente que él retira las manos de la mesa y se endereza.

—¿Estás...? ¿Estás amenazando a estas niñas?

—No, claro que no.

—No voy a ayudarte, Caleb —dice.

Él asiente con la cabeza.

—Entonces, te pido que nos dejes quedarnos aquí. Puede que sean uno o dos días, pero la investigación se ralentizará y la policía bajará la guardia. Cuando eso suceda, podré llegar hasta la señora Whitby. Pero esta noche y mañana no tendré la menor oportunidad, y no tengo otro sitio a donde ir. Por favor, Tabitha, estoy desesperado.

—No puedes quedarte aquí. En cualquier caso, Wendy llegará pronto a casa ¿y qué voy a decirle?

—Dile la verdad. Dile que es algo que tienes que hacer, que me lo debes por no decirle a la policía que fuiste tú quien dejó en coma a Victoria Brown.

—Debí habérselo dicho yo misma.

—Pero no lo hiciste. Sería horrible que se enteraran ahora.

Ella lo mira. Capta la amenaza implícita, y, de repente, él se siente mal por haber dicho eso. Caleb levanta la mano.

—No quería decir que vaya a decírselo —dice.

—Mientras yo te ayude.

—No, pase lo que pase, nunca se lo diré. Eres la única persona que ha defendido lo correcto.

—No puedes quedarte aquí, Caleb —dice ella—. Y tendría que haber ido a la policía entonces.

—En ese caso, esta vida —dice, extendiendo los brazos— no sería la tuya. Tu novia estaría con otra, aparecería en fotos colgadas en la pared de otra mujer. La gente que hoy busca ayuda en ti se iría a otra parte y quizá no tendrían a nadie que se preocupara por ellos de la misma manera que tú. ¿Vas a dar la espalda a la gente a la que ayudas? ¿Eso quieres?

—Lo que quiero es que te vayas, y que te vayas solo. —Se levanta de la mesa y se acerca a él—. Las demás pueden quedarse.

—No.

—Por favor, Caleb —dice ella. Extiende la mano y se la pone en el brazo.

Este gesto retrotrae a Caleb a aquel día en la cárcel, cuando Tabitha lloró después de que él le dijera que ella también tenía que vivir por Jessica. Caleb le puso una mano en el hombro, pero un guardia se acercó a romper el contacto físico y él le dio un empellón. La caída del guardia dio a Caleb cinco segundos para abrazar a Tabitha. Y ella le devolvió el abrazo. Fue increíble. La chica prometió que siempre recordaría a Jessica y honraría ese recuerdo. Entonces llegaron dos guardias a separarlos. A él lo obligaron a volver a su celda. Cuando estuvieron ahí, lo golpearon. Le rompieron una costilla.

Él quedó agradecido por la visita de Tabitha.

Ella nunca volvió.

El contacto físico lo relaja. No se siente tan solo.

—No puedes seguir así. Esto te matará.

—Ese es el plan.

—¿Qué?

—Nada.

Ella aparta la mano y se la lleva a la boca.

—Dios mío, no quieres vivir con esto, ¿verdad?

Puede oír a Octavia roncando suavemente en el salón. Katy está en el pasillo mirándolos, con la galleta en la mano. La golosina tiene una marca de mordisco, pero la niña no está masticando, sino inmóvil, escuchando. Él se pregunta qué parte de la conversación ha escuchado. No puede dejar que la niña hable con su padre.

—Mi única razón para seguir viviendo es la justicia. Cuando la consiga, ya no me quedará nada.

—¿Te vas a suicidar?

—No. Por supuesto que no.

—Entonces, ¿qué?

—No importa.

—A mí me importa.

—No puedo volver a la cárcel.

—Hay circunstancias detrás de lo que has hecho. Puedes alegar locura temporal, puedes...

—No —dice—. La última vez también hubo circunstancias.

—Caleb...

—No voy a suicidarme —dice.

—¿Y entonces?

—¿Podemos quedarnos aquí o no?

—No. Pero no te irás con estas niñas.

Él niega con la cabeza.

—Vendrán conmigo.

Ella se interpone entre él y Katy.

—Lo digo en serio —le advierte—. Te prometo que no llamaré a la policía, no inmediatamente. Te daré treinta minutos. Es tiempo de sobra para ir a cualquier parte de la ciudad. Tiempo suficiente para pensar en lo que quieres hacer a continuación.

—Las necesito.

—Solo necesitas al padre, y seguirás teniéndolo. Una parte de mí también lo desprecia. Sé lo que te hizo, de verdad, y ahora mismo me ofrezco a ayudarte, Caleb. Voy a comprometerme por la seguridad de estas niñas. Voy a dejar que te vayas con su padre, siempre y cuando dejes a las niñas aquí. Incluso, aunque no tengas intención de hacerles daño, todavía pueden resultar lastimadas. ¿Y si la policía intentara detenerte y estrellaras el coche? ¿O si hubiera disparos e hirieran a una de ellas? ¿Y si Katy se asustara tanto que se hiciera daño al intentar huir?

—Van a estar bien —dice.

—¡Eso no puedes saberlo! Lo que está ocurriendo aquí es permanente. Estás asustando a estas niñas, Caleb, de verdad.

—¿Qué tal esto? —dice—. Llamas a Wendy y le dices...

Ella se inclina y, al principio, él cree que Tabitha está a punto de abofetearlo o de golpearle el pecho con los puños, y se mantiene firme, se lo permite; pero ella, en lugar de eso, le da un abrazo. Caleb puede oler su pelo, su piel, y le gusta. Le hace pensar en su esposa, le hace darse cuenta de cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que abrazó a una mujer. Siente cómo la rabia se va disipando.

—No voy a ayudarte a hacerle daño a nadie —dice ella con voz suave, tranquilizadora y cálida. Se lo dice a la piel, y él imagina que es

la misma voz que esta mujer usa con aquellos a los que ayuda—. Por favor, Caleb, por mi bien y por el de Jessica, asegurémonos de que ninguna niña más resulte herida.

Él asiente. Los niños heridos son lo último que quiere.

—¿Cuándo llegará Wendy? —pregunta.

—Pronto.

—¿Cómo de pronto?

—En cualquier momento.

Él se aparta y la sujeta por los hombros.

—Mientes —le dice—. Por favor, dime la verdad.

—Ha ido a visitar a sus padres. Está en Auckland. La recogeré en el aeropuerto mañana por la noche.

—En ese caso, tengo otro plan —dice, y la agarra del brazo y la lleva al dormitorio.

Capítulo cuarenta y uno

Schroder me llama mientras camino hacia mi coche. Me dice que todavía no tienen a Caleb Cole bajo custodia. No esperaba que lo tuvieran, realmente. También me dice que aún no hay rastro de Ariel Chancellor. Eso tampoco me sorprende. No me dice nada que yo no supiera antes de salir de la comisaría.

—Solo los mismos videntes de mierda que nos llaman reclamando sus quince minutos. ¿Has averiguado algo nuevo? —pregunta. Suena desesperado, pero no lo suficiente como para haberles devuelto la llamada a esos videntes.

Hace un día, yo solo era un tío que llevaba a un detective borracho a la escena de un crimen. Hoy, él tiene la esperanza de que le dé algunas respuestas.

—He averiguado que las mordeduras de perro duelen una barbaridad —le digo, y luego lo pongo al día acerca de las cartas—. Esperemos que nos aporten algo. Estaré ahí enseguida —le digo, y subo a mi coche.

Ni siquiera me molesto en repasar las cartas que no he llegado a leer mientras estaba sentado a la puerta de los Chancellor. Las dejo todas y me quedo con la que Harvey me ha dado al final. Abro el sobre y saco la carta con la esperanza de que haya algo en ella que nos ayude a acabar con esta locura.

Querida Ariel:

Sé que ha pasado tiempo desde la última vez que te escribí y sé lo que debes pensar de mí. Solo quiero empezar diciendo que lo siento. Te he escrito algunas cartas bastante desagradables a lo largo de los años, pero ahora estoy bien. He lidiado con las cosas y puedo ver que nada de esto ha sido culpa tuya. Nunca lo ha sido, y de verdad me siento mal por haberte responsabilizado cuando la culpa era de otros. Te deseo todo lo mejor para el futuro. Te pido que recuerdes a Jessica y honres su memoria siendo la mejor persona que puedas ser. Te veo como una hija, tal vez como una hija sustituta, no lo sé, pero te quiero y deseo lo mejor para ti.

La cárcel es dura. La detesto. ¿Hace que me arrepienta de lo que

hice? No, claro que no. Aún me quedan siete años aquí, pero ahora hay chicas de dieciséis, diecisiete o dieciocho años que estarían muertas si yo no me hubiera ocupado de James Whitby. Tú pudiste haber sido una de esas chicas. Whitby estaba obsesionado contigo, ¿y quién sabe lo que habría hecho? Dos años más en un hospital con el doctor Stanton y habría salido «curado», apto de por vida, libre para seguir con sus obsesiones; eso, en caso de que lo hubieran condenado. Pero, si lo hubieran reubicado en tu barrio, ¿qué? Me arrepiento de algunas cosas. Pude haber esperado, pude haberlo matado después de que lo soltaran y esconder su cadáver. Pude haber intentado salirme con la mía, pero eso ya pasó. De todos modos, las prisiones y los hospitales no dejan, precisamente, que el público sepa cuándo van a soltar a los presos o dónde los van a reubicar. Yo también cuento con eso cuando me llegue la hora de ser libre.

Hoy ha venido a verme una chica. Un día fue como tú: joven, hermosa, inteligente, compasiva. Dos años antes de que James Whitby matara a Jessica, él intentó hacerle lo mismo. Se suponía que él tenía que haber ido a la cárcel por eso, pero nunca sucedió. James Whitby la lastimó y muchos otros también le hicieron daño al defraudarla.

Sé que estás enfadada por lo que le pasó a Jessica y que tú también mantendrás esto en secreto: esa chica lesionó a la mujer que defendió a Whitby. Siente la misma ira que nosotros. La ira... Eso es lo que me va a hacer resistir los próximos siete años y, cuando salga, te prometo que lastimaré a quienes le hicieron daño a Jessica y a esa chica. Esa gente, hasta cierto punto, también te ha hecho daño a ti. Sé que te sientes culpable por lo que pasó —¿cómo no podrías sentirte así?— y creo que mis cartas de mierda, a lo largo de estos años, solo te hayan hecho sentir peor. No te odio, no te culpo.

Que esta chica haya venido a verme es como una señal. No tengo otra cosa conmigo que la venganza. Estoy cambiando aquí dentro. En mi interior crece lo que otro preso llama «la oscuridad». Él está convencido de que, cuando me pongan en libertad, seré capaz de cualquier cosa. Cree que a la oscuridad le habrá crecido el apetito y necesitará que la alimenten.

Me gustaría verte cuando salga de la cárcel. Me gustaría ver a la persona en la que te has convertido. Fuiste la mejor amiga de mi

hija y te estoy muy agradecido por la amistad que le brindaste. Espero que me escribas. Me gustaría que vinieras a verme algún día, pero, si no quieres, lo entenderé. No soy un monstruo. Nunca te haría daño. Soy un padre, estoy dolido... Quería mucho a Jessica, quería a mi mujer, y esa gente me las arrebató. Les harán daño a otros también. Deben rendir cuentas.

Te deseo lo mejor. Te deseo la mejor de las vidas,

Caleb

Si Harvey Chancellor hubiera entregado esta carta a la policía, todas estas muertes podrían haberse evitado. O bien, si Cole hubiera empezado a matar, habríamos hecho la conexión de inmediato. Tabitha Jenkins habría sido detenida y habría ido a la cárcel: ese era el precio. El encarcelamiento de una mujer habría salvado cuatro vidas, y quizá más.

Mi propio coche no está equipado con la tecnología de los coches patrulla, así que no puedo buscar la dirección de Tabitha en un ordenador incorporado; pero, desde hace unos años, tengo la costumbre de llevar una guía telefónica en el coche. Busco la dirección de Tabitha y, de camino, llamo a Harvey Chancellor.

—Podría haber salvado muchas vidas con esto —le digo. Doy un volantazo para esquivar un coche que sale a toda velocidad de una entrada.

—Lo sé.

—¿No se siente mal?

—Espere un segundo —dice, y guarda silencio. Me imagino que se está alejando de su mujer, buscando dónde hablar sin que ella lo escuche—. Me siento mal por las hijas del psiquiatra, claro, pero ¿por los otros? No. Que se jodan —dice. Suena como un Harvey Chancellor distinto al que estaba sentado frente a mí en el salón, tomando café—. Esa gente la cagó, detective. Y no olvide su promesa. No quiero leer mañana en las noticias que han arrestado a Tabitha. Usted me dio su palabra.

—No la detendrán —le digo—, pero debería haber acudido a nosotros hace siete años. Podríamos haber hecho un trato.

—La habrían metido en la cárcel.

—¡Dejó a alguien en coma!

—Y Victoria Brown ayudó a hundir a Jessica Cole.

Me cuelga el teléfono. Un coche se ha detenido a mi lado en un cruce. La ventanilla lateral está bajada y el pasajero se asoma y vomita

por ahí. Me ve, me hace una seña con el dedo y me grita que me vaya a la mierda antes de reírse histéricamente. Llego a casa de Tabitha Jenkins. Es una casa pequeña en una calle tranquila donde todo el mundo tiene jardines bien cuidados. Me meto la carta en el bolsillo y me acerco a la puerta. Llamo y espero. Vuelvo a llamar y a esperar. Las luces están encendidas, pero ella no contesta. No hay ningún coche en la entrada. Me dirijo al garaje y miro por la ventana. Hay un coche aparcado dentro, pero no hay señales de vida. Cuando era policía, siempre notaba la diferencia entre que no hubiera nadie en casa y que no contestara nadie. Esta casa no parece vacía.

Me acerco a la ventana del salón y me inclino hasta que puedo ver a través de un hueco en las cortinas. No hay señales de lucha. Golpeo el cristal. Nada. Me dirijo a la puerta trasera. Tengo varias opciones, aparte de la de esperar y observar. Podría pedir refuerzos a Schroder, lo que llevaría tiempo. Podría echar abajo la puerta, pero entonces me metería en problemas por allanamiento de morada. Así que saco mi ganzúa. Sin daño no hay delito. Ahora bien, si me equivoco, cierro y me marcho; pero, si tengo razón, el tiempo es oro.

Me agacho frente a la cerradura. Tardo unos minutos, porque no veo gran cosa. Entonces oigo un clic, la puerta afloja un poco y giro el picaporte. Entro a la casa.

—¿Hola?

Ojalá tuviera un arma. No tengo nada. Me dirijo a la cocina. Hay sangre por todo el suelo. Pero no parece sangre. En el banco de la cocina, junto a un abrelatas, hay una lata vacía de salsa de tomate. Me imagino a Tabitha abriéndola, asustándose y dejándola caer. Paso de largo. En el fregadero hay un cuchillo manchado de salsa. Tiendo la mano hacia uno limpio, pero vacilo. Si Tabitha está en la ducha porque se ha manchado de salsa, gritará cuando me vea y yo perderé mi trabajo. De todas formas, cojo el cuchillo. Lo llevo al costado.

—¿Hola? ¿Tabitha?

No oigo correr el agua de la ducha. Tabitha no dormiría con todo el ruido que estoy haciendo. Cerca de la puerta principal hay una mesa auxiliar; sobre ella, un juego de llaves, un bolso, un móvil.

—¿Tabitha?

La sensación que experimentas como policía cuando estás a punto de encontrar un cadáver se está activando. Es la misma mala sensación que tuve cuando Carl y yo fuimos los primeros en llegar al matadero para encontrar a Jessica Cole. Esperas una cosa y recibes todo lo contrario. Ser policía se trata de eso. Sin embargo, ahora mismo es solo una sensación. Aquí no hay nada que sugiera que ha pasado algo malo. Solo un juego de llaves, un móvil y un bolso junto a

la puerta.

Sobre la mesa de la cocina hay un paquete de galletas abierto. Me imagino una escena del futuro: yo, sentado a la mesa, metiéndome galletas en la boca, mientras Tabitha Jenkins entra y me descubre con un montón de migas alrededor.

Podría estar dormida. O en la casa de al lado. Tal vez se ha ido corriendo. Reviso el salón. Compruebo el primer dormitorio, que parece de invitados. El segundo dormitorio se ha convertido en una oficina. El ordenador está encendido. Hay una hoja de cálculo abierta en el monitor. Parece que Tabitha estaba calculando sus impuestos. Probablemente estaba evaluando, como el resto de nosotros, el balance entre dar a Hacienda lo que le corresponde y sobrevivir.

Aseo. Armario. Baño. Nada. Me dirijo al dormitorio principal. La puerta está cerrada. Apoyo la mano en el picaporte y la cabeza en la puerta. No oigo nada. Respiro hondo. Tengo un mal presentimiento sobre lo que me encontraré al otro lado.

Capítulo cuarenta y dos

Tiene que encontrar un sitio a donde ir. No puede ir a un hotel. Hay gente buscándolo. Está demasiado dolorido para dormir en el coche. Necesita una cama, algún lugar cómodo. Pensó que Tabitha lo ayudaría. Ahora está decepcionado con ella. Tenía planes de quedarse en casa de la chica, pero decidió que el riesgo era demasiado alto. Cualquiera podría aparecer allí.

Hace quince años, si necesitaba ayuda, podía pedírsela a muchos amigos. Cualquiera de ellos lo habría ayudado a matar a James Whitby; al menos, en el momento de pedírselo. Sabía que, a la hora de la verdad, ninguno sería capaz de llevarlo a cabo. Lo que sí hizo fue ir a ver a su cuñado. Le preguntó a Adam si podía prestarle su camioneta. Adam no le preguntó para qué la quería, solo le entregó las llaves y le deseó a Caleb la mejor de las suertes. Una semana después, Lara estaba muerta. Desde entonces, Adam no ha vuelto a hablar con él. Ahora Caleb usa su móvil para llamarlo. Katy lo mira fijamente desde el asiento del copiloto, con la cara mojada por las lágrimas. Lo bueno es que solloza en voz baja, y él se lo agradece. De las tres niñas, es la que más le recuerda a Jessica.

—¿Hola?

—¿Adam?

—¿Sí? ¿Quién es?

—Caleb.

Se hace un silencio al otro lado. Caleb supone que su cuñado colgará, aunque tiene la esperanza de que no lo haga... Y no lo hace. En lugar de eso, vuelve con un «Espera, dame un minuto».

Caleb oye una puerta que se cierra; luego, pasos, y, treinta segundos después, Adam vuelve a ponerse al teléfono.

—Dios santo, Caleb, ¿cómo estás?

—He tenido días mejores —contesta.

—Eso me parece. Estás en todas las noticias. Has estado haciendo cosas malas. ¿Has hecho daño a esas niñas?

—Yo nunca haría eso.

—Es lo que le he dicho a Marie —dice. Caleb se pregunta qué aspecto tendrá su cuñada estos días, se pregunta cuánto dinero estará gastando en perseguir el aspecto de muñeca Barbie que pretendía la última vez que la vio—. Le sigo diciendo que, por muy jodido que esté

Caleb, nunca le haría daño a ningún niño. Entonces, ¿qué quieres, Caleb?

Él se queda mirando por el parabrisas. En la calle no hay gente, pero puede contar al menos una docena de gatos deambulando. Algunos se miran entre sí. Dos de ellos tienen cara de querer follar o pelear. Caleb es consciente de que Katy está escuchando cada palabra que dice. Pronto tendrá que volver a drogarla.

—Necesito ayuda.

Se imagina a Adam como era hace quince años. El Adam actual podría estar calvo, podría haber engordado unos kilos, pero la expresión de su cara, en este momento, será la misma: un semblante de dolorosa confusión.

—Cielos, Caleb, no puedo. La última vez que te ayudé... Joder, debes acordarte.

—No sabía que eso iba a pasar. Nada de eso.

—No, porque solo pensabas en ti mismo, y estás repitiendo la historia. Tengo familia, Caleb, no puedo meterme en problemas por ti. Por cierto, han hablado conmigo. La policía. Quieren que los llame en caso de que sepa algo de ti.

—¿Y lo harás?

—Debería hacerlo. Debería colgar y llamarlos ahora mismo.

—¿Pero?

—Depende de lo que tengas que decir.

Los dos gatos siguen acechándose. Han decidido pelear. Los otros observan el espectáculo. Están formando uno de esos círculos donde el dinero empezaría a pasar de una mano a otra. O de una zarpa a otra.

—¿Sobre qué?

—¿Sobre lo que estás haciendo con las niñas?

—No les estoy haciendo daño —dice. Mira a Katy, que no le devuelve la mirada.

Ella también observa a los gatos. Forma con las manos un círculo entre la ventana y su cara para verlos mejor.

—Entonces, ¿qué estás haciendo?

—Acabo de soltar a una —dice—. Sana y salva. La policía la encontrará mañana. Y prometo que no le haré daño a la otra.

Katy se estremece ante el comentario, pero sigue mirando por la ventana. Empieza a tararear su encantadora canción. Él solo espera que no empiecen a saltar las vocales.

—¿Y el médico?

—Pagará por lo que hizo. —Uno de los gatos se impulsa hacia delante. El segundo da la vuelta y echa a correr también. El primero lo persigue a través del césped delantero y por encima de la valla. Los

otros gatos parecen no saber qué hacer—. ¿Todavía te dedicas a transportar muebles?

—Sí. Desgraciadamente. Ya no los levanto, porque mi espalda está destrozada por tantos años de hacerlo. Pero no volveré a prestarte el camión. Todo lo que pasó fue bastante malo, pero el agravio final fue que la compañía de seguros no quiso cubrir los daños. Y fue un siniestro total, Caleb. Perdí a mi sobrina y a mi hermana, y luego casi pierdo mi trabajo. Tardé años en pagar esa deuda.

—No quiero tu camión, Adam.

—¿No? Entonces, ¿qué?

—¿Todavía alquilas muebles a las inmobiliarias para que decoren las casas vacías que se ponen en venta?

Hay unos segundos más de silencio. Algunos de los gatos se alejan y Caleb empieza a mirar las casas en busca de señales de vida. Debería estar a salvo. Nadie llamó a la policía cuando secuestraron a su hija; ¿por qué iban a llamar a la policía, si no es más que un hombre sentado en un coche?

—¿Adam?

—¿Por qué?

—Necesito un sitio donde quedarme. No puedo ir a un hotel. Necesito un lugar donde pueda pasar la noche; o dos noches, tal vez. Sería ideal un sitio desocupado que hayas llenado de muebles.

—Cielos, Caleb, no lo sé.

—Estoy desesperado.

—Lo sé, lo sé, pero también estás haciendo daño. No puedo ser parte de esto.

—Solo les estoy haciendo daño a los que se llevaron a Jessica y a Lara.

—Lo sé, lo sé, ¿vale? —dice Adam, y su voz va adquiriendo un tono quejumbroso—. Pero lo cierto es que eso no es lo que estás haciendo en realidad.

—¿Qué?

—Mataste a Whitby, hombre, ¿no fue suficiente?

—No —dice Caleb—, no lo fue. —¿Qué coño le pasa a todo el mundo?

—Coño, hace quince años, cuando mataste a ese saco de mierda, me emocioné. Hiciste lo que cualquiera hubiera querido hacer. La diferencia es que tú tuviste los cojones. Por eso... Por eso no puedo culparte de que Lara se suicidara. No puedo culparte, porque yo habría hecho lo que hiciste. Te odio por ello, pero no te culpo.

—Entonces, ayúdame ahora.

—Lo que estás haciendo está mal.

—Ayúdame y la última niña no saldrá lastimada. Te lo prometo, pronto la dejaré ir —dice, y, aunque Katy sigue observando a los gatos, él se da cuenta de que está más concentrada en las palabras. Si se descuidara, echaría a correr—. Si la policía me encontrara antes, habría una pelea. Podría resultar herida. Si tuviera un lugar donde pasar la noche, un lugar seguro, entonces ella también estaría a salvo.

—¿De verdad dejaste ir a otra?

—Sí. Está a salvo.

—Entonces, ¿por qué no dejas ir a la última también?

—Voy a hacerlo, pero aún no —dice. Dios, ¿va a tener que repasar cada detalle con cualquiera al que le pida ayuda?

—¿Y su padre?

—También voy a dejar que él se vaya.

—Estás mintiendo.

—En realidad, Adam, no estoy mintiendo. No tengo intenciones de hacerle daño.

Katy se vuelve para mirarlo.

—No lo entiendo —dice Adam.

—No hace falta que lo entiendas. Solo tienes que darme un lugar a donde pueda ir para asegurarme de que la última niña esté a salvo. Y tienes que prometerme que no llamarás a la policía, porque, si lo haces, habrá gente herida sin ninguna necesidad.

Adam se calla.

—Adam...

—Vale, de acuerdo. Déjame pensar un segundo.

—Adam...

—Solo un segundo, Caleb, ¿está bien? Me tienes que dar la oportunidad de pensarlo.

Caleb mira el móvil. Se pregunta si podrán pillarlo. Se le ocurre de repente que la policía podría estar en casa de Adam escuchando la conversación. Esto ha sido un error. Debería colgar, arrojar el teléfono por la ventana y largarse de ahí.

—Hay una casa, creo —dice Adam—. Ayer le pusimos muebles. El agente inmobiliario está fuera y no volverá hasta el fin de semana. Así que eso te da unos días, como mucho. Pero, si los vecinos se ponen curiosos y llaman a la policía, no menciones mi nombre, ¿entendido?

—Te lo agradezco —dice Caleb. No se siente mal, porque pronto querrá que la policía lo encuentre allí.

—No, tienes que hacer algo más que darme las gracias, Caleb. Tienes que jurarlo. Con la recesión, las cosas están apretadas, ¿de acuerdo? Si perdiera mi trabajo, perdería mi casa. Entras, sales y cualquier desastre que dejes lo achacamos a un ladrón. ¿De acuerdo?

Y prométeme otra vez que no vas a hacerle daño a nadie.

—Te lo prometo —dice, y es mentira, pero es por un bien mayor. Un día, Adam lo entenderá—. Te prometo ambas cosas.

—No hagas que me arrepienta —le dice Adam. Luego le da la dirección y cuelga.

Caleb apaga el teléfono. Arranca el coche y todos los gatos se dispersan.

—¿Eso es cierto? —pregunta Katy—. ¿De verdad vas a dejar ir a mi papá?

—Es verdad —contesta él—. Escucha —le dice, con el coche todavía al ralentí y contra el bordillo—, voy a necesitar que cojas esto por mí. —Se mete la mano en el bolsillo.

—¿Qué son?

—Pastillas para dormir.

—No quiero dormir.

—Tendrás que hacerlo —dice—, porque no quiero que vuelvas a hablar con tu padre hasta que esto acabe.

—¿Acabe?

Él asiente.

—Tómatelas y, cuando vuelvas a despertar, estarás otra vez con tu padre y todo irá bien —le dice, y se siente mucho peor mintiendo de lo que él creía.

Ella agita la caja de zumo de la que Octavia ha estado bebiendo. Queda un sorbo tal vez. Katy usa el zumo para tragar dos de las pastillas. Luego, él le da una tercera. Caleb calcula que eso la mantendrá inconsciente unas doce horas. Nada la despertará.

Cuando empieza a conducir, algunas gotas de lluvia han caído en el parabrisas, pero no las suficientes como para preocuparse. Se dirige a New Brighton, un barrio de la playa que conoce bastante bien, porque vivía allí en un piso cuando tenía poco más de veinte años. Vivía en ese lugar cuando conoció a Lara. El día del cumpleaños de su compañera de piso, Lara llegó con una de sus amigas. Caleb la conoció, hablaron unos minutos y él no volvió a pensar en ella hasta que se la encontró en el cine una semana después. Entonces charlaron durante más tiempo y él empezó a preguntarse qué estaba viendo en ella que no había visto la primera vez. Nunca llegó a descubrirlo. A los dos años de haberla conocido, ya estaban viviendo en la bonita casa que una vez fue suya.

Conduce con la ventanilla bajada y puede oler el aire salado del océano. La lluvia arrecia durante unos segundos. Es un repentino y violento golpeteo contra el coche, pero se apaga con la misma rapidez con la que ha empezado, incluso antes de que él pueda alcanzar el

botón para cerrar la ventanilla. Tiene el brazo derecho empapado. Oye las olas rompiendo contra la orilla. Hace mucho que no ve el mar. Conduce paralelo a las dunas. Una parte de Caleb quisiera estacionar el coche, subir un montículo de arena y contemplar, antes de que las nubes la oculten, una luna que cuelga sobre el agua. Pero sigue conduciendo. Gira a la derecha y, a media manzana, encuentra la casa de la que Adam le ha hablado. Han clavado un cartel de la inmobiliaria en el suelo, en medio del jardín delantero. «Puertas abiertas, sábado, 1:00-1:30». Sobre las palabras destaca la foto de un hombre sonriente que intenta parecer tu mejor amigo.

Katy se ha quedado dormida, con la barbilla apoyada en el pecho. Él abre el maletero. Tira de Stanton y lo hace rodar sobre el borde, hasta lograr que haya más masa de Stanton por el lado de fuera que por el de dentro. Entonces lo deja caer al suelo. Se agacha y se pasa por el cuello uno de los brazos del psiquiatra. Ya que ha conseguido ponerlo de pie, lo lleva a la casa. Apenas puede sujetarlo, porque le duelen mucho las articulaciones; pero se sobrepone, de la misma manera que ha sobrellevado todo a lo largo de los años. Ahora es más fácil, sin embargo, porque sabe que no tendrá que aguantar el dolor durante mucho más tiempo. Stanton está semidespierto y consigue contribuir con algunos pasos, pero no con todos. Caleb lo apoya en los escalones antes de intentar abrir la puerta. Está cerrada con llave. Mete la hoja del cuchillo bajo la ventana del baño y hace palanca hacia arriba hasta conseguir que el pestillo se separe del marco. Trepa por la ventana y camina hasta la puerta trasera. Luego arrastra a Stanton al interior. La moqueta de la casa es nueva y esponjosa, lo que hace más difícil arrastrar a un hombre. Lo lleva al dormitorio más alejado de la calle, le pone en los pies un nuevo juego de bridas de plástico y lo deja en el suelo.

Enciende durante un instante la luz del cuarto de baño para asegurarse de que la casa tiene electricidad. La luz que se cuela hasta el pasillo y los dos dormitorios es suficiente para ver que los muebles son modernos y que también hay bonitas láminas en las paredes. Todo está en su sitio para que una casa vacía parezca un hogar. La ilusión ayudará al propietario a ganar más dinero a la hora de vender. Caleb trae a Katy dentro de la casa, descorre las mantas de exposición y acuesta a la niña en la cama de exposición. Luego coloca la almohada de exposición bajo la linda cabecita. La arropa.

En el salón hay un estupendo televisor LCD. Se lo lleva a otro dormitorio, porque le preocupa que el resplandor alerte a los vecinos. Es increíble lo ligeros que se han vuelto los televisores desde la última vez que tuvo uno. También son más planos. Ve las noticias. Aparece su

foto, la que le tomaron el día en el que fue fichado por asesinato, hace quince años. Luego ve una foto de él junto a Lara, con Jessica entre los dos, tomada cuando la hija tenía seis años. La llevaron a la fiesta de disfraces de una amiga. Lara estuvo trabajando varios días en la confección de un traje, porque, durante la semana previa a la fiesta, Jessica no había dejado de insistir en que quería ir disfrazada de ratón. Y Lara le hizo el traje en secreto, con sábanas grises que compró especialmente para la ocasión. Le prometió a Jessica que su disfraz estaría listo el día de la fiesta, y así fue. Le quedaba genial, con la cola y las orejas puntiagudas. Jessica lo vio y preguntó qué era, y le dijeron que era un ratón. Pero la niña les dijo que no. «Es que ni de lejos se parece al ratón de un ordenador», les dijo. Y ahí se reveló el problema por completo. Al principio, la niña se echó a llorar, pero, con un poco de persuasión, al final accedió a ponerse el disfraz. Un helado más tarde, estaba lo bastante sonriente para una foto. Y aquella misma noche, mientras Jessica dormía, Caleb y Lara compartieron una botella de vino en el porche y se rieron del malentendido.

La fotografía desaparece y es reemplazada por una de James Whitby. Luego hay fotos de las personas que Caleb ha matado en los últimos cuatro días. Finalmente, la de su ficha policial al lado de un dibujo de su aspecto actual.

A ese hombre le han sucedido muchas cosas.

El reportero cuenta la historia delante de la comisaría. La fachada está iluminada y las paredes, manchadas por los gases de los coches que han pasado durante años, manchadas de caca de pájaro y, probablemente, también de toda la mierda de los periodistas que están tan cerca. Hay movimientos a un lado de la cámara; otros medios de comunicación rondan la escena. Caleb supone que es un buen día para ellos. El reportero tiene la certeza —por fuentes internas, según ha dicho— de que la policía vigila al juez Latham y a la señora Whitby, junto con otros implicados en el caso de hace quince años. Continúa diciendo que el doctor Stanton y sus dos hijas menores siguen cautivos, mientras que Melanie Stanton ha sido encontrada hoy mismo y está siendo sometida a una serie de pruebas. Cuando la presentadora le pregunta si Melanie Stanton ha sido agredida sexualmente, el reportero dice que es demasiado pronto para que la policía revele esa información.

Lanza el mando a distancia contra el televisor. Su puntería es mala y el mando impacta contra la pared. La tapa trasera salta y las pilas desaparecen por distintos rincones de la habitación. El televisor sigue encendido. Él arranca el cable de alimentación de la pared. ¿Qué demonios le pasa a la gente?

Vuelve al dormitorio, donde Stanton está sentado con los ojos muy abiertos. De un solo tirón, le quita la cinta de la boca. El psiquiatra no se inmuta.

—¿Dónde...? ¿Dónde está Octavia? —pregunta. Su voz suena como la de un ratón de dibujos animados que le pide a un gato de dibujos animados que no se lo coma.

—La dejé ir —dice Caleb.

—¿Dónde?

—La dejé con una amiga.

—¿Está bien? —pregunta Stanton, con voz vacilante.

Caleb se encoge de hombros.

—Supongo que eso depende de tu definición de *bien*.

Stanton empieza a toser y luego traga fuerte. Cuando vuelve a hablar, parece que le faltara el aliento.

—¿Qué significa eso?

—Significa que está en paz.

Stanton sacude despacio la cabeza.

—¿Le...? ¿Le...? ¿Le hiciste daño?

Caleb se encoge de hombros.

—No me acuerdo.

—Respóndeme —dice Stanton en voz baja. Luego, más alto, le repite—: Respóndeme, pedazo de mierda.

—Escucha, doctor, siento mucho lo que he hecho, pero ya estoy mejor —dice Caleb. Gira las palmas de las manos hacia arriba y se encoge un poco de hombros—. Estoy bien y quiero volver a formar parte de la sociedad, así que dame unas pastillas y yo intentaré acordarme de tomarlas. Con eso y media hora de asesoramiento, estaré bien. ¿No es eso lo que tengo que decir para que me perdones?

—¡Madre de Dios, no es así! No es así, Caleb. Trabajamos, nos esforzamos por mejorar a la gente.

Caleb no le hace caso.

—No fue culpa mía, me educaron mal, no pude evitarlo. Dame unos antidepresivos y estaré bien. ¿Ves? Me crees, ¿verdad? Creíste a James Whitby. ¿Le habrías creído si hubiera querido follarse a tu hija, si hubiera intentado matarla? Veamos, he matado a una de tus hijas; quizá a dos, no recuerdo bien...

—Tú... has...

—... porque tengo un problema mental y me confundo muy fácilmente. ¿Me defenderás, doctor? Si me entregara, ¿subirías al estrado y le dirías al mundo que no ha sido culpa mía? —Se lleva la mano al bolsillo y saca el teléfono—. Te alegra defender a la gente, ¿verdad?, cuando no es tu familia la que ha resultado herida.

—¿De eso...? ¿De eso se trata todo esto? ¿Quieres que suba al estrado y te defienda?, ¿para qué?, ¿quieres demostrar que soy un hipócrita? ¿Porque tú crees que, para mí, las cosas son importantes solo cuando se trata de mi familia?

—¿No es así?

—No, claro que no.

—Bueno, de todos modos no importa, porque eso no es lo que te estoy pidiendo. No puedes repetir el momento de hace diecisiete años, Stanton. Tienes que repetir mi momento de hace quince años.

—Por favor, por favor, no le hagas daño a mi familia —dice el psiquiatra, llorando de nuevo.

—Cuando lo dejaste salir, ¿por qué no lo reubicaste en una casa de tu calle?

—Por favor... Por favor, no lastimes a nadie más.

—Bueno, ya es tarde —dice, jugando con su teléfono—. Y estoy cansado. Y, si no descanso lo suficiente, no tendré fuerzas para lidiar con tu tercera hija mañana. ¿Ves esto? —dice, levantando el teléfono—. Las cámaras han cambiado mucho desde que estuve en la cárcel. La última vez que usé una cámara tuve que llevar la película a la tienda para que me la revelaran. Siempre tenías que tomar una decisión: si pulsabas o no el disparador, porque cada instantánea te costaba dinero. Ahora, todos los móviles llevan cámara. Ahora, todo el mundo es fotógrafo, todas las cámaras tienen cien funciones. Pero da igual cómo fotografíes a un bebé muerto, siempre va a parecer muerto.

Gira la pantalla para que Stanton pueda verla. El resplandor lo ilumina.

—Echa un vistazo —le dice Caleb, y agarra al psiquiatra por el pelo y le gira la cabeza hasta que tiene la cara alineada con la pantalla. La foto es de Octavia tendida en el suelo, bocabajo, con el cuerpo rodeado de sangre. A su lado hay un cuchillo ensangrentado.

—Tú... ¿la apuñalaste?

—Solo una vez —responde—, y la sedé antes de matarla. —Se mete el teléfono en el bolsillo y vuelve a poner la cinta adhesiva en la boca de Stanton—. Te sugiero que duermas bien, porque mañana será un día importante para ti. Mañana vas a tener que convencerme de que no mate a Katy, porque me cae bien y a ti también te cae bien. Es obvio que es tu favorita, dado que a ella nunca la elegiste para morir. Verás, Stanton, todo esto solo soy yo calentando motores. La mejor parte... —dice—, la mejor parte aún está por venir.

Capítulo cuarenta y tres

Tabitha Jenkins tiene las muñecas atadas a la espalda, los pies atados también y cinta adhesiva en la boca. Sus ojos están cerrados. Parece muerta, salvo por el leve sube y baja de su pecho. En el suelo, junto a la cama, hay un bebé que se parece a Octavia. Sin embargo, he descubierto que, salvo mi propia hija, todos los niños de un año se parecen. Esta niña está atada a una sillita de coche. Tiene los ojos muy abiertos y me mira con cara de confusión. Le han puesto salsa de tomate por toda la parte delantera del pelele.

Ya no llevo el cuchillo de lado; ahora lo llevo por delante. El corazón se me acelera y quiero entrar en la habitación a toda velocidad. Quiero coger a Octavia en brazos y gritar de emoción. Pero mantengo la calma y entro despacio, mirando a derecha e izquierda, esperando a que Caleb vuelva a aparecer como lo hizo antes. Pero no aparece, así que llego hasta Octavia, me agacho a su lado y le sonrío.

—Hola, Octavia —le digo—. Me llamo Theo.

—*Holalalala* —dice ella, y me devuelve la sonrisa.

—¿Hay alguien más aquí? —le pregunto, aunque sé que probablemente podría obtener más información del asiento al que está atada.

—*Bufguaifi* —dice. Su cara se contrae en una bolita apretada que se pone roja durante unos segundos y luego se relaja. El hedor que despide hace que se me humedezcan los ojos.

—Dios —digo, y me pongo de pie.

Sacudo a Tabitha y esta se revuelve, pero solo un poco. Corto sus ataduras y le quito la cinta adhesiva. Voy por toda la casa, revisando las mismas habitaciones, el pasillo, el salón; vuelvo por donde entré y paso junto a la salsa de tomate que vi en el suelo. Ahora tiene sentido. Caleb ha fingido haber matado a Octavia. Compruebo que las puertas están cerradas y aseguro los cerrojos. Cuando me he cerciorado de que estamos solos, vuelvo al dormitorio. Levanto a Tabitha. Pesa más de lo que creí que pesaría una mujer tan delgada; o, tal vez, estoy mucho más débil de lo que recordaba. Mientras la bajo al baño, los mordiscos del perro hacen que me duelan las piernas y, cuando la meto en la ducha, la espalda me amenaza con sufrir una hernia discal. Sus ojos se abren un poco más y su cuerpo se estremece cuando abro el grifo. El agua está fría durante diez segundos, pero empieza a calentarse. Me

alejo, no quiero mojarme. Tabitha tiene el pelo pegado a la cara, la ropa adherida a la piel y la cara apuntando al suelo. Despacio, levanta un poco la cabeza y se pasa las manos por el rostro.

—Estoy despierta —dice, pero no lo parece.

—Tabitha, soy el detective Theodore Tate —le digo. Hablo alto para que me oiga por encima de la ducha—. ¿Entiende lo que le digo?

—«Que le digo» —repite, con el agua salpicándole en la cara.

—Tabitha, ¿dónde está Caleb?

—Caleb... —dice—. No es un hombre malo.

—¿Cuánto tiempo hace que ha estado aquí?

—Hace cosas malas, eso es todo —dice, y parpadea con fuerza.

—Tabitha, ¿cuándo ha estado aquí?

—No lo sé.

—¿Va a volver?

—No lo sé —dice, y se centra en mí por primera vez—. ¿Quién es usted? ¿Un policía?

—Sí. Me llamo Theodore Tate.

—Fue un accidente —dice—. No era mi intención.

Apoya la cabeza en la pared de la ducha y se lleva las manos a los ojos, a modo de visera, para protegerse del agua. Se rodea las piernas con los brazos y apoya el mentón en las rodillas.

—Tabitha —le digo, y me mira—, ¿Caleb va a volver? ¿Sabe dónde está?

—No —contesta, mirándose los pies—. No lo ha dicho.

Salgo al pasillo. Compruebo cómo está Octavia y pienso en abrir una ventana para ayudar con el olor, pero no quiero darle a Caleb una entrada por donde colarse. No es que crea que vaya a volver. Octavia está bien y parece disfrutar del olor tanto como de mirarse los dedos, que en este caso es mucho. Cojo el móvil y llamo a Schroder.

—He encontrado a Octavia Stanton —le digo.

—¿Que tú...? ¿Dónde?

—En casa de Tabitha Jenkins.

—¿Qué? Tú... ¿Qué? ¿Qué haces ahí? ¿Está bien la chica? ¿Y los demás? ¿Y Cole?

Lo pongo al día. Le digo que he venido a hablar con Tabitha por la posibilidad de que Cole se hubiera acercado a ella. No menciono la verdadera razón. Schroder está encantado de creerme.

—Así que ha sido un golpe de suerte —le digo—, nada más.

—Tienes algo con los golpes de suerte, Theo. Es fantástico que la hayas encontrado, de verdad —exclama, y tengo la sensación de que está moviendo la cabeza o asintiendo; incluso quizá esté dando puñetazos al aire—. Dos niñas sanas y salvas —dice—. Lo vamos a

lograr —añade—, vamos a atrapar al tío y recuperaremos a todo el mundo. Puedo sentirlo. Mandaré refuerzos enseguida.

—Espera —le digo—. No envíes refuerzos.

—¿Qué?

—Ven aquí con un par de personas más, y eso es todo —le digo—. Asegúrate de que uno de ellos sea sanitario para que examine a Tabitha: estaba drogada. Ella no sabe si Cole va a volver. Si lo hiciera, podríamos utilizar este lugar para tenderle una emboscada. Y, si no tiene intenciones de volver, ya hace tiempo que se ha ido, así que no tiene ningún sentido enviar a todos los agentes disponibles.

—Sí, sí, bien pensado. Es imposible que no vuelvas a ser uno más del equipo, Tate. Esto es genial. ¡Esto es fabuloso! De acuerdo. Nos vemos en unos minutos.

Cuelgo. Tabitha se ha incorporado y ha cerrado la ducha. Se pone de pie, apoyándose en las paredes.

—¿Me ha dicho que es policía? —pregunta.

Le paso una toalla y le enseño mi placa. Ella no mira la placa y entierra la cara en la toalla.

—Estoy buscando a Cole —le digo.

Aparta la toalla.

—¿Qué? —pregunta.

—Caleb Cole. Lo estoy buscando.

—Deme un minuto —dice.

La dejo en el baño y me dirijo a la cocina. Enciendo la tetera, apago el fuego antes de que hierva el agua y preparo un café cargado. Cuando Tabitha entra en el salón, el café está listo y colocado sobre la mesita, en un posavasos. Ella se ha secado y se ha puesto ropa limpia: unos vaqueros y una chaqueta de forro polar, en cuyos bolsillos lleva las manos metidas hasta el fondo.

—Tómese esto —le digo, y le tiendo el café—. No está demasiado caliente.

Tabitha se bebe la mitad de un trago y me devuelve la taza.

—Me encuentro mal —dice. Corre a la cocina y vomita en el fregadero. Abre el grifo lo bastante para que el agua la salpique. Enjuaga el fregadero, afloja la presión y pone la cara bajo el grifo. Bebe un sorbo de agua y lo escupe; luego otro y otro. Cuando ha terminado, se da la vuelta y se apoya en la pared, con la parte delantera de la chaqueta salpicada de agua.

—Esta es la peor crítica que he recibido por un café de mi manufactura —le digo.

Sonríe.

—Detesto el café. Soy bebedora de té.

Le devuelvo la sonrisa.
—¿Se encuentra bien? ¿No necesita sentarse?
—Estoy bien —dice—, solo mareada, eso es todo.
—¿Hace cuánto que se fue Caleb Cole?
Coge un paño de cocina y se limpia la cara. Al pasarse el pelo por detrás de la oreja, deja al descubierto una cicatriz pálida que contrasta con su bronceado.
—¿Qué hora es? —pregunta.
—Las diez y media.
—Entonces, hace una hora.
—¿Le dijo a dónde iba?
Hace una bola con el paño de cocina y lo arroja al fregadero.
—No.
—¿Va a volver?
—No.
Dejo en el banco el café a medio beber.
—Escuche, hay algo que necesito decirle antes de que llegue la policía.
Su cara se transforma ante el cambio de tono en mi voz.
—¿Qué clase de algo?
—Sé lo de Victoria Brown.
—¿Qué?
—Sé que fue usted quien la hirió.
—Ay, Dios —dice, y mira hacia abajo.
—Escúcheme —le digo, y le pongo una mano en el antebrazo—. Nadie más tiene por qué saberlo. Todo va a salir bien, pero tiene que confiar en mí. Quiero encontrar a Caleb Cole antes de que mate a alguien más, eso es todo.
—Yo no quería lastimarla. Ni siquiera pensaba en hacerle daño. Salí del retrete y allí estaba ella, delante de mí. Ni siquiera recuerdo haberlo pensado.
—Está bien —le digo—. Todo va a ir bien.
—Es... Simplemente ocurrió —dice, y coge el paño de cocina y se lo pasa por debajo de los ojos—. Corrí. La dejé allí y corrí, y, si hubiera ido a buscar ayuda, tal vez los médicos habrían podido hacer algo más por ella.
—Sé que esto la hace sentir mal —le digo—, y me alegro de que así sea. Debe sentirse mal, porque eso es lo que la hace una buena persona. Pero su vida se arruinaría si la policía se enterara.
—Eso fue lo que dijo —dice—. Caleb dijo eso cuando fui a verlo a la cárcel.
—Y tenía razón. Tabitha, ¿por qué Caleb vino aquí? ¿Por qué la

ató? ¿Por qué dejó a Octavia aquí? ¿Le hizo daño? —Antes de que ella pueda responder a mis preguntas, oigo unos suaves golpes en la puerta trasera—. Su visita a Caleb… Usted le habló de Victoria Brown.

—Ay —dice ella.

—No deje que esto vaya a más, porque acabará en la cárcel —añado, y abro la puerta para que Schroder y los demás entren. Él tiene el teléfono pegado a la oreja y cara de asombro. Entra, asiente un par de veces, dice «Vale» en repetidas ocasiones y cuelga.

—Madre mía —dice—, no vas a creer esto. Estoy fuera del caso. Me acaban de suspender.

Capítulo cuarenta y cuatro

El sanitario examina a Tabitha y le da el visto bueno. Sugiere que vaya al hospital para que la observen, sugerencia con la que Tabitha no está de acuerdo.

—Yo qué sé —dice el sanitario—, yo solo soy el experto —añade, y luego se va al salón, se sienta y pone los pies sobre la mesita. Saca un móvil y empieza a jugar.

Schroder y yo nos sentamos en el salón, con la tele encendida, mientras Tabitha se ofrece para cambiarle el pañal a Octavia en el dormitorio. Los detectives Hutton y Kent han aparecido junto con otros dos agentes. Uno de ellos es el primer tipo que se me acercó en la residencia de ancianos, cuando fuimos a visitar al difunto Herbert Poole. Al otro nunca lo había visto. Los cuatro pasan el rato en la cocina. Hay más agentes en coches encubiertos en varios puntos, a cuatro manzanas a la redonda. En la televisión se ven imágenes de Lakeview Homes. Son imágenes movidas, pero que se entienden con claridad, grabadas por la cámara de uno de los residentes o de un familiar que estaba allí en ese momento. Primero, se ven el alféizar de una ventana y una cortina. Luego, el objetivo enfoca más allá de la ventana, en la primera furgoneta. Esta se detiene, la puerta se abre y salen de ella un detective tras otro. Es como ver a los payasos de un circo saliendo de un coche pequeño, solo que estos payasos están borrachos y salen corriendo hacia los campos a regar los árboles antes de intentar averiguar quién mató al director del circo.

Miro a Schroder, cuyo rostro permanece impasible cuando mi coche se detiene detrás del primer monovolumen y nos apeamos. Él se marcha a mear y yo me dirijo a la vivienda donde está el cadáver. El operador de la cámara no nos sigue a ninguno de los dos, sino que se centra en la siguiente furgoneta: más artistas de circo y, a continuación, unos cuantos primeros planos de algunos de los detectives con los que he trabajado en las últimas veinticuatro horas, incluida la detective Kent, que no se separa en ningún momento del monovolumen.

Schroder apaga el televisor y cuelga la cabeza entre las manos.

—Puede que no sea tan malo como crees —le digo. Pero, por supuesto, no es cierto: va a ser malo. Los medios de comunicación se encargarán de ello.

—Debería haberte escuchado.

—Yo... —empiezo a hablar, pero no sé qué es exactamente lo que quiero decir. ¿Qué hay ahí? Espero unos instantes y hago la pregunta que he evitado durante los últimos minutos—. ¿Te han suspendido?

Se encoge de hombros y me mira.

—Como mínimo —dice—. Después de ver esto, no veo cómo voy a conservar mi trabajo —explica—. Era Stevens con quien estaba hablando por teléfono hace un momento. Ha dicho que no tiene otra opción que suspenderme y que cualquier acción posterior ya no depende de él; pero que sí, que alguien tiene que caer bajo su espada, ¿de acuerdo? Y ese voy a ser yo.

—Lo siento —le digo.

—Sí, bueno, no hace falta. Tú fuiste quien en su momento me dijo que la estaba cagando. Y no te escuché.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Qué has averiguado de Tabitha?

—Carl...

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Irme a casa y no hacer nada?

—Exacto.

—Tal vez tengas razón, y mañana lo sabremos con seguridad; sin embargo, ahora mismo seguimos teniendo una niña desaparecida y a su padre, y no hay forma de encontrarlos. Entonces, mañana... Sí, mañana será un nuevo día, ¿eh? ¿Recuerdas esta mañana en la morgue? ¿Recuerdas lo que te dije?, ¿que tal vez ha llegado la hora de dejar esto atrás? Diablos, podría ser lo mejor.

Se levanta y pasa a mi lado. Lo sigo hasta el dormitorio, donde Tabitha está terminando de cambiarle el pañal a Octavia. Cole ha dejado aquí la bolsa de la bebé.

—Cuéntenos qué ha pasado esta noche —dice Schroder.

Ella le da a Octavia un pequeño osito de peluche. La niña lo arroja lejos y luego se arrastra tras él. Tabitha se sienta en el borde de la cama y empieza a contarnos. Octavia coge el osito, lo trae de vuelta y se lo da a Tabitha. Esta se lo entrega otra vez a la niña, quien vuelve a lanzarlo y a arrastrarse.

Tabitha nos cuenta que estaba leyendo un libro cuando llamaron a la puerta. Fue a abrir. Era Caleb Cole, que quería un lugar donde quedarse uno o dos días. Ella le dijo que no podía quedarse.

—¿Dijo por qué acudió a usted en busca de ayuda? —pregunta Schroder.

—Supongo que está desesperado y pensó que Tabitha estaría de su lado —digo.

Tabitha me mira atentamente. Ambos sabemos que Cole acudió a

ella por lo que ocurrió con Victoria Brown. Schroder detecta las miradas y me lanza una similar.

—Le dije que dejara a las niñas y a su padre conmigo, pero él dijo que no —relata Tabitha, atrayendo de nuevo nuestra atención hacia ella. Habla con seguridad, sin pausas ni vueltas atrás—. Caleb me preguntó si llamaría a la policía y le dije que sí. Al final, llegamos a un acuerdo. Me dijo que, si yo tomaba unos somníferos, dejaría a una de las niñas conmigo. Él sabía que mi novia volvería mañana. Acepté el trato. Era eso o irse con las dos niñas.

—Usted lo vio una vez en la cárcel —dice Schroder—. ¿Por qué?

Parece sorprendida, y yo también me siento sorprendido. En algún momento de las últimas horas, Schroder debe haber revisado los registros de visitas de Cole.

—¿Por qué? Es difícil de explicar —dice—. Y, bueno —ahora las pausas sí están ahí, y su cómoda forma de hablar es mucho menos cómoda—, me sentí mal por él, por supuesto. Mató al hombre que me hizo daño, y yo... —Hace una pausa. La pausa corrobora lo que ha dicho sobre lo difícil que es hablar del asunto.

—¿Le dio las gracias? —pregunta Schroder.

—Mmm... No... La verdad es que no —dice ella, y niega con la cabeza. Schroder levanta las cejas. Ella continúa—: Bueno, vale, puede que sí. Ha sufrido más de lo que usted nunca podría imaginarse —dice.

—Háblenos de sus planes para el doctor Stanton —le digo—. ¿Lo mencionó mucho?

Hace una pausa. Sus ojos se desvían hacia arriba y hacia la izquierda. Está recordando algo que pasó. Miro a Schroder, él me mira a mí y ambos esperamos. Tabitha tarda unos segundos, pero lo consigue.

—Esto es raro —dice—, pero el caso es que ha dicho que no piensa hacerle daño al doctor Stanton.

Avanzo un paso hacia ella y Schroder hace lo mismo. Octavia coge el oso de peluche, lo lanza más lejos y luego lo persigue.

—¿Qué la hace decir eso? —le pregunto.

Ella empieza a asentir lentamente.

—Dijo que iba a dejarlo ir. Prometió que no iba a lastimar a ninguno.

—¿Le explicó lo que quería decir con eso? —pregunta Schroder.

Ella niega con la cabeza.

—Le creo. No tiene motivos para mentir. O sea, ¿por qué lo haría? Y ha cumplido las promesas que me hizo esta noche.

Schroder también sacude ahora la cabeza.

—No tiene sentido —comenta.

Empiezo a asentir. Todos movemos la cabeza, pero no en la misma dirección ni a la misma velocidad.

—Estoy de acuerdo. Es imposible que deje ir a Stanton.

—Lo va a hacer —dice ella, y se lo cree de verdad. Ahora asiente con firmeza—. Y dijo algo más: que quería que el doctor Stanton caminara en sus zapatos durante un tiempo.

—Por eso finge matar a las niñas —le digo.

—Pero, cuando lo deje marchar —dice Schroder—, Stanton descubrirá que le ha mentido. No tiene sentido. Es demasiado esfuerzo solo para que el médico crea, durante algunas horas, que sus hijas están muertas.

Hasta ahora, tenía sentido, porque pensábamos que Cole estaba haciendo pasar a Stanton por todo esto para matarlo. Pero, si lo dejara ir… Schroder tiene razón, esto no encaja.

Me doy cuenta de que sigo negando con la cabeza. Y Schroder también.

—Lo va a soltar —dice Tabitha, y lo dice con tanta tranquilidad y tan positivamente que es difícil no creer que tiene razón.

—¿Y después qué? —pregunta Schroder.

—Después…, bueno, creo que después se va a suicidar.

Miro a Schroder y me devuelve la misma mirada.

—¿Él le dijo eso? —le pregunto.

—Dijo que lo único que lo mantiene vivo es la justicia y que, una vez que la logre, no le quedará nada. Le pregunté si se iba a suicidar y me dijo que no, pero también dijo que no volvería a la cárcel.

—Y usted no le creyó. —Con esto preparo la siguiente pregunta de Schroder.

—No. Me di cuenta de que estaba mintiendo.

—Entonces, ¿qué la hace estar tan segura de que ha sido sincero en todo lo demás? —pregunta Schroder.

Vuelve a mirarse las manos.

—Se nota —dice.

—Porque usted, en toda su vida, ha pasado dos horas con él —dice Schroder.

—Es que no sé qué más decirle. —Parece frustrada.

Salimos de nuevo al pasillo y Tabitha se pone a jugar con Octavia. La detective Kent baja para unirse a nosotros.

—¿Algo útil? —pregunta.

—No mucho —dice Schroder, y la pone al corriente.

—¿Qué os parece? —Dirijo la pregunta a ambos—. ¿Que quiere morir?

Kent se encoge de hombros.

No sería una sorpresa.

—No lo sé —dice Schroder—. Llamemos a Barlow y que nos dé su opinión.

Me apoyo en una pared del pasillo y Schroder, en la otra. De pronto, soy consciente de que apenas he dormido en dos días. Tengo ganas de hundirme en el suelo.

Barlow contesta al tercer timbrazo. Sigue en la comisaría, sigue hablando con Melanie y su madre, intentando arreglar unos problemas que no creo que puedan arreglarse nunca.

—Lo primero es lo primero, detectives —dice—. Han hecho un buen trabajo recuperando a la niña.

—Esto no se ha acabado —le digo.

—Sé que no ha terminado, pero hay que reconocer una victoria cuando se tiene.

—Prefiero celebrarlo cuando...

—Sí, sí, por supuesto, cuando todo el mundo esté de vuelta y a salvo. Pero permítase estar orgulloso de lo que acaba de suceder aquí, Theo. Ha recuperado a otra de las niñas. Anímese con eso. Tiene que dejar que estos momentos lo impulsen más que los oscuros.

Ponemos al día a Barlow. No dice nada mientras hablamos, solo absorbe la información hasta que terminamos.

—Tiene sentido —dice—. Quién sabe en qué estará pensando. Probablemente en que, una vez hecho esto, ya no le quedarán motivos para vivir. He reflexionado sobre lo que hablamos antes, eso de tratar de usar a los medios contra él. Tal vez, si los medios no han informado de la aparición de Octavia, podríamos aprovechar este escenario de alguna manera. Sabré más después de haber leído esas cartas.

—¿Podríamos montar una historia que lo traiga de nuevo a esta casa? —pregunta Kent.

—Eso es lo que estoy pensando —dice Barlow—, solo que no estoy seguro de cómo lograrlo.

—Puede que yo sepa cómo —digo—. Sabemos que no quiere hacerles daño a las niñas, ¿verdad?

Ahora Schroder asiente más rápido. Kent tenía razón: deberíamos contratar a una masajista para que vaya detrás de nosotros. A todos nos dolerá el cuello por la mañana.

—Sí, sí, exactamente —dice Barlow, y puedo imaginármelo sumido en sus pensamientos, acariciándose la barbilla con el pulgar y el índice, mientras su otra mano da sostén al codo—. Ya veo a dónde quiere llegar con esto, y sí, creo que, si Cole creyera que Octavia está en peligro, volvería a la casa o llamaría a la policía para decir dónde

está.

—Nos inventaremos algo —digo. Me siento entusiasmado.

—¿Qué podríamos decir que está poniendo en peligro a la bebé? —pregunta Barlow—. ¿Otra persona?

La detective Kent sacude la cabeza.

—Es más sencillo que eso —dice—. Vamos a necesitar que Stevens nos ayude, pero creo que tengo el plan perfecto.

Capítulo cuarenta y cinco

Lo que se suponía que iba a durar una noche, o posiblemente dos, ahora puede durar tres. O incluso más.

El doctor vuelve a dormirse con la ayuda de más pastillas, y Caleb siente envidia. Le gustaría poder tumbarse y dormir un poco. Su cuerpo está agotado, pero su mente zumba; se da cuenta de que todo esto es demasiado para él. También podría tomar pastillas, pero necesita permanecer alerta. Le duelen los dedos y el hombro derecho de tanto levantar peso. Se pasea por la casa. No parece un hogar, sino una casa piloto. Es una pena que la bonita nevera de la recién pintada cocina no esté llena de comida fresca. No sabe por qué, pero empieza a pensar en cómo se sentía al tener a Octavia en sus brazos. Le gustaba cómo apoyaba la cabeza en su hombro, cómo su aliento le hacía cosquillas en la oreja. No sabe por qué la echa de menos, lo único que sabe es que la echa de menos. No su olor, que habría empeorado hasta que le hubiera dado un baño, pero era agradable que lo mirara sin juzgarlo. Su propia hija solía mirarlo de la misma manera.

Se pasea por las habitaciones durante otro minuto antes de instalarse de nuevo en el dormitorio, con el televisor enchufado. Mira las estúpidas noticias y a los estúpidos presentadores que se inventan cosas sobre él. Detesta que sean capaces de hacerlo y, al mismo tiempo, reconoce que tienen su utilidad. Al fin y al cabo, fueron los medios los que lo advirtieron de que tenía que abandonar el matadero.

Se queda mirando la tele, aunque, en realidad, está pensando en la señora Whitby. Está pensando en lo que él le dijo antes a Tabitha, eso de amenazar a las niñas para obligarla a ayudarlo. Tal vez consiga algo con eso. No con Tabitha, sino con la policía. No le queda mucho tiempo hasta que la policía lo encuentre, bien lo sabe. Un día o dos como mucho. Mira el cuchillo en la mesilla de noche.

Si quisiera, podría cogerlo, despertar al médico y poner fin a todo esto. Ahora mismo. Llamaría a la policía, llamaría a los medios; los haría venir antes de lo planeado. La idea no es tan mala; en realidad, no. Está cansado y no puede dormir. No puede llegar hasta el juez. No puede atrapar a la malvada madre de Whitby. Los dos están siendo vigilados y llegar a ellos va a ser jodidamente difícil… A menos que pudiera obligar a alguien a ayudarlo; a menos que pudiera esconderse durante suficientes días o semanas hasta que la policía bajara la

guardia. A la mierda, entonces. Está harto de esperar, ¿por qué no agarrar ese cuchillo y poner fin a todo esto?

Coge el cuchillo.

Visualiza cómo será todo: despertará al médico, le enseñará el cuchillo... y, sí, por Dios que lo hará. ¡Ahora mismo! Le dijo a Tabitha que el médico podría irse, pero no será tan sencillo ni tan exacto.

La madre, el juez... Tal vez los atrape en otra vida. Si James Whitby está en ese otro universo, allí también atrapará a ese hijo de puta. En esta vida, a Caleb lo ha jodido el destino. Que la batería de su coche muriera así es la razón por la que el juez y la madre no tuvieron una visita guiada por el matadero. Bueno, vale, eso y lo de matar al otro tipo. Gira el cuchillo en su mano, estudia el mango, la hoja, el filo. El destino. Vaya, no es que no lo hubiera visto venir. ¿Cuándo fue la última vez que el destino estuvo de su lado?

Va hacia la puerta. Ya está. Lo va a hacer de verdad. Va a soltarlo todo: la rabia, el odio, la decepción. No sabe si sonreír, llorar o reír. Lo único que sabe es que dentro de diez minutos todo estará bien. Dejará toda la mierda en esta vida y seguirá adelante.

Hace semanas grabó en su teléfono los números de los periodistas con quienes quería ponerse en contacto. Busca el primero y pulsa el botón de llamar. Oye los primeros sonidos. Se queda en la puerta mirando al médico, que sigue durmiendo. Katy también. Las tres niñas estarán mejor sin su padre.

—¿Hola?

—Sí, ¿es...? —empieza, pero alcanza a oír el televisor, que está en la habitación de al lado. El cambio de tono del presentador capta su atención.

—Tenemos en directo una petición urgente a Caleb Cole de parte del comisario Dominic Stevens. Vamos a conectar con él en este momento.

—¿Hola? —vuelve a decir la voz.

Caleb cuelga y se dirige al dormitorio. La cámara enfoca al comisario Dominic Stevens, que está de pie delante de un pedestal. En la imagen se ven más micrófonos y cámaras. Stevens se agarra a los bordes del pedestal y mira unas notas.

Tose con suavidad entre las manos un par de veces y la habitación se queda en silencio. Mira a la cámara, directamente al objetivo, directamente a Caleb. Su mirada es tan fuerte que Caleb se gira para asegurarse de que no hay nadie detrás de él.

—Tengo una declaración preparada —comienza—, después de la cual no aceptaré preguntas. Como saben, estamos buscando a Caleb Cole, un hombre al que nos gustaría interrogar sobre cuatro asesinatos

cometidos en los últimos dos días, junto con el secuestro del doctor Stanton y su familia. Tenemos un llamamiento para Caleb con la esperanza de que nos esté viendo.

»Hace menos de una hora contactó con nosotros el pediatra de Octavia para informarnos de una afección cardíaca que la niña padece desde su nacimiento. Por esta razón, Octavia requiere vigilancia constante y medicación. Por favor, Caleb, Octavia solo tiene un año. Está asustada. Sin sus medicamentos, corre un riesgo considerable de sufrir un fallo cardíaco.

»Le rogamos que piense en lo vulnerable que es. Le pedimos que se entregue para que podamos ayudarla, y también a Katy. Por favor, Caleb, si no lo hace, al menos llévela a un hospital y déjela ahí para que puedan ayudarla. Debe recibir su medicación cada doce horas y ya se ha saltado una dosis muy importante. Tómele el pulso, compruebe el color de su piel. ¿Está húmeda, su ritmo cardíaco es lento?

»Ella no puede permitirse el lujo de esperar, Caleb, necesita ayuda ahora. Usted ha sido padre. Yo soy padre y, como tal, se lo ruego: no deje que este sea su legado. No se convierta en el hombre que recordaremos por haber matado a una bebé de un año. —Stevens coge sus tarjetas y les da unos golpecitos—. Gracias —dice, y se aleja del pedestal.

Al unísono vuelan una docena de preguntas sin que ninguna de las palabras se distinga sobre las demás. Stevens sigue caminando.

Cole apaga el televisor. Se le ha puesto la piel de gallina y siente el ártico en su sangre. Incluso le hormiguea la boca.

—Joder —dice, mientras mira la habitación a oscuras—. Joder —repite. No quita los ojos de la pequeña luz roja de espera en la pantalla del televisor.

Pasa al otro dormitorio y sacude a Stanton, pero el hombre no se despierta. Al cabo de unos segundos, Caleb se da cuenta de que eso es conveniente. Si le preguntara al psiquiatra por la enfermedad de su hija, le estaría diciendo que sigue viva. Pero ¿por qué demonios Stanton no le ha dicho nada? ¿Ni las hermanas?

No hay ninguna duda: la policía está mintiendo. Están intentando que entregue a otra de las niñas, aunque eso tampoco tiene sentido. Deben saber que, si no le ha hecho daño a Melanie, eso significa que tampoco les hará daño a las demás.

Así que, si esto no tiene sentido, ¿qué lo tiene? ¿Es posible que, con todo lo que ha ocurrido, las niñas y el padre simplemente se hubieran olvidado de decirle que Octavia está enferma?

—Katy —dice, mirando a la niña—, necesito que me ayudes a

ayudar a tu hermana.

Pero Katy tampoco se despertará.

La solución más fácil es llamar a la policía. Empieza a teclear el número en su teléfono. Iba a llamarlos de todos modos, así que no hay nada especial en ello. El nuevo plan sigue en pie. Solo que no puede. No puede irse a la tumba sin saber si la niña vivirá o no.

Tiene que volver a la casa.

¿Y si ya estuviera muerta? Entonces, tendría que verlo. Tendría que enterarse. Tabitha tenía razón: él ha estado lastimando a las niñas.

—Joder —vuelve a decir.

Todavía puede oír las palabras de Stevens: «Usted ha sido padre. Yo soy padre y, como tal, se lo ruego: no deje que este sea su legado».

El legado es lo que menos le importa, que la gente diga de él lo que le dé la gana. Lo que no quiere es dejar morir a una niña.

—Tengo que salir un rato —le dice a Katy. Pero esta, por supuesto, no responde. Con cinta adhesiva y bridas de plástico, Caleb se asegura de que la niña no vaya a ninguna parte, si acaso despertara mientras él no está.

«Eres malo —le diría Katy ahora mismo si pudiera—. Un hombre malo malo».

Y sí, es malo. Ahora lo sabe. Es un hombre malvado que quizá ha matado a una niña de un año, y, Dios, cómo duele, qué mal lo hace sentir. Y, si eso es lo que ha sucedido, entonces, ¿qué?

Pone cinta adhesiva en la boca de Katy. Supone que también le está haciendo daño a ella.

Sale por la puerta trasera hacia el coche y se lleva el cuchillo.

Capítulo cuarenta y seis

—Creo que lo he vendido bien —dice Stevens con voz clara a través del altavoz.

La detective Kent asiente con la cabeza. El detective Hutton está comiendo parte de una chocolatina que se ha encontrado en el bolsillo, mientras que Schroder está sentado en el sofá, mirando todavía la televisión, a pesar de que la hemos apagado. Los dos agentes se asoman por las cortinas. Soy el único que no lleva pistola. No hay coches fuera. Tampoco hay nadie escondido entre los arbustos. Suponemos que Cole volverá a la carga por la puerta. Si lo hiciera, no habría nadie para asustarlo por el camino. Tabitha y Octavia han sido llevadas a la comisaría junto con las cartas que me dio el señor Chancellor, a excepción de la última. Al sanitario lo han dejado por el camino.

—Ha sido perfecto —digo.

La televisión de Tabitha vuelve a estar encendida y hay un reportero que, en el lugar, recapitula ante la cámara lo que acaba de oír. Lo mismo habrá en todos los canales: reporteros emocionados mientras el caso sigue creciendo. Si Cole ha visto esto, ojalá que esté en camino. Podríamos tenerlo bajo custodia en los próximos diez minutos. Todo esto podría terminar pronto.

—La pregunta ahora es si funcionará —dice Stevens.

—Esperemos que sí —digo—, porque no tenemos otra cosa.

—Bueno, esperemos que tengas razón —dice—. Escucha, Tate: tú y la detective Kent habéis hecho un buen trabajo hoy, pero no cometáis ningún error ahora, ¿eh? Y, si os preguntara si Schroder está por ahí —dice, y Schroder se asoma al oír su nombre—, sé que todos me diríais que se ha ido a casa a pasar el resto del día...

—Así es, señor —le digo.

—Bien. Me molestaría pensar que estás mintiendo, Tate, porque eso haría que las cosas se tambalearan. Así que, como excepción, voy a creerte y no le preguntaré a ninguno de los demás. Si Schroder me llamara desde su casa en, digamos, quince minutos, eso ayudaría.

Cuelga. Sin duda, los medios de comunicación están a la entrada de la comisaría, esperando las próximas noticias. Stevens espera poder decirles algo en una hora. Espera informarlos de que tenemos a Caleb Cole bajo custodia y de que el doctor Stanton y la última niña están a

salvo.

Hay seis coches patrulla de incógnito repartidos a nuestro alrededor, todos aparcados a una distancia de entre cuatro y seis manzanas. Los conductores estarán encorvados en los asientos, incómodos sin duda, atentos a la aparición del coche de Stanton. Por supuesto, no sabemos si Cole sigue usándolo. En la casa, las mismas luces que estaban encendidas cuando encontré a Tabitha y Octavia están encendidas en este momento. Falta una hora para la medianoche, todo el mundo está cansado y yo no he llegado a comer. El paquete de galletas que dejó Tabitha se ha acabado; esa ha sido la primera misión de Hutton y los dos oficiales. Abro la nevera con la esperanza de encontrar algo de *pizza* fría, pollo o quizá alguna chocolatina, y acabo encontrando solo frutas y verduras.

—Es cosa de lesbianas —comenta uno de los agentes. Señala la nevera con la cabeza y sonríe.

—¿Qué?

—No comen carne.

Entiendo el chiste. No me dan ganas de reír, aunque a su compañero, sí. La detective Kent pone los ojos en blanco y me sonríe. Cojo una manzana.

—¿Crees que vio las noticias? —pregunta Schroder, como si acabara de despertarse.

La pregunta es idéntica a la que nos hacemos todos desde hace treinta minutos, solo que en otro tiempo verbal. «¿Crees que *verá* las noticias?». Seguimos asegurándonos que lo hará. Incluso estamos convencidos de ello. De este lado del telediario, todo es muy diferente.

—Si no las ha visto, pronto estará en internet —digo. Hablo con la boca llena de manzana. Esta fruta me hace pensar que debería hacer un esfuerzo por comer más manzanas. Los científicos dicen que son buenas para la salud, pero también dicen que el café es malo, así que no quiero hacer caso a los científicos. Debe parecer que la estoy disfrutando, porque la detective Kent también va a la nevera y coge una—. Si se mantiene informado, entonces sí, las verá. La pregunta es ¿cuándo? ¿Morderá el anzuelo?

—Stevens ha sido bastante convincente —dice Kent—. Ha hecho que pareciera que Cole aún tiene a la niña. Si Cole ha quedado convencido, podría hacer una llamada anónima a la policía y darnos la dirección.

Pero lo único convincente es que estamos desesperados por creer lo que estamos diciendo. Esta siempre ha sido la parte más débil del plan, aunque Barlow piense lo contrario. Después de haber leído las cartas, el psiquiatra está convencido de que Cole se ve a sí mismo

como una figura paterna para Ariel Chancellor. Barlow fue quien le dijo a Stevens que usara el argumento del padre que exhorta a un padre. Nos dijo que aún quedaba suficiente figura paterna dentro de Cole para ir a ver cómo estaba la niña y comprobar que no le había hecho daño. «Para él, será importante volver —nos ha dicho—, y lo hará siempre que haya visto las noticias».

—¿Supongo que nadie querrá compartir unas *pizzas*? —pregunto.

Hutton parece que sí, aunque sabe que estoy bromeando. Solo que yo no estoy tan seguro de haberlo dicho de cachondeo. Todos los demás me ignoran.

Suena mi móvil. Miro la pantalla. No reconozco el número. Salgo al pasillo y contesto.

—Theo, soy Carol Hamilton —dice.

Habla con urgencia, es como si no pudiera respirar y, de repente, siento que estoy a punto de vomitar. Oigo el ruido del tráfico de fondo. No llama desde la residencia.

—¿Le ha pasado algo a Bridget?

—Voy para allá ahora —dice—, y te sugiero que hagas lo mismo. Ha despertado.

Mi temperatura corporal cae en picado, roza el punto de congelación el tiempo suficiente para que mi espalda y mi cuello estallen en un violento escalofrío. Mis piernas se tambalean y tengo que agarrarme a la pared.

—¿Qué?

—El doctor Forster también va de camino. Yo estoy a unos diez minutos.

—Espera, espera, ¿has dicho que está despierta?

—Sí.

—Bridget está despierta.

—Sí, Theo, está despierta.

—Estoy… Estoy de camino —le digo.

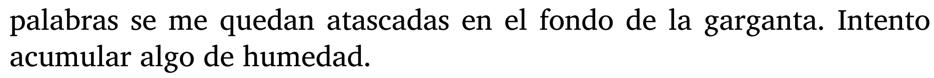
Cuelgo y me dirijo al salón. Me siento mareado. Tengo la boca seca. Hago malabares con el teléfono, se me cae del bolsillo, va a dar al suelo y casi lo piso.

—¿Theo? —dice Schroder.

Tengo miedo de que la enfermera Hamilton vuelva a llamar y me diga que solo estaba bromeando. Estoy emocionado de que, por primera vez en mucho tiempo, una de esas llamadas que cambian la vida podría traer algo bueno en lugar de algo malo. Schroder me mira. Me tiemblan las manos.

—¿Theo?

Abro la boca para contestarle, pero la siento tan seca que las


palabras se me quedan atascadas en el fondo de la garganta. Intento acumular algo de humedad.

—¿Theo? ¿Qué pasa?

—Tengo que marcharme.

—¿Marcharte? ¿A dónde?

—Bridget... Ha salido del coma.

—Madre mía —dice, y contiene el deseo de acercarse y ponerme las manos sobre los hombros—. Theo, eso es... Eso es fantástico.

Me dirijo a la puerta.

—Espera —dice. Me sigue.

—¿Qué?

—Dios, no hay manera de decir esto sin sonar como un gilipollas, pero no puedes irte.

—¿Qué?

—No puedes poner el caso en peligro.

—¿Qué?

—Hay unos faros —dice uno de los agentes. Está agazapado detrás de la ventana del salón. Tira de la cortina unos centímetros apenas—. Está frenando —dice—. Espera, espera, se ha detenido. A unas tres casas de distancia. Está ahí parado. No se mueve.

—Te conoce, Theo —me dice Schroder—. Si Cole está de camino y te ve salir por esa puerta o caminar por la calle, lo arruinarás todo.

—Tengo que irme —le digo.

Él asiente.

—Lo sé —dice—, sé que eso es lo que quieres. Pero no puedes. Todavía no. Pronto, pero aún no. —Me pone la mano en el hombro y yo me estremezco.

—Te juro, Carl, que, si intentas detenerme, te voy a dar una buena hostia.

—Señores —dice la detective Kent, que, después de mirar a través de la cortina, se ha vuelto hacia nosotros—, el coche sigue ahí. Puede que el espectáculo esté a punto de empezar.

—Los faros siguen encendidos; ni siquiera puedo decir qué tipo de coche es ni cuánta gente hay dentro —dice el agente—. ¿Deberíamos enviar a alguien ahí fuera?

—Iré yo —digo.

—No. Todavía no —dice Schroder. Se vuelve hacia mí—. Theo, han pasado tres años. Solo te pido unos minutos más.

—¿Sabes siquiera cómo suena eso?

—Sí —dice.

—Carl, ahora mismo no me importa Caleb Cole, no me importa el caso, lo único que me importa es ver a Bridget.

—Piensa en Katy Stanton —me dice.

Lo hago, y funciona.

—Cinco minutos —le digo—. Y, si ese que está ahí no es Cole, no habrá forma de que evites que me vaya.

Asiente, pero estoy bastante seguro de que cree que entre los cinco podrán impedir que yo haga algo. No lo creo.

—Salgamos —digo.

—No quiero asustarlo. Ni siquiera sabemos si es Cole. Puede que haya mandado a otro, incluso a otro pizzero —dice Schroder. Coge la radio y dice a dos de los coches encubiertos que se muevan unas manzanas—. Si se da a la fuga, igual lo cogemos —dice.

—Quienquiera que sea —dice la detective Kent— sigue ahí dentro. Si fuera un vecino, ya estaría subiendo por su camino de entrada. Si fuera un amigo, ya habría salido del coche.

—Estoy de acuerdo —le digo a Schroder—. Podemos salir, acercarnos por detrás y...

—Esperad —dice el oficial—. Las luces acaban de apagarse, aunque sigue sin haber movimiento. Se parece al coche del doctor, pero también a otros mil. Maldita sea, no alcanzo a distinguirla desde aquí, pero puedo ver una parte de la matrícula. No creo que coincida.

El comentario parece eliminar la tensión de la sala.

—¿Has visto eso? —pregunta Kent.

—Sí, lo he visto.

—¿Qué? —pregunta Schroder.

—La puerta acaba de abrirse, solo la del conductor —dice Kent—. Hay una persona dentro. Varón. Caucásico. No alcanzo a verlo bien. Podría ser nuestro sospechoso.

—¿Quién más podría ser? —pregunta Hutton.

—Ya sale —dice el agente—. Ahora está de pie junto al coche, mirando la casa. Acaba de cerrar la puerta.

Vuelve la tensión.

—Asegúrate de que no te vea —dice Schroder.

—No va a ninguna parte. Está girando. Mira las otras casas. Ahora viene hacia aquí —dice, con la voz cada vez más cogida por la emoción—. Viene hacia aquí muy despacio. Dios, mi abuela puede caminar más rápido que este tipo.

—¿Es él? —pregunto.

—No lo sé.

—Voy a salir —le digo a Schroder.

—Espera —me señala—. Cíñete al plan, Tate. Deja que venga a nosotros —dice. Y tiene razón, pero eso no me quita las ganas de salir corriendo—. Hay que tener cuidado. Si Stanton y su hija no están en

el coche, entonces están en otra parte, y necesitamos que Cole nos dé la ubicación. Por lo que ya sabemos, si saliéramos corriendo y Tabitha tiene razón en que Cole quiere morir, podría clavarse un cuchillo en la garganta.

Asiento con la cabeza. Entiendo lo que quiere decir.

—Viene directo a nosotros —dice el oficial.

—Tú y tú —dice Schroder, señalando al otro agente y a la detective Kent—, salid por la puerta trasera y rodead el lateral del patio, pero no os acerquéis al sospechoso. Estad preparados para cortarle cualquier vía de escape. Tate, prepárate. En cuanto llegue a la puerta, estaremos sobre él, ¿vale? No antes. Vamos...

—Tenemos otro vehículo —dice el oficial—. El tipo sigue caminando hacia nosotros y el otro coche no le preocupa. Mierda, hay dos vehículos más. Están reduciendo la velocidad. Nuestro sospechoso se detiene y mira hacia atrás, pero no va a ninguna parte. No son coches, son furgonetas.

—¿Qué demonios está pasando? —pregunta Schroder.

—Están aparcando justo fuera. Mierda, nuestro sospechoso está volviendo a su coche.

—Tenemos que salir —digo.

—Vamos, vamos, vamos —grita Schroder.

Y todos nos precipitamos hacia la puerta, mientras que los dos que han salido por detrás se apresuran a recorrer el lateral del patio. Oímos solo pasos mientras nuestros pies golpean el suelo. La puerta ya está desbloqueada y soy el primero en cruzarla.

Al mismo tiempo, todos convergemos sobre el hombre. La gente sale de sus furgonetas. Llevan luces y cámaras. Mierda. Schroder es el primero en llegar hasta Caleb Cole, que ahora nos mira sin un ápice de sorpresa en la cara, y resulta que no es Caleb Cole en absoluto.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —pregunta Schroder, y sujeta al tipo por el cuello de la camisa.

—He visto las noticias, detectives —dice Jonas Jones.

Nos mira a Schroder y a mí, y todo esto está siendo captado por las cámaras bajo el duro resplandor de las lámparas. Schroder mira las cámaras y suelta la camisa de Jonas.

Este da un paso atrás y se alisa la ropa. Luego se pasa una mano por el pelo para asegurarse de que está todo en su sitio.

—Sé lo mucho que Octavia Stanton necesita su medicación —dice—. Lo sabía incluso antes de que saliera en las noticias. El caso es, detectives —dice mientras se ajusta la camisa una vez más—, que Jessica Cole me ha dicho que la encontraría aquí.

Capítulo cuarenta y siete

Las luces de la cámara despiertan a la cosa que vive dentro de mi cabeza, esa que se da la vuelta y golpea brevemente las paredes antes de volver a dormirse.

—¡Tenéis que largaros de aquí! —grita Schroder. Se dirige a todo el mundo en la calle. Saca las esposas y parece darse cuenta de dos cosas muy importantes: la primera es que no puede detener a Jonas, excepto por ser una comadreja. Es una calle pública y Jones no ha infringido ninguna ley. Y lo mismo ocurre con los reporteros que están transmitiendo en directo al resto del país y poniendo a Caleb Cole bajo advertencia.

La segunda cosa de la que Schroder parece darse cuenta es de que no tiene autoridad. Está suspendido, no puede arrestar a nadie, así que la pregunta es si los demás lo saben o no. Pero no tiene que planteársela por mucho tiempo.

—Estoy bastante seguro de que te han suspendido, colega —dice Jonas—, así que no tengo por qué responderte.

—¿Es cierto? —grita uno de los periodistas. Todos los demás siguen su ejemplo.

—Detective, ¿puede comentar la actuación de un departamento que sigue teniendo a un detective borracho al frente de una muy importante...?

—¿Está borracho ahora, detective?

—¿Desde cuándo tiene ese problema con la bebida...?

—¿Están todos borrachos?

Jonas levanta las manos y todos los periodistas se callan. Lo miran como si estuviera a punto de hacer un truco de magia o de recibir un mensaje de Dios.

—Por favor, todo el mundo, estamos aquí para salvar a la niña —dice. Ha vuelto a atraer la atención hacia sí mismo, que es donde más le gusta que esté—. Aquí es donde está la bebé, ¿no?

—Eres un cerdo —le dice Schroder—. Has venido a vender tus libros. De haber creído que la niña estaba aquí, nos lo habrías dicho.

—En primer lugar, nunca coges mis llamadas —dice Jonas—, y, en segundo lugar, si estás aquí, la niña debe estar aquí también. Aunque... Ahora que estoy aquí, estoy percibiendo que se ha ido, como tu trabajo.

—¿Es correcto, detectives? —pregunta un reportero—. ¿Ha sido precisa la visión de Jonas? ¿Encontraron a Octavia Stanton aquí? ¿Cómo se encuentra?

Entonces empiezan de nuevo las preguntas.

—¿Sigue viva?

—¿Abusaron de ella?

—¿También abusaron de Melanie?

—¿Hay alguna esperanza de encontrar a Caleb Cole antes de que vuelva a matar?

—¿Está muerta Octavia Stanton?

—Presiento que está viva —dice Jonas.

—¿Es cierto, detectives? ¿La han encontrado viva?

Presiento que, al final de esta noche, Jonas ya no podrá usar sus piernas.

—¿El padre también está aquí?

—¿Qué han encontrado aquí, en esta escena?

Schroder parece enfadado e incómodo. Su cara se está poniendo roja y hay una vena que sobresale cerca de la mitad de su frente, justo debajo de la piel, como un gusano enterrado. Parece estar a punto de sufrir un ataque. Si sujetara las esposas con un poco más de fuerza, terminaría doblándolas. Quiero acercarme, darle un puñetazo en la boca a Jones, meterme en el coche más cercano y correr a ver a mi esposa.

—Tienes que irte de aquí —dice Schroder. Sigue hablando en voz baja, pero es incapaz de ocultar la ira—. Todos ustedes —dice. Al parecer, se pregunta si tiene suficientes balas para acallar las preguntas—. Esta es una investigación policial en curso y tienen que irse —dice, pero es demasiado tarde. Lo sabe.

Creo que Jonas también lo sabe. Los cámaras siguen grabando. Hay grandes micrófonos obstruyendo nuestra visión.

—No tenemos por qué irnos.

—El público tiene derecho a saber si Octavia Stanton está a salvo.

—¿Estás diciendo que todavía eres parte de esta investigación policial?

—Pero ella estuvo aquí, ¿no? —dice Jonas—. De eso estamos seguros gracias a Jessica Cole. Ella me lo ha dicho.

—Entonces, ¿por qué no te ha dicho dónde está su padre? —le pregunto.

—Porque no quiere que lo atrapen. Por eso —dice Jonas—. Solo quiere que las niñas regresen sanas y salvas.

—¿Dónde está Katy, entonces? —pregunto.

—¿Solo Katy? ¿Y Octavia? —pregunta Jonas, y me doy cuenta de

mi metedura de pata. Acabo de confirmar a todos que tenemos con nosotros a otra de las niñas.

—A la mierda con esto —dice Schroder, y avanza el paso que había entre él y Jonas.

Me dirijo hacia las cámaras, dispuesto a poner las manos delante de los objetivos por si Schroder quisiera liarse a golpes, pero hay tantos objetivos que necesitaría unas manos del tamaño de un sofá. A mi lado, Kent está pensando lo mismo.

—Baboso hijo de puta —dice Schroder, y se inclina hacia Jonas—. ¿Cómo lo sabías? ¿Quién te lo ha dicho?

—Jessica Cole me lo ha dicho —alega—. Hablo con los muertos.

—Date la vuelta —dice Schroder.

—¿Qué?

—Que te des la vuelta. Estás detenido.

—¿Por qué?

—Sí, detective, ¿por qué lo detiene? —pregunta uno de los periodistas.

—¿Puede detenerlo? No tiene la autoridad.

—He dicho que te des la vuelta, Jones —dice Schroder, sin hacerle caso a nadie.

—No. No tiene autoridad para arrestarme.

—Date la vuelta, gilipollas —dice la detective Kent, después de sacar su propio juego de esposas.

Jones se queda mirándola sin comprender y luego se le dibuja una sonrisa en los labios. Nunca habría podido comprar tanta publicidad. Kent le pone las esposas y, cuando escucha el clic, me parece que, al igual que yo, se da cuenta de que esto es exactamente lo que Jonas quería.

—No tenéis derecho —dice, mirando a las cámaras. Lo dice enseñando un montón de dientes blancos—. Ningún derecho en absoluto.

—Tenemos todo el derecho —dice Schroder—, y aquí nadie se cree tu numerito. Te está encantando cada segundo de esto.

—¿Por qué se lo llevan bajo custodia?

—¿Cuál es la condición de Octavia Stanton?

—¿Cuántos de ustedes han sido suspendidos?

—Solo alguien que trabaja con el asesino puede saber dónde está Octavia —dice Schroder—. Eso nos da derecho a detenerlo.

—¿Así que no cree en las habilidades psíquicas de Jonas?

—¿Esa es la postura oficial del departamento de policía sobre los videntes?

—¿Están acusando a Jonas Jones?, ¿es un sospechoso?

—¿Dónde está Katy Stanton?

—¿Dónde está Octavia?

—Creo que no le fue difícil predecir que todos ustedes se presentarían para darle lo que ha estado buscando —les dice Schroder.

Quiero poner mi mano en el hombro de Schroder y llevarlo lejos. Quiero que se calle.

—Jessica me lo ha dicho —declara Jonas, mirando a la cámara. Suena tranquilo—. Me ha dicho que Octavia estaría a salvo.

—¿Y está bien, detective?

—Sin comentarios —digo en lugar de Schroder, cuando veo que él empieza a abrir la boca.

Sabe que ha llegado el momento de aceptar la derrota. Alejamos a Jonas de las cámaras. Kent y Schroder caminan con él, uno de cada lado, y lo conducen hacia la casa. Yo voy unos pasos por detrás. Las cámaras nos siguen hasta la puerta.

—Habéis salido en la tele —dice Hutton cuando entramos.

En el salón, el televisor encendido muestra la retransmisión en directo de la casa. La imagen se aproxima a las ventanas del salón y a la puerta principal, ahora cerrada. Los agentes que estaban aquí siguen ahí fuera. Tratan de hacer retroceder a todo el mundo.

Kent tumba a Jonas en el sofá.

Schroder lo mira fijamente.

—Pedazo de mierda —le dice—. Lo has estropeado. Has estropeado nuestra oportunidad de pillarlo.

Jonas aterriza de lado, con los brazos inmovilizados a la espalda. Parece inseguro de sí mismo. Por primera vez, se da cuenta de que está en una habitación con cuatro personas extremadamente cabreadas. Nadie podría verificar que no ha sido él mismo quien se ha dado quince veces contra la puerta.

—¿De pillar a quién? ¿A Cole? Ya ha estado aquí. Ha estado y se ha ido.

—¿Sí? ¿Cómo lo sabes? —pregunta Schroder.

—Jessica me lo ha dicho —contesta.

—He oído que tu nuevo libro va mal —dice Schroder—. Parece que la gente no cree en ti, Jonas, y yo soy una de esas personas. Esto de venir aquí esta noche ha sido solo una exhibición, ¿no? Solo estás tratando de hacer negocios. Es una publicidad fantástica para ti, ¿no? Solo un verdadero vividor usaría niñas secuestradas para vender sus libros.

—Sabías que estábamos aquí —le digo—. No había ninguna sorpresa en tu cara. Querías que te detuviéramos.

—Egoísta hijo de puta —dice Schroder—. Has jodido nuestra

mejor oportunidad de salvar a esa gente.

—Si no los recuperamos con vida, la culpa será tuya —le dice Kent.

—No, no es así. Estoy tratando de ayudar —dice Jonas.

—¿Cómo sabías que estábamos aquí? —pregunta Schroder.

—Ya te lo he dicho.

—¿Le estás pagando a alguien para que te dé información? —pregunta Schroder, y tiene que ser así. Así es como se ha enterado de que Schroder ha sido suspendido, no despedido, aunque cualquiera que haya visto las noticias probablemente habría llegado a la misma conclusión.

—Soy vidente —dice Jonas—. Es un don.

Schroder aprieta el puño de la mano derecha. Jonas lo ve hacerlo, así que el detective también aprieta la mano izquierda.

—Venga —dice Jonas, mirando a Schroder—, haz que salga de aquí con moratones en la cara. A ver qué cuentan los medios al respecto —dice, solo que no parece estar tan seguro.

—No creas que no estoy dispuesto a intentarlo —le dice Schroder —. Has interferido deliberadamente en una investigación policial. Cuando hayamos demostrado que nos has estado siguiendo o que has estado pagándole a alguien por información, serás acusado. Si Stanton muere, serás cómplice.

—Eso es una gilipollez —dice Jonas—, y, aunque no lo fuera, no puedes demostrar nada. Jessica me ha dicho que viniera aquí. Yo le he preguntado y es aquí a donde me ha traído.

—Podremos probarlo —dice Schroder—. El mundo está conectado, Jones. Vamos a rastrear dónde ha estado tu móvil hoy, vamos a comprobar las cámaras de tráfico, vamos a hablar con testigos... Vamos a desenterrar todos tus secretitos sucios.

Jonas niega con la cabeza.

—Imposible, eso no es lo que ha pasado. Yo hablo con los muertos. Eso es lo que ha sucedido. Solo tienes que abrir tu mente.

—¿Y sabes qué? —pregunta Schroder—. Que tengo muchas ganas de hacerlo. Diablos, aunque no tuviera un trabajo al que volver, mi misión sería demostrar lo gilipollas que eres. Incluso podría escribir un libro sobre ello. ¿Qué opinas, Theo?

—Creo que habría que comercializarlo como una comedia, porque este tipo es un chiste.

—Muy gracioso —dice Jonas.

—Convocaste a los medios —le digo.

—Todo el país está preocupado por Octavia —dice—. Intentaba tranquilizar a la gente.

—Con tu don —le digo.

—¡Exacto! También tuve razón sobre las puñaladas, ¿no? —me pregunta.

—Definitivamente, hay que escribirla en tono de comedia —dice Schroder—. O como tragedia quizá, porque, en realidad, el protagonista no se da cuenta de lo jodido que está.

—¿No muere gente al final de las tragedias? —pregunta la detective Kent.

—Sí que mueren —dice Schroder. Se lleva la mano al bolsillo y saca sus pastillas de cafeína—. ¿No es así, Jonas?

—Que te follen —dice el vidente.

—Puede que tengas un club de fans que se crean esta mierda que estás soltando —dice Schroder—, pero, a menos que sean los miembros de un jurado, irás a la cárcel por lo que has hecho aquí.

—No tienes nada que probar ni ningún motivo para detenerme —dice—. Soy un verdadero vidente —agrega.

—Qué bien —dice Schroder, y se mete una pastilla a la boca—. Así, las putadas que te ocurran en la cárcel no serán una sorpresa.

—Quiero a mi abogado —dice—. Hasta entonces, no diré nada más.

Los dos agentes entran, vapuleados por los medios. Los dejamos vigilando a Jonas y me dirijo a la cocina con Schroder, Kent y Hutton.

—¿De qué estaba hablando? —me pregunta Schroder—. ¿Qué es eso de las puñaladas?

—Descubrió que las víctimas habían recibido diecinueve puñaladas. Me lo dijo justo antes de la reunión. Lo sabía antes que el resto de nosotros.

—¿Y no nos lo dijiste?

—No creí que eso lo convirtiera en sospechoso. En todo caso, lo convertía en un gran detective o en alguien con mucha suerte.

—Así que fue idea suya —dice Kent—. Eso de las puñaladas. No tuya.

Siento que me pongo rojo.

—Según Jones, ni siquiera era suya. Se lo dijo un muerto.

—¿No será vidente de verdad? —sugiere Hutton. Con preguntas como esa, está demostrando que su índice de grasa corporal es superior a su coeficiente intelectual. Todos lo miramos—. O sea, él sabía que la niña había estado aquí —dice Hutton—. Vamos, si hay un millón de videntes en el mundo, unos pocos tienen que ser auténticos, y eso explicaría cómo sabía lo de las puñaladas. Algunas de las cosas que se les ocurren son demasiado precisas para ser solo una suposición. Mi hermana fue a un vidente hace un mes y él le dijo…

—Madre mía, Hutton, lo entendemos, ¿de acuerdo? Crees en los videntes —dice la detective Kent.

—Solo eso digo, nada más —concluye, y se encoge de hombros.

—¿Y qué demonios hacemos ahora? Ya ha salido en las noticias —dice Schroder—. Caleb no va a venir. Ni de coña.

Me mira para que le dé la razón y yo asiento despacio. Es cierto. Y eso no es bueno para Katy ni para su padre; tampoco para la carrera de Schroder ni para los futuros niños y víctimas a los que podría ayudar. Lo han pillado trabajando en un caso mientras estaba suspendido, mientras que a mí me han pillado mintiéndole a Stevens después de haberle dicho que Schroder no estaba aquí. Jonas Jones nos ha jodido a todos.

Pero, ahora mismo, nada de eso importa.

—Necesito un coche —le digo. El mío se lo han llevado de vuelta a la comisaría, bien lejos de esta zona, ya que Caleb lo conocía.

Me da las llaves del suyo.

—Lo traerán en dos minutos —me dice, y coge el teléfono para pedirlo.

Capítulo cuarenta y ocho

Caleb estaba a medio camino de la casa cuando todo salió a la luz. Eran noticias de última hora. Los medios de comunicación y la policía se habían presentado en la casa donde él había dejado a Octavia. Así que detuvo el coche para escuchar el informe, dio media vuelta y regresó.

En el dormitorio, ya con la televisión encendida, ha llegado a tiempo para ver cómo dos coches se detienen frente a la casa de Tabitha. Siete personas salen por la puerta principal y se suben a ellos. Al principio, no entiende por qué han tardado tanto, pero luego se da cuenta de que es una repetición. Todo esto ha ocurrido hace veinte minutos.

Así que, después de todo, la policía ha mentido. Pero a él nunca se le hubiera ocurrido que pudieran tenderle una trampa. De alguna manera, han encontrado a Octavia. La estaban usando para atraer a Caleb a la escena; estaban utilizando a las niñas para intentar llegar a él. Y él podía entenderlo, porque también estaba utilizando a las niñas como instrumentos.

Se siente aliviado de que Octavia esté bien. Pero también está preocupado. ¿Cómo la ha encontrado la policía? ¿Él ha estado dejando un rastro? Si es así, ¿vendrá la policía aquí? ¿O es que Tabitha ha conseguido escapar? ¿Debería buscar otro lugar a donde trasladarse? ¿A dónde podría ir? ¿Qué diferencia habría?

Se queda mirando la televisión, estudiando al hombre que ha reconocido de la pelea de hace unas horas y del encuentro en el cementerio, anoche. Hay otro detective, a quien ha visto en las noticias de los últimos días, y luego está Jonas Jones, el vidente de los programas matinales del desayuno, el vidente al que ha querido contratar más que a ningún otro. Cuando empezó a ver el programa, Caleb se puso en contacto con Jones, aunque solo para enterarse de que estaba atascado de clientes y que cobraba más de lo que Caleb podía permitirse.

Se sienta en el borde de la cama, con el cuchillo otra vez en la mano. Mira noticias que van un poco atrás en el tiempo. Muestran a unos hombres que salen corriendo de la casa y se acercan a Jonas Jones. Está fascinado con él: ¿es posible que esté ante un verdadero médium? Se produce un enfrentamiento. Jones empieza a explicar por

qué está allí.

Al oír el nombre de su hija, Caleb aprieta con fuerza el cuchillo.

¡Jonas Jones dice que es Jessica quien lo ha enviado allí!

¿Por qué su hija haría eso?

Como si respondiera a sus pensamientos, Jonas cuenta a la policía y a las cámaras que Jessica lo ha enviado allí para proteger a la niña.

Caleb baja el cuchillo sobre la cama. ¿De verdad lo haría? Cree que sí. A Jessica le hicieron daño, y lo último que ella querría sería que eso le sucediera a otra niña. Dios, ¿ha caído tan bajo que ni siquiera su propia hija tiene fe en él?

Esposan a Jones y lo arrastran hacia el interior de la casa.

Los policías parecen lo bastante enfadados como para que Caleb se pase los siguientes diez segundos a la espera del estallido y el destello de luz de un disparo, pero este no llega. La cámara se aleja y la escena se actualiza en directo. Se queda escuchando lo que el reportero tiene que decir y luego cambia de canal para obtener diferentes perspectivas de lo sucedido; sin embargo, todos los reporteros están diciendo lo mismo: Jonas Jones los ha conducido hasta Octavia Stanton gracias a una visión en la que Jessica Cole, la niña de diez años asesinada hace quince, había acudido a él.

Jessica. Su hija está tratando de evitar que le haga daño a una niña.

Se entristece solo de pensarlo.

Y, si Jonas es como los demás videntes, entonces lo enfurece que utilice el nombre de Jessica para ganar publicidad.

Pero ¿y si no es como los demás?

No se sabe nada del estado de Octavia Stanton. Los reporteros no la han visto salir de la casa y, como es evidente que la policía ha dado por concluida la operación, hay dudas de que alguna vez haya estado allí. Sin embargo, Jonas ha acertado en algo, aunque no en el momento. En eso también coinciden los periodistas.

Caleb no está seguro de si eso lo hace menos genuino.

—No es una ciencia —dice uno de los periodistas—, es un don.

Luego vuelve a las imágenes del hombre con el que luchó: Theodore Tate. El presentador sigue adelante para contarle al país un poco sobre Theodore Tate, que incluye una condena por conducir ebrio y cuatro meses en la cárcel, la detención y muerte de dos asesinos en serie y la pérdida de su propia hija. El hombre que mató a la hija de Tate huyó del país.

Caleb apaga la televisión. Agotado, se quita la ropa interior y se mete en la cama. Se queda mirando al techo, exhausto, pero no puede conciliar el sueño, pues no deja de pensar en Jonas Jones, en la señora

Whitby y, sobre todo, en Theodore Tate.

Capítulo cuarenta y nueve

Enciendo la sirena del coche de Schroder de camino a ver a mi mujer, que ahora está despierta y más viva de lo que ha estado en tres años. Acelero por las calles de Christchurch apretando fuerte el volante, con la ventanilla bajada y la brisa azotándome la cara. No hay mucho tráfico; sí muchos semáforos en rojo, pero los paso a toda velocidad. Tengo una sonrisa en la cara que no creo que desaparezca en un mes. Las imágenes de mi futuro se suceden delante de mí. Casi puedo verlas contra el parabrisas, como si mi imaginación fuera el proyector y mis ojos, las lentes. Al principio, será duro. Bridget no sabrá que nuestra hija lleva muerta tres años, que la gasolina cuesta el triple, que la música *hip-hop* se está apoderando del planeta. Ha despertado en un mundo nuevo, pero el último ayer que recuerda fue hace tres años. En su realidad, es una mujer más joven, con un futuro y una familia. Vendrán tiempos difíciles, pero luego vendrán tiempos mejores. Tiempos increíbles. El futuro que siempre quisimos no será el mismo, pero habrá futuro. La casa ya no estará vacía. Podremos tener otro gato, tal vez otro hijo…

«Otro niño».

Ni siquiera estoy seguro de dónde ha surgido la idea. Ni siquiera había pensado en ello. Otro niño. No, de ninguna manera. He visto lo que les pasa a los niños en este mundo. De ninguna manera voy a traer otro a él.

Aun así…

Me estoy adelantando. Primero tenemos que superar el dolor. Cualquier pensamiento sobre el futuro tiene que quedar aparcado hasta que le haya explicado el presente. Debo sentarla y hablarle de Emily, debo estrechar a mi mujer entre mis brazos mientras llora nuestra pérdida. Los dolorosos días que se avecinan se convertirán en dolorosas semanas y meses. Debo llevarla al cementerio para enseñarle la tumba de nuestra hija. Sacudo la cabeza.

La camiseta de la camarera de Froggies Diner lo resumía perfectamente. Sin embargo, la sonrisa sigue ahí, fija en mi cara, y mantengo el pie en el acelerador y, Dios, qué bien me sienta, qué bien me sienta correr hacia un destino que no es escenario de muerte y desesperación.

Cuando llego a la residencia de recuperación, todavía hay un

coche de policía delante, un recordatorio de la noche anterior, y un agente de guardia dentro. También hay una ambulancia y, junto a ella, un BMW último modelo. Las luces de la ambulancia parpadean y no sé por qué.

Aparco junto al BMW. Forster está de pie junto a la parte trasera de la ambulancia. Es un tipo de unos cincuenta años con el pelo castaño oscuro y gafas de diseño; lleva la corbata floja y la camisa remangada, y parece el tipo de hombre que hace de médico en la tele. Las puertas de la ambulancia están cerradas, hay una luz interior encendida y yo sigo con la sonrisa en la cara.

Señalo la ambulancia con el pulgar.

—¿Qué pasa aquí? —pregunto.

—Vamos dentro —me dice.

Sacudo la cabeza.

—Entraré a ver a Bridget en un segundo —le digo—, pero ¿qué tal si me cuentas lo de la ambulancia?

—Theo...

Sacudo la cabeza.

—Está despierta, doctor. Está despierta y está bien.

—Por favor, entremos.

—No. No, hasta que me digas que está bien. No, hasta que me digas que la ambulancia no está aquí por ella —digo, y la sonrisa, esa estúpida puta sonrisa, sigue en mi cara. La dejo ahí, y mientras siga así, mi mujer va a estar bien.

La ambulancia empieza a moverse.

—Theo...

—Maldita sea —digo. Paso a su lado y pongo la mano en el pomo de la puerta trasera.

—Theo, no —dice. Me coge del hombro, pero no me detengo.

Abro la puerta de la ambulancia y la sonrisa por fin desaparece. Bridget está tendida, con una mascarilla de oxígeno en la cara. Hay dos hombres agachados junto a ella. El conductor detiene la ambulancia.

—Qué coño —exclama uno de ellos cuando intento entrar—. Fuera de aquí.

—Theo —dice Forster. Esta vez me sujeta y tira de mí.

—¿Qué pasa?

—Sáquenlo de aquí —dice uno de los sanitarios, mientras el otro presiona la bolsa que suministra oxígeno a mi esposa.

—¿Qué...? —exclamo, y es todo lo que puedo decir.

Bridget gira los ojos hacia mí; sus ojos azules se abren de par en par, me miran fijamente y se clavan en los míos por primera vez en

tres años. Su mano derecha se extiende un poco hacia mí. Sabe quién soy. Puede verme y sabe quién soy. Alargo la mano hacia ella, y me mira y mira a través de mí y mira dentro mí. Se está muriendo y yo estoy en la parte de atrás de la ambulancia, con un Forster que me arrastra hacia atrás y un conductor que empieza a avanzar despacio.

—Fuera —dice el sanitario, y esta vez levanta la mano y me da un empellón en el pecho.

Caigo sobre Forster y ambos nos desplomamos en la calzada y aterrizamos pesadamente en el suelo. Forster amortigua la mayor parte de mi caída, pero no lo suficiente para evitar que el dolor de cabeza vuelva a despertarme. La puerta se cierra. La ambulancia se aleja. Se aleja a toda velocidad por la calzada hasta perderse de vista y, cuando llega a la carretera, las sirenas empiezan a sonar.

—Lo siento —dice Forster.

—Dime —digo. Me froto la cabeza, pero las palabras no me salen así. Brotan golpeadas y arrastradas.

—¿Qué?

—Que *mdigas*.

—¿Estás bien?

Me froto la cabeza y cierro los ojos. En la oscuridad destellan fuegos artificiales y se desvanecen. Me concentro en las palabras.

—*Stoy yien* —digo. Lo intento otra vez, concentrándome en cada palabra—. Estoy bien. Háblame de Bridget. —Los fuegos artificiales empiezan a desvanecerse.

—No estás bien. ¿Te golpeaste la cabeza?

—Maldita sea, doctor, ¡solo dímelo!

—Tu mujer —dice—. Bridget, como sabes, ha salido del coma hace cuarenta y cinco minutos. No ha dicho nada —aclara, y la cabeza del psiquiatra se mueve despacio de un lado a otro. Es un lento movimiento de cabeza, un lento movimiento de malas noticias—. Volvió en sí y salió al pasillo. La enfermera que la encontró pensó que era otro de sus paseos, pero entonces Bridget la agarró de los hombros e intentó hablar, solo que no podía emitir ningún ruido. Estaba muy agitada.

—¿Y está bien?

—Me llamaron y, cuando llegué, ya se había calmado. Estaba sentada bebiendo agua. Miraba a su alrededor, no entendía qué...

—Solo dime, ¿está bien?

—No sabía lo que estaba pasando, pero estaba alerta. Le dijimos quién era y que había tenido un accidente, y empezó a alterarse. Pensamos que íbamos a tener que sedarla.

—Maldita sea, doctor, ¿está bien? —pregunto, y puedo sentir la

bilis en el fondo de mi garganta. Si llegara a decirme que no, si me dijera que ella va a morir, más vale que eche a correr, más vale que eche a correr como si el diablo lo persiguiera.

Se levanta y se limpia la parte de atrás de los pantalones. Luego se agacha, me coge de la mano y me levanta.

—Sufrió un ataque —dice—. Antes de que pudiera echarle un vistazo, empezó a convulsionar. No conseguíamos que parara. Llamamos a una ambulancia y entró en parada cardíaca. La están ayudando, y cada segundo... —Deja de hablar—. Es grave —dice.

—Ibas a decir que cada segundo cuenta —le digo.

—Theo...

—Me estás diciendo que le acabo de costar a mi mujer veinte segundos.

—No pienses eso.

—Debería haber llegado antes —le digo, pensando en Cole, en Jonas, en esta ciudad que me debe un favor, diablos, cien favores—. ¡Joder, debería haber estado aquí!

—No había forma de saber que esto iba a pasar, Theo, e incluso si hubieras estado aquí lo mismo habría...

—Y lo único que he conseguido fue retrasar la ambulancia.

—Theo, no podías saberlo...

Sus palabras se desvanecen mientras corro de vuelta a mi coche, con cada pesado paso resonando en mi cráneo. Siento que voy a vomitar otra vez.

Conduzco hacia el hospital a velocidades que nunca había alcanzado. La gente se aparta de mi camino. El dolor de cabeza va y viene como olas que chocan con un acantilado. Cada ola es un poco menos potente que la anterior, pero, aun así, llega condenadamente fuerte. Cuando llego, aparco junto a las puertas principales y entro corriendo a la sala de urgencias. Me abro paso a empujones por delante de otras dos personas que me putean en el mostrador, enseño mi placa a la enfermera que está detrás y le exijo que me haga pasar por las puertas de seguridad que hay entre la sala de espera y los quirófanos. Eso hace. Entro y un médico se me acerca, me dice que me calme y me pregunta cuál es el problema. Se lo digo. Me dice que lo siga, y eso hago. Caminamos hasta la misma sala de espera en la que estuve ayer con Schroder, cuando vinimos a hablar con la señora Hayward. Esta vez soy el único que está aquí. Recorro la sala un par de veces, me siento durante medio minuto y vuelvo a recorrerla. A lo largo de los años, la gente ha recibido las mejores y las peores noticias en esta sala. Sus vidas han cambiado. Al cabo de cinco minutos, salgo al pasillo. Lo recorro de arriba abajo, observando a otras personas en

diferentes fases de dolor. Contemplo a una joven en una camilla. Tiene los ojos abiertos, aunque en blanco, y vómito en un lado de la cara y en el cuello. Una sonda desconectada cuelga de su boca. Se acerca una enfermera y le tapa la cara con una sábana.

—¿Qué le ha pasado? —le pregunto.

La enfermera se vuelve hacia mí y le enseño mi placa.

—Sobredosis —dice—. Para cuando llegó aquí, no había mucho que pudiéramos hacer. Es triste —dice—. Siempre es triste.

Vuelvo a pasear por el pasillo, y no he avanzado mucho cuando el doctor Forster me encuentra. Tiene cortes y rozaduras en las palmas, donde sus manos amortiguaron nuestra caída.

—Theo —dice, y resopla ligeramente, como si hubiera venido corriendo a buscarme—. He hablado con los médicos —explica—. La presión arterial de Bridget ha caído en picado y sus latidos son erráticos, pero están en proceso de estabilizar sus constantes vitales —dice.

—¿Qué coño significa eso? —pregunto.

—Significa que su cuerpo está colapsando y están intentando salvarla.

—¿Por qué? No lo entiendo... ¿Estaba despierta, no?

Sacude la cabeza.

—Estaba, pero ya no. No sé por qué. Sabremos más cuando se estabilice y podamos examinarla.

—Pero estará bien, ¿verdad? Y, cuando esto termine, ¿volverá a estar bien? ¿Normal?

—No lo sé.

—Quiero verla.

—No es posible. Están intentando ayudarla. No hay nada que puedas hacer aquí —dice.

—No iré a ninguna parte.

—Lo sé —dice—. Te mantendré informado.

Me deja solo. Cojo el móvil y veo que tengo dos llamadas perdidas de Schroder. Ni siquiera he oído sonar el teléfono. Le devuelvo la llamada.

—¿Cómo está? —pregunta Schroder.

Empiezo a contarle todo y tengo que sentarme, porque mis piernas están a punto de colapsar. Me escucha sin interrumpirme y, al final, me dice que lo siente.

—¿Qué pasa con Jones? —le pregunto.

—¿Vas a estar bien? —pregunta.

Es una pregunta tonta, pero él tenía que hacerla y le doy la respuesta que necesita oír.

—Estaré bien. ¿Y Jonas?

—No lo sé. Me han traído a casa. Estoy desconectado. Antes, me han pasado una llamada del hospital —dice—. Por lo visto, tienes una herida en la cabeza de la que no nos has querido hablar. Te estaban ingresando y te marchaste. Quieren que vuelvas.

—Tan pronto como esto termine —le digo.

—Theo...

—Lo prometo —le digo.

—Es tu cerebro —dice—. Haz lo que quieras, pero, si antes de morir quieres que los del departamento te pongan al día, llama a la detective Kent —dice, y cuelga.

Llamo a Kent.

—¿Cómo está tu mujer? —pregunta.

—Está bien —le digo—. ¿Qué pasó con Jonas?

Hace una pausa de unos segundos.

—Estoy pensando que Jones debe ser vidente de verdad —dice—, porque su abogado ya estaba esperándonos en la comisaría, lo cual, a menos que su abogado también sea vidente, es bastante inteligente, ya que no le habíamos dejado hacer ninguna llamada. Según el abogado, Jones ha demostrado una y otra vez ser, como él afirma, un auténtico vidente. Dice que lo único que quiere es ayudar a la comunidad. Entonces, en su papel de ayudante de la comunidad, estaba intentando utilizar su tremendo don para salvar la vida de una niña. Ningún hombre debería ser castigado por intentar tal hazaña. Y no, Jonas no tenía ni idea de que tropezaría con una emboscada.

—Vaya, supongo que todos deberíamos estar agradecidos de que el mundo tenga a Jonas Jones —digo.

Suelta una risita suave, como las que a veces soltaba mi mujer por teléfono.

—Deberíamos, según Jones y su abogado. Así que lo acosamos durante quince minutos, pero no le sacamos nada. Fue entonces cuando Stevens vino a por nosotros. Nos dijo a Hutton y a mí que soltáramos a Jonas Jones, al supuesto vidente humanitario. Hutton señaló que, por culpa de Jones, no pudimos atrapar a Cole, a lo que Stevens señaló que no podíamos saberlo a ciencia cierta, que no podíamos hacer nada más, que teníamos todo el derecho a estar cabreados, pero que nuestra tarea era encontrar a Cole y no fastidiar a un tipo que habla con los muertos.

—Escucha, he encontrado a Ariel Chancellor —le digo.

—¿Qué? ¿Dónde?

—Está aquí —le digo—. En el hospital.

—¿Has hablado con ella?

—No. Eso ya es más competencia de Jonas Jones —le digo, y le explico lo de la sobredosis.

Cuando cierro los ojos, puedo ver el tubo colgando de la boca, el vómito en el cuello; puedo verla tal y como estaba en su piso esta mañana, contándome su vida. «Morirá en esas calles», me dijo su padre, y en qué momento: puede que estuviera muriendo justo mientras él decía esas mismas palabras. Sin duda, estaba muriéndose desde el día en el que James Whitby persiguió a dos niñas asustadas por un parque.

—Enviaré a alguien para obtener los detalles —dice Kent—. ¿Algo que ver con Cole? —Niego con la cabeza, aunque ella no puede verme —. ¿Crees que lo ha hecho adrede?

Mantengo los ojos cerrados y, al mismo tiempo, me pellizco el puente de la nariz. No dejo de ver a Ariel en su piso, tomando una copa, diciéndome que estaba viviendo un sueño.

—Quién sabe —respondo—. ¿Y cuál es el siguiente paso?

—Ahora, demos el día por terminado —dice—. Lo único que podemos hacer es llenar las calles con tantos coches patrulla como podamos. ¿Qué más podríamos hacer? ¿Llamar a todas las puertas de la ciudad?

—Tal vez deberías volver a llamar a alguno de esos videntes que trataban de ponerse en contacto con Schroder.

—¿Habrá un término para el colectivo de videntes? ¿Tú qué crees? —pregunta—. Ya sabes, como *rebaño* de vacas o *bandada* de cuervos.

—Seguro que sí —digo, y busco una sola frase, algo ingenioso, pero mi cerebro está demasiado ocupado esforzándose por mantener a raya el dolor de cabeza. Ella no dice nada durante unos segundos, y tengo la sensación de que está pensando algo—. ¿Hay algún problema?

—Los videntes —dice—. El caso es que empezamos a llamarlos, ya sabes, algo teníamos que hacer, ¿no?

—Bien…

—Bueno, no nos buscaban porque tuvieran visiones o hablaran con los muertos. Llamaban como testigos. Caleb Cole los ha estado visitando. Ha estado intentando hablar con su mujer y su hija.

Hago una mueca de dolor ante esa información.

—Dios mío —exclamo.

—Si los hubiéramos llamado antes… —dice, pero no añade nada.

El problema es que el trabajo de Schroder era ponerse en contacto con ellos o pedirle a otro que lo hiciera. La cuestión con los videntes es que, cuando llaman, quienquiera que esté hablando con ellos se desconecta, no oye lo que le están diciendo y apenas hace el esfuerzo

de anotar siquiera un nombre y un número de teléfono. Probablemente, estas personas decían que estaban viendo a Caleb Cole, y quienquiera que estaba al otro lado del teléfono pensaba que se referían a que estaban teniendo *visiones* de Caleb Cole. Pero no, no era eso: todos querían algo de reconocimiento, recuerdo que Schroder lo dijo.

—¿Es algo que podamos usar? —pregunto.

—Estamos contactando con otros videntes. Estamos en ello. Y vigilaremos a Jonas por si fuera un objetivo. ¿Qué crees que va a pasar con Schroder? —pregunta.

—No lo sé —digo, y ahora mismo estoy demasiado cansado para mirar tan lejos en el futuro. Quizá debería preguntarle a Jonas Jones.

—¿Crees que perderá su trabajo? —insiste.

—No lo sé.

—Espero que no —dice.

—Tengo que irme —le digo.

—Escucha —dice, y en este momento acaba de sonar como Schroder, el bueno de Schroder, que empieza la mitad de sus frases con un «mira» o un «escucha»—. Él quería que te diera un mensaje cuando llamaras. Dijo que nadie te echaría en cara que no aparecieras por aquí durante unos días. Dijo que, con lo que has hecho, Stevens está impresionado. No va a retirar su oferta de dejarte volver al cuerpo por el hecho de que te quedes con tu mujer. Duda que Stevens te eche en cara que mintieras para protegerlo.

—De acuerdo. Gracias, detective.

—Rebecca —dice—. Y me alegro de que tu mujer esté bien. Hablaremos mañana.

Camino por la habitación unas cuantas veces más hasta que mi pierna dolorida me dice que lo mejor sería sentarme. Me agarro la cabeza con las manos y miro al suelo, pero la cabeza me dice que el de abajo no es el mejor de los ángulos para mirar. Tengo la sensación de que el cerebro me presiona la parte posterior de los ojos. Al otro lado de la puerta, Bridget lucha por su vida. O los médicos luchan por ella. Una enfermera se acerca y me ofrece un café, y yo le digo que sería estupendo, pero nunca aparece con él. Al cabo de una hora, un médico sale del quirófano. Camina hacia mí. Me pongo de pie y me tambaleo durante unos segundos delante de él, y en esos segundos hay un mundo de posibilidades. Este es el momento en el que mi vida cambia, como ha cambiado para todo el que ha estado aquí antes que yo.

—Su mujer está bien —me dice, y todo está bien en el mundo. Casi lo abrazo. Lloro. Y entonces lo abrazo. Me da una palmada en la espalda y me aparta después de unos segundos—. La hemos

estabilizado —continúa—. Habrá que tenerla aquí unos días, y sé que el doctor Forster querrá hacerle algunas pruebas e intentar averiguar qué ha pasado.

—¿Y qué ha pasado? —pregunto.

El médico sacude un poco la cabeza.

—Sinceramente, no lo sabemos. Todo lo que sabemos es que sus constantes vitales se desplomaron y que estuvo en peligro durante un tiempo.

—¿Y el coma?

Me sostiene la mirada y no se inmuta.

—Está inconsciente —anuncia—. Cuando estaba con nosotros, no respondía. Lo siento —dice—, pero no puedo decirle nada más que eso.

—Tiene que ser algo bueno, ¿verdad? Que se haya despertado así.

—Las lesiones cerebrales son delicadas —comenta—. He visto muchas a lo largo de los años y, en cierto modo, son como las huellas dactilares: no hay dos idénticas.

—¿Puedo verla?

—Pronto la trasladaremos a una habitación y podrá verla durante unos minutos —dice—. Mañana sabremos más.

Se da la vuelta y vuelve al quirófano, y yo me derrumbo en la silla. Bridget está bien. Con todo lo que ha pasado, ella va a estar bien. Me inclino hacia atrás y mi cabeza toca la pared. Inmediatamente, la habitación empieza a balancearse. Me invade una abrumadora sensación de agotamiento. El techo se vuelve borroso, luego nítido y borroso otra vez, y así durante los siguientes quince minutos, hasta que una enfermera viene a buscarme y me lleva con mi mujer.

Capítulo cincuenta

Caleb Cole mira el techo, luego cierra los ojos durante unos segundos y vuelve a mirar el techo. Entre uno y otro objetivo, el panorama no cambia mucho. Piensa en Jonas Jones. Ya no importa si el vidente es un fraude o no: está detenido. Es tan imposible llegar a él como a la señora Whitby.

Piensa en la señora Whitby, en lo satisfactorio que sería cortarla en mil pedazos. Es una idea con la que a menudo se queda dormido.

Sobre todo, piensa en el hombre del cementerio, Theodore Tate. Se le está ocurriendo una idea. Una idea emocionante que surgió de la reciente conversación con Tabitha, cuando le sugirió que matara a la señora Whitby por él.

Se levanta de la cama y se dirige a la cocina. Este extremo de la casa recibe algo de luz de la calle, así que puede ver mejor. Llena un vaso de agua, se sienta en el salón y usa el móvil para conectarse a internet. Si la policía no tenía su número, ahora lo tiene después de lo de las *pizzas*. Es increíble la cantidad de tecnología que cabe en un teléfono tan pequeño, pero es un coñazo usarlo.

Busca a Theodore Tate. Estuvieron en prisión al mismo tiempo, cuatro meses en el mismo complejo, pero Caleb no recuerda haberlo visto nunca. Sin duda, estaban en alas diferentes. Como expolicía, lo habrían metido en una sección de la cárcel donde no le pateaban el culo todos los días. Habría sido una buena situación para él; al menos, comparativamente. En otras palabras, nunca habría tenido la verdadera experiencia carcelaria. Caleb siente envidia de eso.

Hace tres años, Tate perdió a su hija en un accidente. Un conductor ebrio la atropelló, junto con su madre, cuando salían de un cine por un aparcamiento público. La madre sobrevivió, si es que se puede llamar así. El hombre que las atropelló quedó en libertad bajo fianza y desapareció. Huyó del país, según relatan los artículos.

Caleb sigue leyendo. Está el caso del Asesino de los Entierros, del año pasado: un psicópata que se metía en los cementerios a sustituir cadáveres enterrados por víctimas recientes. Luego está el caso de principios de este año, en el que un chiflado secuestraba a personas y las llevaba a Grover Hills, la misma institución a la que llevaron a James Whitby, solo que Grover Hills cerró hace unos años.

Theodore Tate. Expolicía convertido en investigador privado,

convertido en recluso, convertido de nuevo en investigador privado, convertido en asesor de la policía y, en algún momento de todo eso, en asesino de hombres malvados.

Cuanto más lee, más se va identificando, y cuanto más se identifica, más aumenta su entusiasmo. Esto está resultando mejor de lo que esperaba. Theodore Tate: marido y padre, pero mucho más. Podría ser, incluso, un hombre con su propio monstruo, el que cazó a quien mató a su hija.

Sí. Theodore Tate le será muy útil para lo que tiene planeado.

Capítulo cincuenta y uno

Voy por la ciudad, llego a las intersecciones y tengo momentos en los que ni siquiera recuerdo haber conducido hasta allí. Me veo atrapado durante diez minutos en un atasco, pero no me importa. Los coches tocan el claxon y entran y salen del flujo de tráfico. Tengo los ojos medio cerrados y lo único que quiero es llegar a casa y desplomarme en la cama. Me duele un poco la cabeza y no me ayuda mucho masajearla. El coche de Schroder es automático, y menos mal que lo es, porque, si tuviera que gastar energía mental en cambiar de marchas, me echaría a llorar. Cuando llego a casa, dejo el automóvil de Schroder en la entrada.

Todavía tengo mis llaves, salvo las del coche, que se han quedado en algún lugar de la comisaría, junto con el cacharro. Entro en casa a tientas y lo único que encuentro es una barra de pan en el congelador. Lleva ahí desde el año pasado. Me hago unas tostadas y me las como mientras miro por la ventana trasera. Distingo el lugar donde tuve que enterrar a mi gato. Un psicópata lo mató al día siguiente de mi salida de la cárcel. Me meto la tostada en el cuerpo a la fuerza para contener los dolores del hambre. Es demasiado tarde para el café, y demasiado complicado de hacer de todos modos, así que me conformo con agua. Busco en el bolsillo los analgésicos que me dio la enfermera por lo de la mordedura de perro. Me tomo dos y tiro el resto por el fregadero. No quiero arriesgarme a otra adicción, no quiero ocultar ningún síntoma por si algo va mal dentro de mí. Observo mi reflejo en la ventana. Sigo viendo la habitación del hospital, sigo viendo a mi mujer conectada a un equipo médico, como en una película de ciencia ficción, igual que hace tres años. Me senté a su lado y le cogí la mano durante los cinco minutos que me concedieron, con la vana esperanza de que abriera los ojos... Y no los abrió. Termino la tostada y me dirijo al dormitorio.

Me meto en la cama. Apago la lámpara, cierro los ojos y espero a que las pastillas hagan efecto. Qué fuerte siento esta noche la ausencia de Bridget. El equipo médico, los tubos, toda esa ciencia que la mantiene viva... Estaba cerca, muy cerca de volver. ¿Cuál es el siguiente paso?

Dormir. Ese es el siguiente paso. Mañana resolveré el resto.

Oigo pasos fuera de la entrada principal incluso antes que los

golpes en la puerta. Miro el despertador y veo que llevo dos minutos en la cama. Cierro los ojos y me pregunto si podré ignorarlo. Luego decido que no va a ser posible por más que lo intente. Me tapo la cabeza con la almohada, pero los golpes no cesan. Es como si tuviera un pájaro carpintero dentro del cráneo. Son las tres menos cuarto de la madrugada, así que supongo que debe ser algo importante. Entonces se me ocurre que podría ser un periodista o, peor aún, un vidente. El pájaro carpintero confirma que, sea quien sea, no pasará inadvertido. Me pongo algo de ropa y salgo al pasillo arrastrando los pies y casi tropezando con ellos. Apenas puedo mantener los ojos abiertos. Los golpes cesan cuando enciendo la luz exterior. Apenas llevo dos minutos a oscuras y la luz ya duele. Apoyo una mano en la pared solo para mantener el equilibrio.

—¿Quién es? —pregunto.

—¿Theodore Tate? —pregunta una voz, una voz que reconozco, y lo primero que se me ocurre es que es alguien del hospital. Ha venido a decirme en persona lo que debería haberme dicho por teléfono. Sin embargo, tengo la sensación de que no es de ahí de donde conozco la voz.

Y es una mala sensación.

—¿Sí? —pregunto, un poco más despierto ahora, pero no mucho más.

—Soy Caleb Cole —dice la voz, y la respuesta hace que se me retuerza el estómago, que mi mano se despegue de la pared y todo mi cuerpo se yerga—. Si no abre la puerta en los próximos cinco segundos, voy a dejar en la entrada una niña muerta para que se haga cargo de ella.

Mi móvil sigue en el dormitorio. No tengo ningún arma. Lo único que tengo son dos brazos que apenas puedo sostener y unos ojos que parpadean abiertos durante décimas de segundo en lugar de parpadear cerrados.

—Lo digo en serio —insiste.

Alargo la mano y desbloqueo la puerta. Abro hacia dentro y, tal como ha insinuado, Caleb está sujetando a Katy Stanton. Y también un cuchillo. La vista me despierta.

Doy unos pasos hacia el pasillo y él me sigue. Pase lo que pase, ya es hora de que me mude y consiga una dirección que no figure en la guía. Durante el último año, han llamado a mi puerta asesinos en serie, locos, abogados y periodistas; y también mis padres. Él da una patada con el talón y cierra, aunque no lo suficiente. La puerta vuelve a abrirse un centímetro.

—Ojalá nunca te hubiera ayudado con tu coche —le digo.

Al socorrerlo, le di la oportunidad de pasar a su siguiente víctima. Lo ayudé a secuestrar a Stanton y sus hijas.

Abre la boca para decir algo, pero no sabe qué. La cierra y hace un pequeño gesto de reconocimiento con la cabeza.

—Enciende la luz —dice.

Alargo la mano y pulso el interruptor de la luz. El pasillo cobra vida.

—Y ahora, ¿qué? —pregunto.

—¿Podemos sentarnos en algún sitio?

Asiento con la cabeza.

—Por aquí —le digo. Me doy la vuelta y empiezo a andar.

—No intentes...

—Sí, lo sé —le digo—. Ya lo has dicho. —Lo llevo al comedor—. ¿Aquí está bien? —le pregunto.

—Claro. Siéntate en el lado opuesto de la mesa.

—No tienes que seguir amenazándola con el cuchillo —le indico. Me quedo mirando la hoja que tanto ha arrebatado a tantos en los últimos días—. No voy a intentar nada.

—Siéntate —repite—, y veremos qué pasa.

Me siento.

—¿La has drogado? ¿Está dormida? —le pregunto.

Él también se sienta.

—Está bien —dice. Apoya a Katy sobre su regazo—. ¿Fuiste tú quien encontró a Octavia?

Asiento con la cabeza.

—¿Cómo? —pregunta.

—Fui a hablar con Tabitha, pero no abrió la puerta.

—¿Así que entraste?

—Escucha, Caleb, estoy demasiado cansado y no estoy del mejor humor, así que ¿qué tal si me dices lo que quieres?

—No eres el único que está cansado.

—Sí, pero yo soy el único que no está amenazando a una niña con un cuchillo. ¿Qué quieres?

—Quiero que me digas ahora mismo por qué fuiste allí.

—Porque le enviaste una carta a Ariel Chancellor en la que decías que fue Tabitha quien dejó a Victoria Brown en coma.

Se lo piensa, asintiendo lentamente todo el tiempo.

—Fue una estupidez por mi parte —dice.

—Tienes razón —le digo—. Y no solo eso, sino todo esto. —Extiendo los brazos—. Todo esto es estúpido. Estás haciendo daño a la gente equivocada.

—No. Estoy matando a la gente correcta. Hasta ahora, ningún

inocente ha muerto.

—¿Qué demonios te pasa? Han muerto cuatro personas —le digo —. Tres de ellas solo hacían su trabajo. A la cuarta ni siquiera la conocías.

—Bueno, no deberían haber hecho su trabajo tan bien como lo hicieron —dice—. Y ese otro gilipollas debería haberse guardado la polla en los pantalones. ¿Qué va a pasar con Tabitha ahora que sabes lo que hizo?

Me encojo de hombros.

—No está en mis manos —le digo.

—¿Quieres que vaya a la cárcel?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no serviría de nada —le digo—. Lo que hizo fue...

—Ilegal —dice—. Estuvo a punto de matar a esa mujer. En cierto modo, lo hizo. Y tú quieres que se salga con la suya porque fue una venganza.

—No es eso en absoluto —le digo.

—¿No lo es? Entonces, ¿por qué? —No tengo respuesta—. Lo mismo pasa con los demás —dice—. Para mí. Es el mismo tipo de venganza.

—¿Y qué hay de Brad Hayward? ¿Qué pasa con sus hijos? ¿Ellos también merecen tu venganza?

No tiene respuesta.

—En mi vida ya no queda nadie —acaba diciendo.

Señalo a Katy con un movimiento de cabeza.

—¿Y ella? —pregunto—. ¿Le harás daño por venganza?

—Si tuviera la necesidad. Pero, si me ayudas, eso no tendrá que suceder.

—¿Ayudarte cómo?

—¿Mataste al hombre que mató a tu hija?

—Huyó del país.

—¿Lo mataste?

—No.

—No te creo.

—No me importa lo que creas.

—Has matado a tres personas —me dice—. Yo he matado a cinco. Todos eran malvados.

—He matado a uno —arguyo, aunque técnicamente han sido cuatro—. Tú has matado a seis. Uno de ellos era un oficial de policía. Era un buen hombre.

—Lo sé —dice—, y lo lamento, de verdad, y he pagado por ello.

No somos tan diferentes, ¿sabes? A la gente que hace cosas malas, se las hacemos pagar.

—Baja el cuchillo —le pido—. Estamos sentados en extremos opuestos de la mesa.

Él baja el cuchillo.

—Somos diferentes —le digo. No me ha gustado la comparación —. Muy diferentes.

—Puede que sí. Puede que no —dice—. Si hubiera sido tu hija, a James Whitby le habrías hecho lo mismo.

No le doy ninguna insinuación en ningún sentido, pero sí, claro que lo habría hecho. Solo que habría encontrado una forma diferente de hacerlo. Nadie más habría sufrido. Nadie se habría enterado nunca de nada.

—Pues no fue solo James Whitby quien mató a Jessica —dice—. Fueron todos ellos.

—Entonces, ¿qué quieres de mí? —pregunto. Sé que no tiene sentido discutir.

—¿Sabes lo que le hicieron a James Whitby de niño? Está todo en las transcripciones del caso judicial de Tabitha Jenkins.

—Sé que su madre lo jodió —le digo—. Sé que James Whitby nunca tuvo una sola oportunidad en la vida por culpa de ella. Sé que es candidata a peor madre del siglo y que quieres matarla.

—Ya no.

Esa no es la respuesta que esperaba.

—¿No?

—No —dice—. No quiero matarla. Quiero que tú la mates por mí.

Casi me río por la sugerencia, pero, claro, lo dice en serio.

—Vamos, Caleb, no hay nada en tu expediente que diga que estás loco. ¿Por qué crees que lo haría? —pregunto, y miro a Katy mientras formulo la pregunta, y también el cuchillo, y tengo una idea bastante buena de lo que se avecina, y es mala.

—Quieres hacerlo porque la señora Whitby es tan responsable como cualquiera —dice—. ¿Podrías decirme que, con todo lo que ha pasado, merece andar libre por ahí? ¿Merece tener un salvoconducto para salir de la cárcel? Eso no es justo. No es justo, joder —dice, y golpea la mesa con la mano. Katy no se mueve—. Yo esperaba que lo vieras desde mi punto de vista. Esperaba no tener que llegar a esto —dice, y vuelve a poner el cuchillo en la garganta de Katy.

—Caleb...

—Los teléfonos de hoy en día hacen cosas increíbles —dice, y me confunde con el cambio de rumbo—. Se pueden hacer muchas cosas con ellos. Toma —dice, y desliza un teléfono por la mesa hacia mí—.

Es del médico. Quiero que lo tengas.

—Ya tengo un teléfono.

—¿Es como ese? —pregunta Cole.

Miro el móvil. No, el mío no se parece en nada.

—El mío hace llamadas —le digo—, no mucho más.

—¿Hace videollamadas?

Niego con la cabeza.

—Entonces, coge este móvil —exige—. Tienes treinta minutos. Es tiempo suficiente para conducir hasta la casa de la señora Whitby y matarla; y, mientras lo haces —dice—, quiero verlo. Te llamaré dentro de treinta minutos para que me muestres en ese teléfono lo que has hecho. Más vale que sea real, porque, si no lo es, si creo que esa mujer sigue viva, mataré a esta niña.

—No, no lo harás —le digo—. Es igual a tu hija.

Pone la mano de Katy sobre la mesa y sostiene el cuchillo sobre ella. Le toca un dedo con la hoja.

—No lo hagas —le digo.

Frunce el ceño con incredulidad mientras sacude la cabeza.

—No crees que le vaya a hacer daño —dice—, y no puedo culparte, porque esta mañana habría estado de acuerdo contigo —añade—, solo que ahora las cosas son diferentes. —Empieza a presionar el cuchillo.

—Te creo —le digo, y me pongo en pie. Las piernas ya no me pesan ni están cansadas.

Me apunta con el cuchillo.

—No te muevas —dice en voz alta—. No te muevas, joder. Vuelve a sentarte.

Vuelvo a sentarme. Mis piernas están tensas, listas para abalanzarse, pero también tiemblan.

—No tienes que andar haciendo demostraciones —le digo.

—Te equivocas. Estoy solo en todo esto. Tabitha no quiso ayudar, aunque fue una víctima. Has pasado por algo similar y ni siquiera tú quieres ayudar.

Empuja el cuchillo contra el dedo de Katy.

—Espera, espera maldita sea. Lo has entendido todo mal —le digo—. Haces daño a la gente equivocada, por eso nadie quiere ayudarte; y, si le hicieras daño a ella… —Empieza a apretar el cuchillo con más fuerza—. ¡Maldita sea! Escúchame. No hagas eso. —Comienzo a moverme de nuevo.

Él me mira.

—Te lo advierto: si vuelves a moverte, la mato ahora mismo.

No vuelvo a sentarme, sino que me quedo donde estoy, con las

piernas pegadas a la silla.

—Caleb…

—No estoy bromeando, joder, ¿qué os pasa? Uno presiona y presiona y la gente no quiere ayudar, no quiere creer, así que ¿qué más me queda? —pregunta, y su voz se vuelve aguda—. ¿Eh? ¿Qué más? —Antes de que yo pueda darle una respuesta, él me da la que quiere oír—: Nada. No hay nada más. Así que esto… ¡Esto de ahora es culpa tuya!

Presiona con fuerza el cuchillo.

—Caleb, no necesitas…

Hay resistencia.

—… hacerlo.

Se oye un ruido sordo cuando la hoja atraviesa el dedo meñique de la niña.

Me lanzo hacia él y mi cadera golpea la mesa.

—¡Hostias, Caleb! —grito. Brota sangre de la mano de Katy. La niña no se despierta, ni siquiera se inmuta. No está dormida, sino drogada, tal como lo estaba Melanie esta tarde.

Le pone el cuchillo contra la garganta. Cuando él se mueve, Katy se mueve también, y su dedo va con ella. Sigue sujeto por unos hilos de piel que no se han roto del todo.

—No te muevas, joder —gruñe, y me detengo a unos pasos de él. Me duele la cadera, la sangre me hierve.

—Tú… —empiezo a decir, pero no sé qué añadir. No hay un improperio lo bastante fuerte.

—Siéntate, siéntate o verás de qué más soy capaz.

Retrocedo hacia la silla sin dejar de mirarlo, con las manos colgando a los costados. Mis piernas chocan con la silla y, más que sentarme, caigo en ella. El impacto me sacude la cabeza y casi despierta a la bestia que sostiene el mando de mis dolores de cabeza. Apoyo los brazos en la mesa.

—Caleb…

Él ve el dedo que cuelga, así que vuelve a poner la mano sobre la mesa y desliza el cuchillo por la piel restante. No puedo mirar. En vez de eso, miro mis propias manos, con todos mis dedos intactos. Si pusieran una pistola en estos dedos, todo terminaría. Me cuesta mucho quedarme quieto. Es muy duro no hacer nada mientras escucho la hoja arrastrándose por la mesa. Pero ¿qué me queda? ¿Hacer algún movimiento? No. Hay un tipo dispuesto a cortarle el dedo a una niña pequeña y, bueno, un tipo así es capaz de cualquier cosa. Ese es todo su argumento.

—Ya está —dice, y el dedo se separa por completo.

No tengo fuerzas para decir nada. Me quedo mirándolo. Todo lo que yo creía saber acaba de cambiar. Estaba seguro de que íbamos a recuperar a todas las niñas sanas y salvas. Ahora… Ahora ya no sé qué pensar.

Se levanta y me apunta con el cuchillo. La sangre gotea de la mano de Katy y cae en la parte delantera de su camisa. En la mesa hay un surco manchado de sangre.

—Treinta minutos —me dice—. Te juro por Dios que, cuando te llame dentro de treinta minutos, si la señora Whitby sigue viva, esta niña se va a quedar sin dedos. Y después todo se va a poner mucho peor.

Capítulo cincuenta y dos

Caleb coloca a la niña en el asiento delantero del coche y sube al del conductor. Siente que en el estómago le ha crecido un dedo y que le rasca la garganta. Su camisa está manchada de sangre, y también tiene algo de sangre en la cara. La parte delantera del vestido de la niña está teñida de rojo. Le tiemblan tanto las manos que, cuando intenta arrancar el coche, no acierta con las llaves. Mira a la niña, su mano, el muñón del dedo. Ve a Tate en la puerta. Siente ganas de vomitar.

—Resiste —se dice, y arranca el coche.

Pone la marcha, da la vuelta y, antes de llegar al final de la calle, el estómago impulsa la bilis hacia arriba. No tiene tiempo para detenerse y abrir la puerta. La bilis sale a borbotones de su boca y desborda la mano que ha levantado para intentar retenerla. Salpica hacia los lados, se cuela entre sus dedos, cubre su regazo y el volante, da en la puerta y en la niña. Algunos trozos pequeños salpican el parabrisas. Le quema la boca y la garganta y, durante unos segundos, no puede respirar. Sigue conduciendo, obligándose a doblar la esquina antes de detenerse. No quiere que Tate detecte ningún indicio de debilidad.

—Dios —exclama, y toda la compasión que lo abandonó a lo largo de los años regresa de golpe. Todos tenían razón: les está haciendo daño a estas niñas. El interior del coche apesta. Baja la ventanilla. Mira a Katy, se limpia el vómito de la barbilla, sacude la cabeza y empieza a llorar—. Lo siento —le dice. Se inclina y le coge la mano.

El corte es limpio, puede ver el hueso, pero está astillado en los bordes. Mira alrededor del coche en busca de algo que pueda atar alrededor y no ve nada. Prueba en la guantera. Nada. Al final, con el cuchillo corta una parte de su camisa y ata el jirón lo más fuerte que puede alrededor del resto del dedo y la mano.

No quiere seguir haciéndole daño. No tiene estómago para esto, pero, sin otra opción... Bueno, ¿qué más tiene sin otra opción? La niña ha perdido un dedo, y puede que pierda algunos más con tal de que una mujer malvada sea eliminada de este mundo, y ese no es un precio muy alto.

Conduce un minuto más antes de marearse de nuevo, aunque esta vez puede parar. Abre la puerta y se asoma. Cuando ha terminado de vomitar, sale del coche y se quita la camisa. Hace una bola con ella y

la tira a la calle. Mira el reloj. Han pasado cinco minutos.

Tarda otros diez en volver a la casa, con sus muebles de exposición y el médico atado. Aparca en la entrada y lleva a Katy dentro.

—Para que lo sepas, esto no es una pesadilla de la que vayas a despertar —le dice a Stanton, y levanta a la niña para que el psiquiatra pueda ver la mano de su hija. Stanton casi vomita en la cinta adhesiva. Unos sonidos que deberían haberse convertido en palabras han quedado atrapados en alguna parte.

—Todo esto es culpa tuya —le dice Caleb—. Todo. Todo por tu maldita culpa —insiste, y es verdad. Es muy cierto.

Sale de la habitación y lleva a Katy a otro de los dormitorios. La acuesta con cuidado, apoya su cabeza en una almohada y la cubre con una manta. Su mano ha dejado de sangrar. Él se alegra. Cuando despierte, probablemente tarareará su jodida versión del abecedario durante semanas. Mientras tanto, la gente le sonreirá y le dirá que qué pena, pero la niña seguirá adelante.

En diez minutos, Theodore Tate matará a la señora Whitby. O no lo hará. Y, si no lo hace, Caleb le cortará más dedos a Katy. Seguirá cortando dedos hasta que esa vieja y malvada perra esté muerta. Tiene que hacerlo. No quiere, pero tiene que hacerlo. Es la única manera. La señora Whitby tiene que ser castigada. Y entonces todo terminará. Así tiene que ser, porque no queda otro remedio para terminar con esto.

Capítulo cincuenta y tres

Lo primero que hago es ir al dormitorio y coger el móvil. Me sale el número de Schroder en la pantalla, pero no hago la llamada. ¿Puedo matar a la señora Whitby para salvar la vida de una niña de cinco años? Es una respuesta sencilla. Sí o no.

En caso afirmativo, ¿cómo hacerlo?

Si no la mato, ¿podré vivir conmigo mismo si Cole mata a la niña?

Me siento en el comedor, en el mismo asiento que ocupé antes, y miro fijamente a través de la mesa el dedo que ya no está unido a Katy Stanton. Cole se ha ido y mi dolor de cabeza ha desaparecido, y pienso en el menor de los males, porque eso es lo que Cole me está obligando a hacer. Pienso en quitarle la vida a la señora Whitby para salvar la de Katy Stanton. En un mundo lógico, es una ecuación simple. Sacrificas a la malvada mujer mayor para salvar a la niña inocente. La señora Whitby golpeó a su hijo casi hasta matarlo. Le dejó cicatrices en el pecho y las piernas con una plancha. Le apagaba cigarrillos en los brazos y lo encerraba en armarios durante días. Ella creó un asesino. Así que debería ser una ecuación simple, y sobre el papel lo es.

Pero aquí no estamos hablando de papeles. Esto es la vida real. No puedes cambiar una vida por otra, e, incluso si se pudiera, quien hiciera un intercambio así terminaría en la cárcel.

En mi móvil, vuelvo a buscar el número de Schroder.

Dejo el teléfono sobre la mesa y no hago la llamada. Voy a la cocina, donde todavía hay migas en el banco, abro el grifo, me mojo las manos y me salpico la cara. Mis ojos se abren un poco más, pero mi mente sigue igual de nublada. Cansado, despierto o con la adrenalina por las nubes, la solución no se vuelve más clara.

Dentro de treinta minutos, si la señora Whitby sigue viva, ¿matará Cole a Katy? Todo lo que sé es que hace cinco minutos yo no creía que le cortaría el dedo. Si llegué a sentir por Caleb algo de conmiseración, esta desapareció cuando él presionó ese cuchillo. Y lo mismo ocurrió con el perfil que construimos. Cole está desesperado. Un hombre desesperado puede hacer cualquier cosa. Me echo más agua en la cara, me agarro con fuerza al banco y aprieto las manos hasta que me palpitan todos los dedos. Luego me alejo. Mi reflejo en la ventana de la cocina hace exactamente lo mismo.

Me calzo y me echo los dos móviles en los bolsillos. Cojo una

chaqueta y las llaves. Me dirijo a la puerta principal al mismo tiempo que oigo que se abre la gatera en el comedor.

Retrocedo por el pasillo a tiempo de ver que el gato del vecino salta sobre la mesa.

—Eh —le grito.

El gato se baja de un salto y corre hacia la gatera con cara de pánico y el dedo colgando de la boca.

Me muevo para interceptarlo, pero cambia de dirección y vuelve hacia el comedor, luego al salón. Voy tras él y se esconde detrás del sofá. Dios, no tengo tiempo para esto. El reloj corre. Doy la vuelta al sofá y el gato pasa corriendo por delante de mí hacia la puerta. Intento cogerlo y fallo. Me mira, corre hacia la pared y el dedo se le cae de la boca. Vuelve a cogerlo, pero he reducido la distancia a la mitad, así que sisea y empieza a gruñir. Aplaudo con fuerza, se da la vuelta y sale.

Cojo el dedo. Es más ligero de lo que habría imaginado, aunque supongo que nunca me había imaginado cuánto pesa uno. Lo meto en una bolsa de plástico y lo guardo en la nevera. Supongo que tiene que permanecer frío, por si hubiera alguna posibilidad de volver a pegarlo, y quizá el congelador lo dañaría en exceso. Creo que las células pueden cristalizarse o algo así, o quizá me lo estoy inventando. No lo sé. Creo que en el frigorífico está mejor que comido por el maldito gato.

Me meto en el coche y pongo las luces de emergencia. No sé qué demonios hacer. ¿Llamar a Schroder? ¿Arriesgar la vida de una niña? No lo sé, no lo sé. Simplemente no lo sé. Todo lo que sé es que el coche se come la distancia entre mi casa y la casa de Whitby. Todavía puedo ver ese cuchillo presionando y cortando el dedo de Katy, y la mirada en la cara de Cole. Y no era la cara de un hombre a quien le gustaba lo que estaba haciendo. Estaba demostrando algo. ¿Matará a Katy para seguir con su demostración?

No lo sé. Si pido refuerzos, ¿Cole la matará?

Y, si lo hace, ¿podré vivir con ello?

Si mato a la señora Whitby, ¿podré soportarlo?

¿Soportaré volver a la cárcel?

En mi egoísmo, a eso se reduce todo. No, no puedo. No con Bridget volviendo a mí.

Sigo conduciendo y saco el móvil del bolsillo. Llego a las afueras de la ciudad, y lo hago rápido. Salgo a una de las avenidas principales, donde hay al menos doscientos *boy-racers* aparcados en la carretera, bloqueando el tráfico. Joder. Cruzo la mediana y me meto en el carril contrario, que está vacío. Más adelante veo las luces de un camión de

bomberos y el resplandor naranja de las llamas. Llamo a Schroder. Suena varias veces. Lo coge.

—Theo —dice, y oigo a su mujer de fondo y un bebé que llora. Por el tono de su voz, sé que espera malas noticias. Cree que le diré que Bridget ha muerto.

—Necesito tu ayuda —le digo.

—¿Qué pasa?

—No sé si te estoy llamando como amigo o como policía.

—Es como amigo, Theo. No soy policía, no esta noche. Quizá nunca más.

—Entonces, es como mi amigo.

—Bien, Theo, tienes toda mi atención. ¿Qué ha pasado?

—Caleb Cole ha venido a verme.

—¿Que él qué?

—Ahora mismo.

—¿Y sigue ahí?

—No, se ha ido.

—¿Has dejado que se fuera?

Le cuento lo sucedido. Me lleva tres de los treinta minutos que Cole me ha dado. En esos tres minutos, paso junto a dos coches en llamas, un grupo de gente que observa una pelea a puñetazos y un coche morado que circula muy despacio, también en dirección contraria, con dos ruedas pinchadas. De las llantas saltan chispas mientras los neumáticos se desintegran y aletean contra las luces de neón que el coche lleva por debajo.

Cuando termino, Schroder guarda silencio, pero oigo cómo abre su paquete de pastillas de cafeína. Un momento después, empieza a masticar una.

—¿Y bien?

—Bueno, deberías llamar a la detective Kent o llamar directamente a Stevens. Y, por supuesto, no puedes matarla —dice—. ¿Cuánto hace que se fue?

—Dieciocho minutos —le contesto—, y claro que sé que no puedo hacerlo.

—Si de verdad lo supieras, me habrías llamado hace dieciocho minutos.

—Escucha, Carl, no sé por qué no te he llamado enseguida, ¿vale? Pero esa no es la cuestión, la cuestión es ver qué hacemos ahora.

—Bueno, no puedes matarla.

—Lo sé, ya lo has dicho, y yo ya te he dicho que lo sé.

—Tenemos que fingir algo. Es lo único que podemos hacer. Hacerle creer a Cole que la hemos matado.

—No va a caer. Cuando me llame, me va a pedir que se lo demuestre. Me pedirá que haga algo que no podamos fingir.

—¡Joder, Theo! Deberías haber llamado enseguida.

—Lo sé. Lo siento.

—Bueno, no puedes matarla.

—¡Por Dios, Carl, deja de decirlo como si lo estuviera considerando!

—Vale, vale, lo siento, pero no puedes.

—Pero, si no lo hago, va a matar a Katy. Cuando le cortó el dedo, yo no podía creerlo.

—¿Ves?, lo estás considerando —dice.

—Solo dime qué hago.

—¿Dónde estás ahora?

—A unos dos minutos de la casa de la señora.

—Vale. Ya estoy en el coche. Estoy de camino.

—Eso sigue sin decirme qué hacer.

—No lo sé. Mierda, necesitamos más tiempo.

—Al menos tengo que ir allí, ¿no? Incluso si vamos a simular algo, tengo que ir allí.

—De acuerdo. Escucha, llamaré a los agentes de la escena y les haré saber que estás de camino. Estoy a diez minutos.

—No te escucharán, ¿recuerdas?

—Haré que me escuchen. ¡Maldita sea, Theo, deberías haber llamado antes! Te volveré a llamar —dice, y cuelga.

La señora Whitby vive en un barrio lleno de casas bonitas, coches bonitos... Nada demasiado caro, pero todo está ordenado y bien cuidado. Es el mismo tipo de barrio en el que viven mis padres y donde yo crecí. No hay ricos, no hay pobres, solo familias que viven el día a día. A algunos les va bien; a otros no tanto, pero todo está en orden. No hay coches patrulla a la vista, y eso es porque la casa se sigue utilizando como cebo. Ya no tiene sentido ocultar que la policía está aquí: Cole sabe que Whitby está siendo vigilada.

Aparco en la entrada. Quedan ocho minutos. Puedes hacer mucho en ocho minutos o puedes no hacer nada. Llamo a la puerta principal. Un agente la abre y me deja pasar.

—Está en el dormitorio —dice.

—Necesito hablar con ella.

—El detective Schroder ha dicho que no te deje a solas con ella.

—El detective Schroder no es detective en este momento —le digo.

—Eso no cambia nada. El hecho es que nos ha dicho que no te dejemos a solas con ella.

—De acuerdo.

—Y está borracha —dice.

—Vale.

—Muy borracha —insiste—. Le dijo a mi compañero que por diez dólares...

—Me hago a la idea —le digo.

—No creo —dice, y va negando con la cabeza—. Por aquí.

Me lleva a lo largo de un pasillo, el mismo pasillo que James Whitby solía recorrer antes de que su madre lo atacara violentamente y antes de que él atacara violentamente a Tabitha Jenkins. Pasamos junto al compañero, que está sentado en el salón, hablando por el móvil. En las paredes no hay cuadros ni fotografías, solo papel pintado que se está despegando por los bordes, cerca del techo. La decoración de toda la casa parece no haberse renovado en los últimos treinta años. La moqueta está deshilachada alrededor de las puertas, a consecuencia de un gato que vivió aquí en algún momento o que sigue viviendo aquí ahora.

Suena mi teléfono. Es Schroder.

—He hecho algunas llamadas —dice.

—¿Y?

—He hablado con Barlow —me informa, y suena aterrado—. Le he contado lo que pasa. Ha dicho que no podía creerlo, que esto se aparta de lo que él creía que Cole era capaz de hacer. También ha dicho que cortarle el dedo a Katy echa por tierra todo lo que habíamos ideado.

—¿Qué sugiere?

—No tiene ninguna sugerencia. ¿Por qué habría de tenerla? Estaría arriesgando su carrera. He llamado a Stevens.

—¿Y?

—Stevens ha dicho que no puedes hacerle daño a la señora Whitby. Eso es todo. No se le ha ocurrido ninguna alternativa, probablemente por la misma razón: es mejor quedarse callado, porque sugerir algo podría significar perder el trabajo. Me ha dicho que otros están de camino para encontrarse contigo. Ah, y que yo no aparezca.

—Ya casi es la hora.

—Lo sé. Lo sé.

—Va a matarla —le digo—. Le va a cortar los dedos y luego va a clavarle un cuchillo en el pecho.

—Lo sé.

—No podemos permitir que eso ocurra.

—Maldita sea, Tate, no entres en esa habitación tú solo. Es una orden.

—¿De un amigo?

—Solo… Solo espérame, ¿de acuerdo? Ya casi he llegado. Solo unos minutos más.

—De acuerdo.

—Hablo en serio, Tate. Espérame.

—Lo haré.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Dale el teléfono al oficial.

Entrego el teléfono al agente. Este lo coge, escucha y dice «Vale» mientras asiente con la cabeza. Después no dice nada más y me devuelve el móvil.

—Nos ha dado órdenes de retirarnos —dice.

—¿Qué?

—Cole no vendrá aquí. No hay razón para que nos quedemos.

Me mira aliviado. No tiene ni idea de lo que está pasando, pero sabe que es algo malo y acaba de enterarse de que él y su compañero no tienen por qué formar parte de esto. Sube por el pasillo y se asoma al salón. Escucho cómo repite la frase a su compañero. Luego se encoge de hombros y no puedo distinguir lo que el otro le contesta. Un momento después, ambos salen. Cierran la puerta justo cuando otro coche se detiene en el exterior.

Miro la puerta de la habitación y luego, mi reloj. Quedan tres minutos. Se abre la puerta principal de la casa y Schroder entra. Mi coche está en la acera. Yo tengo el suyo y él debe haber ido a la comisaría para recoger el mío. Lleva pantalones cortos y la camiseta del pijama. Va descalzo, resopla, le tiemblan las dos manos; pero no como si tuviera miedo o frío, sino como si lo recorriera una carga eléctrica. Mastica otra pastilla. También trae una pistola.

—¿Estamos solos? —pregunta, y sus ojos recorren el lugar de derecha a izquierda.

—Excepto por la señora Whitby. ¿Para qué es el arma, Carl? Cole no está aquí.

—¿Ella está ahí? —pregunta, y señala con la cabeza la puerta del dormitorio.

—Sí. ¿La pistola?

—La niña —hace caso omiso a mi pregunta—, ¿de verdad Cole la va a matar?

—No lo sé. Por lo menos, le cortará los dedos. Lo creo de verdad.

—Yo también —confirma—. Si puede cortar uno, puede cortar diez. Esta es una perra —dice, y asiente de nuevo hacia la puerta del dormitorio—. La señora Whitby. La recuerdo. Recuerdo haber hablado con ella. Es todo lo mala que alguien puede ser —dice—. Has visto el

archivo del caso.

—Es un monstruo —digo.

—Uno de los peores —añade, y me mira fijamente. Casi puedo sentir la electricidad que desprende. Se le erizan los pelos de los brazos. Sigue masticando la pastilla. Tiene los ojos muy abiertos y se le ve nervioso.

—Dejó a su hijo en coma —le digo.

—Lo golpeó con una plancha.

—Pudo haberlo matado.

—Ojalá lo hubiera hecho.

Asiento con la cabeza. Ojalá lo hubiera hecho.

—Sabes que solo estuvo unos meses en la cárcel, ¿verdad? —pregunta.

—Lo sé —le digo.

—No fue un gran castigo —dice.

—No mucho.

—Debería haberle pasado algo más.

—No tendrían que haberla dejado salir, nunca —remato.

—Todo esto..., todo comenzó con ella. No me parece bien que se salga con la suya.

—Nada bien —estoy de acuerdo.

—El mundo necesita equilibrio, Theo. —Suena un móvil. Lo miro. Es el del médico—. En este trabajo —dice— vemos las cosas más asquerosas.

—Lo sé.

—Dios —dice. Levanta la cabeza y mira el techo durante unos segundos, y, cuando vuelve a mirarme, me parece que trata de no llorar—. Yo no... —Sacude la cabeza—. No puedo. No soportaría que murieran más niños. Las pasadas Navidades me prometí a mí mismo que no morirían más niños en mi turno —dice, y me doy cuenta de que ha vuelto a ese momento en el que tuvo que enfrentarse por última vez al horror de la muerte de un niño—. Aquel día en la bañera, ahogándome así, debería haberme abandonado. Tendría que haberme ido.

—Carl...

—No más niños muertos —dice—. No más. —El teléfono sigue sonando. Miro el reloj. Han pasado treinta minutos. Sacudo la cabeza y Schroder asiente con la suya. Sonríe. Es una sonrisa triste, muy triste, y ahora las lágrimas están ahí, solo unas pocas—. Nunca más en mi turno —reflexiona, y su sonrisa crece—. Dame el teléfono —dice.

—¿Por qué?

—Porque el mundo es equilibrio, Theo. Por eso. Dame el teléfono.

—Se lo entrego. Lo mira durante unos segundos, como si hubiera olvidado cómo se usa. En la pantalla se ilumina el número del que procede la llamada—. Estuve muerto cuatro minutos —dice—. Cuatro minutos y nada, simplemente nada. Estos niños, cuando mueren, no pasan a un lugar mejor. Queremos pensar que sí, pero no. Lo único que nos espera es un montón de nada. —Pulsa el botón de respuesta —. Soy el detective Carl Schroder —dice al móvil. Se endereza y se enjuga los ojos. Se pasa la pistola de una mano a la otra para poder dedicar unos dedos a componer la camiseta del pijama y colocársela bien, como si estuviera a punto de entrar en una reunión.

Puedo oír la voz de Cole a través del altavoz.

—¿Dónde está Theodore Tate?

—Está a mi lado.

—Pásamelo —dice Cole.

—No, ahora estás tratando conmigo.

—Si no se pone, voy a...

—Cállate, Caleb. Cállate y observa —dice Schroder, y juguetea con las funciones del teléfono. Lo pone en silencio y, un momento después, la pantalla muestra lo que el teléfono está registrando. Muestra mis pies, luego los de Schroder, luego el marco de la puerta. Muestra la mano de Schroder, que se alarga hacia el picaporte. Es borroso y mareante. La gente debe vomitar viendo sus películas caseras.

—Carl —digo.

Sacude la cabeza. La sonrisa sigue ahí. Luego, se encoge de hombros.

—A veces, los hombres buenos tienen que hacer cosas malas.

—Carl...

—Theo, cállate. Esta no es tu decisión. No eres tú quien tiene que vivir con esto —me dice, y yo no intento detenerlo, simplemente me aparto y observo cómo abre la puerta de la habitación y entra. La luz está encendida. Veo a la señora Whitby sentada en la cama, con una botella de vodka vacía sobre la mesilla de noche, la boca abierta y los ojos cerrados. La habitación huele a alcohol, cigarrillos y orina de gato. Lleva una bata con manchas viejas en la parte delantera. Él se vuelve hacia mí—. Fui yo —me dice.

—¿Qué?

—Los registros de la prisión. Fui yo quien se saltó el de Cole. Quiero decir, lo miré, pero..., pero, joder, aún estaba haciendo equilibrios entre la borrachera y la resaca. Tenías razón: nunca debí trabajar en este caso. Miré ese expediente, pero estaba demasiado jodido para darme cuenta de que significaba algo. Y ahora... Bueno, ahora tengo que hacer lo necesario para salvar a esa niña.

—Carl…

—Es verdad, y lo sabes. Si yo hubiera establecido esa conexión, la mayor parte de esto podría haberse evitado. Podríamos haberlo pillado cuando iba a por Victoria Brown o cuando se llevó al médico.

—Eso no lo sabes.

Suspira.

—Sí, sí, los dos lo sabemos —dice.

—Carl…

—Estoy cansado, Theo. Cansado, y solo quiero que esto termine —dice, quita el silencio al teléfono y cierra la puerta.

Me quedo en el pasillo, cierro los ojos y espero el disparo.

No le lleva mucho tiempo. Cinco segundos. Resuena y rueda dentro de mi cabeza durante mucho más tiempo, como una bola de bolos.

Capítulo cincuenta y cuatro

Caleb observa la pantalla del teléfono y no dice nada mientras mira a la mujer muerta en la cama. Un solo disparo, directo al corazón. Los ojos de la mujer se abrieron cuando ocurrió, miró directamente al teléfono, su boca se contrajo y ni siquiera tuvo tiempo de levantar un brazo hacia su pecho. Su cabeza volvió a caer como estaba mientras dormía, el cuello desplomado contra los enormes pechos. Ha quedado más o menos en la misma posición en la que estaba hace un minuto. Caleb no duda de que esté muerta. Aun así, sabe que estas cosas pueden fingirse.

—Hay una botella vacía en la mesita de noche —dice.

—¿Qué? No te oigo.

—He dicho que hay una botella vacía en la mesita de noche.

—Sigo sin oírte —dice Schroder—. Tendrás que darme un minuto.

—Estás de coña.

—¿Qué?

—He dicho que estás de coña —repite, casi gritándoselo al teléfono.

—¿Colonia? ¿Qué colonia?

Cole no contesta. Sigue mirando en la pantalla a la mujer muerta. Entonces hay un movimiento rápido cuando el teléfono se eleva. Observa cómo la pared se balancea arriba y abajo y se da cuenta de que el detective se ha llevado el dedo a la oreja, que lo gira de un lado a otro. Ha sido el disparo. Tiene que ser eso. El disparo ha ensordecido al detective, así que no puede oírlo. Tiene que esperar un minuto. Es un minuto largo, pero está emocionado. Falta el juez. Podría intentar el mismo truco y convencer a alguien para que mate al juez por él, pero no le parece que vaya a funcionar, no otra vez, no contra un hombre que el mundo cree que es bueno.

Al final, el teléfono se mueve de nuevo. Puede ver la cara de Schroder antes de que la oreja llene la pantalla. Obviamente, el detective se ha olvidado de que, además de tener el vídeo activo, está hablando por el altavoz.

—¿Qué estabas diciendo?

—Hay una botella en la mesita de noche.

—¿Y?

—Quiero que la cojas y le des con ella en la cabeza.

—¿Qué?
—Me has oído.
—No voy a hacer eso.
—Tienes que hacerlo.
—No. No tengo que hacerlo. Está muerta.
—Entonces, no lo sentirá y no le importará.
—No.
—Necesito saber que está muerta.
—¿Sí? Entonces, ¿por qué no vienes tú mismo y le echas un maldito vistazo? No la voy a golpear con la botella.
Caleb se lo piensa. Asiente. Lo piensa un poco más. Vuelve a asentir para sí mismo. Cree al detective.
—¿Tienes un rotulador?
—¿Qué?
—Un bolígrafo. Consigue un bolígrafo.
—Tengo un bolígrafo.
—Quiero que escribas en su frente.
—Tampoco voy a hacer eso.
—Vas a hacerlo, detective, y te diré por qué: porque te voy a decir dónde estoy.
Un gruñido llega por la línea telefónica.
—Sí, claro que sí.
—Es cierto —dice. Está mirando a la niña, a quien no tendrá que volver a lastimar—. Te lo prometo. Escribe en su frente, y luego tú y Theodore Tate podréis venir a sacarme de aquí. Te doy mi palabra. Podrás salvar a Katy Stanton.
—¿Y su padre? —pregunta Schroder.
—Todavía estoy indeciso al respecto.
—No le hagas daño y es trato hecho.
—Tú escribes lo que yo quiero que escribas y yo no les haré daño a ninguno de los dos. ¿Trato hecho?
—¿Qué quieres que escriba?
—Quiero que escribas «Soy una perra malvada».
—¿Por qué?
—Porque eso es lo que era. Tú lo sabes. Todos lo sabemos.
—Entonces, ¿por qué molestarse en escribirlo? —pregunta el detective.
—¿Vas a escribirlo o no? ¿Acaso nuestro trato no sigue en pie?
—Espera. —Las imágenes vuelven a cambiar. Se ve la camisa de Schroder y luego, la cama. La pantalla permanece en la cama durante treinta segundos. Luego, el teléfono vuelve a moverse. Apunta a la cara de la señora Whitby. Todo está borroso y desenfocado durante

unos segundos, pero luego se vuelve nítido. Las palabras están en su frente. La letra del detective es más clara que la suya, pero no ha conseguido espaciar bien los caracteres, además de que los últimos tienen que curvarse sobre el ojo izquierdo, donde se hacen más pequeños.

—Bien —dice.

—Y, ahora, ¿dónde estás?

—Si te lo digo, ¿vendréis solos? ¿Solo tú y Tate? —Lo dice porque esa es la pregunta que Schroder está esperando. No le importa si Schroder y Tate vienen solos o si traen cien policías con ellos.

—Sí.

—¿Cómo sé que puedo creerte?

—Basta de juegos, Caleb. Solo dime dónde estás.

—Me parece justo —dice. Le da a Schroder la dirección de la casa en venta. Cuelga y llama al periodista al que iba a llamar antes. Le dice quién es. Sabe que el hombre tiene dudas, así que le toma una foto a Katy y se la envía. Luego hace algunas llamadas más: a una emisora de radio, a una cadena de televisión, y a todos les dice dónde está. Al final, vuelve con el doctor Stanton. Le quedan cinco minutos. Eso calcula. Cinco minutos y todo habrá terminado.

Capítulo cincuenta y cinco

Schroder abre la puerta y me entrega el móvil. Tengo la misma visión que tuve al llegar: la señora Whitby desplomada, más o menos como estaba antes; parece borracha, solo que Schroeder le ha garabateado algo en la frente.

—No me hables —dice.

—Has hecho lo correcto —le digo. Me llevo la mano a la sien. El disparo sigue resonando ahí dentro.

Él me mira extrañado y luego sacude la cabeza.

—Theo, en serio, cierra la puta boca, ¿vale? Vamos a dar una vuelta y no quiero oír ni una sola palabra tuya, ¿está claro?

La calle está despejada. Salimos. Hay luces encendidas en las casas vecinas. El disparo ha despertado a la gente. Es la primera vez que Schroder mata a alguien, y supongo que nunca pensó que tendría que hacerlo. Sé que seguramente nunca imaginó que se darían semejantes circunstancias. Cree que ha matado a una inocente, pero no ha sido así. Ha salvado a una.

—Las llaves —dice con la mano extendida.

Le doy sus llaves y él me da las mías. Subimos a su coche. No le pregunto a dónde vamos. Suena su móvil, se lleva la mano al bolsillo y cuelga sin contestar. Entonces suena el mío.

—No contestes —dice.

Miro la pantalla por si fuera el hospital, pero no lo es. Es la comisaría. Corto la llamada y vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo. El móvil de Schroder vuelve a sonar. Él le da la vuelta, saca la batería y arroja las dos partes al asiento trasero. El mío vuelve a sonar. Él lo mira, dispuesto a hacer lo mismo. Lo pongo en silencio y no contesto.

Dejo que pasen unos minutos, alternando entre mirar a Schroder y observar cómo la noche pierde lentamente la batalla contra la luz. El dolor de cabeza reaparece despacio y el efecto de las pastillas que he usado para combatirlo va perdiéndose con los últimos minutos. A lo lejos, el cielo es azul oscuro. Dentro de unas horas, la gente se levantará y se dirigirá al trabajo, se pondrá las pilas y será productiva. En este momento, la mayoría siguen durmiendo. Están en sus mundos de ensueño: a algunos los persiguen mis monstruos, otros visitan a mujeres que han visto en la televisión, otros vuelan, otros caen.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

—Vamos a arrestar a Caleb Cole y a salvar a Katy Stanton.

—¿Y cómo vamos a hacer eso? No te habrá dicho por casualidad dónde están todos, ¿verdad?

Asiente con la cabeza.

—De hecho, sí.

—¿Qué?

—Me ha dado su dirección.

—¿Le has creído? —pregunto, mientras me froto la sien.

—Sí, le he creído.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—No tienes derecho a preguntar eso —dice—. ¿Cuándo fue la última vez que viniste directamente a mí con algo?

—Esto es parte de su juego final —digo—. Lo que sea que haya planeado sucederá cuando aparezcamos.

—Lo sé, Theo. No soy un maldito idiota. Su objetivo final es morir, es lo que todo el mundo ha dicho, pero eso no va a suceder. Nos aseguraremos de que no suceda. Llegamos allí y cogemos a ese cabrón vivo, porque eso es lo último que quiere. ¿Lo entiendes?

—No *problemo.*

—¿Qué?

—He dicho que no hay problema.

—Mira, Tate, lo digo en serio: este cabrón no se va a librar fácilmente. Va a volver a la cárcel.

—He dicho que no hay problema, ¿vale? Pero... ¿no deberíamos pedir refuerzos? ¿Ya te has olvidado de que te han suspendido?

—Ha dicho que fuéramos solos.

—Esto suena peligroso, Carl. Y estúpido. Estás echando a perder cualquier oportunidad de *conversar* el trabajo.

—¿Conversar?

—¿Qué?

Él sacude la cabeza.

—Puedo dejarte aquí si quieres. No te lo tendré en cuenta.

—Carl, estás jodiendo las cosas. Esta no es la manera de hacerlas. Deberíamos pedir refuerzos.

Por fin me mira. Lo hace fijamente durante cinco segundos, que es mucho tiempo cuando la persona que te mira también está controlando un coche que va a toda velocidad. Ahora me froto la sien con más fuerza.

—Dios mío, Theo, ¿estás bien?

—¿Y tú?

—Mira, si las cosas fueran al revés, seguirías adelante y lo harías a

tu manera de todos modos. Siempre lo has hecho a tu manera. Incluso cuando eras policía. Las cosas siempre han tenido que ser a la manera de Tate. Tate sabe más. Tate no tiene que seguir las reglas. Ahora, lo haremos a la manera de Schroder. ¿De acuerdo?

—¡Está bien, maldita sea, está bien!

—¿Seguro que estás bien?

—Te he dicho que estoy bien —le espeto, sin dejar de frotarme la cabeza. Empiezo a preocuparme, porque ya estoy pensando en buscar la receta del médico de urgencias.

Disminuye la velocidad y mira las señales de la calle. Gira a la derecha y vuelve a coger velocidad.

—Solo busca el cartel de «Se vende» que ha mencionado. Es el número noventa y dos.

—Vale —digo, pero todos los números se ven borrosos. Todo está emborronado mientras la cosa dentro de mi cabeza sigue despertando.

Diez segundos después, descubre el cartel clavado en el césped. Yo empiezo a verlo cuando él ya ha reducido la velocidad. Se detiene enfrente. Me froto los ojos y la vista se me aclara un poco. No debería haber tirado las malditas pastillas por el fregadero.

—No tiene sentido intentar colarse —dice—, nos está esperando.

—¿Y qué hacemos?

—Nos acercamos a la puerta principal y llamamos. Así de sencillo.

—¿Y después?

—Entonces lo hacemos a la manera de Schroder —dice.

Aún no hemos salido del coche cuando aparecen otros detrás. Los medios de comunicación se unen a nosotros para detener a Caleb Cole.

Capítulo cincuenta y seis

El padre está despierto. La policía no tardará en llegar. Había pensado en no decirle nada a la policía y llamar solo a los medios de comunicación. No necesitaba a la policía aquí, pero al final ha decidido que no tendrán ninguna posibilidad de detener lo que ocurra. Estarán entrando en una escena de la que no saben nada y tendrán que ser cautelosos. Que se unan no será un problema; en todo caso, su inclusión solo confirmará el destino de Stanton.

Caleb se inclina y le quita la mordaza al psiquiatra.

—Disfruté matando a tus hijas —dice.

—Eres un animal —dice Stanton. Está llorando y tiene la cara roja.

—Levántate.

—¿Qué?

—He dicho que te levantes. Vamos a dar un paseo.

—Vete a la mierda. Que te jodan, tú..., tú...

—«Animal». Ya lo has dicho. ¿Quieres que te mate delante de la última hija que te queda?

—He dicho que te vayas a la mierda.

A Caleb le gusta esto. Stanton es cada vez más valiente. Está enfadado.

—Si no te levantas, voy a desnudar a Katy y pondré fotografías de su cuerpo desnudo por todo internet.

Stanton se pone de rodillas.

—Te voy a matar —le dice—. Te mataré, hijo de puta.

Caleb asiente.

—Si no te mato, doctor, ¿te presentarás en mi juicio y le dirás a la buena gente del jurado que nada de esto ha sido culpa mía?, ¿que solo soy un hombre que ha enloquecido?

—Eres un lunático —dice Stanton.

—Vale. —Se agacha, agarra un puñado del pelo de Stanton y empieza a tirar—. Ahora, levántate.

Lleva al médico al salón. Pasan por delante del dormitorio donde está Katy, que sigue durmiendo. Enciende las luces. Sostiene el cuchillo con fuerza y espera de pie detrás de Stanton, con el filo contra su cuello.

—¿A qué esperas? —pregunta Stanton.

—Cállate —dice Caleb.

Solo tiene que dejar pasar un minuto. Un coche se detiene. No sabe si es la prensa o la policía. Sea lo que sea, no importa.

—Muévete —dice, y empuja a Stanton hacia la entrada principal.

El psiquiatra tropieza, pero se mueve, llega a la puerta y se detiene. Caleb gira con su rehén, de modo que él queda dando la espalda a la puerta mientras Stanton mira hacia el pasillo.

—¿Y ahora qué? —pregunta el psiquiatra.

—Ahora, es el momento de suplicar por tu vida —dice, y corta las ataduras de las muñecas de su rehén. Inmediatamente, el médico extiende los brazos y empieza a frotárselos—. Voy a matarte, y luego a tu otra hija —dice Caleb—. Ahora, date la vuelta.

Stanton se da la vuelta. Hay unos pasos entre los dos, nada más. Cole se le acerca y, al desplazarse, suelta el cuchillo. Este cae sobre la alfombra, quizá un poco más cerca de Stanton que de él.

Ambos hombres están inmóviles, mirándose fijamente. Caleb espera a que Stanton reaccione. Y lo hace. Se abalanza sobre el cuchillo. Caleb se acerca al arma y le da una patada; la arroja detrás de Stanton, más allá, por el pasillo. Stanton va tras el cuchillo. Caleb sonríe. De espaldas, coge el picaporte y abre la puerta. Todo está saliendo a la perfección. Es simplemente perfecto.

Stanton coge el cuchillo y lo dirige a él.

—Voy a matarte —dice triunfante, sacudiendo la cabeza—. Te voy a convertir en unas putas rebanadas.

Caleb sale por la puerta. Llega al porche y mira la calle. Hay dos furgonetas y, delante de ellas, gente con cámaras. Levanta los brazos en alto, con las palmas hacia el frente, las manos bien separadas del cuerpo. Por la acera, el detective y Tate vienen hacia él. Sigue dándole la espalda a Stanton y espera, espera a que el cabrón lo apuñale, espera la muerte que eso conlleva, y será delante de los policías, delante de los medios de comunicación. El doctor Nicholas Stanton matará a un hombre desarmado. Va a acabar con el hombre que cree que mató a sus hijas. Tendrá que responder por eso, habrá un juicio. Será declarado culpable, como le ocurrió a Caleb hace quince años. Y luego irá a la cárcel y le pegarán, lo violarán y le romperán los dedos una y otra vez esos mismos gilipollas con tendencia a la injusticia. Entonces Nicholas Stanton sabrá por fin lo que es caminar en los zapatos de Caleb Cole.

Capítulo cincuenta y siete

—¿Cómo demonios lo han averiguado? —pregunta Schroder.

Salimos del coche. Detrás de nosotros hay furgonetas de la prensa. No sabemos si Cole está aquí, quién está muerto, quién está vivo. No sabemos si Cole va a venir tranquilamente. Como si nada, la puerta principal de la casa se abre. Cole avanza cuatro pasos y levanta las manos. Nos mira fijamente, pero las furgonetas y las cámaras le iluminan la cara. Me doy cuenta de que no nos distingue de los periodistas. La gente empieza a avanzar. Cole tiene los hombros encogidos alrededor del cuello, como si tuviera frío o esperara que le dispararan.

Schroder levanta su arma. Me hago a un lado. Cole no se vuelve hacia mí. No da ni un paso más. Sostiene la mirada al frente y entrecierra los ojos para ver.

—No te muevas —le grita Schroder.

—Estoy desarmado —grita él—. Me estoy entregando. No disparen.

—Detective —grita uno de los periodistas—, ¿qué derecho tiene a estar aquí?

Echo un vistazo atrás para asegurarme de que Schroder no está a punto de abrir fuego contra los periodistas antes de correr hacia el césped. Llego a la parte delantera de la casa por la derecha, fuera del campo de visión de Cole. Me mantengo pegado al costado de la construcción y empiezo a acortar la distancia que me separa de la puerta principal. Entonces sale por ahí el doctor Nicholas Stanton. Se tambalea, da largas zancadas. Lleva un pijama parecido al de Schroder, solo que el suyo tiene manchas de sangre y vómito. Sus ojos están muy abiertos y desorbitados, y toda su cara es una mueca tensa. Lleva un cuchillo muy grande en la mano, el cual destella en cuanto el psiquiatra levanta el brazo para protegerse los ojos de los focos. La luz lo ilumina y lo hace parecer un loco. Se estremece ante el alboroto, ante toda esta gente, y parece inseguro de sí mismo. Entonces ve a Cole y se centra en él. Con el rostro más tenso aún, avanza. Sus pies aterrizan pesadamente en la tierra. Cole debe ser capaz de oírlo, pero no mira hacia atrás, no se mueve, solo mantiene los hombros subidos y encogidos alrededor del cuello.

Entonces me doy cuenta. Este es el final del juego. Cole quiere ser

apuñalado. Quiere que Stanton lo mate delante de toda esta gente. Quiere que Stanton vaya a la cárcel por matar a un hombre desarmado.

Schroder sigue gritándole a Cole que no se mueva. Desde el ángulo de mi compañero, Cole le impide ver a Stanton. Yo sigo avanzando. Todos estamos bajo las luces de las cámaras; estamos siendo grabados para la historia. Schroder tiene que gritar para hacerse oír por encima del barullo de los periodistas. Me duele la cabeza, pero sé que, dentro de un minuto, todo habrá terminado.

—No haga eso —le grito a Stanton.

—Mantén las manos en alto —dice Schroder a Cole. Mi compañero empieza a avanzar, y también los equipos de noticias, que son quienes ponen las luces y las cámaras mientras el resto de nosotros ponemos la acción.

—Tus hijas están vivas —le digo a Stanton, ahora que solo hay unos tres metros entre nosotros.

Cole me lanza una mirada, me frunce el ceño y vuelve a mirar a las cámaras.

—Las maté —dice lo bastante alto para que lo oigamos Stanton y yo, pero no los medios—, y a una de ellas la violé.

—No *chas bató* —digo. Oigo cómo surgen las palabras equivocadas. Cojones.

—Mataste a mis hijas —dice Stanton.

No me ha oído, no hace más que mirar a Cole.

—Y lo disfruté.

Stanton da el último paso. Intento salvar la distancia, pero no puedo, no en el tiempo que tarda Stanton en impulsar el cuchillo. Si ha apuntado al centro de la espalda de Cole, lo que tenía delante era una diana; y si ha tratado de poner suficiente fuerza en el arma para hundirla hasta la empuñadura, entonces las cosas no le han salido tan bien, porque toca hueso en alguna parte y solo recorre la mitad del camino. Saca el cuchillo mientras Cole se arrodilla, con lo que Schroder ya tiene una visión clara de Stanton y de lo que está ocurriendo.

—Suelte el cuchillo —grita Schroder, que va alternando objetivos: de Cole a Stanton, de nuevo a Cole, luego de nuevo a Stanton.

Me acerco dos pasos al psiquiatra. Grito, tratando de concentrarme en las palabras, tratando de decirle que sus hijas están bien. Extiendo los brazos, con las palmas hacia arriba, y él se vuelve hacia mí. Es un hombre salvaje con el pelo alborotado y unos ojos que se le salen de las órbitas.

—*Chus igasss chan* bien —le digo.

Me mira, pero no comprende en absoluto lo que intento decirle.

Levanta el cuchillo y esta vez su objetivo es la nuca de Cole. Doy el último paso, agarro con mi mano izquierda la muñeca de Stanton, tiro de ella hacia delante y ambos vamos al suelo. Siento que revientan los puntos de sutura en mi pierna. Siento la presión dentro de mi cráneo, la advertencia del médico flota en un mar de dolor. Stanton me empuja y ruedo hacia un lado. Se incorpora a medias y descubre que aún tiene el cuchillo en la mano. Mira a Cole, luego a mí y vuelve a arrastrarse hacia Cole. Me pongo en pie e intento agarrarlo. Me mira y lanza cuchilladas hacia mí. No lo veo a tiempo, no tengo cómo esquivarlas.

Schroder le dispara.

El disparo desencadena un montón de reacciones en cadena en mi cabeza. La primera es que, durante unos segundos, los nervios entre mis ojos y mi cerebro han dejado de funcionar. Estoy de pie en la oscuridad, sin saber qué está pasando. Entonces se activa un interruptor y recupero la visión y, con ella, un montón de dolor. Me tambaleo, me agarro la cabeza, como si fuera yo quien ha recibido el disparo. Las luces de los equipos de noticias apuntan en distintas direcciones mientras todo el mundo reacciona y se agacha. Me apoyo en la pared lateral de la casa.

Cole se retuerce hacia nosotros.

—No —grita, todavía de rodillas—. No —repite, y esta vez una burbuja de sangre crece y estalla entre sus labios. Pierde el equilibrio y cae hacia delante. La espalda de su camisa está empapada de sangre. Se derrumba sobre los escalones del porche hasta quedar con la cara en el camino. Sus piernas aún están en el porche.

Stanton, sin embargo, intenta ponerse en pie, pero no lo está pasando muy bien. La parte delantera de su pijama, sobre el hombro derecho, se ha puesto roja. Me tapo un ojo con la mano porque eso, de algún modo, alivia el dolor de lo que sea que esté haciendo mi cerebro. Stanton intenta levantar el cuchillo de nuevo, pero su brazo no funciona. Noto en su cara que no entiende la mecánica de todo esto. Sigue en su empeño. Usa el brazo bueno para sacar el cuchillo de una mano buena que está unida a un brazo malo. Mira a su alrededor y empieza a blandir el arma, apuntando a los reporteros, a Schroder y a mí. Parece que no puede localizar a Cole. Se lanza hacia mí y Schroder dispara por segunda vez. No distingo en qué parte de Stanton da la bala, pero detiene en seco al psiquiatra. Este se mira el cuerpo y luego a mí, y sus ojos empiezan a aclararse.

Intento hablar con él, decirle que sus hijas están bien, pero las palabras no me salen, son demasiado pesadas. Las que finalmente

brotan no tienen sentido. Las luces se hacen más brillantes a medida que los equipos de noticias se acercan. Schroder llega hasta nosotros, patea el cuchillo y me ayuda a salir de debajo de Stanton.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Asiento con la cabeza.

Coge su móvil y pide una ambulancia. Dos. No suelta el arma. Hay luces sobre él, luces sobre mí, luces sobre Cole y Stanton. Hay sangre por todas partes. Esto es un gran material para la televisión.

—No tenía intención de hacerles daño —dice Schroder a Stanton después de colgar el móvil.

—No... No lo entiendo —dice el psiquiatra. Parece un hombre que despertara de un sueño.

—Están bien —le dice Schroder.

—¿Y Katy?

—Estoy seguro de que Katy también está bien.

—Él... Le ha cortado un dedo.

—Lo sé, pero eso es todo lo que le ha hecho —dice Schroder, como si amputarle el dedo no fuera nada.

—¿No... las ha matado? —pregunta Stanton.

—No —digo, y esa es la primera palabra clara que he podido pronunciar.

—Debería haber... —Pero entonces le da tos. Sigue tosiendo y, cuando por fin para, empieza a sonreír—. Debería haberlo sabido —dice, y luego no dice nada más. Solo nos mira fijamente con esa sonrisa en la cara, una sonrisa que sigue ahí cuando llega la ambulancia, cinco minutos después.

Capítulo cincuenta y ocho

—¿Estás bien?, ¿estás seguro? —pregunta Schroder.

—Estoy bien —le digo. Si mi compañero me hubiera oído hablar hace un rato, sabría que no es así.

—De acuerdo —dice, y sube a la parte trasera de la ambulancia donde han metido a Caleb Cole.

Conduzco el coche de Schroder. Le pido a uno de los sanitarios el más potente de los analgésicos que tenga y me da dos pastillas, pero el dolor de cabeza no desaparece. Todavía me pitan los oídos por los disparos. Algunos medios de comunicación se quedan en la casa, otros nos siguen. Aparecen más furgonetas de la prensa a medida que la noticia cobra fuerza. Llegamos al hospital. Aparco detrás de la ambulancia que ha traído a Cole y veo que la descargan al revés de como vi que la cargaban. A él lo llevan rápidamente a urgencias. Llega la segunda ambulancia y hacen lo mismo con el doctor Stanton. A su hija también se la llevan a toda prisa.

Al ver a Katy, recuerdo que tengo su dedo en la nevera. Salgo del aparcamiento y vuelvo a casa. Al parecer, también todos los *boy-racers* se han ido a casa. El único tráfico que hay ahora es el de la gente que ha acabado su turno de noche o el de la que ha madrugado. Veo una cola esponjosa, dos patas traseras y no mucho más del gato que escapa corriendo por la puerta trasera. Saco el dedo de la nevera. Está frío y parece sólido. Me lo meto en el bolsillo antes de decidir que es una mala idea, que el calor del cuerpo podría dañarlo. Tomo un vaso de agua y me quedo junto al fregadero, con los ojos cerrados, deseando que el dolor de cabeza desaparezca; pero no me escucha. La cosa que vive aquí dentro ya no está dispuesta a que la ignore. Me siguen pitando los oídos. Vuelvo al hospital con el dedo en el asiento del copiloto: las mismas vistas de antes, solo que en orden inverso, y más luminosas también.

Al llegar, no encuentro aparcamiento. Los coches de policía y las furgonetas de los medios de comunicación están por todas partes. Tengo que aparcar al otro lado de la carretera, junto al parque Hagley, el enorme jardín que está en medio de la ciudad. Incluso a esta hora, hay unas cuantas personas corriendo despacio a su alrededor. Me llama la misma enfermera con la que hablé cuando vine a ver a mi mujer. Al primer médico con el que me cruzo, le muestro el dedo y le

digo a quién pertenece. Él lo coge y se va corriendo. Encuentro la sala de espera en la que estaba antes. Schroder está sentado aquí. También hay otros policías. Me siento junto a mi compañero. No hablamos. Los demás sí, los demás están charlando. Schroder mira fijamente hacia delante. Noto que está repitiendo una y otra vez los tiroteos: primero el de la señora Whitby, luego el del doctor Stanton. Yo también los repito, y me pregunto si podríamos haber hecho las cosas de otra manera. Pasa una hora. Nadie viene, nadie se va. Las repeticiones de las escenas no son más bonitas, pero el dolor de cabeza desaparece. No se me ocurre ningún otro procedimiento que pudiera habernos funcionado. Schroder sigue mirando la pared. En un momento dado, compruebo si hay llamadas perdidas en mi móvil, y hay unas cuantas, la mayoría de la comisaría. Una es del doctor Forster. Se me encoge el corazón al verla. Tal y como ha ido la semana, no creo que sean buenas noticias. No le devuelvo la llamada. No puedo. Lo que tenga que decir, por malo que sea, si no se lo oigo, no tiene por qué haber ocurrido.

Al cabo de una hora, sale un médico. A estas alturas, ya estoy paseando por la sala. Cada pocos minutos saco el teléfono, pero me recuerdo a mí mismo que no tiene sentido, que en el mensaje que me espera solo habrá dolor. Hay sangre en la bata del médico, aunque no mucha. Nos mira y no hay nada en su cara que sugiera una cosa u otra.

—Caleb Cole está grave —dice, dirigiéndose a todos nosotros, aunque es a la detective Kent a quien más mira, ¿y quién podría culparlo?—. Pero parece que va a sobrevivir.

No sé cómo me siento al respecto. Schroder no dice nada. Kent asiente y el médico le mira el pecho un instante antes de mirarnos a los demás. Cuando él se da cuenta de que no tiene nada más que añadir, se da la vuelta y desaparece por las mismas puertas por las que ha venido.

—¿Cuánto tiempo crees que le condenarán? —le pregunto a Schroder.

—¿Qué?

—Cole. ¿Crees que alguna vez saldrá de la cárcel?

Schroder niega con la cabeza y no contesta. Se acomoda y vuelve a mirar la pared. Por primera vez, parece cansado. Pienso en el plan de Cole y en lo enfadado que estará cuando despierte y descubra que sigue vivo. Volverá a la cárcel. Sufrirá de nuevo las palizas. No se suicidó la última vez, ¿lo hará en esta ocasión? Y dentro de veinte años, si llegaran a soltarlo, ¿qué pasará? No creo que aguante veinte años.

Transcurre otra hora. Paso la mayor parte de ella con los ojos cerrados y la cabeza tan inclinada hacia atrás que toca la pared. Un médico distinto al de antes sale a vernos. Ha aparecido por el pasillo que está detrás de nosotros. Sacude la cabeza.

—No hemos podido salvarle el dedo —dice—, pero, aparte de eso, Katy está bien. Podremos darle el alta en unas horas.

—De acuerdo —dice Kent, y presenciamos el mismo rito que con el médico anterior: se queda ahí esperando a que añadamos algo y, como nadie lo hace, se marcha por donde ha venido. Me pregunto qué pasará con el dedo.

Algunos de los detectives han empezado a desaparecer. En poco tiempo, ya solo quedamos cinco. Nadie habla. Entonces llega Dominic Stevens. Entra en la sala y examina las caras de todos. La detective Kent encuentra una razón para sacar a los demás al pasillo, con lo que nos deja atrás a Schroder y a mí. Antes de que Stevens pueda abordarnos, aparece un tercer médico por la misma puerta que el primero.

—La herida del hombro de Nicholas Stanton no ha sido ningún problema —dice—, pero la segunda bala le entró por debajo de la axila hasta el pulmón derecho. Ha perdido mucha sangre. Hemos reparado los daños y, salvo imprevistos, debería salir adelante.

—Bien —dice Stevens, y asiente con movimientos pausados—. Eso está muy muy bien. —Pone la mano en el hombro de Schroder—. Vamos a dar un paseo —le dice.

Schroder y Stevens salen al pasillo y me quedo a solas con el médico. Cuando intento levantarme, pierdo el equilibrio y vuelvo a desplomarme en la silla. Necesito dormir. De repente, apenas puedo mantener los ojos abiertos.

—¿Está bien? —pregunta.

—Estoy bien. Cansado, eso es todo. Gracias —le digo—. Gracias por salvarlo.

Asiente con la cabeza.

—Aún no está a salvo —dice—, pero tiene buena pinta.

—Vale.

Se queda mirándome.

—Su ojo derecho —dice—, está gravemente dañado.

—¿Qué?

Se arrodilla frente a mí y, de repente, me apunta al ojo con una linterna. Mi cerebro da una voltereta, pero mantengo el control.

—No está dilatando. ¿Le duele la cabeza?

—Sí.

—¿Cuándo empezó esto?

—Hace unas seis semanas.

—¿Qué?

—Va y viene —le digo—. Me golpearon en la cabeza.

—¿Cómo de fuerte?

—Mucho —contesto, y me froto la hendidura—. Tengo una receta —le digo, y me meto la mano en el bolsillo, solo que ahora estoy demasiado somnoliento para encontrarla. Se me cae la mano. Cae por mi costado y cuelga sobre el lateral de la silla.

—Espere aquí —dice, y desaparece.

Desobedezco y salgo de la sala de espera, con el brazo derecho balanceándose a mi lado. Dominic Stevens está hablando con Schroder en el pasillo. Lleva vaqueros y camisa, y yo nunca lo había visto tan despreocupado. También parece tranquilo. Hablan en voz baja. Me apoyo en la pared y los observo. Durante la primera mitad de la conversación, Schroder niega con la cabeza y, durante la segunda, asiente. Luego, Stevens me saluda con una inclinación de cabeza, le dice algo más a Schroder y se marcha.

—¿Cuál es el veredicto? —pregunto. Sé que esta conversación ha tenido que ser sobre la señora Whitby.

—No me van a despedir —dice.

—¿Pero?

—Pero me ha pedido que dimita.

—Lo siento.

—Sí, yo también lo siento, aunque eso es lo que quería una parte de mí.

—¿Y la señora Whitby?

—Stevens dice que la escena aún está sellada, pero que se podría decir que ha sido un suicidio. Existe la posibilidad de que la señora Whitby aparezca con el arma en la mano. Dice que es posible que se haya suicidado por lo mal que se sentía, por todo el mal que había hecho, que todo esto era culpa suya.

—¿Te parece bien aceptarlo?

Sacude la cabeza, pero luego dice:

—Sí, estoy contento. Hemos salvado a la niña, ¿verdad? El mundo se ha quedado sin una vieja malvada, así que sí, podré vivir con esto —dice, aunque yo no estoy tan seguro de que pueda. Además, el plan de Stevens también se reduce a lo callado que puedan mantener a Cole.

—¿Y Stanton?

Sacude la cabeza.

—No lo sé. No depende de nosotros, Theo. Stanton apuñaló a un hombre desarmado en la televisión nacional. Eso lo tienen que

resolver los abogados. Yo me voy a casa —dice— antes de que mi mujer también me despida.

Lo veo dirigirse hacia el pasillo. Me imagino que Katy, Cole y Stanton van a estar bien. Me parece un buen augurio, pero entonces pienso en el equilibrio del que hablaba Schroder. Ese equilibrio va a ser mi mujer. Me quedo mirando el móvil unos instantes y, finalmente, hago la llamada sabiendo lo que voy a oír. ¿Cuándo fue la última vez que alguien marcó mi número para darme buenas noticias? Le devuelvo la llamada al doctor Forster, que contesta al segundo tono. No digo nada mientras me habla; me limito a escuchar, a absorber la información.

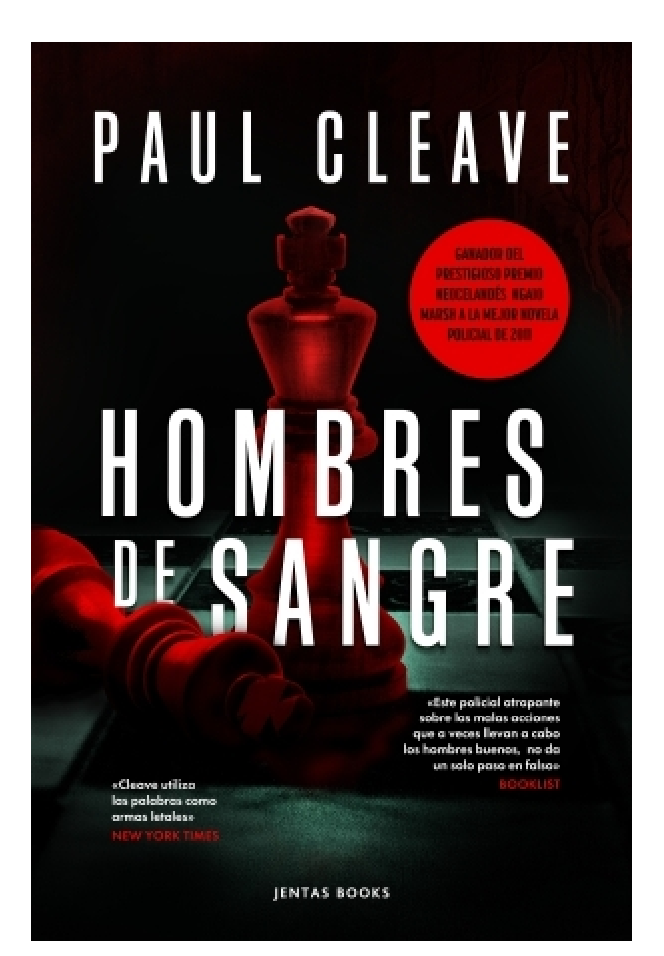
Bridget no está muerta. No está en coma. Está alerta y consciente, pero hay otro problema. Él intenta explicármelo, solo que yo no le encuentro sentido. Doy vueltas por el pasillo intentando orientarme, intentando averiguar en qué planta está mi mujer y cómo llegar desde aquí. Después de dar una vuelta completa, caigo de rodillas y vomito. El médico que me ha mirado los ojos unos minutos antes me ve y se precipita hacia mí, pero me vuelvo a levantar y entro en el ascensor. Las puertas se cierran delante de él y subo unos cuantos pisos.

Al llegar a la habitación de mi mujer, apenas puedo caminar derecho. Al principio, creo que han apagado la mitad de las luces, pero luego me doy cuenta de que soy yo, de que me cuesta ver. Abro la puerta y Bridget me mira. En mi cara destella una sonrisa, pero entonces el suelo se precipita hacia mí. Caigo y mi cabeza choca con el borde de la cama. La cosa que tengo dentro del cráneo enciende el resto de sus llamaradas de socorro. Me tumbo en el suelo. Para que haya ocurrido algo bueno, la ciudad tiene que dar algo malo. Ese es el equilibrio del que hablaba Schroder. Cole, Stanton, mi mujer… Yo soy el contrapeso para que sobrevivan.

Oigo que la puerta se abre detrás. Alguien entra corriendo, dice: «Aquí está», y se agacha sobre mí. Oigo: «Dios mío, no hay tiempo», y luego todo se desvanece: las luces, el dolor, mi mujer. Siento las lágrimas en mi mejilla y, después, ya no puedo sentir nada.

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias al excelente equipo de Simon & Schuster. A Lisa Keim, Janice Fryer, Mellony Torres, Alexandra Arnold, Emily Bestler y Judith Curr. Y, por supuesto, quiero extender un enorme agradecimiento a Sarah Branham, mi maravillosa y talentosa editora que, una vez más, ha hecho un trabajo fantástico orientándome en la dirección correcta. Estoy agradecido con Jane Gregory, la mejor agente del mundo, por su apoyo y confianza en mis libros y por cambiar mi vida en muchos aspectos positivos. Su correctora, Stephanie Glencross, también ha cambiado mi vida para bien y seguirá haciéndolo siempre. Es una correctora increíble, una persona increíble. Apenas alcanzan las horas del día para que me señale mis errores. Y, por supuesto, a Claire Morris y Linden Sherriff, de Gregory and Company, que hacen un gran trabajo, tanto en mis libros como soportándome. De nuevo, gracias a todos los que han disfrutado con las historias y a los que se ponen en contacto conmigo con palabras realmente amables. De verdad que ayuda.

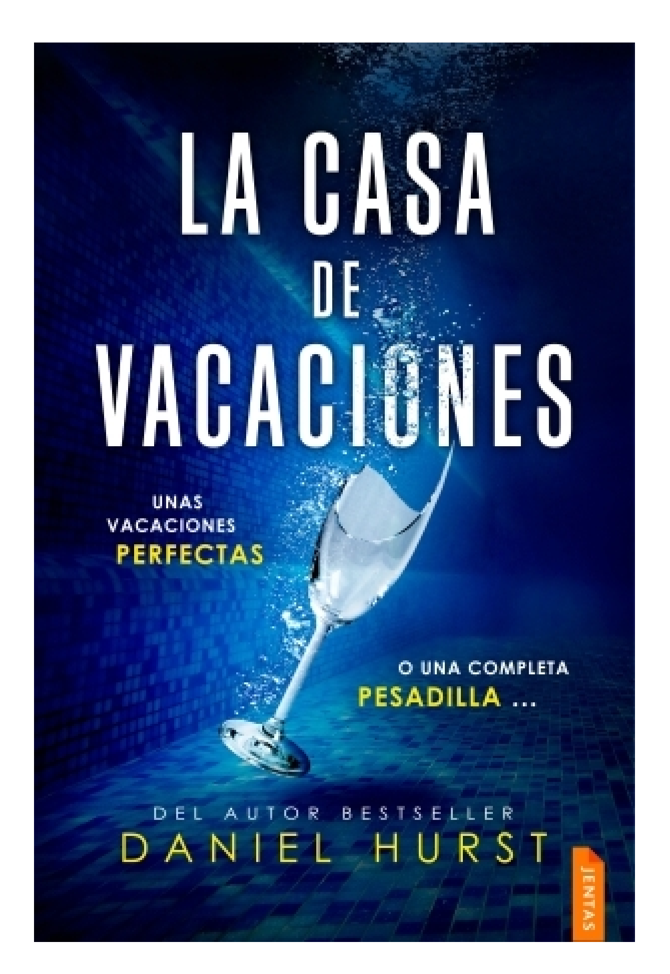

PAUL CLEAVE
GANADOR DEL
PRESTIGIOSO PREMIO
NEOCELANDÉS NGAIO
MARSH A LA MEJOR NOVELA
POLICIAL DE 2011
HOMBRES
DE SANGRE
«Este policial atrapante
sobre las malas acciones
que a veces llevan a cabo
los hombres buenos, no da
un solo paso en falso»
BOOKLIST
«Cleave utiliza
las palabras como
armas letales»
NEW YORK TIMES
JENTAS BOOKS

Hombres de sangre

Cleave, Paul

9788742812495
400 Páginas

GANADOR DEL PRESTIGIOSO PREMIO NEOCELANDÉS NGAIO MARSH A LA MEJOR NOVELA POLICIAL DE 2011 Edward Hunter lo tiene todo: una esposa y una hija hermosas, un buen trabajo, un futuro brillante... y un pasado muy oscuro. Veinte años atrás, atraparon a un asesino en serie, lo condenaron y lo encerraron en la penitenciaría más infernal del país. Ese hombre era el padre de Edward. Edward ha luchado toda su vida para dejar atrás las pesadillas de su infancia. Pero una semana antes de Navidad, la violencia vuelve a aparecer en su vida. De pronto necesitará la ayuda de su padre, un hombre al que no ha visto desde que era niño. ¿Está destinado Edward a ser igual que él, a convertirse en un hombre de sangre? Verdadero maestro del género, de esos que aparecn solamente una vez por generación, Cleave le quita el velo a una imagen brutalmente nítida de la mente de un asesino y de una ciudad de ángeles caídos, capturada en los confines de la tierra.


LA CASA
DE
VACACIONES
UNAS
VACACIONES
PERFECTAS
O UNA COMPLETA
PESADILLA ...
DEL AUTOR BESTSELLER
DANIEL HURST
JENTAS

La casa de vacaciones

Hurst, Daniel
9788742812693
282 Páginas

Las vacaciones perfectas o una completa pesadilla… Me siento a beber champán en el agua tibia, con burbujas espumosas a mi alrededor mientras admiro la impresionante vista del hermoso cielo azul y las montañas. No puedo creer que esté aquí, en esta impresionante casa de vacaciones. Es para morirse… Mi mejor amiga y su marido nos han invitado a mí y a mi familia a su lujosa propiedad junto al lago para pasar el fin de semana. No envidio su riqueza, aunque sé que mi marido Ryan sí. Todo lo que quiero es escapar de nuestros problemas recientes y volver a encarrilar mi matrimonio. Entonces escucho a Ryan conversar entre susurros a última hora de la noche, y dice algo que me provoca escalofríos y que derrumba todo mi mundo de un golpe. Justo cuando pienso que las cosas no pueden empeorar, descubro un segundo secreto y la verdad es aún más impactante de lo que imagino. Ahora no sé en quién confiar. Se suponía que estas iban a ser las vacaciones perfectas, pero alguien no va a sobrevivir a ellas… No te pierdas este thriller psicológico lleno de giros del autor superventas Daniel Hurst. Te atrapará desde la primera página y mantendrá tu corazón latiendo con fuerza hasta la última.


MÁS DE TRES MILLONES EJEMPLARES VENDIDOS
Angela
MARSONS
GRITO DEL
SILENCIO
UN THRILLER DE
KIM STONE

Grito del silencio

Marsons, Angela
9788742812167
300 Páginas

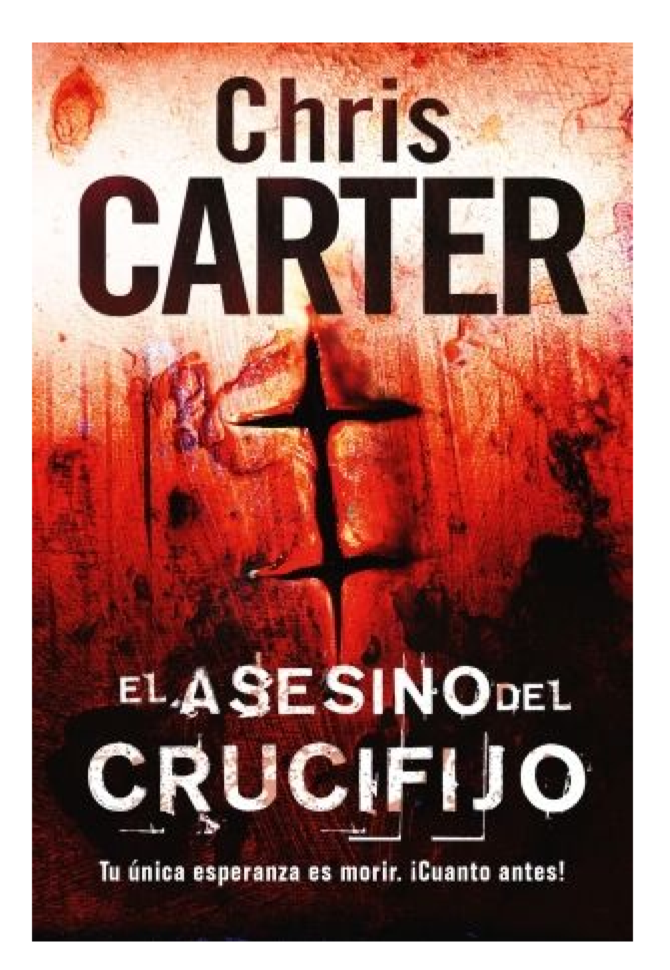
Cómpralo y empieza a leer

Ni siquiera los secretos más tenebrosos pueden permanecer enterrados para siempre

Cinco figuras se reúnen alrededor de una sepultura poco profunda. Se han turnado para excavar. La fosa de un adulto les habría tomado más tiempo. Una vida inocente ha caído en sus manos, pero han hecho un pacto. Sus secretos quedarán enterrados, sellados con sangre… Años más tarde, la directora de un colegio aparecerá brutalmente estrangulada, y ella será solo la primera de una serie de horribles asesinatos que conmoverán Black Country.

Después, cuando se descubren restos humanos en una antigua casa de asistencia, con ellos se desentierran, también, secretos inquietantes. La detective Kim Stone pronto se dará cuenta de que está a la caza de un individuo tortuoso cuya ola de homicidios se ha extendido por decenios. Se acumularán más muertes y Kim se verá forzada a detener al homicida antes de que vuelva a atacar. Pero, para atraparlo, ¿podrá confrontar los demonios de su propio pasado antes de que sea demasiado tarde?

Cómpralo y empieza a leer


Chris
CARTER
EL ASESINO DEL
CRUCIFIJO
Tu única esperanza es morir. ¡Cuanto antes!

El asesino del crucifijo

Carter, Chris

9788771075779

400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Tu única esperanza es morir. ¡Cuanto antes!

El cuerpo de una mujer brutalmente asesinada es hallado en una cabaña abandonada en el Parque Nacional de los Los Angeles. Desnuda, atada a dos postes de madera y con la piel de la cara desollada –cuando aún seguía con vida.

En la nuca tiene grabado un extraño símbolo, un crucifijo doble: la firma de un psicópata conocido como el Asesino del Crucifijo. Pero no es posible porque el Asesino del Crucifijo fue arrestado y ejecutado dos años atrás.

¿Podría tratarse de un imitador? ¿Alguien con acceso a los detalles de los primeros asesinatos, detalles complejos que nunca se habían hecho públicos? ¿O acaso el detective Robert Hunter tendrá que hacer frente a lo inconcebible? ¿Andará aún suelto el auténtico Asesino del Crucifijo, dispuesto a embarcarse en una nueva matanza indiscriminada y sádica? ¿Seguirá eligiendo a sus víctimas al azar y provocando al detective Hunter, incapaz de atraparle?

Robert Hunter y su novato compañero están a punto de adentrarse en una pesadilla que supera toda imaginación y donde el concepto de una muerte rápida no existe.

« Un espeluznante y compulsivo retrato de un psicópata que sitúa

a Carter al nivel de Jeffery Deaver. » - *Daily Mail*


Angela
MARSONS
¿CUÁN LEJOS ESTÁS DISPUESTO A IR PARA
PROTEGER TUS SECRETOS MÁS SINIESTROS?
UNA VERDAD
MORTAL
UN THRILLER DE
KIM STONE
JENTAS

Una verdad mortal

Marsons, Angela

9788742812570

460 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Cuán lejos estás dispuesto a ir para proteger tus secretos más siniestros?

«Suicidio», dicen todos cuando encuentran a la adolescente Sadie Winters muerta a un lado del edificio. Este parece haber sido el devastador acto final de una niña cargada de problemas. Pero, cuando en la misma escuela aparece el cuerpo maltrecho de otro chico, se hace evidente, para la detective Kim Stone, que estas muertes no han sido accidentes trágicos.

Mientras Kim y su equipo comienzan a desentrañar la siniestra red de secretos, una de las profesoras parece tener la clave de la verdad; pero, cuando está a punto de romper el silencio, muere en circunstancias sospechosas.

Con más vidas de niños en peligro, la detective tiene que arrostrar lo impensable: la posibilidad de que un alumno pudiera ser el culpable de los asesinatos. Sus intentos por profundizar en la psicología de los niños asesinos la ponen en contacto con su antigua adversaria, la doctora Alex Thorne, una peligrosa sociópata que tiene por vocación destruir a Kim.

Desesperada por atrapar al asesino, la detective descubre un vínculo entre los homicidios recientes y las novatadas de hace algunos decenios. Pero la salvación de esas vidas inocentes tiene un costo… Y, en el equipo de Kim, alguien tendrá que pagar el precio más alto.

Cómpralo y empieza a leer